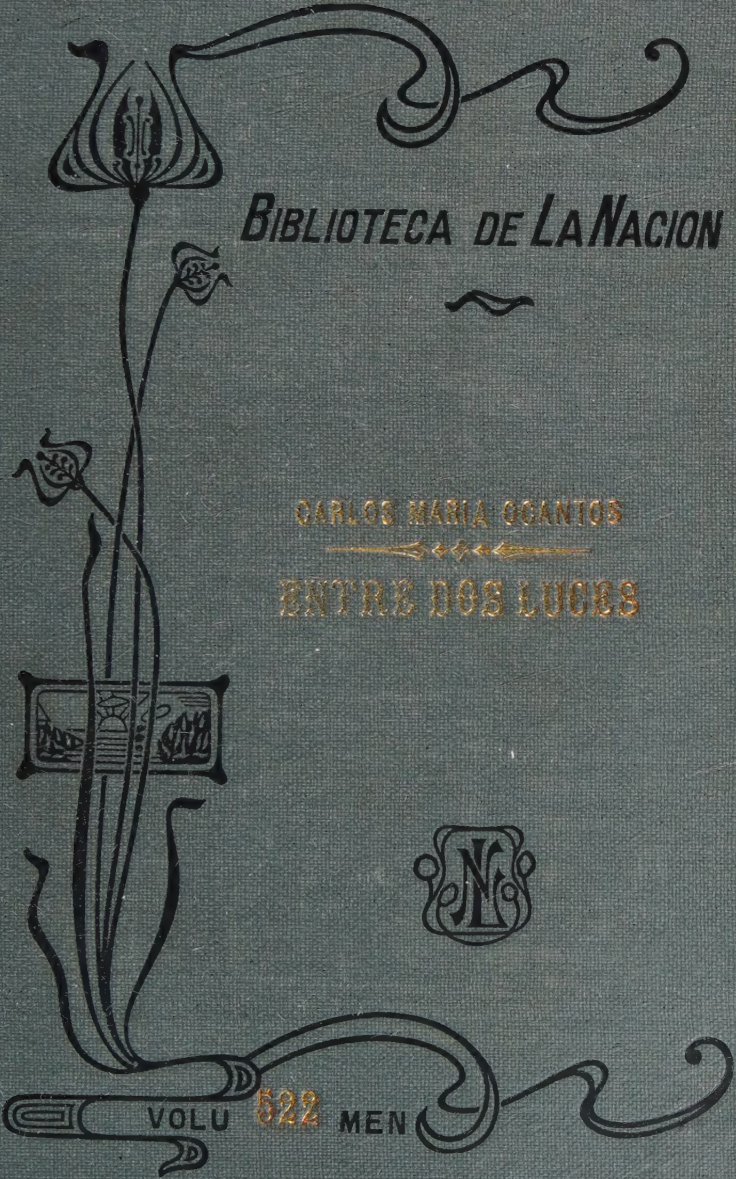




*BIBLIOTECA DE LA NACION*

CARLOS MARIA OCANTOS

—♦♦♦—  
ENTRE DOS LUCES



VOLU

522

MEN







CARLOS MARIA OCANTOS

---

# ENTRE DOS LUCES



LIBRERIA PLATERO S.R.L.

TALCAHUANO 485 - 35-2215

1013 BUENOS AIRES ARGENTINA

BUENOS AIRES

1912

---

Imp. de LA NACIÓN.—Buenos Aires

# ENTRE DOS LUCES

---

## I

En Ombú no había casa más conocida que la de don Román Hierro Bermúdez; daba frente á la iglesia que, sin revoque, la torre á medio concluir, las aberturas tapiadas con tablas mal unidas, la andamiada desierta, con los lienzos flotantes y las cuerdas inseguras, acusando la larga ausencia del obrero, se alzaba á duras penas sobre la plaza principal, ofreciendo el aspecto melancólico de las obras que el azar ha paralizado, mucho más triste que el de las que el tiempo ha destruído, porque representa á la vida interrumpida en sus albores. La casa de don Román era conocida por la *esquina de Hierro*; patrimonio de la familia de los Hierros, de muy antiguo tenían variado comercio en ella: tienda de ropas hechas, mercería, su poquito de ferretería y su otro poquito de pinturería, y unas miajitas de confitería y despacho de bebidas, muy favorecido siempre de clientes y pendencias. El despacho de bebidas ó *pulpería* estaba en la misma esquina del edificio bajo y blanqueado, y no comunicaba con los demás departamentos del comercio, como si el dueño, obligado á transigir con el vicio, hubiera trazado una

línea divisoria que no traspasaba ni dejaba traspasar á nadie : el parroquiano que, después de comprar el pañuelo de seda, ó los estribos de plata, ó los calzoncillos *cribados*, quería remojar la garganta, tenía que salir de la tienda y rodear la casa. En cambio, lo que propiamente se llamaba la tienda de Hierro, y que, á primera vista, nada tenía que ver con la pulpería, era una sala espaciosa, rodeada de estantes repletos de mercaderías, sin más división que la establecida por la clase del artículo, con largo mostrador al frente, en que se apilaban las mantas y los *ponchos*, junto á los pinceles y las cajas de clavos. Y detrás, bajo el dosel que formaban los pares de botas y las prendas de vestir, colgando de las vigas del techo, y las cenefas de zaraza y de cutí que decoraban los estantes, aparecía la figura simpática y bonachona del Hierro más duro que diera jamás la mina de esta familia, una de las primeras pobladoras del partido de la provincia de Buenos Aires, al que he llamado caprichosamente Ombú.

Si la casa de don Román era conocida, mucho más lo era su dueño. Nieto del fundador de la dinastía, el primer Hierro que llegó al pueblo trayendo al hombro un saco de peluconas españolas y estableció la tienda en la esquina de la plaza, pasaba, como su padre y como su abuelo, por un carácter independiente y honrado, pero extravagante y áspero, dándoles punto y raya á todos sus ascendientes en lo cascarrabias y en sus rarezas de maníaco. Había sido juez de paz varias veces, y sus sentencias á lo Sancho Panza, llenas de buen sentido y excelente intención, se citaban como ejemplo de rectitud, á la vez que su conducta en las frecuentes ocasiones en que arremetió contra sus superiores, con el texto de la ley en la mano, discutiendo una orden

y resistiendo su cumplimiento, por juzgarla imprecendente ó inicua. Por lo cual, le despedían á lo mejor y él se iba á su casa, no sin haber plantado cuatro frescas al mismo gobernador, jurando que no volvería á ocupar más puestos oficiales... Y volvía, llamado por el clamor de sus convecinos, para saltar del sillón á los primeros pases, peleado hasta con el portero del juzgado:—Esta será la última vez—decía,—¡vayan ustedes á paseo! á mí no me sacan ya de la tienda; bastante tengo yo con mis negocios y mis dolores de cabeza; el gobierno desea funcionarios de estos que pasan por todo, y yo no soy tapadera de nadie. ¡Lo he probado!

¡Vaya si lo había probado! Y también su valor y su entereza, en dos invasiones de indios, en un tiempo tan frecuentes, que sufrió el desdichado pueblo: don Román se puso al frente de los cuatro soldados de que disponía y de los vecinos que quisieron acompañarle, y rechazó la invasión, más con los artículos de su tienda, que con los tiros de sus fusiles. Por lo menos, supo evitar las depredaciones de los salvajes, siendo en esto más feliz que su propio padre, que, en ocasión análoga, perdió mujer é intereses; de la horrible desgracia quedaban aún rastros y en el corazón de don Román la pena inmensa y jamás borrada de haber visto á su madre arrebatada por los indios y perdida en el desierto.

¿Era esto lo que inclinó su ánimo á la misantropía? Pasaba ya de los cincuenta, y aunque disfrutando de relativa holgura, no había querido casarse; él decía que mientras no se implantara en la República la ley del divorcio, que es algo así como una puertecilla de escape para el cónyuge encerrado en el calabozo del matrimonio, no aceptaría de buen grado el pesadísimo cargo de marido. Los gustos

cambian, y los caracteres y las figuras de las gentes, aunque el refrán diga que no, y ¿qué sería de él, obligado á aguantar hasta la muerte á mujer gazmoña, ó coqueta, ó loca, ó mala, ó deslenguada? si el matrimonio es un simple contrato ¿por qué hacerlo indisoluble? ¿por qué no permitirle al marido arrepentido y á la esposa aburrida decir ¡basta! de común acuerdo, y á otra cosa? ¿es mejor y más edificante condenar á dos seres, que no pueden sufrirse, á arrastrar el mismo grillete, dando á la sociedad y á la familia el triste espectáculo de sus rencillas, cuando más fácil y decente sería dejarlos marchar á cada cual por su lado? Estas teorías y otras más peregrinas aún sobre política y sobre cualquier tema de controversia, eran explyadas y sostenidas por don Román, en la tertulia cotidiana de las ocho, sentado en mangas de camisa delante del mostrador, en compañía del juez de paz, don Claro Aldúnez, el hombre más turbio que haya jamás servido á gobierno alguno y puesto allí precisamente para responder del éxito de las próximas elecciones; del comisario, una pieza que prometía dar mucho juego; del cura Piccolín, calabrés por más señas, un tunante que andaba á la zaga de todas las muchachas del pueblo y del que se decía si tenía ó no tenía con la pasanta de la escuela municipal, empeñado en la construcción de la iglesia, por lo cual, además de pillo, era pedigüeño; y otros amigos del dueño de casa. La lámpara ahumada alumbraba apenas la espaciosa sala; don Román hablaba, y cada cintarazo de su dialéctica hacía palidecer al cura ó rabiarse al comisario, si es que su sátira se refería á cosas de sacristía ó del gobierno, y si le contestaba, se enfurecía, golpeando el mostrador con el puño y haciendo mucho ruido, para sonreír después con su boca des-

dentada, cuando los otros dejaban de contradecirle. Los borrachos de la pulpería le hacían coro á veces, y él, que no gustaba de escándalos, se levantaba entonces, abría un ventanillo que en el tabique había, é imponía silencio sólo con mostrar su cara picada de viruelas, que desfiguraba más un gesto avinagrado.

Sin embargo, el que esto decía del matrimonio, con otros comentarios sabrosos acerca del amor, que sacaban los colores al dignísimo Piccolin, tenía novia, y era ésta la maestra de escuela, misia Perpetua Galán, á la que visitaba todas las noches, hacía la friolera de veinticinco años, sin que se diera ejemplo que hubiera faltado á la cita, á no ser por enfermedad ó fuerza mayor. A las nueve, después de despedir á sus contertulios y de haberles llamado bárbaros á todos, porque así terminaban siempre sus discusiones, genialidades que ellos le disculpaban, en razón de su buen fondo y de la ninguna hiel de sus rencores, mandaba á acostar á sus dependientes, dos muchachos á quienes había puesto, según su expresión, como un guante, y cerrada la tienda, se iba á casa de la maestra, á deletrear con ella la cartilla amorosa. No sé si era poca disposición de la dama, ó que él se daba muy mala maña, lo cierto es que todavía no habían pasado del a b c y en la misma página estaban, sin doblar la hoja, desde que siendo ella una linda chica de quince años escuchó de labios del hijo de Hierro el tendero la primera letra del misterioso abecedario. ¡Hacía veinticinco años! No pudo don Román ser amante y no quiso ser marido, contentándose con el título de pretendiente de aquellas gracias que se marchitaban, poco á poco, á su vista y paciencia... De sus coloquios con la novia sacaba siempre la cabeza caliente y los pies fríos, como el negro del sermón; pero no se decidía á dar el paso

fatal.—¡Muy pronto! contestaba á las preguntas de los padres de Perpetuita y á los parientes escamados. Los padres, aburridos, se fueron al cementerio á esperar el día del casamiento, y con ellos una vieja tía, harta ya de ver aquellos novios que, por más que el amor atizaba la lumbre, no llegaban nunca al punto de caramelo.—¿Cuándo, Román?—preguntaba Perpetuita, sintiendo flaquear sus carnes y sus esperanzas.—¡Muy pronto! La primera pata de gallo que la edad imptacable estampó en la cara de la novia, afeando sus ojos, que no eran malos, hizo decir á don Román :—¡Ya empezó el derrumbe! estas mujeres son flores de un día. ¡Miren ustedes si estuviera yo casado con ella! tendría que aguantarla vieja y fea, mientras que, libre como soy, tomo el portante cualquier día y ¡á vivir! La garra del tiempo siguió marcando jeroglíficos en el rostro de la señorita Galán; vinieron luego las canas, el abultado pecho se hundió, como globo que pierde el gas, y enflaquecida por la larga espera, perdidos los colores por la anemia, los dientes flojos y la voz cascada, seguía diciendo :—¿Cuándo, Román?

Una de las razones más plausibles que diera el novio empedernido para diferir la fecha del casamiento, fué la de su deseo de establecerse antes y tener con qué atender á las exigencias de su nuevo estado. Pero el viejo Hierro murió, heredó don Román la tienda, y no dió muestras de estar resuelto á premiar la abnegación de aquella pobre mujer, digna de figurar en el calendario, al lado de las muchas santas que la Iglesia venera como vírgenes y como mártires. Porque él se decía :—Yo soy un hombre raro, y vivo muy feliz solo en mi casa, ¿á qué meter en ella *polleras*, para que todo me lo revuelvan y convulsionen? Perpetuita me parece buena; al me-

nos, en el tiempo que hace que la conozco, nō he echado de ver nada en menoscabo suyo, pero... ¿no se mostrará así para apretar mejor el lazo? ¿y si saca después las uñas? ¿qué hago yo sin una ley que me autorice á plantarla en la calle y lavarme después las manos? no, vale más esperar y observar y reflexionar. ¡Casarse! así, tan fresco, no se tira al pozo nadie. Se había acostumbrado á aquella visita de todas las noches, y misia Perpetua vino á ser para él una amiga estimadísima, consejera avisada y confidente fiel; sin la golosina de sus encantos, ya marchitos, don Román admiraba las galas de su espíritu superior. Pero ella no se rendía al tiempo, ni á los desengaños, y repetía su sempiterna pregunta con el mismo fuego en los ojos y el anheloso suspiro de la impaciencia:—¿Cuándo, Román? Por distraerse, se hizo maestra de escuela, y en la lidia incesante con sus discípulos, en esta tarea de domar muchachos, encontró poderoso lenitivo á sus penas íntimas. En el pueblo, de burlas, glosando su nombre y su apellido, la llamaban *la del galán perpetuo*.

Si en las cosas que van ya apuntadas mostraba ser don Román un hombre raro, como él mismo se llamaba, los menudos detalles de su vida íntima venían á probarlo hasta la evidencia. En su cuarto, pegado á la tienda, no entraba más que Brígida, la criada vieja que le servía, y nadie, ni aun el mismo Fernando, su sobrino, que estudiaba Medicina en la Facultad de Buenos Aires y venía á pasar en Ombú todos los años las vacaciones, sabía lo que en el cuarto se encerraba, porque siempre estaba echada la llave; y si alguna vez, el italiano, encajado de la venta en la tienda, ó el mozo gallego, que despachaba bebidas en la pulpería, querían hablarle, se acercaban á la puerta con temor y llamaban al pa-

trón, sin pasar los umbrales, así estuviera sin llave ó entornada. Comía solo, en un extremo del mostrador, á las mismas horas y siempre los mismos platos, y nadie hacía uso ni de sus cubiertos, ni de su vaso; él mismo cebaba el mate, que no dejaba catar ni á su sobrino.—No lo extrañen ustedes—decía, paseándose con la calabaza en la mano,—es una regla de higiene. Al fin, no pedía ya disculpa de sus extravagancias, y todos las toleraban en razón de la costumbre. Otra de las manías de este hombre singular era la de pasar por subscriptor de cuanto periódico político había en la República; cuyos editoriales leía y releía, comentaba y anotaba, guardando como oro en polvo los, á su juicio, más notables: colección curiosa que le servía de arsenal para proveerse de argumentos en sus reyertas politiqueras.

Pero ni Brígida, ni los dos chicos, es decir, los que sufrían á diario y de cerca sus impertinencias, las toleraban sino á regañadientes: por una tela mal plegada ó una caja fuera de su lugar, había un cisco de mil demonios, y la vara de medir se agitaba en las manos del patrón, amenazando deslomar al culpable; pero, una vez corregido el defecto que su horror á la asimetría hacía parecer tan grave, se apaciguaba inmediatamente, su voz cambiaba, y si por acaso entraba en aquel momento un parroquiano en la tienda, era de ver la cortesanía con que se le recibía: —¿Esas botas? tanto, por ser para usted. Los pañuelos van muy baratos, á mitad de precio. Tengo trajes completos muy lindos, acabaditos de recibir. A ver, muchacho, muestra á este caballero los trajes de casimir y las camisas con vuelta de hilo y las mantas de vicuña. El mismo trepaba á la escalera, hurgaba en los estantes, abría paquetes, exponía en el mostrador todo cuanto de más valor y gusto al-

macenaba, y á cada gesto de indecisión del otro, prorumpía :—Se lo doy muy barato, por ser para usted ; á mí me cuesta mucho más. Lo cual era cierto, porque según estuviera de humor, alteraba la tarifa de los artículos, ó regalándolos caprichosamente ó empeñándose en no venderlos á ningún precio. Y cuando el que entraba no le era simpático, le echaba con cajas destempladas :—No, no tengo lo que usted desea, ni lo tendré en mucho tiempo ; servidor de usted. El italianito, por medio de expresivos visajes, daba á entender que lo que el comprador pedía estaba allí á la vista, pero don Román le imponía silencio, amenazándole con la vara :—No hay, señor, vaya usted á otra parte. Con sistema tan singular de mercar, no es extraño que el comercio no adelantara gran cosa, dando apenas para cubrir los gastos y ayudar á vivir.

Así y todo, tenía rasgos de buen humor felicísimos. Y entre ellos se contaba la famosa cuarteta ó lo que fuera, que improvisó una noche en la tertulia y que dedicó á su dependiente, al que un torticoli traía cabizbajo y desazonado ; esta cuarteta la he visto publicada en *El Noticiero Ombúense*, un periódico que en el pueblo sostenía é inspiraba el juez don Claro, órgano del oficialismo, y que la dió á luz en lo más álgido de la lucha electoral, para poner en ridículo á Hierro Bermúdez, caudillo del bando contrario, con quien había quebrado los platos. Debido á esta circunstancia, puedo darla aquí, para solaz del paciente lector : decía así :

Tienes la barba pegada al pecho  
Y si te digo que mires al techo,  
No lo harás tan fácilmente  
Pues te quedarás demente...

Hay que advertir que Fernando, el sobrino de Hierro, era poeta, y de los buenos; y fué con motivo de un primoroso volumen de versos que hacía poco publicara, que el periódico de Ombú, en odio al tío, sacó á relucir la cuarteta, á fin de probar que la inspiración poética era patrimonio de la familia.

Todo esto hacía á Hierro doblemente popular en Ombú, donde su influencia era grande; también es verdad que el vecindario le debía notorios servicios: en la época que al juzgado de paz estaban anexas las tareas edilicias, don Román, á costa de muchas fatigas y sacrificando su propio peculio, proveyó de alumbrado de petróleo al pueblo, hizo empedrar las calles que rodeaban la plaza, asear la casa de la municipalidad é ideó otras mejoras no menos necesarias, que llevó á cabo con admirable tesón; la torre de la iglesia creció algunos metros y el altar mayor y la puerta del centro se colocaron con toda solemnidad, así como una campana soberbia, de la que él fué padrino y que el cura Piccolin bendijo muy emocionado, en medio del regocijo público. Así, cuando se supo que el gobernador le había pedido la renuncia, por no prestarse á complacencias culpables, poco faltó para que se amotinara el pueblo, y del juzgado hasta su casa le acompañaron todos los vecinos, con músicas y antorchas.

El substituto que le dió el gobierno esta vez era un truhán de la peor especie, perseguido como cuatrero en varios partidos, acusado de toda clase de delitos, pero á quien la ley no había ajustado las cuentas todavía, porque la política pesaba en la balanza: don Claro Aldúnez era una especialidad en el arte de ganar elecciones, y lo mismo escamoteaba una urna que falsificaba un registro, haciendo con los votos adictos la multiplicación milagrosa que de

los panes y peces habla la Biblia, y cambiando á última hora el agua en vino, lo blanco en negro, es decir, la derrota del gobierno en triunfo soberbio. ¡Y no era poco el cortejo que se traía el nuevo juez de paz, para ayuda en la patriótica faena! Porque, naturalmente, á raíz de la solapada destitución de Hierro Bermúdez, se arrojó de los demás puestos oficiales del partido, con diversos pretextos, á todos los individuos que pudieran coartar á don Claro en su misión, y así se nombró comisario á un don Zoilo Aldúnez, hermano del juez; intendente municipal á don Martiniano Aldúnez, primo hermano del juez; á otro Aldúnez, secretario de la intendencia, y no quedando ya ningún miembro de la familia por colocar, los demás empleos de algún viso se repartieron entre los socios del Club del Pueblo, centro directivo, de acción y de propaganda, que sostenía la candidatura del doctor don Adrián Rodríguez de Eneene para la presidencia de la República, candidatura que, según datos é informes é indicios, apoyaba el gobierno con toda la fuerza del poder oficial.

Frente á esta candidatura se había levantado la del general Ordenado, que defendían don Román y los suyos, y así andaba el pacífico pueblo dividido entre *eneístas* y *ordenistas*, sin que hubiera noche ni pasara día en que unos y otros no se fueran á las manos, ya en la esquina de Hierro, ya en la plaza ó en cualquier calleja y con más frecuencia delante de los clubs de ambas agrupaciones políticas, situados plaza por medio: el del Pueblo, de los eneístas, y el del Orden, de los ordenistas, fundado por don Román en el local mismo de su tienda, en unas piezas que daban á la calle, inhabitadas desde los tiempos del primero de los Hierros; reyertas en las que el bando contrario al gobierno llevaba la peor

parte, pues á más de ser golpeados por sus rivales, cuando el número los vencía, no siempre, eran apaleados por el comisario don Zoilo y sus sayones, encerrados en la cárcel y sangrados con fuerte multa todas las veces que la escaramuza callejera se producía, y luego insultados en *El Noticiero Ombüense* con palabrotas que dolían más que los golpes de la autoridad.

Pero antes, mucho antes de la fundación del club del Orden y que la lucha electoral tomara en Ombú el carácter agrio y de intransigencia que llegó á alcanzar y de que acaba de hablarse, don Román y don Claro habían dejado de ser amigos, aunque nunca lo fueron más que de dientes para afuera. La llegada de don Claro, hombre sin arraigo en el partido, que nadie conocía, y cuya facha decía tan poco de su valer moral : bajo, muy metido en carnes, algo bizco, color y pelo de chino, la perilla criolla mal pergeñada, que atusaba con sus dedos rechonchos y sucios, usando con preferencia, por adulación á los gustos de la plebe, en su afán de conquistarla, las prendas y arreos de los gauchos, en las grandes ocasiones, y así se le veía de *chiripá* en el salón del juzgado, ó presidir, de bota y pañuelo al cuello, los premios de la escuela, y presentarse en la plaza, en una corrida de sortija, *poncho* al hombro, con un *apero* que daría envidia al paisano más *compadrito*... la llegada de este personaje y la descarada remoción de empleados superiores é inferiores que la siguió, inició el peligroso cisma que trastornó á Ombú, tan tranquilo mientras las riendas del gobierno interior estuvieron en manos del probo, del sensato y del estimadísimo don Román Hierro Bermúdez. En un principio, don Claro hizo muy buenas migas con don Román, al parecer; le visitó y le aduló, llamándole

el *tata* del partido, el protector del vecindario, y llegó á hacerse tertuliano suyo, en compañía de su hermano don Zoilo y de todos los Aldúnez, mayores y menores, que trajo consigo á comer del presupuesto ombúense; y don Román los recibió y agasajó á su manera, sirviéndoles la ginebra de su pulpería y su pintoresca conversación, en que su humor efervescente no dejaba títere con cabeza.

Como dos perros que se husmean, meneando socarronamente la cola, y van y vuelven, y pasan y tornan á pasar, mirándose de reojo, el afilado colmillo descubierto, prontos á lanzarse el uno sobre el otro, con gruñidos de cólera que la prudencia, parienta cercana del temor, reprime, así don Claro y don Román se preparaban á devorarse mutuamente, en medio del trato amistoso que parecía unirlos. Porque si don Román conocía con qué clase de pájaro tenía que habérselas, sabía muy bien don Claro que era Hierro el único obstáculo serio, y no por ser único menos peligroso, que se oponía á su misión. Hasta sus oídos habían llegado las proezas que en el partido realizara, corriendo á los indios y ganando elecciones, á pie, ó á caballo, lo que vale decir como juez ó como ciudadano, con el poder ó sin el poder. ¿No había de temer don Claro á un hombre que disponía de las simpatías y de los votos de casi todos, y aun el casi está de más, de todos sus convecinos, si sabía que, apenas se iniciara la lucha, la romería á la esquina de Hierro daría comienzo, y allí, delante del vetusto mostrador, se habrían de renovar los juramentos de incontestable adhesión al poderoso caudillo?—¿Por quién votamos, don Román? ya sabe usted que me tiene á sus órdenes, con los míos, en todos los terrenos; hasta la muerte, señor don Román...

El nuevo juez se vió aislado, en un medio completamente hostil, y con su fino olfato comprendió que no le quedaba otra cosa que hacer que agachar la cabeza é ir á la tienda, como todos. Y fué recibido según queda dicho, á pesar de la resistencia que opusieron el obeso don Crisanto, el médico, exaltado partidista, y todos los que vieron soplada su dama en los empleos respectivos que la codicia de los Aldúñez les había usurpado.—¿Espantar al lobo?—decía don Román,—¡torpeza y más que torpeza! atraerle, engañarle, amansarle con palmaditas en el lomo, y luego, cuando esté más descuidado, arrancarle las orejas.— Pero no contaba con la zarpa de don Claro, que era temible; mientras escuchaba las disquisiciones de don Román en la tertulia, dejándose llamar bárbaro, con otros epítetos no menos expresivos, y pasando por alto, sin pestañear, las perrerías que del gobierno se decía, preparaba él sus trabajos de zapa, y con promesas de empleo y untadas de mano se atraía á los descontentos, á los débiles y á los hambrientos, y fundaba el Club del Pueblo, eneísta ultra, y luego *El Noticiero Ombúense* subvertía el partido, atizaba las pasiones, compraba votos, comprometía conciencias, y todo lo corrompía y trastornaba. Y un día llevó á cabo la proclamación en Ombú de la candidatura del doctor Eneene, y con este motivo hubo festejos y carne con cuero y borrachera general de los escasos *manifestantes* que la partida de don Zoilo pudo reclutar.

En la noche de aquel memorable día entró don Claro en la tienda, como de costumbre, y se sentó. No diré que venía ebrio, pero sí un tantico alegre: traía en la mano un rebenque con cabo de plata, con el que daba golpecitos sobre la caña de sus botas, mirando con ojillos maliciosos á los concurrentes...

Hacía mucho calor (mediaba diciembre) y todas las puertas estaban abiertas y los tertulianos en mangas de camisa ó con la pechuga al aire; sobre el mostrador don Román, sentado á la turca y cerca del ventanillo de la pulpería, donde se oían rasgidos de guitarra y la voz quejumbrosa de dos gauchos que *payaban*, el mozo italiano disponía en una bandeja de latón pintado de negro, las copas de ginebra que su compinche el gallego le daba, de quien no se veían sino los dos brazos arremangados, al pasar por el agujero... — Muy buenas noches — dijo el juez echando el chambergó á la nuca, — aquí estoy porque he venido. — Y se rió, como si hubiera dicho una gracia, tirando de la perilla, y también se rieron su hermano don Zoilo y su primo don Martiniano y el Aldúnez chiquitín que borroneaba notas en la intendencia, risitas provocativas que no hallaron eco en la reunión. Miró don Zoilo á don Claro y volvió á reirse, y don Martiniano y el mozuelo también, y todos cuatro, apoyando las manos en las rodillas y haciéndose saludos burlones, lanzaron estrepitosa carcajada; luego se pusieron serios, y tornaron á reirse, en tanto que don Crisanto, el matasanos del pueblo, bufaba de rabia, y el cura se sentía nervioso y todos y cada uno, inquietos, esperaban que acabara hilaridad tan intempestiva ó estallara la bronca que se veía venir; la guitarra seguía gimiendo en la pulpería y el italiano llenaba las copas de la bandeja.

Don Román dió un porrazo con la vara sobre el mostrador, é interpeló al juez:

— ¿Se puede saber, compadre (y no lo era), qué quieren ustedes decirnos con esa risita?

— ¿Pues qué hemos de querer decir compadre, sino que estamos muy contentos?

— Ya se ve — saltó don Crisanto.

—Y ¿por qué están ustedes tan contentos, compadre?—preguntó de nuevo don Román con otro porrazo sobre el mostrador.

—Pues no es nada lo del ojo, compadre...

—Ja, ja, ja—hizo don Zoilo.

—Ja, ja, ja—hizo don Martiniano.

Y el juez se metió los puños en la barriga, y Aldúnez, el menor, el pañuelo en la boca, como una mordaza.

—Pues mire usted, compadre—dijo don Román, hinchado de coraje,—que ni á mí ni á mis amigos nos hace maldita la gracia su risita.

—Ninguna—apoyó don Crisanto.

El cura no dijo nada y miró las copas de ginebra, tiernamente y suspirando. Don Claro dejó de reir.

—Que no se alborote usted, compadre, pues no hay para tanto, y déjenos reir, que la risa es higiénica, y si no que lo diga mi apreciable amigo, el doctor don Crisanto. A ver, muchacho, trae esas copas.

Sirvió el italiano y fué á arreglar la mecha del quinqué, que echaba un tufo de todos los demonios.

Y mientras paladeaban todos el espirituoso líquido, el cura don Benvenuto, que éste era su nombre de pila, con chasquidos de lengua repetidos, dijo Aldúnez el mayor :

—¿No hemos de estar contentos, amigo Hierro, después del acto brillantísimo que todos hemos presenciado hoy?

—Un fiasco—rugió don Román.

—Completo—subrayó don Crisanto.

—Ridículo—repuso don Román en medio de la estupefacción de los Aldúnez, grandes y chicos.—¡Levantar la candidatura de un hombre como el doctor Enece! ¡y venir á proclamarla aquí, en Ombú, don-

de nunca los malos gobiernos han tenido defensores! ¡y proclamado ¡de qué manera! por los representantes de la autoridad! ¡porque fuera de ellos, de ustedes, no había más que cuatro gatos, atraídos por el olor de la carne con cuero! Lo que yo digo es que ustedes son unos grandísimos sinvergüenzas, y que es en balde el trabajo que se toman de querer dominar á la opinión. ¿Ve usted esta mano, amigo don Claro? pues en ella tengo los votos de todo el partido de Ombú, ¡y no iré á depositarlos ciertamente en la urna de los apestados eneístas!

A lo que el juez, muy descompuesto, replicó :

—¡Qué opinión ni qué ocho cuartos! Tenemos las armas y los Bancos, y con esto tenemos bastante. ¿Ve usted esta mano, compadre? pues en ella tengo la vara de la autoridad para deslomar á los apestados ordenistas.

La cosa se iba poniendo muy fea. Enredáronse don Román con don Claro y don Zoilo con don Crisanto en un pugilato de frases agrias, con voces tales, que unos pilluelos rezagados de la *manifestación* que quemaban cohetes en la plaza, se agolparon á las puertas de la tienda y la guitarra se calló asustada, y el gallego de la pulpería pasó la cabeza por el ventanillo... El cura, levantando la copa en alto, para ponerla á salvo de algún manotón demasiado elocuente, clamaba :

—¡*Pace, per Dio santo, pace!*

Pero no podía haberla para don Román, quien había dado un salto del mostrador, echando al suelo un rimero de cojinillos, y metía las manos por los ojos al juez, á don Zoilo y á todos los que le replicaban.

—¡Hay que concluir con estas vergüenzas—gritaba,—digo que hay que concluir con ellas! Una es-

coba para barrer tanta inmundicia es lo que nos hace falta, y un buen par de puños para manejarla. ¡Eso es!

—¿Su general de cartón, acaso?—chilló don Claro.

—Mi general ó el diablo, lo mismo da...

—¿Usted qué sabe, mequetrefe?

Esto lo dijo al joven secretario, que quería meter baza en la disputa. Y don Martiniano logró hacerse oír estas palabras:

—¡Si tenemos ganada la elección en Ombú, amigo don Román! ya lo verá usted: ¡está con nosotros don Tomás García Lucés!

La sorpresa de Hierro fué tan grande, que la réplica se le quedó atravesada en la garganta, y el médico pasmóse y dejó de zurrar al comisario. El juez aprovechó la ocasión para dar la estocada á fondo:

—Lea usted este papel, compadre, que he recibido hoy en el acto de la proclamación y sabrá cómo don Tomás García Lucés, cuya influencia en el partido no es menos que la suya, y que yo estoy por creer que es un poquito más, está de acuerdo con la política eneísta, y prueba de ello es que figura ya en la lista de diputados que sostendremos en las próximas elecciones. Verá usted también que el mismo García Lucés me anuncia la llegada inminente, inminente, compadre, del prestigioso ciudadano doctor don Francisco de Paula Trujillo, para trabajar esa opinión de que usted habla y asegurar nuestro triunfo en Ombú. Lea usted, y entérese bien.

—¿Qué he de enterarme, amigo?—aulló don Román,—digo que no lo creo, porque don Tomás es un hombre decente, y después de haberme acompañado siempre en la buena causa, no ha de hacerme á última hora esta cochinada.

—Yo tampoco lo creo—exclamó don Crisanto,—porque García Luces no es capaz de semejante traición.

—*¿Il signor García Luces?*—dijo don Benvenuto lamiendo el borde de su copa,—excelente persona, protector del culto.

Y señalando á la iglesia, cuya torre en la obscuridad parecía un gigante tajado por la cintura, añadió :

—*Quella fábrica le debe molto. ¡Dio le protegerá e á la sua familia!*

—Déjenos usted en paz—vociferó don Román, dando una manotada que hizo rodar la copa del cura. —Y encarándose con don Claro :—Miente usted, y con usted toda esa sabandija que se ha traído. ¡ Eso de ganarme la elección, lo veremos! y si don Tomás se ha pasado al campo enemigo, que con su pan se lo coma ; ¡ tan canalla ha de ser él como ustedes!

Acostumbrado el juez á los excesos de lengua de su contrincante, no le hizo caso, y eso que estaba alegrillo, pero se puso á reir como al principio, y también don Zoilo, don Martiniano y el secretario de la intendencia ; y el contagio de la risa invadió á los pilluelos que en la puerta presenciaban la discusión, y hasta la cabeza del gallego se permitió reir en el ventanillo ; ensordeció el coro de carcajadas... don Román, entonces, fuera de sí, cogió la vara, y arremetiendo con ella, unas veces de punta y otras de plano, sacudió el polvo á toda la banda de los Aldúnez : corría el juez, se llevaba las manos á la cabeza el intendente, el secretario se guareció detrás del mostrador y don Zoilo gritaba :

—¡ Diga usted si esto va en serio, para llamar á la partida!

Que iba muy en serio lo comprobó don Benvenu-

to, recibiendo un varazo en un hombro, que le hizo ver toda la corte celestial, y eso que no era dado al misticismo, á pesar de llevar hábitos; don Claro perdió el chambergo, y fué el primero, para sacar incólumes la dignidad de su cargo y su persona, que ganó la puerta, atropellando á los pilluelos, que reventaban de risa, y detrás de él se escabulleron los otros, despavoridos, quedando dueños del campo don Román, jadeante, sin soltar la vara victoriosa, y don Crisanto, entre risueño y preocupado... Las puertas de la tienda se cerraron, y al rato, la guitarra volvía á tañer en la pulpería y los cohetes á estallar en la plaza.

Vino la guerra entonces, pero no la guerra inmediata. Don Claro, muy diplomático, quiso echar á broma lo sucedido, dado el carácter de Hierro Bermúdez, pero le puso éste una cara la primera vez que se vieron después de la ocurrencia, y le dijo unas cosas, que no aportó ya por la tienda, ni los suyos tampoco, y la división se hizo irremediable. Lo que más trabajaba el ánimo del caudillo de los ordenistas, era la conducta de don Tomás García Luces, el más rico hacendado del partido, amigo y correligionario suyo de toda la vida, correligionario tibio, eso sí, porque don Tomás, rico y nada ambicioso, desdeñaba la política, pero amigo sincero y probado. Cuántas veces no había venido de la *estancia*, La Jovita, según era conocida, tan conocida en todo el partido y fuera de él, como la propia tienda de Hierro, en su tálburi, que él mismo conducía, arrastrado por el caballo overo (¿quién no conocía el overo de García Luces?) y allí platicaban, en la tienda, si don Román estaba abajo, en el Juzgado si estaba arriba, y con sus palabras amistosas sofrenaba sus ímpetus; porque él decía, y lo decía á gritos, que hombres co-

mo Hierro Bermúdez, de su temple, de su carácter, de su integridad, de su independencia, hacían falta en la provincia, y que era servir al partido el sostenerlos y defenderlos. Y cada vez que del potro del Juzgado saltaba á tierra don Román, la visita de García Luces, si estaba en su estancia, ó una carta cariñosa, si estaba en la capital, llegaba sin retardo, á reprenderle de su poca calma, que así comprometía los intereses vecinales. En la desgracia horrible de su vida, el rapto de su madre, la familia de García Luces acogió en La Jovita y consoló y auxilió á la familia de Hierro, y don Román, joven entonces, no podía olvidar el cuadro que ofrecía aquel matrimonio, sobre todo, la figura hermosa y triste de *misia* Jovita, la esposa de don Tomás; desde aquel día lúgubre databa la amistad, amistad no interrumpida jamás, y que cada suceso fausto ó desgraciado en ambas familias consolidaba, siendo la ocasión de demostraciones sinceras de pesar ó de alegría. Ultimamente, la mujer de don Tomás había muerto, y con tal motivo se cruzaron entre los dos viejos amigos telegramas y cartas cariñosísimas. —¿Y ahora salimos con esto?—decía don Román.

Escribió á su sobrino Fernando, y éste le contestó que sí, que era cierto que García Luces estaba del lado del gobierno y figuraba en la lista de los diputados eneístas.—«Ya le daré á usted más detalles, añadía, y verbalmente, porque así que salga de mi examen general, que me tiene poco menos que con las ansias de la muerte, como estudiantillo ramplón en vísperas de su primera prueba, tomaré el tren para Ombú, donde me parece que hago mucha falta: concluida mi carrera, las puértas de la política se me abren de par en par, y por ellas me vuelo, pluma en ristre. ¡Qué campaña, querido tío, vamos á emprender! ya lo verá usted; hay que hacer reaparacer *El*

*Eco de Ombú* (¿se acuerda usted que en él publiqué mis primeros versos?) y pegar de firme á la tribu de los Aldúnez y sacarla á rebencazo limpio del partido; no será ésta la primera vez que por medio de *El Eco*, y de su firmeza, se consigue limpiar á Ombú de la mala hierba. Y no se desanime por la deserción de García Luces: le han comprado con una diputación; ya sabe usted que siempre lo tuve por un montecato, viejo idiota que no tiene más que un mérito relevante: sus hermosísimas y adorables hijas, Jovita y Elena, las dos Luces más deslumbradoras que han contemplado mis ojos de poeta. Conque, querido tío, manos á la obra: si con García Luces el triunfo era seguro, sin él la lucha será más difícil, pero también triunfaremos, porque está con nosotros la opinión. Aquí, nada de nuevo; el Presidente, *mutis*, pero dejando hacer: no ha habido jefe de grupito ó fantoche político que no se le haya acercado, para tratar de adivinar en el gesto ó en la frase de S. E. cuál es el candidato de su predilección; ¡mire usted, tío, en dónde estamos! ¡qué política más sucia é indecente! ¡qué país, donde para elegir un Presidente, se consulta al Presidente y no á la opinión! y que el Presidente apoya á Eneene, téngalo usted por seguro; si no lo apoyara, el Gobernador, que sigue las mismas aguas, no habría cambiado las autoridades que no le eran fieles, como acaba de hacerlo, siendo usted una de las víctimas. Adiós, querido tío, y hasta pronto; mis afectos á mi respectable tía misia Perpetua.

»FERNANDO.»

Debo advertir, de paso, que este Fernando era tenido en el pueblo más por hijo, que por sobrino de don Román y la razón que autorizaba tal rumor era

que nunca se le había conocido á éste hermano, ni hermana, ni siquiera pariente en segundo grado; él hablaba de un primo, muerto en la capital... Lo cierto es que un día apareció el chico en la tienda, y nadie supo ni quién le trajo ni de dónde le trajeron, y se vió, con sorpresa general, á aquel hombre gruñón, dominado por la hipocondría, cuidar del niño y educarle, con ternezas de padre amoroso... Se llamaba Fernando Hierro. Y lo más singular del caso es que no se le ocurrió á nadie poner en tela de juicio la virtud de la señorita de Galán, que sufría el tro-yano sitio de que se ha hecho mención con admirable y nunca vista firmeza; tan bien conceptuada, y á título merecidísimo, estaba en el juicio de sus convecinos. Tocante á la supuesta paternidad de don Román, yo me lavo las manos y dejo que cada cual piense lo que le parezca en tan delicado asunto.

La carta del sobrino llenó de pesadumbre á don Román: quién había de decir que García Lucas... Ya se aclaraba el misterio de su silencio á la misiva, en que le comunicaba la renuncia del juzgado y los motivos que la fundaron, bien explícitos, para que no le viniera después con que «no tenía calma» y que «no sabía servir los intereses de los amigos». ¡Qué gesto habría hecho al leer el párrafo relativo al entronizamiento de los Aldúnez, con quienes se carteaba ya descaradamente, y lo que debía hacerse para combatirlos, todo en defensa de la elevada política del general Ordenado, de quien eran «ambos» entusiastas partidarios, y en bien del pueblo de Om-bú, por el que tanto habían luchado juntos!

—Manos á la obra—se dijo Hierro,—y no desanimarse, como dice muy bien Fernandito. ¡Ha llegado la hora de arrancarle las orejas al lobo!

Se le vió entonces desplegar la actividad asom-

brosa que le convirtiera en otros tiempos en árbitro de los destinos del partido ; las ruedas de la máquina estaban algo enmohecidas por la larga inacción, los resortes no funcionaban muy bien, pero con una pasadita de aceite de energía... ¡ No tenía él poca muñeca y una voluntad más dura que su apellido ! Reunió á los amigos dispersos, los exhortó, amonestó á los tibios, entusiasmó á todos, y el club del Orden se fundó, frente al otro, al enemigo, para oponer fortaleza á fortaleza y poder cruzar los tiros, llegado el caso ; y *El Eco de Ombú* reapareció más valiente y altivo que nunca, como gallo de pelea, arremetiendo briosamente contra *El Noticiero Ombúense*, al que dejó mal parado del primer espolonazo. La esquina de Hierro adquirió la animación de sus buenos tiempos ; los paisanos, caudillos menores del partido, acudían en sus rocines á prestar acatamiento al poderoso cacique, no sin detenerse antes en la pulpería y rezar una oración á la diosa de aquel templo, la santa ginebra ; don Román recibía á todos con su traje habitual de interior : camiseta á cuadros y pantalón de dril, muy ancho, cubriendo casi del todo las zapatillas de orillo, y con esta facha y el mate en la mano, se paseaba por la tienda, aparecía en la pulpería, se asomaba al local del club, dando órdenes é infundiendo ánimo : ¡ era la guerra á muerte contra el gobierno, contra el partido del gobierno !

Su tertulia de las ocho, más que las reuniones del club, fué el foco de los trabajos de oposición ; ya no se veía en ella ni á don Claro, ni á ninguno que pudiera ser tildado de eneísta : sólo el cura, don Benvenuto Piccolin, tenía entrada franca, sin estar afiliado al círculo, por su cualidad anodina de sacer-

dote, aunque indigno, como él mismo, con razón sobrada, se decía.

Y así las cosas, una tarde, Brígida entró á la tienda dando grandes voces, alborozada :

—Señor, señor, ahí llega el niño Fernandito en la diligencia ; le he visto por la ventanilla ¡ qué grueso está ! ¡ y parece que también llega el señor don Tomás, y también sus hijas, porque viene el tílburí con el overo y ese coche tan grande, tan grande, de La Jovita, con muchos baúles encima !

## II

Fué una entrada triunfal la de la diligencia en el pueblo, al galope de sus *mancarrones* sudorosos, y al compás de los chasquidos del látigo, del sonar de los cascabeles y del chirriar de las ruedas ; los vecinos salían á las puertas, las mujeres con los chicos en brazos, mientras los más talluditos corrían, unos delante sobre el colchón de polvo de la calle, otros por la acera enladrillada, tan alta que parecía un puente sobre un abismo ; y todos miraban á las caras cansadas de los viajeros, y pronunciaban sus nombres en voz alta, que eran transmitidos á los mirones más lejanos por el grupo de pilluelos alborotadores que precedía á la procesión. La cual venía en este orden : primero, la diligencia, con dos ó tres viajeros dentro, uno de los cuales, la cabeza fuera de la ventanilla, saludaba familiarmente á los conocidos, riendo de buena gana á cada grito que daban los muchachos en su honor :

— ¡ Es don Fernandito ! ¡ viva don Fernandito !  
¡ viva el *doctor* Hierro !

Venía luego el viejo tílburí de García Luces, y el señorón que en él se mostraba debía de estar muy contrariado de lo estrecho de la calle, que no le permitía tomar la delantera, y de la curiosidad de la población, que así se agolpaba á su paso, como si fuera una compañía de titiriteros con osos bailadores y monos sabios la que llegaba ; y contrariado debía de venir, por los saludos secos que repartía, sin que su boca sonriera, ni sus ojos miraran otra cosa que las orejas de su caballo. Enlutado, la barba blanca como capullo de algodón, daba tirones nerviosos á las riendas, incitando al overo á echarse á la izquierda ó á la derecha, y sus esfuerzos inútiles le arrancaban frases que no se oían, pero se adivinaban. El coche que seguía era el de las señoritas de García Luces, que los curiosos ombúenses no veían desde la muerte de su madre, ocurrida en el verano anterior, y todos se disputaban por distinguirlas y comprobar si habían perdido algo de su celebrada belleza. ¡ Qué habían de perderla, si venían ambas, las dos Luces, según comúnmente eran conocidas, como dos soles en todo su esplendor ! Los crespones de duelo cuadraban maravillosamente á sus cabellos rubios y á la tez pálida de dos caritas hechiceras, que en vez de competir, se completaban : porque si los ojos de Jovita, la mayor, eran más bellos, la boca de Elena, la menor, era de una pureza de líneas ideal, y así lo que se echaba de menos en la una, se admiraba en la otra, y lo que en la menor sólo agradaba, en la mayor cautivaba. Silenciosas, replegadas en un rincón, frente á frente, no mostraban ni curiosidad ni impaciencia ; más bien parecían tristes, sin duda porque el recuerdo de su desgracia las conmovía al

ver junto á sí, en el mismo coche, ocupando el asiento de la madre ausente, á la aya inglesa, que hacía ahora sus veces, y estar tan cerca de La Jovita, en aquel pueblo de Ombú, testigo de su infancia y de sus alegrías pasadas... Cerraba el cortejo un hombre á caballo, gaucho joven y buen mozo, que guiaba su tordillo, coquetamente enjaezado, y llevaba el poncho y el chambergo con aire tal de petulancia, la cabeza erguida, el busto rígido, las piernas tiesas, rozando con la punta del pie los estribos de plata, tan hinchado de satisfacción, como si fuera diciendo :—Yo soy Santos Frutos, ¿no conocen ustedes á Santos Frutos, el gaucho más buen mozo, el tenorio del partido, adorado de las mujeres, temido de los maridos, sin rival en echar el lazo, en *bolear*, en domar, en tocar la guitarra y *pagar*, más temible con el *facón* en la mano, que un ejército entero? pues, sí, señores, yo soy Santos Frutos, el hijo de ña Pascuala, la arrendataria más rica de la estancia de García Lucés; y si me ven tan compuesto, es porque voy escoltando á estas dos princesas, ¿no debo estar orgulloso de mi papel? ¡Paso á Santos Frutos, la flor y nata del partido! Y el caballo parecía participar de los sentimientos del amo, porque movía las manos y arqueaba el cuello y mordía el freno, salpicado de espuma, con relinchos sordos y golpecitos suaves de su cola rizada, como si estuviera también convencido de que no había en Ombú, ni en parte alguna, animal más hermoso que el tordillo de Santos Frutos.

Entretanto, la diligencia llegó á la esquina de Hierro, y se detuvo; y los carruajes de García Lucés, y el gaucho joven y buen mozo, tomaron entonces la carrera, pasaron la plaza, se metieron en una calleja y desaparecieron en medio de una nube de polvo, que arrebolaba el sol con sus últimos reflejos. De la di-

ligencia bajó el viajero que los muchachos llamaban don Fernandito : era chiquitín, muy moreno, de facha tan desgraciada, que no se sabía cómo la musa de la poesía le había escogido para heraldo suyo y paladín, aunque no fuera ni cojo, ni manco, ni tuerto, ni jorobado ; de esos que la Naturaleza, ocupada sólo en labrar la obra delicadísima del cerebro, ha olvidado decorar el exterior, que es lo que entra por los ojos del vulgo. Sin soltar sus maletas y respondiendo distraído á las demostraciones demasiado expresivas de los que le rodeaban y salieron de la pulpería á darle la enhorabuena, se estuvo Fernando un rato en la acera, mirando el cortejo que lo acompañara desde la estación del ferrocarril pasar y desaparecer entre la nube de oro... Pero ya Brígida se le había echado encima, tomando sus maletas y lo empujaba hacia la tienda.

—¡ Niño ! felices los ojos... ¡ qué grueso está ! venga usted, que el patrón le espera ; no ha querido salir porque...

—¿ Está enfermo mi tío ?—preguntó el joven alarmado.

—¡ Qué ha de estar enfermo ! de sus melancolías, sí, señor, siempre ; á ver *ahorita* que es usted *dotor*, si con toda la *cencia* que se trae en estas maletas, que debe de ser mucha por lo que pesan, le cura usted, niño, porque está enteramente... Déjenle ustedes paso y no le molesten más, que viene cansadito.

Abriólo ella misma, la excelente vieja, y Fernando la siguió, deseoso de substraerse á tanto apretón de manos y á los achuchones de los impertinentes.

—¿ Pero, por qué no ha salido mi tío ?—dijo Fernando.

—No sé, niño, ¿sería por no toparse con don Tomás? está más disgustado con él...

Mientras los otros rodeaban la diligencia, Fernando y Brígida se escabulleron y entraron á la tienda, donde don Román esperaba á su sobrino: abrázole más estrechamente que lo hiciera en su vida.

—Ya estás aquí hecho un médico de pies á cabeza —dijo entre dos abrazos.

—Aquí estamos, tío, para servir á usted y al partido.

Y como los curiosos amenazaban invadir la tienda, tío y sobrino, precedidos de la vieja, pasaron, no al cuarto de don Román, que era sagrado, sino al cuarto de Fernando, limpio y arreglado primorosamente, con flores frescas sobre la cómoda y la ventana abierta sobre el patio.

La vieja colocó el equipaje en el velador, y como se hacía de noche, encendió la lámpara, y luego dió vueltas en el cuarto, viendo si faltaba algo...

—¿Qué vas á tomar?—preguntó don Román.

—Una ración de descanso—dijo el joven,—y luego lo que me haya preparado Brígida.

—¡ Un pollito casero—exclamó la criada besando la punta de sus dedos con significativo ademán,—que es un dulce !

—Bueno, déjame descansar y me tracs ese pollo en dulce cuando yo te llame... ¡ ah ! y no me dejes entrar á nadie ; no quiero visitas.

—Ya lo oyes—apuntó don Román,—¡ á nadie !

—Pero ¡ qué grueso está !—repitió Brígida saliendo de la habitación.

Hierro el joven se recostó en el lecho, con un ¡ uf ! de alivio, apoyando el codo sobre las almohadas y la cabeza en la mano.

—Pues yo no te encuentro tan grueso como dice

Brígida—observó don Román,—al contrario, me parecen más delgado.

—Diga usted que sí, tío: ¡para echar carnes estamos los estudiantes! gracias que lleguemos al fin de la carrera con los huesos sanos... ¡Ay, me veo en el pueblo, con la borla de doctor y no lo creo!

Tampoco lo creía don Román, que devoraba con la vista al sobrino; estaba muy flaco, efectivamente, y en su rostro moreno, anguloso, de escasa barba, sólo los ojos atraían la atención, pues, con ser pequeños, eran tan brillantes, tan expresivos, que no parecía sino que todo el talentazo de su dueño estuviera asomado á ellos; pero si los párpados apagaban su luz, aquel cuerpecillo raquítico, como el de un niño de diez años, daba compasión: siempre había dicho don Román que el talento no le dejaba crecer. Le miraba y los recuerdos de su niñez y de su juventud le asaltaban...

—¿Te acuerdas, Fernando?

Fernando sonreía. ¡Y ahora estaba en Ombú, convertido en un médico hecho y derecho!

—Dígame, tío, ¿qué es de don Crisanto? ¿y su hijo? ¿y el boticario? ¿y el cura calabrés? ¿y la pasanta de misia Perpetua, aquella Figuración, que decían...?

Se pasó en revista á todo el pueblo, y la historia social ombúense, antigua y moderna, la trazó don Román con fidelidad realzada de ingenio, que hacía reir á Fernando: la memoria feliz del tío era un archivo de anécdotas alegres ó tristes, para todos los gustos.

—¿Y su boda, tío? ¿cuándo saca esa triste ánima, que lleva ya tantos años de fuego preventivo?

—Cuando tú te cases—contestó don Román riendo,—haremos las dos bodas en el mismo día.

Luego Fernãdo preguntó por el comercio.

—Y el comercio, tío, ¿qué tal?

Hierro Bermúdez hizo un gesto de desdén. No lo cerraba ¿sabía por qué no lo cerraba? porque se había acostumbrado tanto á la vida de mostrador, que el día que no tuviera parroquianos con quienes disputar y dependientes que reprender, sería hombre muerto. Sí, para él era una distracción suprema el verse entre los cachivaches de su tienda, y manosear las telas, y andar á trompazos con las cajas y arreglar los estantes á su gusto... Pero, la verdad era que no daba un centavo, y ahora con la crisis de la capital...

—Y la crisis, ¿qué me dices de la crisis?

Fernando levantó el brazo al cielo, dando á entender que aquél era un asunto tan grave, tan extraordinario, que valía más dejarlo á un lado y no meterse con él.

—Bonitos tiempos te han tocado, hijo mío—dijo don Román sentándose en el borde de la cama,—¡te digo que es para arrancarse los pelos! cada vez que pienso... Porque si tú crees que vas á hacer carrera peleando contra el gobierno... ¡En la oposición nadie puede medrar! ¡como si yo no conociera á mi país! aquí no hay lo que se llama el juego regular de los partidos: no hay más que un partido, el del gobierno, pues los cuatro gatos que le hacen miau desde lejos, no tienen la fuerza ni la organización de los verdaderos partidos, y nunca podrán llegar al poder; con las armas y los Bancos, como dice don Claro, tienen los del gobierno para sostenerse hasta el día del juicio. Y esto data del 74... Habían caído de cabeza en la política, y no podían dejar de rozar siquiera lo que don Román llamaba «la gran traición de García Lucés».

—Conmigo ha venido—dijo Fernando,—en el mismo tren, y el pobre viejo me ha parecido así como avergonzado, pues se retrajo de saludarme; sus hijas no, que me saludaron muy amables, como siempre. Cuando bajamos en la estación, pasó delante de mí, sin mirarme, y montó en su tílburí.

—¿Pero crees tú que le queda algo de vergüenza después de lo que ha hecho? mira cómo no se ha acercado á verme, según su costumbre cada vez que atravesaba el pueblo ¿piensas que es de vergüenza? de miedo, hijo, porque teme al potro de mi genio, como él dice. ¡Traidor! ¡Le quemaba yo en la plaza, como á Judas! No quise salir á la esquina á recibirte, por no tropezarme con él: me conozco, y creo que le hubiera dicho muchas cosas que no habrían sido de su gusto... Cuando Brígida me anunció que venía, sentí unos calambres en las manos, como si los dedos me dijeran: ¡ahógale, ahógale!

La pasada al enemigo de don Tomás García Lucas había llevado el desaliento á las filas de la oposición, y él, don Román, necesitaba de toda su energía y de toda su influencia para contener y remediar los malos efectos de la deserción de factor tan importante en la política de Ombú.

—Te digo que no sé cómo voy á componérmelas, no sé, no sé... porque la verdad es que de su bolsillo salían las misas.

—Pues no han de faltarnos fieles que le reemplacen; yo le traigo, entretanto, una palabra de aliento del general; el general cree que cuidando de evitar el fraude electoral, ganaremos la elección, porque la opinión unánime está de nuestro lado. Guerra al fraude, y á votar, que en don Tomás no se encierra la bienaventuranza, ya lo verá usted. Y á usted, como presidente del comité local, del club del

Orden, le toca desempeñar un papel principalísimo? mucho ojo en la banda de los Aldúnez, y adelante, á la cabeza de la opinión de Ömbú, que le seguirá con entusiasmo.

Así que el joven nombró á los Aldúnez, saltó don Román, como si le hubieran pinchado. ¡ Ah, no sabía él cómo estaba el pueblo con la gentecita aquella! ni en los tiempos de Rozas se habían visto las cosas que ahora se veían : la autoridad persiguiendo á sangre y fuego á todo vecino que no perteneciera á la comunidad eneísta : apaleamientos, asaltos de domicilio, prisiones arbitrarias, multas, insultos ; al hermano del boricario, ordenista, le encontraron una noche en la plaza, herido, y no se supo quién, ni cómo, ni cuándo ; á un ahijado de don Crisanto le dieron una paliza otra noche, tan feroz, que le dejaron por muerto, y andaba el muchacho arrastrando la pierna todavía ; la casa de Prieto, don Nicomedes, había sido asaltada, y los vándalos rompieron la loza y los cristales y los espejos : la señora de don Nicomedes casi murió del susto, y el mismo Prieto salvó la vida porque aquella noche se encontraba casualmente en la tienda de Hierro, de tertulia ; la partida de don Zoilo andaba á la caza de los vecinos, como si fueran vizcachas... ¿ Y los desórdenes armados en su pulpería por borrachos pagados, para imponerle multas, para *secarle* á multas, como había dicho don Zoilo? ; No haberlos muerto á varazos aquella noche que los tuvo acorralados en la tienda! ; hubiera sido el mayor servicio que en su vida habría hecho al pueblo! porque esto no era más que el principio : faltaba el rabo por desollar todavía...

--Y *El Eco*, ¿ qué dico *El Eco*? preguntó Fernando con ira.

*El Eco* era dirigido interinamente por el hijo de

don Crisanto, un muchacho de mediana inteligencia, pero que no servía para el caso, y así los artículos que soltaba en respuesta á los de *El Noticiero*, donde escribía el secretarillo de la intendencia, que era un *cachafaz* redomado, salían flojos é inofensivos; sólo aquellos que habían sido cargados con la pólvora gruesa de don Román daban en el blanco.

—El tiene su amor propio—añadió Hierro Bermúdez,—y no gusta que se le corrija, pero yo, á veces, le pido las cuartillas, y tacho por aquí y enmiendo por allá y le meto á todo mucha pimienta, para que pique bien. Y que les pica, lo prueba el empastelamiento del número del domingo último: figúrate que *El Eco* y *El Noticiero* se publican por la misma imprenta, porque no hay otra en el pueblo, de modo que de las mismas cajas salen ya enzarzados los dos periódicos, como gatos rabiosos. Fué el domingo á la imprenta Aldúnez el menor. Chichín, como le llaman, leyó el editorial de *El Eco*, en el que yo decía unas cosas de don Martiniano que levantaban ampolla, y como en aquel momento entrara Julianito, el hijo de don Crisanto, se armó la gorda. Allí mismo se dieron de sopapos, se insultaron y Chichín Aldúnez, furioso, revolvió las cajas... y *El Eco* quedó mudo por todo el día. ¿Crees tú que esta venganza dejó satisfecho al barrabás aquél? más que de prisa fué con el soplo á la familia, que Julián le había golpeado á él, ¡el secretario de la intendencia! pues, hijo mío, á la media hora don Zoilo echaba la zarpa á Julianito, y le mandaba al juzgado, donde pasó todo el día metido en el cepo.

—¿Y usted no intervino? ¡tío por Dios!

—Sí que intervine y le hablé fuerte á don Claro, muy fuerte... pero, nada. Me contestó:—Usted lo ha

querido, compadre ; no cedió á las buenas, ¡ pues cederá á las malas !

—No hemos de ceder—exclamó Fernando colérico,—ni á las buenas, ni á las malas ; ¡ no faltaba más ! mañana mismo tomo á mi cargo la dirección del periódico, como lo teníamos pensado, y veremos de conseguir imprenta propia ; ¡ ya pueden atarse bien los calzones todos los Aldúnez, porque va á haber lluvia de zurriagazos !

—Me alegro de verte tan bien templado—dijo don Román,—eso es lo que necesitamos : una buena pluma, bien afilada, como la tuya. Chichín va á meterse debajo de la mesa, así que tú te presentes. ¡ Pero, cuidado ! en esta campaña corre peligro el pellejo : he dado lo mejor de mi hacienda á la maldita política, y no me consolaría jamás que ella me quitara la alhaja más preciada de mi casa, este sobrinito que tanto bueno tiene que dar de sí todavía.

Con lo cual enternecióse don Román, hasta el punto que juraría que sus ojos se humedecieron, y se enterneció también Fernando, y tío y sobrino se abrazaron silenciosamente.

En esto estaban, cuando se oyó la voz de Brígida :—¡ Repito que no se puede pasar ; el niño está descansando, no se puede ! Y voces de hombre, que replicaban. Abrió don Román y entraron como un alud los tertulianos y amigos que venían á felicitar al viajero :

—¿ Dónde está ? ¿ por qué se oculta ? ¡ salud al hijo ilustre de Ombú !

Don Benvenuto, con el sombrero de teja en la mano, avanzó diciendo :

—*Buona sera, buona sera.*

Detrás venían don Crisanto y Julianito, el periodista malaventurado... Brígida, en el umbral, levan-

taba en alto un plato, donde descansaba el apetitoso pollo prometido...

Y cuando al día siguiente se levantó Fernando, aunque las visitas importunas y el cantar de los gallos en el corral y sus propios pensamientos no le dejaron dormir, era muy de mañanita todavía; asomóse á la ventana y vió á Brígida que daba de comer á las aves: en medio del patio, al pie de añosa higuera, los dos dependientes, delante de enormes barreños de hojalata, se entregaban á sus abluciones de costumbre.

—Buenos días, Brígida—dijo,—buenos días, amigos.

¡Qué alto estaba el cerezo! lo menos había crecido un metro desde el verano anterior; bajo el emparrado se veía colgar todavía su columpio de niño, comido de los años, y en la pared del palomar se divisaban sus garabatos hechos al carbón: cabezas que podían ser de hombre ó de perro ó de cualquier animal, tan inseguras eran las líneas y tan torpe el dibujo, y muñecos que no se sabía lo que representaban, y en medio de muchas firmas suyas que decían: *Fernando Hierro*, por todos lados y en todas direcciones, se alcanzaba á ver una X descomunal, muy espatarrada, en compañía de signos microscópicos que los ojos no leían, pero sí la memoria de Fernando: aquél era el primer verso que había escrito, y no era extraño que poeta tan subjetivo como él, que iba á contar al mundo la impresión profunda que había hecho en su corazón de adolescente la presencia en la tienda de su tío de la señorita de García Lucas, Jovita, la mayor, comenzara con aquel *yo* tan briosamente trazado. Ahí estaba su primer verso en la pared del palomar, y parecía tan indeleble como aquella impresión lejana, que subsistía á pesar del sermoneo dia-

rio de la razón, empeñada en convencerle que las niñas bonitas no hacen caso de los poetas pobres, y que más probabilidades de éxito alcanza, ante su caprichoso tribunal, una corbata bien anudada, que la manifestación más primorosa del talento. El joven suspiró. Ya estaba en Ombú y pronto comenzaría su lucha por la vida; tan animoso que se encontraba al llegar y ahora se entristecía y sentía inexplicable abatimiento, ¿era porque venía á quedarse definitivamente en aquel agujero, á pasar sus días como mezquino gusano de la tierra? ¿ó por las palabras desconsoladoras de don Román? ¿ó por los recuerdos que le trajera aquella Y del palomar: de deseos, de alucinaciones, de fatigas morales, de anhelos misteriosos, de esperanzas perdidas y de sueños irrealizables?

Brígida arrojó el último puñado de maíz, y se acercó renqueando á la ventana, pues he olvidado decir que tan excelente mujer, envejecida en el servicio de su amo, tenía una pierna estropeada, aunque esto poco importa al lector y al relato.

—Buenos días, niño, ¿qué quiere usted de desayuno?

—Aire, Brígida, mucho aire; después veremos. Dile á uno de esos muchachos que me ensille el caballo, ¿está bueno mi *rosillo*?

—Ahí está hecho un gran señor: come por cuatro y no trabaja... Diga usted, niño, ¿no se ha traído esta vez alguna de esas manos de muerto ó brazo ó pierna, para estudiar cómo tenemos los cristianos los nervios y cómo somos por dentro? ¡ay, Jesús, qué miedo me ha dado siempre verle tocar esas cosas! ¿no ha traído nada? mejor, porque yo no dormía pensando que al alma del difunto se le podía antojar venir en busca de su pierna ó de su brazo y

equivocarse de puerta y entrar en mi cuarto... ¿Y aquella calavera que tenía sobre su cómoda? un día le pasé el plumero y se movió, y tomé tal susto, que el patrón tuvo que guardarla. ¿De modo que los *doctores* no necesitan andar manoseando huesos de muerto? El que no va á estar contento con su llegada es el gordinflón de don Crisanto : ¡ si le va usted á llevar media parroquia !

—¿Quién, don Crisanto? ¡ un buen amigo ! anda, anda, al gallego que ensille.

Entró don Román en el cuarto, á medio vestir, diciendo :

—¿Ya estás fuera de la cama? me maravilla que no te hayas traído las malas costumbres de la capital. Así, así me gusta. Ahora tú á dar un paseíto y yo á tomar mi mate. ¿Ves? hoy estoy contento : hacía tiempo que no me sentía tan ligero de ánimo como hoy ; la verdad es que tú me hacías mucha falta aquí.

Dejóle Fernando en la tienda, instalado detrás del mostrador, con el brasero al lado y todos los enseres de cebar el mate, y salió en su *rosillo* á tomar aire y dar un vistazo. ¡ Qué feo le pareció el pueblo ! ¡ qué atrasado y qué triste ! ¡ qué calles y qué casas ! ¿y aquella iglesia que jamás tenía término? nunca le produjera Ombú impresión más desagradable. Picaba el sol, y el día se anunciaba caluroso ; Fernando pasó la plaza, mirando con el rabillo del ojo á la guardia de don Zoilo, que en la puerta de la comisaría hacía mucho ruido, arrastrando los sables y hablando fuerte, y vió también á Aldúnez el chico entrar en la intendencia, con el chambergo sobre la oreja, quien volvió para medirle con la vista, frunciendo el labio desdeñoso y encogiendo los hombros, como dando á entender que el nuevo campeón de los

ordenistas le parecía muy poquita cosa, y que él estaba ya preparado para la gran batalla, con la seguridad de salir vencedor.—Por las trazas él debe de ser, pensó el joven médico, ¡salud y guarda con los fondillos! La comisaría, la intendencia y el juzgado se hallaban instalados en el mismo local, en un caserón de altos, pintado de amarillo, al lado de la iglesia: la comisaría y el juzgado en la planta baja y la intendencia arriba; al deslizar la mirada en una ventana abierta del juzgado, percibió Fernando á un hombre echado sobre un sofá en la actitud más familiar y negligente que puede adoptarse, sin chaqueta, chupando del mate que un soldado de *chiripá* respetuosamente le servía.—Este es don Claro—se dijo Fernando,—no puede ser otro que don Claro, el jefe de la banda que nuestro paternal gobierno nos ha enviado; como viven todos en la misma cueva, de repente doy con los dos ejemplares de la familia que faltan, no menos curiosos que los que acabo de descubrir. Rodeó la iglesia, recibiendo el matinal saludo de don Benvenuto, que cogía hortalizas en su huerta, y para librarse de los conocidos que le detenían y mareaban con sus preguntas y sus felicitaciones, tan grande era la popularidad de los Hierro y tantas sus simpatías, quiso salir al campo, pero al pasar por las ventanas de la escuela municipal, á dos *cuadras* de la plaza, le hicieron *chist chist* de una de ellas y tuvo que detenerse, porque era la maestra, la propia misia Perpetua, quien le llamaba, la que él, mitad de burlas, mitad cariñosamente, distinguía con el nombre de *mi tía*. Allí estaba detrás de la reja, con un pañuelo á la cabeza para defender el cabello entrecano del polvo y un plumero en la mano, tan amarilla, que Fernando se compadeció de verla, ante los estragos que la clorosis había hecho desde sus vaca-

ciones últimas en el rostro y en el cuerpo de la admirable virgen ómbúense.

—¡Buenos días, *tía*!

—¿Qué tal, sobrino? ¿cómo es que pasas así de largo, ingrátón?

Bajó Fernando del caballo y *la del galán perpetuo* le estrechó la mano con un calor de que no se la hubiera creído capaz.

—Me encuentras más vieja que antes ¿verdad? es natural : los años vuelan y nosotros con ellos ; en cambio, tú estás hecho un hombrón ya ¿y ahora te quedas en el pueblo? lo celebro, hijo, lo celebro ; ¡qué engolosinado estarás con los placeres de la capital ! y cómo vas á extrañar esto... Ya vendrás á contarme muchas cosas de allá ¿verdad? ¡Figuración ! ¡Figuración ! venga usted, que aquí está *Fernandito*.

En el fondo de la sala (ocupada por los bancos de la escuela, con las paredes cubiertas de mapas desgarrados y manchas de tinta) iba y venía una muchacha robusta y frescota, que á pesar de mantener siempre los ojos bajos y la cara compungida, no conseguía dar á su persona el aire de misticismo que quería adoptar : era la pasanta, aquella que decían... Vino, dejó apenas rozar la punta de sus dedos por la mano demasiado familiar del joven, y tornó á su quehacer, sin decir palabra, ni levantar la vista.

—Está más beata que nunca—dijo *misia Perpetua* en voz baja,—todos sus momentos libres los pasa en la iglesia, arrodillada ante el altar de San Antonio, que es el santo de su devoción, y como la gente es tan mala, dice... ¡ya sabes lo que dice ! pura calumnia : este pueblo es un semillero de chismes ¡pobrecita ! confiesa y comulga todas las mañanas, y se ha vuelto tan mística que tiene éxtasis y visiones, y

el día menos pensado nos va á salir con un milagro, que será tan sonado como el de Lourdes ; ¡ verás !

—Pues á mí no me extrañaría nada eso del milagro—dijo Fernando mirando los colores de la muchacha y sonriendo con socarronería,—milagros así se ven todos los días.

—¡ Calla, blasfemo ! que tú serías el primero en venir á visitarla y confortarla.

—No tendría inconveniente ; ahora mismo ¿ se puede pasar ?

Riéronse los dos y charlaron todavía un ratito, sin dejar de extrañar Fernando aquellos eclipses parciales de su buen sentido de que padecía la lánguida señora ; y cuando ya, otra vez á caballo, se despedía, observó misia Perpetua con misterio :

—Ten cuidado, hijo, con lo que hablas y lo que escribes ; no nos vayas á dar un disgusto : mira que aquí estamos como en los mejores tiempos de la *Mazorca* ; á Román se lo he dicho y no me hace caso... Tú eres menos alborotado que él, pero ha de arrastrarte : valía más que se estuvieran quietos y dejaran que todo se lo lleve el diablo ¿ qué más da que Eneene sea ó no Presidente ? á nosotros nada nos ha de alcanzar...

Saludó el poeta y se marchó, convencido que las mujeres son las peores consejeras del mundo : ¡ dejar él de combatir á la canalla de los Aldúnez ! ¿ y todo por qué ? ¡ porque se exponía el pellejo y el premio á conseguir era inseguro ! pues, por eso mismo : él no iba á buscar nada en la campaña que emprendía, sino á cumplir sus deberes de ciudadano patriota y abnegado, á combatir hasta el último momento por la libertad, por el orden, por la ley ; ya le parecía corto el tiempo para decir todas las cosas que sobre tema tan grandioso tenía que decir ! su pri-

mer artículo en *El Eco* iba á hacer temblar el sable de don Zoilo y la vara de don Claro. Así como él no hacía versos persiguiendo éxitos de librería ó el aplauso frívolo y siempre apasionado de los contemporáneos, sino porque sentía verdadera ansia de desahogar su alma soñadora, tampoco buscaba en la política fines interesados y ambiciosos; exceso de lirismo que perjudicaba á su carrera, y él lo sabía, sin poderlo remediar.

Había salido del pueblo, entretanto, y se admiraba de la tristeza del paisaje como si fuera la primera vez que visitara la comarca.

Perdido Ombú en la monótona llanura de la pampa, como un barco en medio del mar, no ofrecía panoramas que algo dijeran al alma del poeta: aquí ó allá un grupo de árboles, un monte, denunciaba una *estancia*, y luego nada, ningún punto de mira en que descansar la vista: un ombú solitario, un rancho en ruinas y la inmensidad del cielo y la inmensidad del campo. Ahuyentando á los *teros* tímidos y al *chajá* vigilante, al galope pesado del *rosillo*, seguía un sendero que resultó ser el que directamente á La Jovita conducía: veíase allá en el límite engañoso de la planicie el grupo de árboles de la *estancia* como un oasis; Fernando galopó largo rato abstraído, y cuando se dió cuenta de la ruta en que estaba, volvió bridas como si aquel camino no fuera público y temiera ser en él sorprendido: le había parecido al mismo tiempo ver un carruaje que venía en dirección al pueblo, el carruaje de García Lucés quizá... Le había parecido verle y ahora le parecía sentirle, á su espalda, un trotecito ligero, como si corrieran para alcanzarle; no quiso mirar y castigó al *rosillo*, pero el trotecito se oía más cerca y rumor de ruedas y rechinar de ejes...

—Dejémosle pasar—pensó el joven,—pueden haberme visto volver y no quiero que digan que yo rehusó su encuentro : en el camino de La Jovita tiene que ser don Tomás por fuerza.

Refrenó el caballo y siguió andando despacio mientras el coche se acercaba : sonaban ya los latigazos y los resoplidos del animal que venía al trote y se detuvo al llegar al lado del indiferente jinete. Una voz dijo :

—Hola, Hierro, ¿vamos al pueblo? iremos juntos si mi compañía no le desagrada.

Era el mismo don Tomás quien tal decía, en su tálburi, con aquellas barbas blancas que, junto á la tez tan morena y arrugada, las cejas salientes y peludas y los ojos redondos, le daban el aire de un mono viejo cansado de saltar por el aro en los circos. Saludó Fernando con ceremonia y tiró de las riendas :

—¿Desagradarme? al contrario, señor García, tendré mucho gusto.

—Vamos entonces, amiguito, y de prisa, porque el sol nos da de cara.

Y siguieron el *rosillo* y el *overo* lado á lado, trotando acompasadamente. Aunque la cortesía le obligara á decir otra cosa, aquel encuentro había desagradado al joven y sorprendido, porque el señorón de La Jovita no se dignó mirarle siquiera durante el viaje que juntos realizaran la víspera y ahora no sólo le saludaba con el mote cariñoso y que le supo á demonios de *amiguito*, sino que le brindaba con su amable y honrosa compañía.

—Aquí de mi tío—pensó Fernando ;—embajada de paz tenemos.

La noche antes, Julianito, el seudo-periodista, en su carácter de cazador de noticias, había traído la

estupenda de que las principales autoridades del partido iban camino de La Jovita á presentar sus respetos al nuevo y poderoso aliado, y don Román, bramando, la comentó de esta manera :

—Verán ustedes cómo de esta visita alguna trapisonda sale ; no extrañaría yo ver por aquí á ese don Tomás, que Dios confunda, trayendo las bases de un avenimiento amistoso, ¡ que le libre su santo patrono, porque tendrá que habérselas con mi lengua y con mi vara !

Y recordando esto, se le ocurrió al joven aquella otra idea que le asaltaba cada vez que se veía frente á frente del orangután de feria que le obsequiaba ahora, desde su tílburí, con una sonrisita de fingida benevolencia :

—Pero, señor, ¿cómo un hombre tan feo ha podido tener tan lindas hijas?... bueno se va á poner mi tío cuando le vea entrar si es que á la tienda va.

De que iba á la tienda, se encargó de anunciarlo el mismo don Tomás, pues al preguntar por la salud de su bueno y muy querido amigo Román, apoyando mucho en lo de bueno y querido, añadió :

—A verle voy, y si no lo hice ayer fué á causa del cansancio del viaje y por no molestarle en sus expansiones de familia, ¡ demonio de hombre ! muy extravagante, intratable casi, pero excelente, excelente : nos conocemos desde jóvenes y le quiero, él sabe bien que le quiero.

Fernando daba cabezadas de asentimiento, siempre por cortesía. Don Tomás repuso :

—Pues yo me dije : nada, es preciso que no pase el día sin que yo vea á Román, á mi querido amigo Román ; no quiero que diga que si esto, que si lo otro, y ahora menos que nunca, que las cir-

cunstancias nos han colocado en diverso campo, porque, ¿qué tiene que ver, amiguito, la amistad con la política? si las ideas varían, como tienen que variar, pues ése es el progreso, los afectos no deben variar, no existiendo una causa grave y muy honda, ¿es verdad esto ó no es verdad?

El amiguito dió nueva cabezada, tan maquinal como las otras.

—Así es que—siguió diciendo el de las barbas blancas tocando ligeramente el lomo del *overo* con el látigo,—á mis hijas las he encargado que hagan preparar un almuercito criollo, bien criollo, pues poco he de poder ó he de llevarme á almorzar á Román, ¿tendría esto algo de particular?

Fernando iba á decir que, efectivamente, nada de particular tendría, pero se acordó de la manía de su tío de no querer probar sino los alimentos que él mismo condimentaba.

—Sin embargo, ya sabe usted que...

—Sí, ya lo sé, pero me río de sus manías: si yo le digo que tenemos unas empanaditas hechas de la propia mano de mi hija mayor, que es una maestra... Y usted mismo, doctor, podía acompañarnos á almorzar...

—¡Ahora sí que hubiera deseado el joven poder asentir con la cabeza y de palabra, como aceptaba de todo corazón el tentador convite! ¡almorzar en La Jovita, él! ¡maldita política! Dijo que tendría mucho gusto, pero que sus ocupaciones...

Quedó cortado, mientras balbuceaba esta excusa. Felizmente, don Tomás no insistió.

—¿Y usted viene á ejercer su profesión aquí?

—Sí, señor.

—Me alegro, hombre, porque cada vez que venía á mi estancia, no me dejaba dormir el temor de dar

en manos del muy bruto de don Crisanto : mire usted que sólo con lo que hizo con mi pobre mujer había para colgarle ; cuando llegó ella á Buenos Aires fué para caer en la cama y no levantarse más. Y no se ofenda usted : á mí todos los médicos me parecen lo mismo, y los jóvenes peores que los viejos, porque la práctica es mucho, mi amigo, vale mucho... ¿Usted será, por supuesto, ordenista?

—Sí, señor—contestó Fernando con altivez,—y á mucha honra.

—¡Malo, mi amigo! estos muchachos... Por el camino de la oposición al gobierno no se va á ninguna parte ; naturalmente que vendrá usted dispuesto á romper lanzas contra el partido encísta... pues peor, porque es fomentar las divisiones, ¿no valía más unirnos todos en una aspiración común y hacer las cosas en santa paz? Puesto su talento al servicio de la buena causa, habría ganado mucho usted y más Ombú, que lo que necesita es que lo dejen cuidar de su hacienda tranquilamente y no lo revolucionen con pendencias políticas más perjudiciales que la langosta y que todas las plagas.

No quiso replicar Fernando, porque deseaba dejar á su formidable tío la grata tarea de zurrarle la badana á aquel camastrón que se venía con discursitos patrióticos y zalamerías gatunas, con el solo objeto de remover los obstáculos que á su diputación pudieran oponerse. Y se admiraba de la metamorfosis de aquel hombre, que toda su vida no había sido otra cosa que un infeliz, un ser inofensivo metido entre sus vacas y sus carneros, sin ambiciones personales, porque más de una vez pudo ser juez de paz y no quiso serlo, diciendo á su amigo Hierro Bermúdez :

—Anda, Román, acepta el cargo en mi lugar : yo no sirvo, francamente, ni entiendo de esas cosas : tú

tienes más carácter y más práctica. 'A mí no me muevan de mi estancia, donde estoy al servicio de los amigos con mi bolsillo y mi buena voluntad.

Lo que cumplió siempre, aunque no con mucha largueza, pero sin sacar los pies del plato, ni hacer ni decir cosa que le pusiera en evidencia, empeñado en esconderse detrás de la personalidad del cacique ombúense, de don Román.

—Yo pago, tú obras—decía,—y el pueblo que cobre los beneficios.

Este desinterés, tal abnegación le habían cansado á la larga, sin duda, viendo al partido que él servía aporreado, diezmado, dividido, sin fuerzas para subir, ni esperanzas de lograrlo; y este hacendado de cortos alcances, que no se creía capaz para ocupar un juzgado, echó la capa al toro así que vió la posibilidad de calzar un puesto en el Congreso, quizá porque reputaba más fácil votar inconscientemente con la mayoría y recibir su paga mensual, que meterse en pleitos ajenos, con lo que demostró ni ser tan tonto como parecía, ni tan modesto y desinteresado.

El silencio del joven médico le hizo comprender que era pisar en falso abordar tema tan escabroso como el de la grave cuestión que los separaba, sin preparación ni cautela, y pensó que valía más guardar para el tío los proyectiles de su escaso arsenal, que buena falta iban á hacerle en breve. ¡Lástima de muchacho aquel! ¡no poder atraerle á sus filas! con ese aspecto de niño enfermizo, que un soplo echa á tierra, tenía una energía y una inteligencia y unos puños... Buena prueba dió de ello en aquella campaña de *El Eco*, en su primera época, ¡y eso que no tenía más de diez y ocho años! Chichín Aldúnez... Chichín Aldúnez iba á caer patas arriba al primer

golpe de su terrible contrincante, que con la edad y la experiencia debía de haber aguzado sus facultades. Ya tenían hecho su avío todos los eneístas del partido, si se ponía él al frente del periódico, como se anunciaba. Atrevióse á preguntar :

—¿Y ha perdido usted sus aficiones periodísticas? piensa...

Pero, Fernando no le dejó concluir y confirmó la suposición de Aldúnez el grande, que había dicho á don Tomás, en la visita de la víspera :

—Parece que viene á redactar *El Eco*, y más á matar eneístas que á curar enfermos.

—¡ Ah !—hizo el mono viejo—yo creía que usted estaba únicamente dedicado á la poesía y á la medicina...

Los ojos brillantes del joven le hacían daño, porque parecían gritarle :

—Pero, don Tomás, parece mentira, don Tomás, que tenga usted cara y alma y poca vergüenza para venirme con diálogos é ir con visitas á mi tío, después de lo que ha hecho.

Entrecerrando los carnosos párpados, dijo el del tílburí, á manera de lisonja, que en manos de sus hijas había visto un tomito de poesías que llevaba el nombre ya acreditado de Fernando Hierro, muy alabado de su hermano, don Buenaventura, el literato.

—¿Don Buenaventura Luces se ha ocupado de mí?—preguntó el joven sintiendo halagada su natural vanidad de autor, más por la clase de lectores que tenía, que por el juicio que mereciera de hombre de letras de tanta fama como el hermano de don Tomás.

—Y con mucho entusiasmo —añadió éste,—dice que será usted una gloria argentina,

¡ Atiza ! en su afán de ganar sus simpatías, arrojó sobre sus hombros débiles los laureles siempre verdes de los Petrarcas y Garcilasos, lo que obligó á Fernando, abrumado por tanto peso, á protestar de aquellos elogios exagerados, pues no había cosa que más le molestara y sentara peor que le echaran incienso á la cara.

— Muchas gracias — dijo, disgustado, — ¿ no sería mejor cambiar de tema ?

Iban ambos por el campo yermo, bajo un sol cada vez más ardiente.

— ¿ Ve usted aquella *tapera* ? — dijo de pronto don Tomás — representa una página triste en la historia de los Hierro, de su familia de usted.

Y señalaba no muy lejos, á su izquierda, un rancho en ruinas, sin techo, puertas, ni ventanas, como esqueleto de animal gigantesco que han devorado los cuervos : las paredes mostraban aún señales de incendio ; delante de la puerta, tapiada casi por la hierba, sobre un montón de piedras, una lechuza espiaba la llegada de los que turbaban con su paso la tranquilidad de su albergue.

— Ya lo sé — dijo Fernando, — allí vivió tía Encarnación, la que llevaron los indios.

— La madre de Román — repuso García Lucas, á tiempo que la lechuza alzó el vuelo con plañidero graznido ; — allí vivió y de allí la sacaron los salvajes. ¡ Qué tiempos y qué escenas, amiguito ! el padre de Román me arrendaba parte de este campo, que es mío, como usted sabe, hasta el límite de aquella laguna que se ve á la derecha. El tenía su tienda donde ahora está y donde ha estado siempre, y la familia allí, en ese sitio que ahora es una tapera, y entonces era un cuerpo de edificio bastante regular. Cuando vino la invasión, nadie la esperaba, y por lo tanto

Nadie estaba preparado para resistirla: vino como lluvia que no se anuncia con truenos ni relámpagos; la nube de indios cayó sobre el pueblo, robó, mató é incendió todo lo que encontró al paso y se corrió de este lado, no llegando á La Jovita, porque estaba ya harta y cansada, y luego desapareció en dirección al desierto, llevando el rico botín á sus madrigueras. Román y su padre, en la tienda, se defendieron como pudieron, pero la pobre Encarnación, sola aquí y sin amparo... Era una alhaja Encarnación, y ha sido una de las muchachas más lindas de Ombú; ¡buena presa hicieron los indios, buena! ¿ha visto usted indios alguna vez, amiguito? no estos mansos, ya domados, de los que se hacen hoy soldados y hasta criados, sino aquellos feroces bebedores de sangre, jinetes aguerridos, con la lanza en la mano y las crines al viento, desnudos, como una horda de demonios... ¡Le digo á usted, amiguito, que era cosa de temblar! felizmente, ya no pueden venir, como antes.

Esta página de añeja historia dió ocasión á don Tomás para hablar largo de su amistad con la familia, llegando á insinuar que mucho sentiría que por cualquier motivo pudiera enfriarse.

—Porque este Román—decía—es así, tan levantisco, que no sería extraño que con estas cosas políticas... ¿sabe usted si está muy enojado conmigo?

Eludió Fernando la respuesta, y como ya llegaran, quiso adelantarse con pretexto de anunciar á su tío la visita del señorón de La Jovita, pero éste no lo consintió, y juntos entraron en el pueblo, cruzaron la plaza y se apearon en la esquina de Hierro con sorpresa de los muchos vecinos que los vieron, pasmo de Brígida y acerbo disgusto de don Román.

### III

El cual, viendo que por sus puertas entraba el falso amigo que su rígida conciencia había ya excomulgado, se alzó detrás del mostrador y preguntó con bronca voz :

—¿A quién busca usted?

—¿Pues á quién he de buscar?—contestó don Tomás esforzándose por serenarse,—á mi querido amigo Román, á Hierro Bermúdez, el de Ombú.

—Haga usted cuenta que se ha muerto—rugió el tendero.

Y volviéndose al mozo, que sacudía el polvo de los estantes, le ordenó que atendiera á aquel parroquiano, y quiso marcharse : ya Fernando se había escabullido bonitamente, como diciendo : ahí queda eso. Pero el de La Jovita detuvo con un ademán á su antiguo amigo :

—Mira, Román, déjate de tonterías y hablemos, porque he venido á hablarte, á explicarte...

—¿Explicaciones á mí? ¿de haberse usted vuelto encista? ¿y á mí qué me importa?

—Te importa, Román, ya verás como te importa : si yo no quiero reñir contigo, porque si los intereses del partido me han obligado á hacer la evolución política que sabes...

—¿Del partido?—interrumpió el otro,—los

suyos, sus propios intereses, ¡ buen precio le vale á usted su traición !

—¿ Ves, Román? ya me insultas ; hablemos, si no como amigos, puesto que tú no lo quieres, á lo menos como gente educada.

—Rústico soy, y no entiendo de finuras ; además, para decir la verdad no me ando con repulgos. Digo y repito, que yo no quiero tratos con usted, después de lo que ha pasado ; si usted se ha aliado á nuestros enemigos, dejándome en la estacada, usted se sabrá por qué : váyase usted en hora mala á freir *papas* y déjeme en paz en mi tienda, que yo le prometo darme el gustazo de ganarle la elección en Ombú, esto es, que el partido donde tiene usted sus intereses y su influencia le rechace como diputado al Congreso.

Dió una palmada sobre el mostrador, que crujió como si fuera á desvencijarse, y el mono viejo hizo una mueca, que quería pasar por sonrisa : habíanse sentado ambos, don Román del lado de allá y don Tomás de este lado, separados por el mostrador, y en este tiroteo preliminar de la batalla, á no ser el tono y las palabras de Hierro Bermúdez, nadie hubiera dicho que reñían, porque adversario más manso que el de La Jovita no se encontraba ; el dependiente seguía dale que le das al plumero, atento en realidad á lo que oía, y no á su faena.

- Hablas como muchacho y no como hombre hecho á las cosas de nuestro país —dijo don Tomás ; - ¡ qué has de ganar la elección, ni qué ha de ganarla nadie contra el gobierno ! ¿ cuántas elecciones hemos ganado nosotros aun estando tú en el juzgado, lo que se llama ganar, real y verdaderamente, no por la mayoría de votos, sino por la sanción definitiva del triunfo?

—Porque viene el fraude y vienen los fusiles...

—¿Entonces...?

—Y en último caso, el Congreso que sanciona el crimen.

—¿Entonces...?—volvió á decir don Tomás, acentuando su mueca hasta figurar una sonrisita de burla.

—No hay más que cruzarse de brazos, ¿verdad? ¿y dejar que el gobierno haga y deshaga? ¿y el deber del ciudadano? ciertamente que casi no vale la pena ir á depositar el voto en las urnas, porque sabido es lo que se hace con los votos opositores, pero si todos nos entregamos en los brazos de la muerte, ¿qué va á ser del país? y lo que es esta vez, señor don Tomás, estamos dispuestos á ir hasta la revolución.

—Les echarán todo el ejército de línea encima y los reventarán como otras veces. ¿Cuándo vamos á aprender los argentinos?

—¡Nos reventarán, pero habremos cumplido con nuestro deber!

—Frases huecas—dijo don Tomás con desprecio.

—¡Para los que no tienen ni honor, ni vergüenza!

—Desahógate, hombre, desahógate—repuso tranquilamente don Tomás;—tienes la sangre muy caliente y hay que dejarte: á mí no me ofendes. Me haces gracia, ¡te digo que me haces gracia! que te he dejado en la estacada... pero, ¿qué pretendías? ¡que yo, que tengo intereses valiosísimos en el partido, siguiera exponiéndolos por llevar á cabo la quijotesca empresa de hacer oposición al gobierno de la provincia! ¿para qué? ¿qué me habéis dado jamás vosotros los ordenistas? vamos á ver, ¿qué ha sucedido siempre, mientras he figurado en vuestras

filas? que en llegando la época de las elecciones, y desposeído tú del juzgado, la policía se me echaba encima de mi establecimiento y perseguía mis peones y los encarcelaba y los robos se sucedían, se multiplicaban, estimulados los cuatrerros por la impunidad; todo, ¿con qué resultado para nuestra causa? que si ganábamos la elección en los comicios, el Congreso la anulaba después. Pues ahora he decidido que esta función no se repita: yo no quiero estar mal con el gobernador de la provincia, no quiero estar mal con el partido político que domina en la provincia, porque no me conviene, porque primero está mi estancia, y primero mis intereses que todo lo demás; y si nada vamos ganando en luchar y exponerlos á lo tonto, más vale contemporizar con ellos, los eneístas, ¡y á vivir!

—Acaba usted de confesar que son sus intereses los que le han movido á pasarse al campo enemigo.

—Como quieras; no hago cuestión de palabras.

—¡Pues yo digo y repito, á gritos para que me oigan los sordos y los que no quieren oír verdades, que aquel que en política pone sus intereses por encima de los sagrados de la patria, es un pillo, sí, señor, un pillo y un mal ciudadano!

—Echalo... ¡tienes una manera de discutir! ¡valiente genio! lo que acabas de decir, Román, no es una verdad, sino una tontería; si todos, absolutamente todos los que se meten en la política van detrás de su interés; la patria es una pantalla, un espantajo, y si así no fuera, no harían carrera, porque, desengáñate, el que se anda con remilgos y se encastilla en sus principios, se queda á la mitad del camino. Mira lo que acaba de succederte...

—No hablaba usted así antes.

—Porque estaba ciego.

—No dirá usted que voy yo buscando nada en esta campaña...

—Que has emprendido sin consultarme.

—No me hacía falta; ya sabía yo á qué atenerme respecto á sus opiniones... ni que me echo nada al bolsillo.

—Porque eres un zonzo rematado, y así te ha ido, y así te irá.

Bufaba don Román á cada respuesta de García Lucas, y lo que más le encalabrínaba era aquel tonillo tranquilo y amistoso de su interlocutor, táctica habilísima de don Tomás, que la usaba por primera vez, porque en las muchas discusiones que en su vida habían tenido, los dos se habían tirado á la cabeza cuanto improprio hallaran á mano, y quedado luego tan amigos, roncós de tanto gritar y afeerrado cada cual á su teoría; eso sí, el tú y el usted que en esta ocasión se cruzaban en el aire como dos espadas, eran de regla en el trato habitual de ambos, por caprichosa costumbre. ¡Y cuántas cosas dijo el tendero! todo lo que *le tenía guardado*, desembuchólo brutalmente, en esa forma descompuesta que daba á la más simple conversación suya el aspecto de una disputa de gañanes. Haciendo plieguecitos en una pieza de madapolán, que cerca de sí había, repuso el de La Jovita bajando la voz, para que el dependiente no se enterara de lo que iba á decir, el cual, entretanto, metía furiosamente el plumero por los ojos á dos muñecos que en la puerta estaban, sin respeto á tan graves personajes... Dijo don Tomás, plegando y desplegando distraídamente el madapolán:

—Román, ya has gritado demasiado y es tiempo que hablemos formalmente: yo vengo en misión de paz á pedirte que, en nombre de los intereses

locales, te abstengas de luchar en los comicios en las próximas elecciones; si te empeñas, la lucha va á ser sangrienta y no vale la pena de ensangrentar á Ombú para salir derrotados como saldréis, porque sin el poder en la mano, toda elección es perdida sin remedio. *El Eco* ha reaparecido y va á ser redactado por Fernandito... que no salga más, y si sale que sea para anunciar que los ordenistas se abstienen de acudir á las urnas, porque en Ombú no hay garantías, porque el gobierno es así y asá, y que patatín y que patatán: ya sabes el tenor de estas proclamas, que más de una vez, juntos, hemos lanzado al pueblo. ¿Qué sacas tú con esta actitud que yo te aconsejo? que no te gastas el dinero, no te haces mala sangre y devuelves la tranquilidad al partido: los eneístas harán su simulacro de elección y se acabó.

Levantó la cabeza, para juzgar del efecto de sus palabras, á tiempo que don Román echaba por su boca un terno, como un escopetazo.

—Pero usted, ¿qué se ha figurado? váyase usted á la tal y á la cual; le estoy oyendo y me dan ganas de pegarle con la vara. ¡De modo que se ha creído usted que yo, Hierro Bermúdez, voy á entregarme atadito de pies y manos á su soberano capricho, y que mis amigos van á seguirme como carneros! ¡Parece mentira que no conozca usted á Hierro Bermúdez todavía! dejar el campo libre á los Aldúnez, nada más que por darle la elección canónica á este buen señor, porque eso es lo que usted quiere: su amor propio no consiente que *su* partido le discuta su mandato de diputado, ¿qué van á decir en Buenos Aires cuando se sepa que García Luces ha sido derrotado en Ombú? ¿Y á mí qué me cuenta usted? yo le prometo, señor don Tomás, que sus amigos

de ayer vamos á hacer fuego á la lista indigna en que usted figura, sin miramientos, y que en el terreno de la legalidad no han de ganarnos ni á uña de caballo; afortunadamente, á pesar de su deserción, no nos faltan elementos: ahí están Prieto y Brama y tantos otros hombres de significación que nos acompañan.

—¡Prieto! ¡Brama!—exclamó don Tomás desplegando de golpe la tela que estrujaba,—no los creo capaces de votar contra mí.

—¡Y tan capaces!

—Román, en nombre de nuestra antigua amistad, vuelvo á pedirte...

—No se canse usted: en distinto campo estamos y á la lucha iremos.

—Vas á arrepentirte, Román: tu persona misma, tu sobrino, tu tienda, todo lo expones *al nudo*, como aquí dicen...

—¡Que el diablo nos lleve; ante todo, soy patriota!

Levantóse don Tomás irritadísimo y se dirigió á la puerta, como para marcharse, sin despedirse; pero se volvió, y dulcificando más el tonillo que no había abandonado en la conferencia, tornó á exhortarle con razonamientos, que don Román rechazaba de mala manera; por último, le invitó á almorzar con él en su estancia unas empanaditas especiales.

—Muchas gracias—contestó don Román con despego,—no he ido á almorzar con usted en tiempos de la difunta misia Jovita...

—Queda con Dios—dijo García Luces con más despecho que urbanidad.

—Que El le acompañe á usted—respondió el otro.

Y don Tomás salió, rabo entre piernas, y ocurrió

que á tiempo que llegaba al umbral, el italianito derribaba de un plumerazo á uno de los maniqués y le aplastaba las narices contra el santo suelo, poniendo sus ropas flamantes perdidas de polvo.

—¡Bruto! ¡más que bruto!—aulló el iracundo tendero.

Y se lanzó, vara en mano, sobre el culpable; don Tomás saltó por encima del *cadáver* y ganó su tílburí.

; Iba más quemado el señor García Luces! porque lo que don Tomás quería evitar á todo trance era precisamente lo que don Román había adivinado; que hubiera lucha en el partido, para salir de las ombúenses urnas diputado de pies á cabeza, elegido por unanimidad; así probaba á sus nuevos correligionarios la incontrastable influencia que en el distrito ejercía. Por esto, cuando recibió la carta aquella de su viejo amigo, en que le comunicaba su destitución y los propósitos que abrigaba de pelea y rebeldía, tuvo un disgusto muy grande, y no juzgando suficiente una carta para dominarle y atraerle, no quiso escribirle y determinó venirse.

—Contra mí no ha de pelear—se decía,—si no quiere ayudarme, que se abstenga y se esté quieto. Pero su disgusto aumentó cuando supo por boca de los Aldúnez, en la mencionada visita, cómo estaba de revuelto ya el avispero y la actitud intransigente y revolucionaria que habían asumido don Román y los suyos.

—Señor juez—había dicho don Tomás, agitando en el aire su peluda mano,—en Ombú no hay más que un jefe, con influencia y con dinero, y ese jefe soy yo; Hierro Bermúdez no es y no ha sido nunca más que un lugarteniente mío. Hierro Bermúdez hará lo que yo le diga.

—Román es muy bruto—pensó luego,—pero no creo que cara á cara resista á mis consejos; ¿á él qué le va ni qué le viene en todo esto? yo no le pido otra cosa sino que se esté quieto en su casa. Le hablaré con suavidad para no exasperarle, pues hay que andarse con tiento con hombre tan quisquilloso. Y de que no le hubieran valido ni buenas palabras, ni amistosas advertencias, para entrar en razón al indomable tendero, le ponía de malísimo humor; ¡bonito papel iba á hacer, no sólo ante el comité de la capital, sino ante las autoridades locales, á las que había ofrecido dominar á la fiera con una sola palabra suya! ¡que á él, don Tomás García Lucas, le disputaran la elección en Ombú! ¿y si le derrotaban y había necesidad de acudir al socorrido recurso de falsear los registros? no, valía más no dejar acercar á las mesas á ningún ordenista. Ya hablaría él á Prieto, don Nicomedes y á Brama y otros vecinos influyentes para ver de reducirlos y debilitar las huestes de Hierro Bermúdez; entretanto, se esperaría la anunciada visita del ilustre *leader* de los eneístas, el doctor don Francisco de Paula Trujillo, y con él se combinarían las bases de la resistencia. Dió un latigazo al overo, y al trote largo pasó la plaza y fué á detenerse delante de la municipalidad, donde estuvo un rato de palique con don Martiniano; don Claro y don Zoilo, avisados, salieron también, y respetuosamente, rodearon el coche del personaje, á la vez que Chichín, el denodado periodista, hacía saludos ceremoniosos desde el balcón de la intendencia; á poco, don Benvenuto se unió al grupo, y con esa untosa palabrería que acostumbraba, entre criollo y gringo, halló pretexto de decir que el altar de la Purísima estaba ya terminado, pero que al de San José faltaba dorarle las

columnas y pintar de nuevo el de San Roque: en cuanto á la torre, ni siquiera una hilada de ladrillos se le había puesto desde el año anterior, esperando la prometida suscripción de los fieles de la parroquia. Saludó á todos don Tomás y se dirigió á La Jovita, sin más tropiezo.

Eran las diez: el sol abrasaba, y la vasta é inculta llanura dormitaba bajo la atmósfera caliginosa: en la orilla de la laguna algunos patos salvajes se solazaban persiguiéndose con roncós gritos, ó se zabullían en las escasas aguas, y de vez en cuando el alerta de los chajás resonaba. Al paso del coche, huían asustados los teros, y la perdiz alzaba su certo vuelo; el olor característico del surillo, ó *corrino* que llaman, apestaba la comarca entera: la larga sequía hacía amarillear la hierba, abría grietas enormes en el suelo sediento y sólo el robusto ombú, la palmera de este desierto, se mostraba verde y lozano, ofreciendo franca hospitalidad al caminante. A causa de los numerosos baches y *riscacheras*, avanzaba el tilburi como barco que va hendiendo trabajosamente las olas, y ya sube, ya baja, ya se inclina de un lado, ya del otro: de pronto, suavemente se desliza y recorre sin obstáculo buen trecho, y otra vez parece que se hunde: don Tomás azuzaba el overo porque sentía mucho calor, y la fuerte dosis de corajina que le había propinado Hierro Bermúdez, le traía nerviosillo y descompuesto.

—¡Ingrato!—murmuraba descargando el látigo sin piedad sobre el fatigado animal.—¡hacerme á mí esta charranada! le ha de pesar, juro que le ha de pesar: ya se lo he dicho al juez: amigo, no hay avenencia posible con Hierro Bermúdez: es un bruto y no merece consideración alguna de nuestra parte. Esto, y decirle: haga usted con él y los suyos

lo que le dé la regalada gana, y encarcélelos, y empastele el periodicucho del fabricante de versos cada vez que se desmande, y use y abuse de todos los medios represivos que se acostumbra en estos casos para combatir la oposición, es lo mismo; ¡ya verá Román en la que se ha metido, y lo que le cuesta alzarse contra mí!

A quien le costaba, entretanto, era al molido caballejo, que pagaba con sus lacerados y no muy robustos lomos las cuentas de Hierro Bermúdez; el látigo de su dueño recorría el teclado de sus costillas en furioso *scherzo*, y como si esto no fuese bastante para desasosegarle, un racino de tábanos se prendía de cada una de sus orejas y le hacía crueles cosquillas, y en el hocico y en los ijares. Con las narices muy abiertas, husmeando la querencia, el freno cubierto de espuma, trotaba afanosamente, resoplando y pasando el plumero de su cola por las doloridas ancas: lanzó de pronto un relincho tan fuerte, que diera quince y raya á los rebuznos del rucio aquel de cervantesca fama, y don Tomás vió venir por el camino un tropel de vacas y de toros, que un gaucho conducía, á caballo, empujando delante de sí el desordenado pelotón y dando carreras ya á la derecha, ya á la izquierda, como perro de pastor que vigila el rebaño, agitando sobre su cabeza el enroscado lazo. Detúvose don Tomás, y á tiempo que la mugidora turbamulta le envolvía, reconoció en el conductor á Santos Frutos, el hijo de su arrendataria ña Pascuala, no tan lujosamente trajecado como la víspera, aunque no menos apuesto.

—¿Adónde vas, Santos?—gritóle.

—Al pueblo voy, patrón—contestó el joven,—llevo esta *tropilla pa* don Pedro Brama, y algunos encargos de las niñas, de la inglesa y de mi madre.

— Vaya por Dios! — exclamó García Lucas. — acabaditas de llegar están y ya necesitan fruslerías, algunas varas de cinta? mira, le dices á Bruma que queto vare con urgencia, y si te tropezaras por ahí á Prieto, don Nicomedes, también le dices que necesito hablarle.

— Bien está, patrón, ¿y por don Román, porque á la esquina voy?... —

— Nada!

— Ay, patrón! ¿será cierto lo que me ha dicho don Pancha, el mayordomo, que vamos á entrar en guerra con los de Huelmo Bermúdez? me alegro, porque mientras fue el por de por ninguna consideración ha tenido con los amigos. buenas multas me ha echado cada vez que sacaba el tacón en la ruleta, como si no fuera yo tan ordenista como él y como el que más; en cambio, ahora que estamos con el gobierno porque don Pancha nos dijo que había recibido una carta suya, en que le decía que habíamos de ayudar á las nuevas autoridades! basta que uno grase ¡viva Huelmo! para que lo dejen en libertad y lo movilicen! ¡viera usted, patrón, cómo nos están en el seno del Pueblo! gambra y cigarros y hasta á todo el que quere, ¿y la estancia? más guardada que nunca.

— ¡De nada! — dijo don Tomás sonriendo — que no te vengas sin pasar por el club?

— ¡Diga! va lo creo, y me traere mis libritas de hecho para la madre.

— Bueno, que te vaya bien, hombre, y que no se le olvide ningún encargo.

— Descuide usted, patrón.

Salí rápidamente al galope, revolvió el caballo, y al siguiente pelotón se pasó de nuevo en marcha.

y también el tilburi de García Lucés, quien iba diciendo :

—; Más guardada que nunca La Jovita! á ver, ¿qué dirá á esto el terco de Román? no, como que vale más *ponerse de punta* con el gobierno...

Llegaba, entretanto, al monte y el overo entró resueltamente en un camino más suave, bordeado de árboles, y luego en la ancha senda de un parque frondoso y al volver de un recodo, apareció, no el soberbio palacio con gallarda columnata que la inmensa fortuna de García Lucés hacía prever, sino mezquino edificio, revestido de cal, manchado por las sucias chorreras de la lluvia y el verdín que esmaltaba zócalos y cornisas, lleno el revoque de ampollas que, al agrietarse, mostraban el desnudo ladrillo; un jardinillo asaz mal cuidado lo precedía, y en un banco, á la sombra de hermoso naranjo, Jovita y Elena leían una carta y mistress Cowan, el aya inglesa, un periódico, cuando el carricoche del mono viejo desembocó en la calleja central del parque, con ese rechinamiento de ruedas sedientas de aceite que le denunciaba de lejos, tan antiguo era y tan maltrecho estaba aquel tilburi, célebre en los fastos ombúenses.

Pues esta casa de tan pobre apariencia era la misma que la familia de García Lucés había siempre habitado; edificada por el padre de don Tomás, en tiempos que la llanura de Ombú era un desierto abierto á las depredaciones de los salvajes, atendiendo más á las comodidades y á la seguridad que al arte y al buen gusto, pasó á manos del hijo, espíritu estrecho y codicioso, que no se cuidó más que de que no se desmoronasen las paredes, de ladrillo malo y barro ruin. Allí pasó los mejores años de su vida, aislada de todo trato humano, la pobre mujer

que don Tomás arrancó á las comodidades de su hogar y al cariño de los suyos, para hacerla su esposa, y allí nacieron las dos chicas. ¡Qué vida aquélla! misia Jovita, como la última de las fregonas, lavando, planchando, en la cocina y en el establo, abrumada por la lidia de la casa y de la familia; don Tomás, en el campo, de sol á sol, entre las vacas y los carneros. Y siempre con el temor del indio, que rondaba la habitación del cristiano. El trabajo, la escasez, los sobresaltos, la tristeza, robaron la salud á la desventurada señora, y cuando volvió al mundo de los vivos, después de larga reclusión, conseguida la fortuna que don Tomás ambicionaba, estaba tan envejecida y exangüe, que daba lástima. El cambio de posición impuso cambio de vida; pero no era don Tomás hombre que podía renunciar á sus inveteradas costumbres: se convino en pasar el invierno en Buenos Aires en comfortable casa, y el resto del año en la estancia; más tarde, el decorado interior del vetusto edificio sufrió alguna modificación, aunque pequeña y de acuerdo con la fama de tacañería de que el rico hacendado disfrutaba: todos los muebles que el uso ponía fuera de combate en la casa de la capital, eran transportados á Ombú, porque él decía:

—¡ En la estancia cualquier cosa sirve!

Y así aparecían aquellos cuartos, alhajados de tan extravagante manera, como la mejor surtida tienda de viejo. Pero, cambio fué aquél que no devolvió ni la salud, ni la alegría á la señora de García Lucea, y la enfermedad contraída en una existencia tan opuesta á su educación y á sus gustos, siguió su natural desarrollo y dió con ella en el sepulcro. Sólo la muerte pudo librarla de la vista poco

grata de los cuatro muros que sirvieron de prisión á su juventud...

Al rumor del carruaje, levantó Elena su linda cabeza, y con un grito de pájaro asustado, exclamó :

—Ahí está papá.

Jovita miró con insistencia, y al notar que el padre venía solo, pasó una nube por el cielo de su frente, de disgusto ó despecho, sin duda. Las dos hermanas abandonaron el banco, y de bracero salieron al encuentro de don Tomás, mientras la inglesa, un estafermo expedido directamente de Londres en gran velocidad, más seca que un esparto, de carnes y de trato, continuaba su lectura, flemáticamente.

—¡Jesús, papá, cuánto has tardado!—dijo la hija mayor, tan pronto como el viejo García Lucés echó pie á tierra.

—Pero, hija, ¿creerás que habrá sido por gusto? traigo un calor y un hambre y unos humores...

—¿Por qué, papá?—preguntó Elena.

—Vete á preguntarlo á Hierro Bermúdez, ó, mejor dicho, no le preguntes, porque con ese desagradecido no quiero nada.

—De seguro que has tenido una disputa con él —observó Jovita, cuya frente nubló más la nubecilla de disgusto,—y disputa de política, que son las más tontas y sin fundamento ; cada vez que riñes con don Román, vienes con la misma retahila : ¡no he de volver más, no quiero verle más! y vuelves y le ves : hoy será como ayer, y como siempre.

—Te digo que ésta es la definitiva.

—Si él tendrá sus ideas, papá...

—Claro, y yo las mías... Vamos á almorzar y no me hablen ustedes más de semejante loco, si no quieren darme un disgusto.

Se dirigieron á la casa, y al pasar ante el banco

en que la frígida mistress leía su periódico, hubo que gritarle para que se levantara y los acompañara al comedor, pues esta señora venida á menos, era muy sorda, aunque no lo confesaba; y Elena, cercandó su boquita de rosa á la desmesurada y morenota oreja del padre, le contaba, con risitas comprimidas, los sustos de la mistress en la pasada noche, soñando que unos indiazos muy feos venían á cogerla de las piernas y se la llevaban arrastrando, y otros, con trompa de vampiro, la mordían y chupaban la sangre.

—¡Qué disparate!—exclamó don Tomás, olvidando su mal humor con la risa que el secreteo de la niña le produjo,—si por aquí hubiera indios y se les ocurriera beber sangre humana, cosa que nunca se les ha ocurrido á los de por acá, aviados estaban si iban á buscarla en las venas de esta respetable señora; corrían el riesgo de perecer de sed. Diga usted, señora—prosiguió volviéndose hacia el aya, que los seguía como autómatas,—¿cree usted de veras en que aquí andan indios?

Repetida la pregunta en el más alto diapason, chapurró la inglesa con terror:

—*South-America* llena, llenita de indios, todos indios.

—Muchas gracias, por la parte que me toca—saltó el viejo;—así piensan ustedes, los europeos, de nosotros. Míreme usted bien, ¿tengo yo facha de indio?

No, de indio no la tenía, seguramente, pero sí de mono, tan clavada, que no podía darse más. Mistress Cowan lo pensó, sin duda, pero no dijo nada, y con la cara más compungida del mundo, haciendo pucheritos, muy estirado el vestido negro, como espingarda dentro de su funda, el gorro de volantes

plegados con cintas negras en la cúspide de su cabeza gris, subió las gradas del corredor delantero de la casa...

—Esta inglesa me parece una solterona histérica de marca mayor—dijo en voz baja don Tomás;—hemos hecho mal en tomarla así, como fardo cerrado.

—¡Pobre mistress!—exclamó Jovita;—si es viuda, papá...

—Bueno, lo mismo da.

—¡Y más desgraciada! su marido se ahogó en un viaje que hizo á la India; el hijo único se suicidó; el padre y la madre se volvieron locos...

—¡Lucidos estamos!—dijo el viejo;—el día menos pensado pierde ella la chaveta también y nos da un susto; todas estas señoras... en decadencia, tienen la misma historia de lágrimas.

Entraron en el comedor, la habitación de la casa en que el aire de *bric-à-brac* predominaba más: de roble la mesa, de caoba el aparador y de nogal las sillas, con cortinas de brocatel, de corte antiguo, que habían adornado una salita de la casa de Buenos Aires; todos cuatro se sentaron, alrededor de la servida mesa, pues el aya esperaba allí, enfrascada de nuevo en su lectura; las ventanas abrían sobre el jardín, y si no fuera por las vigas blanqueadas del techo y las paredes desnudas, habría sido alegre aquel comedor.

—Papá—dijo la parlanchina Elena, poniendo la servilleta bajo su barbilla,—¿sabes de quién es la carta que me entregaron ayer, cuando salíamos á tomar el tren, y que quedó traspapelada en las maletas, sin que pudiéramos dar con ella en todo el viaje? de Alcira Eneene.

—¡Hola!—exclamó don Tomás deteniendo la

acción ofensiva de su cuchillo sobre el trozo de carne cocida, que sobre un colchón de arroz, de patatas y zanahorias y coles y *zapallo*, descansaba en la fuente que tenía delante ;—¿y qué dice, qué dice la hija de nuestro candidato?

—Pues nada... que se divierte mucho en Mar del Plata, que baila, que pasea, que se cambia de traje cuatro veces al día... que el héroe de los cotillones es Perico Trujillo, aquel tipo con cara de madamita, que tanto nos aburría el año pasado.

—No le pongas motes al hijo de mi amigo el doctor Trujillo—observó el padre haciendo el severo,—de huésped vamos á tenerle muy pronto.

—¿Aquí?—susurró Jovita—; ay, papá! si supieras qué poco humor tenemos para recibir visitas...

—¿Qué hacerle, hija mía? el doctor Trujillo viene en comisión del partido á Ombú, y nada más natural que se aloje en nuestra casa; en cuanto á Periquito, no sé ciertamente si vendrá, pero yo me inclino á creer que sí.

Y dijo esto, mirando de soslayo á su hija mayor. Mistress Cowan, entretanto, engullía en silencio, sin acordarse remotamente siquiera de los indios, ni de sus desgracias... Como langostas en campo fértil, un enjambre de moscas invadía las fuentes, zumbando sobre las cabezas, pegándose á la piel con asquerosa familiaridad, perseguidas á golpes de plumero por el negrilla que servía; afuera, entre el follaje, la torcaz ensayaba su cantar melancólico...

Los días pasaron, largos, monótonos, tan iguales el ayer al hoy y el hoy al mañana, que parecían regulados por una máquina, que máquina es la costumbre; días de *estancia*, de levantarse con el alba y acostarse con el sol, intermedios de mesa y siesta y paseítos á caballo por la tarde ó lotería de cartones

por la noche, como extraordinario. Don Tomás en La Jovita no era el hombre encogido de la ciudad, que se ahoga en las calles estrechas y va dando tropezones con la vista en los edificios; criado en la pampa sin orillas, y acostumbrado á recrearse en su inmensidad, á respirar su aire, á escuchar su silencio solemne, en viéndose en sus dominios se encontraba en su elemento, como en el mar el marino. Vestido á la usanza gauchesca, con *chiripá* á veces, con *poncho* siempre, en el campo andaba de ceca en meca, vigilando las faenas de su establecimiento, ora la esquila, ora la hieira, ora el sembrado de maíz, ó el corte de alfalfa, ó el trillado del trigo, según la época; cuatro leguas medía su propiedad, cuajaditas de ganado, que él recorría como señor feudal, haciendo estaciones en los *puestos*, sin desdeñar el mate que se le ofrecía, la lonja de *churrasco* sabrosísimo, ó el vasito de tónica ginebra, y hecho al trabajo rudo, no era extraño verle predicar la virtud con el ejemplo, empuñando las tijeras de esquila, ó la marca enrojecida. Salía muy de mañanita, en manso rocinante, y á veces no venía á almorzar ni á comer, pero muy contadas eran éstas, pues al dar el cuco del comedor el mediodía ó las ocho de la noche, ya se oían en el corredor las pisadas de sus botas y entraba muy erguido á pesar de sus sesenta años y de la natural fatiga de sus correrías. Si el tiempo era malo, pasaba el día echado en un sillón, no leyendo, porque abominaba de los libros, sino mirando llover por la ventana abierta de la salita, malhumorado, esperando el primer rayo de sol para irse por esos campos.

Cuando los pleitos políticos estaban en manos de Hierro Bermúdez, pocas visitas llegaban á La Jovita; pero ahora que don Tomás, picado por la am-

bición, había formado bando aparte y erigídose en jefe absoluto, los visitantes no escaseaban tanto, siendo los más asiduos los cuatro Aldúnez, lo más granadito del Club del Pueblo, y el cura Piccolin, que allá se iba donde le confortaran mejor el estómago. A don Pedro Brama y á Prieto, don Nicomedes, dos paisanotes cerriles, con muchos pesos, muchas barbas y mucha influencia, antiguos amigos de don Tomás, como Hierro Bermúdez, cuando don Tomás defendía la causa del general Ordenado, se los vió llegar un día, y cuentan que tuvieron una larga y tempestuosa entrevista con García Lucés, en que declararon que «primero se dejaban cortar la cabeza, que renegar de su partido».

Si don Tomás no se aburría en la estancia, por la vida activísima á que se entregaba, tampoco se aburrían las muchachas, y no porque les sobraran diversiones. Era la mayor de las Lucés de espíritu cultivadísimo, adorno de la belleza muy poco en moda hoy día, de claro talento y genio apacible: de esas personas acostumbradas á hablar consigo mismas y poco comunicativas, por lo tanto, pero sin caer en la misantropía ó la displicencia. Elena, la menor, era más alegre, más locuaz, menos impresionable, y no gustaba de pasar, como su hermana, horas enteras bajo el naranjo en muda conversación con un libro ó con sus propios pensamientos, sino corretear por la casa, montar á caballo, como la más ágil amazona, ordeñar la vaca y cazar pájaros con liga; las dos hermanas parecían la madre y la hija, á pesar de la corta diferencia de edades: tan seria y reposada era Jovita, y tan traviesa y juguetona Elena. ¿Era porque Jovita ocultaba ya el encantador secretito de los veinte años? lo cierto es que la mayor no dejaba de la mano un libro, su mejor amigo,

que consultaba muchas veces al día y que velaba su sueño en la mesilla de noche, libro de versos, de corte y perfume becquerianos, que la hacían palidecer de emoción ó derramar lágrimas silenciosas. Esto parecerá sensiblería ridícula ó romanticismo trasnuchado, pero tengo para mí que todas las muchachas tentadas por el diablillo del amor cojean del mismo pie; ¿quiere esto decir que Jovita estuviera enamorada?; cualquiera descubre los secretos de estas chicas, que no se confiesan sino á su propia conciencia! Queda sentado, entretanto, que eran las dos Luces muy modositas, muy recátadas, más la mayor que la menor, flores silvestres y no de estufa, educadas en la rígida escuela de su santa madre, que en los largos años de su triste reclusión fué su único maestro y director espiritual.

Así eran ellas de modestas, que más parecían hijas de noble que de millonario. Sus trajes eran tan sencillos, que la maledicencia susurraba que el ~~...~~ apenas les daba para lanilla ó percales; gustaban poco de mostrarse en el teatro, y no habían puesto los pies en un salón sino dos veces, en ocasión de cumpleaños de la familia. El ruido y el boato las asustaban; ¡cuánto más felices eran ellas en la soledad de la estancia, lejos de los chismes é intriguillas de las amigas y de la impertinencia de los moscones! entregada á sus libros Jovita y á sus juegos Elena, y ambas también á los quehaceres de la casa, á coser para los hijos de los *puesteros* pobres y hacer todas esas menudas faenas de interior, que no todas las blancas manos saben hacer.

Al pueblo iban sólo los domingos y demás fiestas de precepto, á la misa de nueve, que don Benvenuto decía en el altar de la Purísima; una respetable *volanta*, que dormía enfundada en la cochera, quizá

desde los tiempos de la fundación de Ombú, y que debía de ser la tatarabucla de todos los vehículos de la comarca, era enganchada, y las dos muchachas, con mistress Cowan de rodrigón, con falda negra de merino, mantón y velo espesísimo que descendía hasta los pies, se dirigían á la aldea; cuando aparecían en el atrio de la iglesia, los mozos abrían calle, y ellas pasaban avergonzadas, sintiendo que el crespón no fuera más tupido para despistar las miradas de curiosidad; y entre el rum-rum de las mujeres que se volvían, iban á arrodillarse en sus reclinatorios, donde permanecían inmóviles: el altar resplandecía de luces y dorados, muy nuevecito y acabado, con su Virgen de talla preciosísima y sus ángeles rosados y mofletudos; en cambio, la iglesia, llena de andamios y escaleras, de ventanas que no tenían cristales, de huecos que no tenían puertas, de nichos sin santos y de santos sin nichos, olvidados en algún rincón y cubiertos de polvo y de los detritus de palomas y murciélagos, desnuda, sucia, oliendo á humedad y no á incienso, parecía mezuquino barracón. En un lado del altar se destacaba un letrero: era el nombre de la madre, Jovita Pérez de García Luces, la protectora de aquel templo. Y al amparo de su velo, lloraban las niñas en silencio. No lejos de ellas, siempre en el mismo sitio, y en actitud reverente, de pie, colocado de manera que, sin volverse, podía mirar á las dos interesantes enlutadas y al oficiante, un hombre seguía la misa con atención tanta, que pasara por el devoto más ardiente, si su apresuramiento en dejar la iglesia con el *ite missa est* y plantarse en la puerta de salida en sitio visible, para recoger el saludo tímido de las hijas de don Tomás, no diera á entender que

la fervorosa plegaria de sus ojos no iba dirigida seguramente á los santos del Cielo.

Esta exhibición en el pueblo las contrariaba mucho ; más gustaban ellas de ir de paseo á los *puestos* vecinos, á ver á la mujer de don Pancho, el mayordomo ; á Andrea, la mujer de Braulio, ó á ña Pascuala Frutos, sobre todo á ña Pascuala. La arrendataria más rica de La Jovita vivía á una legua escasa, y para esta excursión Elena iba á caballo, y la hermana mayor y mistress Cowan en la volanta consabida, porque no era cosa de llevar cabalgando á la señora inglesa, no fuera á desgoznarse en el camino su triste armazón de huesos : el perrazo de ña Pascuala salía á recibirlas con ladridos de alegría y meneos de cola, y á poco aparecía en la tranquera la figura obesa de la que fué nodriza de Jovita, quien venía á ser hermana de leche del gauchito aquel tan guapo, de Santos Frutos.

—¡Felices días, niñas de mis ojos!—exclamaba la vieja haciendo aspavientos,—entren ustedes : ¡lo mismito que su madre, que no olvidaba á su pobre Pascuala ! tan hermosas como dos luceros. Entren ustedes, niñas ; entre usted, señora.

El perrazo asustaba mucho á mistress Cowan, quien no bajaba del coche antes que lo hubieran sujetado á la cadena : se sentaban bajo el emparrado, delante del rancho, y ña Pascuala se plantaba en jarras, mirándolas y sonriendo, embobada. Traía-les leche, huevos, manteca y frutas, forzándolas á aceptarlo todo, lo que la inglesa hacía sin muchos dengues ; entraba en el rancho y salía con una toalla muy limpia, con el jarro de porcelana, ó el plato de flores encarnadas.

—Pascuala—decía Jovita,—no te molestes, si no

tenemos gana, si acabamos de tomar chocolate, ¿verdad, mistress?

— ¡ Oh ! *yes* — contestaba la señora, devorando con la vista todo cuanto la mujer presentaba, y con los dientes, tan pronto se lo ponían á su alcance.

— No importa — contestaba la arrendataria, — ¿van ustedes á desairarme?

Elena se asomaba al cuarto, y decía con grandes voces :

— ¡ Ay, Pascuala, qué lujo ! ; una colcha de *crochet* nueva y una silla de hamaca flamante !

Todas entraban á ver, y ña Pascuala se pavoneaba muy oronda, enseñando su casa con orgullo, porque la tenía tan limpia como una taza de plata : la cama era de caoba, tan alta que, seguramente, había que subir á ella con escalera ; sobre la cómoda había floreros con flores de trapo y cuadritos de devoción en las paredes, y cortinas de *coco* en las puertas ; al lado de la alcoba, el dormitorio de Santos y luego la cocina. Dentro del rancho hacían la segunda estación, y ña Pascuala se sentaba entonces sobre un cráneo pelado de vaca, como en el más cómodo sillón, y allí se estaban de palique las horas y las horas, recordando el tiempo pasado, cuando ellas, las niñas, eran así de chiquitas, y la señora estaba tan enferma siempre, sin duda del mucho trabajar y de la humedad del viejo caserón.

— Usted, niña Elena, era muy rubia, más rubia que ahora todavía, y usted, niña Jovita, muy seria, siempre con una carita de enojada que hacía reír ¿ creerá usted que así ha salido mi hijo ? á veces anda tan pensativo, que hay que sacudirle del brazo para que despierte.

Hablaban entonces de Santos. Era muy muchacho, aunque algo tarambana, amigo de andar en las

pulperías, armando pendencias, y muy dado al juego de la *taba*, lo que le robaba el tiempo y pesos.

—Pero, un muchachón de éstos, ¿qué ha de hacer en estas soledades, verdad, niñas? eso digo yo y le disculpo.

No tardaba en llegar el mismo Santos en persona, quien al ver á las señoritas se encogía y avergonzaba, saludándolas turbado, y quedaba en la puerta, mudo, dando vueltas al chambergo en sus manos temblonas, arrojando de vez en cuando un saetazo de sus hermosos ojos al grupo encantador, que á él le parecía iluminaba el rancho y sus alrededores, como las figuras de los santos con nimbos de luz, que colgaban de las paredes.

—Anda, hijo—decía la madre,—no abras tanto la boca y trae esos pichones de loro y esos avestruces, que guardas para la niña Elena.

Y mientras el mozo iba en busca de los animalitos, contaba ña Pascuala que no pasaba día sin que trajera algo del campo «para la niña Elena».

—Eso es—exclamaba Jovita con fingido enojo,—¿y para mí, que soy su hermana de leche, nada?

Elena se reía de buena gana, y palmoteando salía á recibir el hermoso regalo, que Santos le presentaba confundido y más colorado que un tomate maduro.

Pero, un día que llegaron con mucho apetito, no se contentó ña Pascuala con ofrecerles manteca y huevos, sino que quiso darles espléndida prueba de su largueza de arrendataria rica. No estaba el joven en la casa, y la animosa vieja, saltando sobre el caballo de Elena, más ligera que una pluma, se fué por esos campos al galope.

—¡Por Dios! no vaya usted á caerse—gritaba Jovita,—¿adónde irá?

Mistress Cowan, estupefacta, la miraba correr y echaba interjecciones de asombro en su lengua, y Elena, con la cola de su traje de amazona recogida, se reía á carcajadas. A poco se la vió volver, acompañada de Santos en su tordillo, arreando hasta una veintena de terneras gordas y lucias, que daban gloria, y en llegando á la tranquera, se bajó, ató el caballo al palenque, pasó en revista al escuadrón de cornúpetos, y gritó :

—¡ Esa, Santos, la negra esa !

Echóse el mozo sobre la presunta víctima, la separó de sus compañeras, persiguióla largo trecho, y enarbolando el lazo, arrojólo con destreza sin igual, dando en tierra con la ternerilla, presa de ambas manos ; en un santiamén estuvo degollada, limpia y dividida, y un buen trozo enastó Santos en el asador, que fué clavado cerca de la hoguera que ña Pascuala se había apresurado á encender. ¡ Qué fiesta aquélla ! Elena traía á brazadas la leña, Jovita cuidaba de rociar con salmuera la carne y la inglesa se relamía de gusto ante el incitante olorcillo ; cuando ña Pascuala declaró que el asado estaba ya en sazón, y quiso ir por platos y cubiertos, las muchachas se opusieron :

—No, Pascuala, no ; comeremos con los dedos, como ustedes ; sino, no tendría gracia.

Sacáronse los guantes, y armadas tan sólo de cuchillos, cortaron jugosas lonjas.

—¡ Oh ! *very well, very well* !—refunfuñaba la inglesa, ostentando unos bigotazos de granadero, hechos por el sabroso jugo...

Se ocultaba el sol, y la alegre caravana se pierde tras el monte, camino de La Jovita. Santos, en la tranquera, la mira alejarse, y está tan pensativo, tan

pensativo, qué su madre tiene que «sacudirle del brazo para que despierte» quién sabe de qué sueño de imposible felicidad.

#### IV

Fué Chichín Aldúñez quien se presentó una tarde en el jardín, con facha tan estrafalaria, el sombrero abollado, arañada la cara y cubiertos de barro el chaqué y los pantalones, que las dos niñas, sentadas bajo el naranjo, en compañía de mistress Cowan, se asustaron: siempre les había parecido algo chiflado aquel joven, por la exaltación de sus ideas políticas; así, cada vez que venía á la casa, no se mostraban en la sala, huyendo además de las barbaridades de don Claro, de las ordinarieces de don Zoilo y del hablar chillón de don Martiniano, el más civilizado de la familia, pero empalagoso é insoportable. La llegada de Chichín á esa hora y en esa facha, las asustó doblemente, porque esperaban á don Tomás, quien, en compañía de numeroso séquito oficial, había ido á recibir á la estación del ferrocarril al eminente y cien veces ilustre doctor don Francisco de Paula Trujillo.

—¡Ya verán —decía don Tomás alborozado al marcharse,—ya verán qué manifestación se prepara! el pueblo está embanderado, habrá música, cohetes, luminarias, el juez tiene un discursito aprendido de memoria, que hará sensación, ¡qué cara va á poner Román y el poetilla de su sobrino, que ayer en *El Eco* decía que la opinión de Ombú está con

ellos, y que «ya lo verán ustedes mañana, señores eneístas»! Lo veremos, sí, señor, lo veremos. ¿Sabes que me va cargando ya el poetilla? hace bien en no aportar por aquí, porque me parece que había de soltarle el perro... ¡Y cuidado que conmigo no se atreve! mientras en su periodicucho manosea á su gusto á todo el que no es ordenista, á mí no me toca, ni con la punta de la uña. Más vale así.

—Papá, papá — contestó Jovita, — ¡cuánto más valiera no metersè en estas cosas! la política... Ningún hombre serio debe mezclarse en política. Ya ves, desde que te ha dado tan fuerte, no tienes un momento de descanso: en primer lugar, peleado á matar con Hierro Bermúdez, que era un excelente amigo de la familia, luego recibiendo las visitas de esa gentuza... que hasta pide dinero: yo te he visto darle á don Claro ayer no sé cuántos pesos, muchos pesos.

—Sí que lo di, para organizar la manifestación de hoy, ¿crees que sale uno diputado sin soltar un peso? no vayas á pensar que lo hago con mucho gusto, pero es necesario. ¡Has llamado gentuza á los Aldúñez! y antes, ¿qué visitas recibía aquí? á Hierro, á Prieto, á Brama, ¿son, acaso, algunos aristócratas? ¿Tú, qué sabes? déjame en paz y ocúpate de que nada falte en el departamento de nuestro amigo.

—Ya está todo preparado, papá.

—¿Te he dicho que viene Periquito también?

—Sí, papá.

—Bueno, mucho cuidado con Periquito; tú, Elena, que te burlas del sursum corda. Os lo recomiendo y hasta luego.

Salió tan campante, como guerrero que va á segura y gloriosa conquista, y las dos muchachas se miraron, contrariadísimas, porque la presencia de Pe-

rico Trujillo en La Jovita les recordaba la persecución tenaz de este impertérito galanteador de herederas ricas : en el invierno pasado no las dejó ni á sol ni á sombra, y lo mismo había hecho ahora en Mar del Plata, con Alcira Eneene. ¿Cómo librarse de las acometidas de semejante moscón, en la intimidad del mismo techo? A pesar de la desdeñosa indiferencia que Periquito les inspiraba, pusieron, sin embargo, más cuidado que de costumbre en el arreglo de su tocado : Elena recogió sus trenzas y se hizo un nudo á la griega, que le daba todo el aire de una seductora mujercita y se pasó la borla de polvos muchas veces por sus mejillas sonrosadas.

—De todos modos, vamos á reïrnos mucho—decía á su hermana,—verás. Y le escribiremos á Alcira, contándole las declaraciones que nos echa, las corbatas que se pone, y si gasta ó no gasta *cold-cream*.

Bajaron al jardín, con mistress Cowan, y en el capítulo más conmovedor estaban de la trágica historia de la señora, de cómo su marido feneció en medio de las olas, con detalles espeluznantes que adquirirían mayor relieve por el hipo lacrimoso con que ella acompañaba su relación, cuando de pronto, aquel demonio de Chichín Aldúnez apareció á todo correr por la calleja del parque, en el estado infeliz que queda dicho. Es decir, al punto no supieron ellas que era Chichín Aldúnez, ni quién era, y su primer impulso fué escapar hacia la casa, tomando la delantera mistress Cowan, que veía indios por todas partes ; pero la voz del que corría las tranquilizó :

—Soy yo, señoritas, no se asusten ustedes.

—¿Qué hay, caballero? ¿por qué viene usted así? ¿ha ocurrido algo?—preguntó Jovita alarmadísima.

—Nada, ya se lo contaré á ustedes... que engan-

chen la volantá, de parte del señor García Luces... ahí están, en el camino... el coche roto...

—Y á papá, á papá, ¿no le ha sucedido nada?

—Nada, señorita... que enganchen pronto... que esperan.

Se dió la orden, y mientras se cumplimentaba con la urgencia requerida, Chichín contó lo que había pasado, ¡un escándalo, una vergüenza! era necesario quemar el Club del Orden y la esquina de Hierro y á todos los ordenistas habidos y por haber... Daba puñetazos de ira á su apabullado sombrero. Pues, señor... que llegó el tren; la estación, por supuesto, llena de banderas y gallardetes y tanta gente, «que no cabía ni la cabeza de un alfiler»: en el andén, las autoridades, los niños de las escuelas, muy pocos, es cierto, por desidia de los maestros ó mala voluntad de los padres, pero estos pocos contribuyeron á la animación y vistosidad del espectáculo con estandartes azules y blancos en que se leían patrióticos lemas; muchas damas eneístas, ¿quiénes? pues... Chichín no daba con los nombres, sin duda porque aquello de la cabeza de alfiler que no cabía en la estación era una mentira muy gorda, y ni debieron estar tales damas, ni tales niños; por lo menos, respecto de éstos, él mismo confesaba que había muy pocos. La banda de música ensordecía, y los vivos entusiastas al doctor Eneene, al doctor Trujillo y á todos los doctores de la corte oficial... Llegó el tren, y aparece en la ventanilla de un vagón de primera un caballero de muy buenas trazas, sonriendo. —¡Viva el doctor Trujillo!—gritan muchos, y se precipitan á la portezuela, mientras la banda *ataca* con furia el himno nacional y don Claro se adelanta, componiéndose el pecho; pero el caballero, azorado, se retira de la ventanilla y esquiva los apretones con que

los más exaltados le brindan, y se cae en la cuenta que no es aquél el doctor Trujillo; el doctor Trujillo ha bajado ya y se encamina á la salida, acompañado de don Tomás García Luces.—¡ Viva el doctor Trujillo! Le rodean, le empujan, le estrujan; hay quien le abraza y quien le besa, de cada una de sus manos se cuelga un racimo de manos: es un hombre de mediana estatura, grueso, de fisonomía tan plácida, que va diciendo:—Buenos días, amigos, ¿qué tal? yo me encuentro muy bien, ¿y ustedes? he dormido bien, he comido bien, y soy feliz. Su hijo, que viene detrás, no es tan simpático, y esta impresión desagradable que en el ánimo de Aldúnez el chico hiciera Periquito, lo explicaba él diciendo que el joven Trujillo, á la inversa de su padre, con aquellos labios finos y aquellos ojos lánguidos y el amaneramiento chocante de toda su persona, parecía solicitar la admiración del público:—¡ Qué buen mozo soy! ¿eh? ¡ miren ustedes qué figura la mía y qué traje llevo! Salió don Claro al encuentro del personaje, y cuando le tuvo á tiro, le espetó á boca de jarro un *doctor Trujillo* tan estentóreo, que enmudeció la música, y se paró el cortejo y se pasmó la gente; después... no, lo que sucedió después no lo podía contar Chichín con la necesaria calma: ¡ una infamia, una indigna farsa de los ordenistas! No se sabe cómo, ni de dónde vino, ni quién arrojó aquel atadizo de pasto, un buen pienso de alfalfa fresca, que cayó en medio del grupo principal, en el momento en que el orador pronunciaba las primeras palabras de su discurso de bienvenida, y luego una granizada de patatas que le aturdió, y silbidos, una rechifla colosal, con pitos que llevaban preparados, seguramente... ¡ Qué confusión entonces! don Zoilo sacó el sable, y en unión de sus milicianos, se lanzó sobre los que silbaban,

pero un pātatazo le echó al suelo el sombrero y una corona de cebada le ciñó al mismo tiempo la frente ; tres de los soldados fueron desarmados, y recibieron una paliza descomunal. Se oía gritar : — ¡ Abajo Eneene ! ¡ abajo Trujillo ! ¡ muera la canalla ! afuera los ladrones ! ¡ viva el general Ordenado ! ¡ ¡ ¡ Viva !!! — las patatas y los tomates y hasta huevos auténticos llovían sin cesar, y muchos individuos se pegaban, con rabia. Don Tomás arrastró tras sí al doctor Trujillo y le ofreció el abrigo de su carruaje y con él subieron Periquito, azorado, y Chichín ; don Claro quedó en la estación para levantar el sumario correspondiente, y también don Martiniano, furiosos los dos, es decir, los tres, porque don Zoilo, llevando ensartada en el sable la jumentil ofrenda, vociferaba que iba á hacer correas de la piel del sinvergüenza que le había coronado.

El coche, entretanto, se puso en marcha, pero muy despacio, porque la calle estaba de gente que no cabía más ; y en todas las puertas y ventanas, había bocas para gritar : — ¡ Muera Trujillo ! — y seguía la zarabanda de pitos y los proyectiles cayendo sobre el carruaje. — ¿ Han sentido ustedes alguna vez, decía Chichín, llover pedrisco sobre un tejado de vidrio ? pues ése, ése era el ruido que sentíamos sobre nuestras cabezas.

— Y el doctor Trujillo, ¿ qué hacía ? — interrumpió Jovita, no sabiendo si reir ó llorar por lo que oía.

— ¡ Tan tranquilo, como si le arrojaran flores ! sonreía y trataba de calmar al señor García Lucas : — Déjeles usted que se desahoguen, si el pueblo es así ; mañana estos mismos que ahora nos insultan, nos aplaudirán, con la misma sinceridad. Al pueblo no hay que hacerle caso, ni cuando aplaude, ni cuando silba, porque es masa inconsciente, que todo lo hace

por que sí, y nada más.—Esto ha sido preparado por los Hierro—decía don Tomás exaltadísimo,—pongo mi mano en el fuego. ¡Ay de ellos si puede probárseles su participación en este vergonzoso escándalo! —Y don Francisco de Paula insistiendo en sosegarle, y don Tomás echando pestes contra la casta de los Hierro, y Periquito metido poco menos que debajo de la banqueta, á fin de librar su carita de niño Jesús de algún porrazo imprudente, se llegó á la plaza á duras penas : en los salones de la municipalidad había preparada una ligera merienda en obsequio del ilustre huésped, pero el doctor Trujillo no quiso aceptarla : el mayor deseo de todos era verse en La Jovita, incluso Chichín, que, como periodista que era, tomó sobre sí la tarea de acompañarlos en aquel vía-crucis hasta el final, para poder llenar al día siguiente toda la primera plana de *El Noticiero* con los detalles más interesantes de la singular recepción que el pueblo de Ombú hiciera al eminente hombre de Estado, que había venido, según declaración del mismo *Noticiero*, en número de ese día, «á mover la opinión», cosa que consiguió, y en la forma que se ha visto, sólo con presentarse.

Fué en la plaza donde pasaron el más amargo trance : encaramados en los *paraísos*, los pilluelos tiraban piedras y pelotas de barro ; una piedra dió en un cristal del coche, y lo hizo añicos, y abierta esta brecha, la fortaleza quedó librada á los tiros de la terrible artillería. Periquito, indignado, contemplaba su coquetona corbata de lunares perdida de barro : hubo que poner una maleta cubriendo la abertura del cristal roto. En esto, vió Chichín en la acera de tienda de Hierro á Julián, el de *El Eco*, con quien estaba á zurriagazo diario, y le pareció que arrojaba una piedra y escondía la mano, practicando así el

refrán consabido, y lo mismo fué verle, que bajarse del coche y arremeter contra él á puñadas; defendióse el otro, y en su defensa también acudieron todos los que le rodeaban, y hasta los que miraban de lejos, y allí se armó una marimorena tan grande, que si una buena alma no levanta en vilo á Chichín y le deposita en el asilo protector del carruaje de García Luces, aquél es el último día del joven periodista, y la posteridad se queda sin leer el editorial más estupendo que haya dado á luz la prensa ombúense. —Ya ven ustedes, decía él, eran ciento contra mí, y así me han puesto. ¡Cobardones! Julián decía que no, pero yo le he visto, le he visto. Aporreado Chichín, embarrado Periquito, y maltrechos todos, salieron de la plaza y del pueblo, á todo trapo; se hacía tarde, y como no había luna, don Tomás expresó sus temores acerca de la poca seguridad del camino de La Jovita, y recomendó al cochero que fuera con cuidado, porque si daban en una vizcachera, volcarían sin remedio.

A todo esto, don Francisco de Paula, que no perdió ni un momento su serenidad en tan críticas circunstancias, se puso á filosofar sobre la sempiterna veleidad de las muchedumbres, recordando que otrora aquel mismo pueblo de Ombú le había recibido con palmas, por haber él defendido desde su banco de diputado no sé qué mejoras de magno interés para el vecindario.—¡Fíese usted del cariño y gratitud del pueblo! Don Tomás, corrido, protestaba:—¡No es el pueblo! son los Hierro los que le han levantado; hemos de verlo en el sumario...—¿Y piensan ustedes en un sumario?—preguntó el ilustre personaje con aquella plácida sonrisa que tan simpático le hacía,—¿para qué? es darse por aludidos y yo no me doy, no, señor; han gritado: ¡afuera los ladrones!

¿he robado yo algo? ni siquiera una cartera he tenido á mi disposición... ¡aquí están mis manos inmaculadas!—y las levantaba, por cierto, muy blancas y muy pulidas.—Lo que hay que hacer es bien sencillo, y se cae de puro vulgar: usted, señor Aldúnez, en su carácter de redactor de *El Noticiero*, así que vuelva al pueblo, pone un despacho para Buenos Aires y otro idéntico á La Plata: «Llegó doctor Trujillo; inmensa ovación; entusiasmo delirante. Algunos silbidos de ordenistas despechados, ahogólos la muchedumbre con aplausos. Abrazos y felicitaciones.» Es lo que se hace en estos casos; lo demás es dar en tonto. Y mientras don Tomás y Chichín asentían al sabio consejo, porque la verdad es que había que destruir el mal efecto que aquel hecho iba á producir en la capital, ocurriósele á Periquito decir:—¡Tendría que ver que volcásemos ahora! ¡No lo hubiera dicho! ¡ésta fué la más negra! el conductor, que tenía más prisa en llegar que los viajeros, sin duda, azuzaba á los caballos, y los traía en precipitada carrera; quiso la mala suerte que encajara una rueda en la abertura de una cueva de vizcachas: paróse el coche, arreó el cochero, arrancaron de golpe los caballos, y la sacudida fué tan grande, que la rueda, sin salir de su atolladero, partióse y el vehículo cayó de lado, rodando las maletas por el campo y con ellas el imprudente conductor. Periquito chillaba como rata cogida en trampa, y se oía la voz de don Francisco de Paula:—¡No es nada, no es nada! y también la de don Tomás:—¡No es nada! Chichín recibió un golpe de un saco de noche, que se desplomó sobre su cabeza, pero sin mayores consecuencias. Salieron todos del coche á gatas, rabiando Periquito, jurando don Tomás y sonriente siempre don Francisco de Paula, ¡qué demonches de país aquel y qué inquina

tenía con él! se palparon los huesos : estaban sanos. ¿Qué hacer, entretanto? porque el carruaje estaba inservible, el cochero decía que se había roto algo, cerraba la noche... Chichín se ofreció á ir á La Jovita y traer otro carruaje. Y así se hizo. Ellos esperaban allá, en el mismo sitio del accidente... Aldúñez el chico concluyó dando otro puñetazo á su sombrero : ¡ah, ordenistas pillos y gandulones! ¡ellos, ellos tenían la culpa!

—Bueno, váyase usted, caballero—dijo Jovita,—ahí está la volanta; deben de hallarse impacientes. ¡Qué contratiempo!

Chichín saludó y subió al carruaje que acababan de enganchar.

—Vaya con tiento—dijo al cochero,—no sea cosa que volquemos también.

Y tan pronto como salió de la calleja del parque, Elena susurró al oído de su hermana :

—Lo siento por papá, pero me alegro por Periquito; ¡pobre corbata de lunares! ¡no sé cómo no he soltado la risa en las narices del señor secretario!

En menos de diez minutos, se puso Chichín en el lugar donde los tres molidos viajeros esperaban, y encontrólos en sosegada conversación, don Francisco y don Tomás paseando y Periquito á caballo sobre un baúl.

—Gracias á Dios, amigo—exclamó el doctor Trujillo.

Don Tomás mandó cargar el equipaje en el antidiluviano vehículo; al causante del accidente que se viniera á caballo, como pudiera, y los tres subieron á la volanta. Y en marcha hacia La Jovita. Periquito, escuchando el alarmante rumor de los ejes, dijo palideciendo :

—¿Estaremos seguros?

Pero, se tranquilizó cuando le hicieron notar que se iba muy despacio y que el conductor era el propio mayordomo de la *estancia*, don Pancho. Era ya completamente de noche. Don Francisco de Paula, dando palmaditas sobre su abdomen, expresó que llevaba un apetito... Chichín se admiraba de la serc-nidad estoica de aquel hombre eminente, tan insensible á los ultrajes y á los aplausos, como quien mira desde muy alto las cosas humanas, y respira otra atmósfera y habita un mundo superior. Debía de haber nacido con aquella sonrisa en los labios, que jamás se borraba : era una sonrisa especialísima, que iluminaba toda su cara, que atraía, que cautivaba ; aquella sonrisa debía de haber conquistado más prosélitos á la causa eneísta que los más elocuentes discursos. El mismo doctor Trujillo lo decía :

—Toda mi carrera política la he hecho repartiendo sonrisas y apretones de manos y sombrerazos, á los altos y á los bajos, pobres ó ricos, negros ó blancos. Más debo á mis dotes personales, de hombre de mundo, que á mi inteligencia y á mi ilustración.

—Pues, usted, amigo Aldúnez—repuso el doctor (Chichín se esponjaba cada vez que se oía llamar tan afectuosamente *amigo* por el personaje, augurio de próxima credencial, sin duda),—usted hará lo que yo le digo, y nada más. El despachito ese á Buenos Aires, volando, y mañana en su diario de usted un buen editorial condenando los hechos, pero sin abultarlos, al contrario, pegando duro y parejo á los ordenistas : eso sí, á los adversarios no hay que dejarlos respirar. Por lo demás, se limita usted á glosar el contenido del telegrama que le he dictado, y manda bastantes números á la capital. Aquí, mi querido amigo García Lucas está que trina, pero yo no le doy importancia al hecho ; ¿quién hace caso de cuatro

gritones? ¡ah! le dice usted á su señor hermano, el digno juez de paz, que deje de mano el sumario, el cual debe limitarse á las fórmulas de práctica, ¿no le parece á usted?

Chichín se inclinó, muy halagado de que se le consultara en tan espinoso asunto, y contestó que era de la misma opinión; que la manifestación hostil de aquella tarde no podía tomarse como la expresión genuina de los sentimientos del pueblo ombúense, afecto al Gobierno, y que transmitiría á su hermano mayor los deseos del doctor Trujillo, por más ganas que él tuviera de ajustarles las cuentas á los Hierro y á Julianito, el de *El Eco*...

—Nada de violencias, amigo—volvió á decir don Francisco de Paula,—no he sido nunca partidario de la violencia.

Y dándose nuevas palmaditas en el estómago, repitió que tenía un apetito...

—¿Y yo?—saltó Perico,—desde mediodía que no pruebo bocado.

—Pronto llegamos—observó don Tomás,—y la mesa nos espera, no tan buena como yo deseara, pero en estas alturas...

—Calle usted—dijo don Francisco,—que venimos cansados de mayonesas y galantinas; un buen churrasco y un vaso de leche, carne de *estancia* y leche pura, es lo que apetecemos.

—¡Bonita facha traemos para presentarnos delante de las niñas!—exclamó el joven Trujillo, desolado.

Y cuando sintió crujir la arena bajo las ruedas, señal de que llegaban, arreglóse el descompuesto traje como pudo, sacudió su corbata, atusóse el pelo y el bigotillo rubio, y se miró en el cristal del coche, cual si estuviera delante de un espejo... Llegaron, y

las niñas, con mistress Cowan, salieron á recibirlos. La presentación fué breve.

—Nada de ceremonias—decía don Tomás,—nuestros viajeros vienen hambrientos y cansados. Vengan ustedes, que los guiaré á su departamento.

—Por Dios, señoritas—chillaba la voz afeminada de Periquito,—¡no me miren ustedes, porque estoy que es una vergüenza!

Chichín se despidió, y don Tomás puso á su disposición la volanta.

—Ya que no quiere quedarse á comer con nosotros...

—Muchas gracias, muchas gracias—contestó el secretario, con más deseos de quedarse que de marcharse.

Lo que don Tomás llamaba el departamento destinado á sus huéspedes, eran dos habitaciones mezquinas, con camas de hierro y palanganeros de ídem, cortinas de cretona desteñida, unas á manera de cómodas de caoba, con hinchazones que mostraban el pino vil de que estaban formadas, de ordinario ladrillo el suelo, y desconchados el techo de cal y las paredes, habitaciones que parecían las de inhospitalaria fonda de un villorrio; eso sí, las ropas del lecho eran finas como las deseara el sibaritismo del joven Trujillo. Quien, así que el mono viejo los dejó solos, diciéndoles que quedaban en su casa, y cerró la puerta, luego que hubo paseado, visitado y revisado el pomposamente llamado departamento, refunfuñó, torciendo el gesto:

—Este es el golpe de gracia, papá, ¡ mire usted que cuartos así hace años que yo no veía! felizmente, todo está muy limpiito, que sino yo no me meto entre sábanas esta noche, ¡ qué miserable debe de ser este García Luces! yo había oído hablar mucho de su

avaricia, que hacía trabajar á su mujer como á una negra, que sus hijas se cosían los vestidos, pero creía que cuando recibiera á sus amigos había de ofrecerles lo mejorcito de su casa...

Don Francisco, chapoteando en el agua de la palangana, en mangas de camisa, entregado á la grata tarea de asearse y refrescarse, contestó :

—Y lo mejorcito de la casa nos ha dado, ¿has visto tú la sala? ¿y el comedor? pero no te fijas en estas pequeñeces. Aquí, en esta pobre casa de avaro hay...

Resopló como un delfín bajo las ondas, se volvió, los ojos cerrados, chorreando agua la cara toda y se enjugó amorosamente en la toalla de pelo ; de su necesario de viaje sacó el peine de concha y un elegante espejillo biselado, que armó sobre la cómoda, porque la luna del que en la pared había semejaba de papel de estaño, de estos que ponen en los teatros ; y mientras Periquito sacaba de su maleta el correcto *smocking* que iba á vestir para la comida, don Francisco, pasando y repasando el peine por el húmedo cabello, sin atinar á hacer la raya porque la vela alumbraba muy poco, concluyó su frase, explicando lo que había en aquella pobre casa de avaro, es á saber : dos Luces, á cual más brillante, y unos sacos de onzas de oro, enterrados en el sótano, tan numerosos que su mismo dueño debía de haber perdido la cuenta ; onzas viejísimas, enmohecidas de tan guardadas que estaban y que sólo la mano de un yerno listo podía sacar á que les diera el aire. Bueno, ¿á qué habían venido ellos á Ombú? pues, á eso : á hacer la obra de caridad de sacar de las obscuridades del sótano aquel tesoro, apoderándose para lograrlo de una luz de aquéllas, de Jovita ó de Elena.

—¡ Empresa más fácil !—dijo Perico empuñando

el cepillo ;—pues hagamos cuenta que ya estoy en lo más hondo de la cueva y que me alumbro con los ojos de Elena, que es la que á mí me gusta.

—Elena ó Jovita—rectificó el doctor Trujillo,—aquí está tu porvenir y serás un mandria si te vuelves con las manos vacías : tú no tienes carrera, ni fortuna, ni talento ; pero tienes un físico agradable ; y como todo hombre en el mundo debe sacar partido de aquella cualidad en que sobresale de los demás, tú, que no eres más que un buen mozo, estás obligado á enamorar á una muchacha rica y hacer un ventajoso casamiento : ésta es tu carrera, la de marido de mujer rica, mujer, entiéndelo bien, no de padres millonarios, que es lo mismo que si no tuviera nada, pues si vas á esperar á que desaparezcan los suegros, tienes para rato y para morirte de hambre, sino mujer con el tentador aditamento de la hijuela... ¡ ya me entiendes ! y esto lo tienes aquí á la mano. Para ello te he pedido que me acompañes en esta jira política.

—Todo está muy bueno, y yo le prometo á usted, papá, que sabré colocarme á la altura de las circunstancias y que de aquí no he de irme, sin el saco de la hijuela y la luz de la hija, pero, confiese usted que hemos entrado con mal pie en Ombú : mire que las *papas* y los silbidos y las pedradas y el vuelco en el camino...

—Tragado me lo tenía : en el Frigal, donde hemos dejado la comisión, me lo avisaron, y más : se me aseguró que la influencia de García Luces en este partido era nula, y que el omnipotente era ese tendero que, según parece, ha dirigido la manifestación de esta tarde ; pero, á pesar del aviso, no quise dejar de venir, porque más que á preparar las elecciones del 10, he venido á arreglar tu casamiento

con una de las hijas de don Tomás, y con tal que seas tú ese yerno á que he aludido, por bien empleados doy todos los contratiempos de este viaje.

—Sí, papá, pero mire usted que si una piedra de aquéllas me descompone la figura, ¿qué hacía yo sin capital?

Había sacado de la maleta un chaleco blanco, una camisa con volantitos primorosos, una corbata de batista y un pantalón negro, y á tientas, casi á oscuras, se vestía, renegando de lo arrugado que estaba el traje y de lo malísimamente peinado que iba á presentarse en el comedor; la verdad es que parecía ridículo vestir así de etiqueta en aquella casa de tan pocas pretensiones, «en aquellas alturas», como decía don Tomás, pero él no quería olvidar sus costumbres de Marplatina: además iba á poner «todo su capital» en la ruleta del amor, jugando al rojo ó al negro, á Elena ó á Jovita, y para esto tenía que realzar sus naturales atractivos.

—Una advertencia—repuso don Francisco de Paula;—el padre está ya prevenido, y parece muy gustoso.

—¡ Mejor !

—Pero...

—¿ Qué ?

—Pretende que sea Jovita, la mayor.

—A mí me gusta Elena, la rubita esa tan vivarachá; la mayor es demasiado seria... pero, en definitiva, lo mismo da: si las hijas son diferentes, ¿no son iguales las hijuelas?

Sobre la cómoda había un florero, con fragante ramo de gardenias.

—Por aquí ha pasado la mano de 'mi futura—dijo Perico, cogiendo una y colocándola en el ojal del *smocking*,—voy á probarle que agradezco su aten-

ción ; pero lo que yo no le perdono á esta gente—añadió alzando la voz porque el padre había pasado á la habitación inmediata á concluir de aviarse,—es que vivan tan mal, ¡qué cuartos, señor, pero qué cuartos tan feos !

—¡ Chist ! ¡ chist !—hacía el doctor Trujillo imponiendo silencio.

—No tema usted que me oigan, papá ; si creo que estamos cerca del galpón de la lana : esta puerta da á un patio y allí enfrente veo la cocina, y á la cocinera, una mulata vieja, que prepara quién sabe qué guisotes ; la ventana cae al jardín... ¡ qué casa ! ¿ habrá ratones, papá ? ¡ yo tengo un miedo horrible á los ratones ! ¡ qué diferencia con el alojamiento del Frigal y de casi todos los partidos que hemos visitado ; en todas partes nos han tratado á cuerpo de rey ! ¡ Ay ! si no fuera... por eso, nos volvíamos, ¿ verdad, papá ?

Lo que él deseaba saber era por qué siendo nula, ó poco menos, la influencia de García Luces en Ombú, le sacaba el gobierno diputado ; ¿ qué contingente traía ? Y el doctor Trujillo, en voz baja, contestó que si el nombre de don Tomás había sido mechado en la lista del partido encista, era precisamente por ser tocino gordo : un nombre millonario sugestionaba las masas. Una vocecilla dijo del lado de afuera :

—De parte del señor, que ya está la comida en la mesa.

—Allá vamos—gritó Periquito.

Apareció don Francisco ya vestido y acicalado, y él y su hijo siguieron al negrillo que había venido á avisarlos, y entraron en el comedor, donde la familia esperaba... ¡ Jesús, y qué efecto hizo la presencia del mancebo en traje tan seductor ! ¡ y su garbo y su aplomo ! Elena se mordió los labios. Jovita sonrió,

á pesar suyo, y mistress Cowan se hinchó como una esponja, porque el joven le dirigió la palabra en mal inglés; don Tomás, entretanto, con esa oficiosidad cursi del que no está acostumbrado á recibir en su casa, ofrecía asiento á sus huéspedes, les pedía mil disculpas porque iban á comer muy mal, á hacer penitencia; la luz no era bastante clara; ¡pero como no había gas! cualquier cosa que necesitaran...

—Muchas gracias—respondió don Francisco con disimulado fastidio,—somos de confianza.

—Como de la familia—insistió el anfitrión.—Y sobre todo, no olviden ustedes que no estamos en la capital.

Se sentaron, después de mucho disputar acerca de los asientos.

—Usted á la cabecera, mi querido doctor.

—No, mi amigo—la cabecera corresponde al dueño de casa.

—No, doctor.

—No, mi amigo.

—Bueno, á mi derecha, entonces. Tú, Periquito, al lado de mi hija mayor y de la señora Cowan; eso es, ¿estamos ya? trae la sopa, pues, y no abras la boca.

El negro comenzó á servir. No era lá minuta de lo más escogido: cocido de oveja, *carbonada*, *quibebe*, asado de *tira* y unos buñuelos muy mal hechos, por cierto, duros como piedra y á los que nadie pudo meter el diente. Seguramente la mulata cocinera no era muy famosa en punto á guisar; pero, ya se ve, «en aquellas alturas...» Durante la comida no se habló una palabra de los desagradables sucesos de la tarde; del vuelco del coche sí, cuyo relato oyeron las damas con temerosos grititos y los comentarios del caso: el diablillo de Elena hubiera querido pregun-

tar al joven por la importante salud de su corbata de lunares, y á hurtadillas espiaba si el sonrosado algo vivo de sus mejillas, perfectamente afeitadas, era natural ó producto de discreta mano de gato; Perico cargaba al enemigo que tenía al lado con denuesto, y no era poco el despecho de la mistress, que esperaba tenerle á tiro para espetarle el interesante prólogo de su historia en inglés, verle tan acaramelado y baboso, sin preocuparse de servirla.

El café fué pretexto para separarlos en dos grupos: las niñas, mistress Cowan y Perico de un lado, y el doctor Trujillo y don Tomás del otro. Cerca de la ventana, de pie los dos, cada uno con la taza de café en la mano, don Francisco y don Tomás disputaban, don Tomás sosteniendo que para castigar los desórdenes de la tarde era necesario meter en el cepo á Hierro Bermúdez y á los demás cabecillas ordenistas, y don Francisco que no, que más valía hacerse el sueco, y darles el golpe la víspera de la elección.

—Porque si usted los encarcela ahora, dirán y protestarán que no hay pruebas, que la contramaneifestación ha sido espontánea, y para mi capote, querido amigo, no dirán sino la verdad: nuestro partido no cuenta más que con el apoyo oficial; me he convencido en la jira que vengo haciendo: desde la capital hasta aquí no he oído un solo viva, de estos que salen del pecho del pueblo, sino vivas de encargo, ¿y sabe usted por qué? porque el Presidente ha estado muy mal inspirado en designar como su sucesor al doctor Eneene; lo diré en voz baja y en secreto: á Eneene no le quieren; nadie olvida cómo salió del ministerio, es un hombre sin prestigio, ni autoridad moral, pero, ¿qué quiere usted? el Presidente le apoya y basta.

—De modo que á los Hierro...

—Dejémoslos en paz ahora, que ya les forjaremos una buena barra de grillos si nos incomodan ; entretanto, como respuesta á lo de esta tarde, prepararemos una sesión solemne en el Club del Pueblo y yo hablaré... y usted también, es preciso que vaya ensayando su papel de diputado.

—¿ Yo?—exclamó don Tomás confuso, — en mi vida he hablado en público.

—Alguna vez ha de ser. Luego, disciplinaremos nuestras huestes, ¿con cuántos votos contamos? ¿cuántos peones tiene usted? ¿cuántos empleados hay en Ombú?

Desarrollaba su plan de combate con tal vivacidad y elocuencia, que don Tomás quedó convencido que las cuatro moscas eneístas iban á derrotar al ejército compacto del general Ordenado ; lo que se necesitaba era dinero, mucho dinero.

—¡ Lo habrá!—vióse obligado á declarar el viejo avaro, porque la alusión era directa.

—¿ Y armas?—preguntó el doctor Trujillo,— ¿han llegado ya los cuatro cajones de fusiles?

—Cuatro no ; dos llegaron hace dos días, según me lo comunicó don Zoilo Aldúnez.

—Cuatro, deben de ser cuatro : el ministro de Gobierno me dijo que enviaría cuatro cajones á Ombú, como á las demás comisarías de la provincia ; hay que estar armados y prevenidos.

Don Tomás dijo que también lo estaban los contrarios, que sabía por conducto fidedigno que Hierro Bermúdez había recibido armas de Buenos Aires, las que no pudieron ser secuestradas : se registró el Club del Orden, y el domicilio y la tienda de don Román, y hasta la escuela municipal, á cargo de la Dulcinea del tendero, con amenaza de echarla á la

calle si servía de tapujo al caudillo ordenista, pero... ¡nada! las armas existían, sin embargo.

—Tanto mejor—dijo don Francisco,—se siguen buscando, y á la primera que se encuentre, los metemos á todos en la cárcel, y si no se encuentran, ya tenemos pretexto para hacerlo : ¡ acusados de sedición armada !

Sorbiendo el líquido negruzco de su taza, por mal nombre llamado café, don Tomás pidió nuevos datos sobre lo que dijera su interlocutor acerca del doctor Eneene, ¿ si encontraba tanta resistencia en el pueblo, podía darse por segura su elección ? Y el doctor Trujillo sonreía. El pueblo refunfuña, pero deja hacer, muy agradecido á su Presidente y muy contento que se le evite el trabajo de buscarse un mandatario ; se lo ofrecen hecho, de una pieza, y él lo acepta : lo mismo da uno que otro. La máquina electoral estaba ya de tal modo armada en la República, los gobernadores, verdaderos señores feudales, comprometidos, y la mayoría del Congreso sumisa y obediente, que el Presidente no tenía más que tirar de un cordelito para que apareciera el doctor don Adrián Rodríguez de Encene en la escena, vestido de etiqueta, con el bastón de borlas, cruzado el pecho con la banda augusta de Rivadavia.

—¡ Quién diría que Encene !... ¿ se acuerda usted de Encene, mi querido doctor ?

—¡ Vaya si me acuerdo !

Los dos movían la cabeza, recordando los primeros pasos de aquel hombre, y cómo había subido llevado en alas de una suerte loca...

—Yo le he visto, doctor, conduciendo una tropa de carretas, allá por el cincuenta y tantos, y era de pata en el suelo. ¡ Qué cosas, señor, qué cosas ! Y ahora, como astro que se levanta, todos se volvían

á él, é iban á prosternarse y á adorarle ; en su casa hacían cola los visitantes, y su hija tenía la mar de pretendientes.

—Eso—añadió don Tomás con un gesto significativo,—á pesar de lo que se dijo cuando cayó del ministerio, y que todos tenemos la conciencia de que no es trigo limpio.

El doctor Trujillo seguía sonriendo. ¡ Pero si así es la política ! la política es un guiso, al que no hay que hacer ascos ; ándese usted con remilgos y se quedará en ayunas. No había, pues, que mirarle el pelo al doctor Eneene, ni meterse en honduras para saber si hizo ó dejó de hacer. Manos poderosas le presentaban como el candidato oficial, y si la túnica que ceñía no era todo lo blanca y todo lo limpia que el ritual exige, así y todo iba á ser Presidente, porque el Presidente dispuesto lo había en su real ánimo. Aquí de don Tomás :

—¡ Qué cosas, señor, qué cosas !

Pero lo que más le sorprendió al mono viejo, fué aquello que al oído le deslizó don Francisco de Paula, bajo la más severa reserva.

—¿ Quién será ministro de Hacienda en el nuevo gabinete ?

Y Trujillo susurró :

—Esteven.

—¿ Don Bernardino ?

—Don Bernardino Esteven.

Don Tomás estuvo á punto de persignarse.

—Pero, hombre, ¡ Esteven ! un *quebrado*, acusado de robos y de cuanta picardía política se ha perpetrado en este país...

— Pues, por eso ; es el *alter ego* de don Adrián.

—Y al Interior, ¿ quién va ?

Don Francisco carraspeó un poco, y contestó en-

tre dientes, pasando la mano por la solapa de su levita, como quien hace el indiferente :

—¡ Yo !

—¡ Usted !

¡ Qué grande le pareció á don Tomás su huésped, después de esta respuesta ! ¿ cómo no había echado de ver que tenía todo el aire de un ministro ? Le felicitó con torpeza, y el otro, mirándole desde lo alto de su importancia, se dignó darle el cuadro completo de la compañía, probando así que estaba al cabo de los secretos de bastidores. Cada nombre nuevo lo punteaba el aturdido García Luces con ¡ ah ! de sorpresa.

—¿ De veras ? ¡ Fulano ! ¡ Zutano ! pero, hombre, si yo creía que los favorecidos serían los ases del partido.

Ya habría para todos. Si los ases iban á estar siempre de triunfo, los jóvenes, los que se mueven, los que gritan, los que hacen ruido y atmósfera, concluirían por cansarse ; en la cámara presidencial se había amasado el pastel, y todos quedaban dentro, bien colocados y muy contentos : hasta los gobernadores, que iban á dejar pronto de serlo, tenían su senaduría vacante preparada, en premio de haber atado su provincia al carro de Eneene, el triunfador. El pueblo, entretanto, como espectador que asiste desde su butaca á una función de magia, aplaudía, ó silbaba, ó reía, como un chiquillo, según la simpatía que el actor le inspiraba, ó la manera cómo desempeñaba su papel, y golpeando con el bastón ó con los pies, haciendo el *pan francés* clásico, llamaba á gritos : —¡ Que salga Eneene ! No quedaba más, pues, que tirar del cordelito, y darle gusto á aquel público aniñado y papamoscas.

Estas confidencias habían puesto á don Tomás

sobreexcitado ; ¡miren ustedes lo que vale arrimarse á buen árbol ! Si él hubiera seguido gritando desde el pantano, como rana sedienta, contra el Gobierno, en unión de aquel loco rematado de don Román, que perseguía el imposible ideal del sufragio libre y otras tonterías de igual peso, que si están en la Constitución, no las consiente la práctica, se vería perseguido y desconocido y quizá, quizá arruinado. Entretanto, iba á ser diputado. Ya lo creo que hablaría en el club. Tenía que probar á su ilustre huésped que él valía algo más de lo que los sucesos de aquella tarde podían hacer suponer ; los Hierro le habían echado á perder la manifestación eneísta : se vería en las elecciones del 10, si, faltándoles su apoyo pecuniario, podían levantar una sola pluma en el partido. Tosió, estiró la simiesca jeta, y fué á depositar la taza de café vacía sobre la mesa, con tal precipitación, que rompió el platillo.

Perico vino á preguntar si no había algún juego, para pasar mejor la velada.—Aunque sea lotería de cartones. Las niñas se habían refugiado en la sala : Jovita leía, Elena hojeaba su cuaderno de dibujo y mistress Cowan se puso á descabezar su sueñecito de digestión. El joven, aburrido, juraba interiormente contra aquella casa inhospitalaria, que ni una mala ruleta tenía. ¡Cómo iba á divertirse en la estancia ! y lo peor es que las dos muchachas parecían complo-tadas para burlarse de él. Elena le había preguntado :—Dígame, Trujillo, ¿cuál es la marca de su *cold-cream* ? Y luego le invitó para el día siguiente á un paseo á caballo : ¡ siete leguas de ida y siete de vuelta ! de seguro que quedaría pegado á la silla de montar y que, sin ayuda, no podría apearse. Jovita se rió. Era la primera vez que Perico la veía reír, y quedó encantado de sus dientecitos. Pero, decididamente,

Elena le gustaba más; ¡qué bien le sentaba aquel rodete á la griega! ¡y el interesante traje negro! Lástima que todo lo echara á la broma y que cuando, inclinándose, en romántica actitud, se preparaba á obsequiarla con una galantería de las suyas, ella le interrumpiera con una carcajada y saliera preguntándole por la mona de Pascua. Con las manos á la espalda, recorría la pequeña sala, mirando las cortinas anticuadas y las oleografías chillonas; el piano, en un rincón, piano comprado en remate, sin duda, por su mala traza, permanecía mudo, á causa del duelo de la familia. ¡Ah! ¡qué falta hacía allí un buen golpe de escoba, y variar y refrescar todo! ¡qué revolución más radical iba á armar él, tan pronto como calzara la canonjía de yerno de García Lucés! Acercóse á Jovita y le preguntó qué leía con tanta atención; ella mostró el libro silenciosa.

—*Primeros versos*, de Fernando Hierro. ¿Fernando Hierro es ese periodista de Ombú?

—Sí—contestó la joven.

—¡Valiente tipo! ¡y usted le hace el honor de leer sus versos, que tienen que ser malos por fuerza, torpe plagio de algún autor extranjero! Le he conocido mucho en Buenos Aires, y le tenía rabia, ¡mire usted qué cosa! le tenía rabia porque siempre que le encontraba en la calle iba cabizbajo, como si fuera pensando en graves problemas, y con el sombrero de lado; ¿cómo no se va á tomar rabia á un individuo que se pone el sombrero de lado?

Hojeó el libro con desdén, y advirtió sorprendido que numerosas flores secas señalaban sus páginas, quizás allí donde el alma de la lectora había vibrado más, al unísono del alma del poeta; cerrólo y lo devolvió.

—Tiene usted muy mal gusto, permítame que se lo diga.

—¿Sí?—dijo Jovita con calma,—sepa usted que más bueno me parece desde que usted lo ha censurado.

¡Qué tono y qué mirada acompañaron estas palabras! Elena alzó la voz :

—¡Venga, Trujillo, mire qué bonita vista! es la laguna de Ombú; aquí está el pueblo con la torre de la iglesia sin montera y el camino de la *estancia*.

Mistress Cowan seguía roncando; don Tomás y don Francisco charlaban. Un enjambre de mosquitos y de bichos negros entraba por la ventana abierta, dando encontrones en el tubo de la lámpara, y la lechuza pasó tres veces graznando, más lejos, más cerca, y cada uno de sus gritos resonaba en el silencio de la noche, como augurio de muerte.

## V

Es tiempo de decir la verdad acerca del doctor don Francisco de Paula Trujillo, que aquí aparece como una personalidad eminente de la política argentina, y la verdad es bien sencilla y fácil de decir: el doctor Trujillo no pasaba de ser un pobre diablo, y si yo le he aplicado calificativos rimbombantes, que en apariencia le enaltecen, ha sido contagiado por el mal ejemplo de *El Noticiero Ombúense* y otros periódicos adictos á la causa encísta, que gastaban en su honor el incienso á toneladas, envolviéndole en

nube tan espesa, que no había ya quien le conociera. Pero, yo, que le conozco como á mis manos, rasgaré sin temor el velo con que sus partidarios se empeñan en cubrirle, y le presentaré á ustedes como un abogado ramplón, que había subido precisamente por la razón física que la escoria sale á la superficie y la barra de oro cae al fondo. Otra razón, no científica pero humana, explicará mejor la causa de su rápida carrera : y era la simpatía que de toda su persona transcendía, aquella sonrisa de miel con que engolosinaba á los extraños, el don de ángeles, en fin, que parecía ser su patrimonio exclusivo ; afectado de optimismo crónico, lo negro y lo blanco eran igualmente gratos á sus ojos ; pensaba como todo el mundo y se encontraba bien en todas partes. Todos decían : —¡ Pero qué hombre más simpático es este doctor Trujillo ! Empezó borroneando sueltos políticos en un periódico, y sus amigos dieron en decir que tenía talento y en letras de molde lo repitieron tantas y tantas veces, que el público se acostumbró á oírlo y lo creyó, y la capacidad intelectual de Trujillo quedó consagrada por *los chicos de la prensa*, como donosamente los llamó Pereda á estos repartidores de la fama por entregas. Era entonces Trujillo un pobrecito huérfano, mal vestido y peor comido, pero muy listo para introducirse por el ojo de la llave de donde encontrar pudiera algo que mascar ó de provecho ; se hizo abogado no sé cómo y estuvo de pasante mucho tiempo en un bufete de crédito, que le dió más acopio de relaciones que dinero, y pasó luego con un cargo oficial de poca monta, y como no salía de las antecámaras de los poderosos, á los que se agarraba como la lapa á la peña, y sus amigos no daban paz al bombo, nuestro hombre sacaba siempre mendrugos : le hicieron secretario particular de un alto per-

sonaje y después diputado y después... no sé cuántas cosas, porque, como era abogado, servía para todo. Y todo llegó á ser, menos ministro, por una aberración inconcebible, á pesar de sus cualidades de carácter que le señalaban para semejante puesto más que para otro cualquiera, porque Trujillo no sabía decir no, ni comprendía la significación de este adverbio, y su opinión era siempre igual ó parecida á la del que estaba arriba. Por supuesto, que en todos los cargos públicos que ejerció, no hizo nada de bueno ni de malo, y sólo que nada malo hiciera es un timbre de gloria suyo, el único, Dios me perdone, que yo le reconozco : fué periodista, juez, diputado... y no se recuerda artículo, sentencia, ni discurso, con su firma, que valga dos cominos ; la prensa le había encumbrado, sin embargo, al pináculo de la fama, y todos le miraban tan alto, que parecía una figura colosal, espejismo curioso que engaña á las muchedumbres casi siempre, y que sólo la muerte desvanece y borra por completo.

Era, pues, un pobre diablo y no un mal diablo el doctor Trujillo, en realidad ; un figurón hecho á martillazos pieza por pieza, que cuatro amigos y cuatro periódicos habían forjado caprichosamente para servir de espantajo al público. Que él desempeñaba muy bien su papel es probado, y el traje ajeno que le habían vestido, llevábalo con aplomo y dignidad, como si estuviera cortado á su medida ; así el partido político en cuyo seno figuraba le tenía por uno de sus mejores actores, orgulloso de poscerlo, porque la verdad es que con media docenita de estos personajes de cartón, aunque suenen á hueco, un partido hace siempre buena figura. De todo lo cual resulta que era Trujillo una cosa y parecía otra, que es lo vulgar y corriente, y que debido á su sonrisa sui géneris, que

yo llamaré *trujillesca*, porque no es posible compararla á otra alguna, había alcanzado lo que otros no alcanzan porque la Naturaleza no los enseñó á mostrar los dientes. Ahí anda por esas calles recogiendo saludos con el sombrero en la mano, y el gesto afable de hombre manso é inofensivo en los labios; camina con tal cuidado, que sus pies van pidiendo permiso para colocarse el uno delante del otro, cediendo la acera á todo el que encuentra, con obsequiosidad extremada. ¿Quién que le haya tratado, le ha oído jamás hablar ni tanto así, apreciando torcidamente las acciones de fulano ó de mengano? ¿y quién puede querer mal á un hombre de especie tan rara, hombre sin hiel, que no murmura de famas ajenas, que no manifiesta odios ni antipatías personales, que no es obstáculo para nadie ni para nada, que allá va donde la ola le lleva? Este es el secreto de su éxito. Pero, en el fondo de su alma, había su poquito de cieno; una ambición desmesurada, que él ocultaba tan bien que ni la punta de la oreja se veía, de honores y riquezas para sí y para el hijo único de un matrimonio desgraciado.

Y hecha esta salvedad, que no envuelve asomo siquiera de ofensa para su buen nombre, seguiré mi relato diciendo, que al día siguiente de la llegada del ilustre... ¿otra vez? ¡lo que es la costumbre! de la llegada del doctor Trujillo á La Jovita, se presentó muy temprano Aldúnez el grande, en traje dominiguero, chaqueta y pantalón de paño negro de brillo, botas de cuero de perro, faja de seda encarnada, chambergo acabadito de salir de la tienda y rebenque con cabo de plata, á caballo y muy apuesto. Don Tomás y don Francisco paseaban en el parque, y así que los vió, echó pie á tierra el juez y acercóse, haciendo sonar sus espuelas.

—¿A ver, qué noticias trae usted?—dijo García Luces ansioso.

—¿Cuáles he de traer?—contestó don Claro, después de saludar con exagerada cortesanía,—que acabo de largar á Hierro Bermúdez y á tres de los suyos, don Nicomedes Prieto, don Crisanto González y su hijo Julián, luego de dormir toda la noche en el cepo y al raso.

Don Francisco de Paula exclamó :

—Pero, señor juez, yo le mandé decir á usted... estos atropellos...

Y Aldúnez, exaltadísimo, no le dejaba hablar. No, señor ; los escándalos del día anterior no podían quedar impunes ; levantar así una población entera y amotinarla contra la autoridad es un delito castigado por la ley, y él era el primero que tenía que acatarla y hacerla cumplir. ¿ Quiénes aparecían como instigadores de los desórdenes ? pues los Hierro, los González y algún otro ordenista rabioso : se buscó á los Hierro. Don Román fué sacado de la cama, y á medio vestir, llevado al juzgado y metido en el cepo sin más trámite ni formalidad ; á Fernando no se le encontró en ninguna parte, y eso que la partida anduvo á monte tras de su pista, y era lástima, porque él era el principal causante del alboroto : desde que llegó al pueblo, había concitado de tal manera los ánimos contra las autoridades, por medio de artículos virulentos en su periódico, que si le echan la mano encima aquella noche, se gana tres días de cepo, como hay Dios. A los González y á Prieto se los arreó también, sin darles explicaciones. Y á los cuatro se les tuvo en el patio del juzgado toda la noche, en el cepo colombiano.

—Advierta usted—añadió don Claro,—que si hoy les he dado suelta ha sido únicamente en obsequio

suyo, porque mi hermano menor me trasmitió sus deseos, pero créame, doctor, que si no es eso... Usted no sabe qué ganas le tenemos todos á Hierrito, á ese mequetrefe de *El Eco*. Y mire usted con el artículo que nos salió ayer : *La mazorca en Ombú*, y lo firma con su nombre y apellido. ¡Habrá audaz!...

Traía un ejemplar del periódico, y lo mostró, y don Francisco, con mucha flemma, leyó en alta voz el artículo en cuestión, es decir, no llegó á leer sino dos párrafos, porque las palabras de fuego del periodista independiente le quemaban los labios.

—¿Lo ve usted?—exclamó don Claro,—si hay que aplastar esta sabandija.

Don Tomás, tan indignado como el juez, aprobaba ; muy bien hecho, había que escarmentarlos, que intimidarlos, si no, el día de las elecciones se convertiría el pueblo en un campo de Agramante.

—¿Pero, usted cree, señor García Lucas, que vamos á permitir que se acerque á las mesas ningún ordenista? para ese día, les preparamos una sorpresa que ya, ya...

El doctor Trujillo intervino :

—Cuidado, señor juez, no nos precipitemos y hagamos las cosas con calma ; lo hecho no tiene remedio, y lo siento, pues he desaprobado siempre estos alardes del poder oficial, que no sirven más que para exacerbar los ánimos ; pero, por Dios y por los santos, no siga usted en el camino de las represalias, por el momento, al menos ; ¿sabe usted lo que ha debido hacerse? encarcelar dos ó tres muchachos de los más gritones, porque lo de ayer no ha sido más que un *bochinche* callejero sin importancia, ¿no le parece á usted?

Esta era su muletilla : no emitía un pensamiento,

sin buscar en seguida apoyo en el parecer de su interlocutor, para arriar velas si el otro decía que no, huyendo de la controversia; don Claro, que tenía la sangre en el ojo, según su expresión, estaba muy lejos, por supuesto, de la concordancia de ideas que esperaba el huésped de La Jovita. Al contrario: asombróse y abrió la boca de ver la pachorra y la frescura con que el doctor hablaba del incidente, como si las piedras y las pelotadas de barro y los gritos indecentes no hubieran sido dirigidos al *leader* eneísta; del pienso de alfalfa y cebada no quería acordarse el digno juez, porque sabía muy bien que el público habíalo destinado para él y su hermano, el ínclito don Zoilo, que es lo que más quemado lo tenía.

—¡Sin importancia, señor doctor!—exclamó,—un motín, un verdadero motín.

—Que bien ha podido ser el pretexto de un crimen—apoyó don Tomás frunciendo el hocico.

—Sí, de un crimen—insistió el juez,—¿sabemos, acaso, lo que se tramaba? ¿á lo que ha estado expuesto el doctor Trujillo, y nosotros mismos? Chichín ha visto á Julián González con una piedra en la mano, ¿qué hacía Julián González con una piedra en la mano? él lo niega, pero mi hermano jura que es verdad. Todavía creo que he hecho mal en largar á los cabecillas... aunque no hubieran pruebas, había para condenarlos.

Refirió los tumultos ocurridos en la estación después de la partida del doctor Trujillo, en la esquina de Hierro y en la plaza; la banda municipal perdió sus instrumentos, que los pilluelos llevaron, como presa: todo el pueblo resonaba con las notas graves ó chillonas del cornetín y del trombón, que los chicos soplaban en las encrucijadas con todos sus pulmones;

había más vidrios rotos, más árboles desgajados y más cabezas magulladas, que si un ciclón hubiera reventado *allasito* mismo encima de Ombú. De los milicianos de Aldúnez Segundo, dos perdieron los sables, y recibieron cada uno regular paliza, propinada por manos que se sentían pero no alcanzaban á distinguirse, tantas eran y tan recio daban. Los gritones que pedía el doctor fueron sacados de la pulpería de don Román : ahí estaban entre rejas, para pagar por todos los demás pecadores.

—Un motín—repitió el juez,—un verdadero motín. Ya estaba yo abocado al telégrafo para pedir un destacamento al ministro de Gobierno, pero, felizmente, Zoilo dió pronta cuenta del alboroto, y á la noche estaba el pueblo como una balsa.

—Por supuesto que Román—insinuó el mono viejo,—protestará que él y los suyos no han andado en el ajo...

—¡ Le hubiera usted oído ! era una fiera : Encarcelad á todo el pueblo, gritaba, porque todo el pueblo es culpable ; quieren ustedes tapar el cielo con un harnero ; vuestra consigna es atropellar á ciudadanos pacíficos ; ¿cuál es mi crimen ? combatir los escándalos y las vergüenzas de la época. Y Prieto, don Crisanto y Julianito le hacían coro. Al médico, que es un energúmeno, hubo que ponerle mordaza. Miren que pacífico él, don Román...

El doctor Trujillo parecía muy disgustado de todo esto, y don Tomás avergonzadísimo de que en su distrito hubiera hallado semejante acogida el eminente personaje, que por todas partes habíanle saludado con palmas y discursos : no dirían sino que él era un cero á la izquierda en la política local, cuando no supo impedir á tiempo la hostil manifestación. Paseando mientras hablaban, llegaron al naranjo y se

sentaron en el banco, sitio predilecto de las niñas; don Francisco, al fin, dióles la razón sin regatear: que era necesario meter en cintura a los levantiscos ombúenses, que con tanta descortesía le habían recibido.

—Pero, con lo hecho basta y sobra, señor juez, después... veremos: yo pienso quedarme hasta el 15 de febrero, la elección es el 10: ojo al enemigo, entretanto, y armas al hombro, ¿no le parece á usted?

—¡Eso es! palo aquí, palo allá, y al cepo de cabeza con todo ordenista que levante la voz—decía don Claro entusiasmado, dando rebencazos al aire:—usted no sabe cómo está el partido, aquí el señor García Luces se lo puede decir: todo minado por la propaganda de *El Eco*, el maldito tendero con una popularidad que asombra, con remingtones, con dinero... Va á llegar el día 10 y nos correrán como no les opongamos toda la fuerza de que disponemos.

—Y se les opondrá—exclamó don Tomás,—¿quién ha dicho que no se les opondrá?

—¡Ahí vamos!—dijo don Francisco de Paula:—no faltaría más que nos dejáramos correr, aquí donde es señor y árbitro nuestro común amigo García Luces, y teniendo la sartén por el mango, quiero decir, á las autoridades de nuestro lado.

Explayó entonces el plan que había concebido y debía de darles la victoria, plan sencillísimo, puesto en práctica muchas veces y siempre con el mismo éxito, que tanto gustó á don Tomás la noche antes: esto, esto y esto, y sauseacabó: ¿era un atropello? en otra ocasión sí, pero cuando de ganar la elección se trataba, no venía á ser sino un recurso de guerra, muy lícito y muy en favor, hasta en los Estados Unidos, donde también se hacen cosas feas, ¿no les parece á ustedes?

—A mí me parece de perlas—contestó 'Aldúnez el grande, mientras don Tomás aplaudía,—y es precisamente lo que les teníamos preparado, pero, como acaba usted de desaprobarme mi conducta en el *bochinche* de ayer tarde... creía...

—Por considerarla fuera de lugar—dijo don Francisco,—porque le daba usted una importancia que convenía, oiga usted bien, que convenía no darle; en este otro caso cambia el aspecto, y lo negro resulta blanco, sin dejar de ser negro; pero, según me pintan ustedes las cosas, ¿vamos á pararnos en pelillos?

Si el meticuloso y grave personaje se mostraba tan dispuesto á saltar por todas las barreras, más debía de estarlo el jefe de la dinastía aldunezca, acostumbrado á hacer mangas y capirotos en el distrito que el gobierno le diera por feudo, y más García Lucés, que ardía en santa ira contra el descastado de Hierro Bermúdez; los dos, don Tomás y don Claro, escuchaban al doctor, cual si predicara el evangelio: don Tomás, parpadeando los ojos redondos de orangután, la negra zarpa clavada en su barbilla blanca, y don Claro, con el reluciente chambergo y el rebenque en una mano y tirando de su pera gris con la otra. ¡Magnífico! ahí estaba él, juez de paz de Om-bú, adicto en cuerpo y alma al gobierno, para realizar el plan del doctor Trujillo y secundar la acción eficaz del ilustre representante del partido eneísta, que había venido á comunicar nervio y vida á sus correligionarios desmayados; don Tomás, por su parte, en un arranque de generosidad asombroso, declaró que si hacía falta *plata*, que llamaran á su puerta... Un poquito más, y bendicen los tres sus puñales, á la sombra del naranjo. Don Claro se levantó:

—Señor doctor, ha sido un gran honor para mí conocer á usted de cerca; sea usted el bienvenido y

accepte usted mis excusas por lo ocurrido ayer ; á sus órdenes, señor doctor.

Como no acabara con la retahila de cumplidos, pensó don Tomás si intentaría pronunciar el discurso aprendido de memoria que la lluvia imprevista de alfalfa y de silbidos le malograra en la estación ; pero, no, felizmente : el gran Aldúnez se fué, llevando la promesa de que el personaje pagaría gustoso su visita en el día, y dejando la de que los demás miembros de la real familia vendrían también á presentarle sus respetos.

—Sí que irá—se adelantó á decir García Luces,—y pasearemos todo el pueblo á pie, ¿verdad, doctor? á ver si se atreven los ordenistas. Y en la sesión solemne del club tomaremos el desquite.

A tiempo que don Claro salía del parque, en el corredor aparecieron mistress Cowan y Jovita, con sombreros de paja negros, á tomar el coche, ya dispuesto, para el paseo, y Elena y Perico los caballos que el negro Benito acababa de acercar cogidos de la brida. Vestía el Trujillín un traje verdaderamente ideal : chaquetilla de franela blanca, camisa de seda á florecitas, sin chaleco, cinturón azul con hebilla de plata, calzón ajustado, bota de charol y un sombrero Stanley, que le daba el aire de un explorador de verdad ; el gozo de verse tan coquetón delante de sus presuntas novias, lo aguaba la idea de tener que montar á caballo, él que no había jamás subido á la grupa sino de los caballitos de madera que su papá le compraba, de niño. Y esta idea, de temor y de cortedád, se leía en sus hermosos ojos, al mirar al animal agitarse, impaciente quizá de dar con él en el suelo ; sin embargo, el amor propio se le subió á la cabeza, y se fué derecho al negrilla, preguntando con grandes voces : ¿Cuál es? ¿éste? yo quiero el

más arisco, no me vengán ustedes con *manicárrones*... Ya la mistress y Jovita habían subido á la volanta, y Elena, la burlona, retozándole la risa en los labios, decía al montar, sin ayuda, en el caballo:—¡ Mire que es pura sangre, Trujillo; mucho cuidado! Perico se encomendó á Dios, y puso un pie en el estribo, agarróse de las crines y de la silla, quiso trepar, fué-sele un pie, embutió el otro hasta el tobillo en el estribo demasiado grande, rodó el Stanley por el suelo, y quedó el mísero colgando, en la figura más ridícula del mundo; reía á carcajadas Elena; la mistress y Jovita reían también, don Francisco y don Tomás, risueños, acudieron, y hasta el desvergonzado de Benito llegó á mostrar sus dientes blanquísimos entre el grana vivo de sus labios espesos. A todo esto, el pura sangre sin moverse, con más flema que un mal caballejo de panadero, de estos hechos á llevar árganas á cuestras.

—Espera, muchacho, yo te ayudaré—gritó el doctor.

Corrió, y tirando él de un lado y el negro y don Tomás del otro, le sacaron de la trampa en que cogido estaba y entre los tres le izaron, y tan pronto como se vió Periquín dominando al monstruo que tales fatigas le había hecho pasar, pidió, colorado de ira, su sombrero, se lo encasquetó con arrogancia, y aplicó tan terrible latigazo, en medio de las orejas, al animal, que dió éste un bote, y salió disparado al través del parque; no había empuñado las riendas Perico, y mal sentado, las piernas encogidas, sueltos los estribos, bamboleaba como si fuera á caer, agarrado á la silla con ambas manos.

—¡ Vas á estrellarte, muchacho, toma la brida, tira á la izquierda!—vociferaba el padre asustado.

—Es unā oveja—dijo don Tomás calmándole,—el caballo más manso de la estancia.

En efecto, á poco volvió el joven, conduciéndolo como á un borrego, descompuesto todavía á causa del susto ; y sin más accidente se organizó la expedición y partieron, con la recomendación especial de que no se les pasara la hora del almuerzo.

—¡ Diablo de chico !—dijo don Francisco de Paula,—ahí donde usted le ve, es más listo... y luego tranquilo, serio, respetuoso... ¡ Le digo á usted, mi querido amigo, que esto de los hijos es una lotería ! y bien ha podido no salir así, sin madre desde pequeño...

Empañósele la voz al doctor, porque este hombre que tan feliz parecía, tenía su gusanillo que le roía el corazón : su mujer, una morena de las Provincias, hermosísima, había... ¿ cómo decirlo?... Fué un escándalo social, que hizo mucho ruido : la separación vino, completa ; y ella se fué á correr tierras, y anduvo rodando mucho tiempo... El hijo, Periquito, no la conocía. Y nadie se explicaba cómo un hombre del carácter del doctor Trujillo, pudo ser así engañado y deshonorado, y todos se asombraban de verle llevar el fardo de su pena con tanta filosofía, que apenas descubría su fatiga. Tan vieja historia la conocía don Tomás ; así, al escuchar la alusión de su infortunado amigo, largó la frase de cajón que todos los tontos emplean cuando se les hace una confidencia :

—¡ Así es el mundo, amigo !

La sazonó con un suspiro, resollando, como si estuviera resfriado.

—¡ Todavía cuando se ha tenido una mujer como la suya !—repuso don Francisco.

—Una criada—debió rectificar don Tomás ; pero no rectificó, naturalmente ; dióle más fuerza al fuelle

de su nariz, poniendo cara de duelo al triste recuerdo de su consorte.—¡Excelente muchacho!—dijo.

—¿Quién?

—Periquito.

—¡Ah!

—Va á ser un marido...

—¡Puede usted creerlo, mi amigo!—apresuróse á contestar el doctor.

—Y me parece que Jovita...

—¿Sí?

—¡Veo yo muy lejos!

—Tanto mejor, mi querido amigo, tanto mejor.

Con medias palabras se entendían los dos, movidos de la codicia el uno y de la ambición el otro, confabulados ambos para preparar el enlace de una hija de ricacho con el hijo de un futuro ministro. Y delante de la casa, que parecía llorar su ruina por todas sus grietas, paseaban, amasando el plan: el horno estaba ya caliente y la pasta á punto.

Perico, en tanto, iba más orondo que el Cid sobre Babieca en tierra de moros; pasado el susto, dejaba caer las piernas con naturalidad, erguía el cuerpo, haciendo uso de la rienda y del látigo sin ton ni son, aunque prendido siempre con la mano izquierda del arzón delantero, por lo que ocurrir pudiera; así pasó el parque, al lado de Elena, rodeó la casa del mayordomo, cuya vetustez corría parejas con la del amo, y los galpones inmensos, donde se amontonaban la lana y los cueros secos, y salió al campo; la volante iba delante, al trote. La mujer del mayordomo estaba á la puerta, y los saludó con esta noticia:

—El hijo de Andrea (ella pronunciaba *Anrea*), ha muerto y hoy estamos de *velorio*; le asistió el *dotor* Hierro, que pasó la noche en el rancho dándole porquerías al angelito: ya se lo dije yo á ella, que

si hubiera llamado al *Tata-dios*, no se le muere, de fijo.

Las niñas, contristadas, determinaron ir á visitar á Andrea, la mujer de un *puestero*, que vivía á una legua más allá de ña Pascuala, y tomaron el camino, primero al trote, endiablado paso que estuvo á punto de abatir la entereza y el equilibrio de Periquito, y luego al galope, ya en campo abierto, lo que hizo al joven prenderse y encogerse de nuevo sobre el cuello del animal, y sudar y maldecir el día y la hora que consintió en acompañar á su papá; felizmente el caballo era de estos que llaman de *sobre-paso*, y no tardó en acostumbrarse al acompasado movimiento. Elena, á su lado, le miraba y se reía de su ridícula figura, divirtiéndose en castigarle el penco con latigazos bruscos que le hacían dar corcovos y espantaban al muy flojo del jinete, poniendo en serio peligro su Stanley de venir otra vez al suelo.

—¡ Por Dios, señorita!—chillaba,—déjele usted; va tan bien, que podría llevar un vaso de agua sin derramarla: he montado muchos caballos en mi vida, pero como éste, ninguno.

Habían los dos dejado atrás el carruaje; Perico estaba encantado de lo que veía: de aquella vasta extensión de tierra, tan vasta que el muy roñoso de García Luces, podía decir:—¡ Todo lo que abarca la vista, hasta el límite del horizonte, es mío! y aun se quedaría corto; de aquellas sementeras de trigo y de maíz, que no tenían término, y del ganado que pacía, tan numeroso como un ejército. ¡ Qué rico, pero qué rico debía de ser don Tomás!

¡ Y qué hermosa, pero qué hermosa iba Elena, vestida así de amazona, con su sombrerito de paja y sus rizos de oro, que, á impulsos de la veloz carrera, escapados de las mallas de su prisión, se des-

ataban uno a uno sobre su espalda, juguetones! Cuando ella se volvía, agitando el latiguillo, risueña, y le increpaba con falso enojo por quedarse á la zaga, el pobre muchacho sentía unos deseos de decirle cuatro palabritas de aquellas que guardaba almacenadas para tales ocasiones, siempre las mismas, como flores de trapo que yacen en polvorosa rinconera, porque indudablemente era Elena la que á él le gustaba, pero no se atrevía. ¡No! su gran campaña tenía que empezar por el ataque de la fortaleza mayor; si ésta resistía, la orden estaba dada de cercar á la otra, porque el botín era el mismo. ¡Jovita ó Elena! era su santo y seña. Al diablo, pues, los rizos tentadores y cuidado con las inclinaciones peligrosas, que cuando el interés habla, el corazón calla, aunque cause duda y asombro que tal baratija cargara el empajado muñeco, hijo de don Francisco.

Tampoco estaba él en aquel momento para meterse en honduras: el sobre-paso del maldito caballo, lo duro de la silla, el sol que abrasaba, el picar de los tábanos, la fatiga, el temor y más que todo esto un irritante dolorcillo que sentía no sé dónde y entumecía sus piernas y desmayaba su ánimo, hacíanle mirar ansioso delante de sí, esperando descubrir el término del malhadado viaje, aquel rancho de Andrea que no parecía por ninguna parte. No quería preguntar á su burlona compañera si faltaba mucho que andar todavía, por no darle motivo de risa y descubrirle la tortura que estaba pasando, cada vez más intensa á causa del movimiento. ¡Ah, si pudiera apear-se sin ser visto y tenderse en el fresco maizal que atravesaban! un minuto de descanso le devolvería la energía perdida... Y Elena, implacable, decía:

—Le admiro á usted, Trujillo, ¡qué buen jinete!

porque cuando no se tiene costumbre... Ahora estamos á mitad de camino.

Sudando y pálido por el dolor, Perico respondió, con sonrisa que daba pena :

—¡ Vaya si tengo costumbre ! las leguas que me he andado yo, y en caballos más briosos que éste...

¡ A mitad de camino ! ¡ no, no podría seguir ! el misterioso dolor le escocía acerbamente ; Elena le hablaba y él no la oía, contestando con cabezadas y suspiros : pensaba en el coche que venía detrás, y lo ricamente que estaría él sobre los almohadones, si no hubiera querido hacer el valiente y el farfantón.

—¡ Si no me bajo, me muero !—dijo para sí el infeliz.

La joven iba delante, cabalgando con soltura y gracia admirables ; Perico tiró al suelo el Stanley y paró de golpe, dando un grito.

—¿ Qué es eso ?—exclamó Elena, sofrenando y volviéndose asustada.

—Mi sombrero que se ha caído.

—¡ Qué majadero ! pues bájese usted y recójalo...

—Eso voy á hacer, ¿ pero por qué no sigue usted ? yo voy detrás.

—Bien, más no se detenga, que es tarde.

Vióla alejarse con infantil alegría, y cuando se perdió en el recodo del sendero, probó á bajarse del potro, sin equívoco sea dicho, de su tormento ; su plan era esconderse en el maizal, para que Jovita ni la mistress le vieran al pasar, y allí quedarse echado hasta que la caravana tornase, y con un pretexto ó con otro, ya diciéndose herido ó enfermo, hacer que le recogieran en la ambulancia, digo, en la volante, porque él ni ante la fuerza de las bayonetas volvía á subir sobre el lomo del condenado animal que en tan triste estado le había puesto, ¡ malditos sean aho-

ra y siempre los caballos y el primero que tuvo la ocurrencia de montarlos, y las niñas burlonas, y los mequetrefes que acompañan en jiras políticas á sus papás, para sufrir sustos y magulladuras, como la que sufría Perico... no sé dónde! Quiso, pues, apearse el mísero, esperando recobrar sus fuerzas al tocar el suelo, como el gigantón aquel de la fábula, pero no pudo mover una pata, porque el dolor le llegó hasta las mismas entrañas, ni desenredar el pie del estribo, que parecía haberse incrustado en el tobillo; ensayó desprender el otro, y tampoco, y lo que más le asustó y desesperó fué notar que de la cintura para abajo estaba como paralizado, pues cada pierna debía de pesarle muchas arrobas, tan hinchadas estaban, ó él se figuró que lo estarían, y la caja del cuerpo y los miembros todos tan aporreados, que no hacían caso de la voluntad que les mandaba menearse. Rabiaba y bramaba Perico, y á todo esto el caballo como si fuera de piedra, y el sol como si fuera de fuego, abrasando su cabeza descubierta, y las moscas y los tábanos zumbándole en los oídos, como si le dijeran cosas muy feas, para burlarse, y los penachos del maíz, agitados por la brisa, saludábanle con exageradas reverencias, en medio del blando susurro de las hojas; el coche llegaba, entretanto: se oía el trotar de los caballos. Entonces, con pernadas violentas, tirones de rienda y chasquidos de lengua, intentó Periquito hacer penetrar al penco en el sembrado, para que no le vieran, con la sana intención de dejar caer su maltrecho cuerpo en lecho más mullido que el durísimo del camino; pero, ¡ca! el puro sangre aquel se estaba quieto que quieto, dirigiendo tranquilamente su racioncita de descanso, y tanto se preocupaba de los talonazos del jinete, como de los floridos ternos que sobre sus empinadas orejas llovían.

Furioso, descargó Periquito un porrazo con el cabo del rebenque en la cabeza del animal, y quemado éste á su vez, dió un salto, mentira parece, que casi desarzona al otro, y emprendió el galope delante del coche, que se acercaba; el muchacho, prendido al cuello de su verdugo, sin fuerzas, se dejó llevar, como entregado al mismo demonio: no escuchaba los gritos de Jovita, que, asomada á la portezuela, le decía:

—Pero, Trujillo, ¿adónde va usted sin sombrero? ¿qué le ha pasado?

¿Adónde iba? adónde el caballo quisiera; á él lo mismo le daba, pues si no había perdido el sentido, no estaba muy lejos de perderlo. Felizmente, ni el animal era capaz de desbocarse, ni el rancho de Andrea quedaba tan lejos como Elena había dicho, de pura broma, pues en breve llegaron y por el patio entraron, Perico sin sombrero, atravesado como un fardo, pálido como un muerto, prendido de las crines, sin soltar mano ni palabra.

A la puerta del rancho estaba Elena, de palique con un joven, y los dos miraron al extraño jinete.

—Pero, ¿qué tiene, Trujillo?—exclamó la niña, —¡ay Dios mío! vea usted, doctor.

Fué el doctor Hierro, que él era, y Elena y Jovita y la mistress también, alarmadas, interrogándose mutuamente.

—Yo le dejé recogiendo su Stanley, que se le había caído—decía la menor.

—Y yo, en cabeza, parado en medio del camino —dijo Jovita.

—¿Estar malo?—preguntaba la inglesa sacudiendo el brazo de Periquito.

Dispuso Fernando que le bajaran del caballo, y del rancho salió el mozo Frutos, y muchas mujeres

se asomaron ; ña Pascuala entre ellas, y Andrea, la madre afligida, una criolla sanota, de muchas carnes y mejores colores ; ayudado de Frutos, colocó el joven médico al trujillesco retoño sobre los almohadones del coche, y después de examinarle, mandó que le dieran agua fresca y le dejaran tranquilo.

—El que no está hecho á bragas...—sentenció el doctor riendo,—ya saben ustedes lo demás ; dos leguas á caballo es mucho para quien no está acostumbrado.

Todavía protestó Periquito, reanimado con la blandura del asiento y el frescor del agua, refunfuñando :

—No es la primera vez, no, señor, lo que hay es que el mancarrón ese...

Reíanse discretamente todos, y Elena con más gana que nadie. Pero Santos no pudo contenerse y desdeñosamente, exclamó :

—¡ *Pueblero* tenía que ser !

Dejáronle allí y entraron en el rancho, porque 'Andrea quería á todo trance mostrar el angelito á las niñas. La habitación era espaciosa y ahumada y poco limpia ; en el centro habían puesto una mesa, cubierta con la colcha de la cama, de retazos de zaraza de diversos colores y dibujos, en forma de damero, y en derredor guirnaldas de cintas desteñidas con estrellitas de papel plateado, prendidas con alfileres : sobre un cholchón de musgo, salpicado de flores frescas, descansaba el cuerpecito rígido del chiquitín, muy emperifollado, como el niño Jesús de un nacimiento, alumbrado por cuatro velas de sebo. Contemplándole había tanta gente, que no parecía sino que se trataba de la cosa más extraordinaria del mundo : mujeres de los puestos vecinos y mocetones de poncho y chicos desarrapados, todos husmeando ya

la ginebra que había de correr aquella noche en el velatorio ; delante del fogón, sentado en actitud sibilina, estaba un gaucho viejo, de guedejas grises y barba enmarañada, enlutado como un sepulturero, el chambergo echado sobre los ojos y el barbijo debajo de la nariz, muy sucio el poncho y el calzoncillo que asomaba bajo el chiripá. Y Andrea, en la puerta (las señoritas de García Lucés no quisieron traspasar el umbral) contaba gimoteando cómo había ocurrido aquella desgracia, á la que precediera otra no menos cruenta, porque los males nunca vienen solos, la prisión de su marido, con motivo del alboroto de la tarde anterior en Ombú ; pues, señor, el niño se enfermó dos días atrás, sin saber de qué, se puso paliducho, se quejaba, no quería la teta, y ella, que más confianza tenía en Dios que en la medicina, le aplicó sobre el vientre una estampita de San Roque, y esperó el resultado, pero Braulio, el marido, se reía :—Llamaremos al médico, mujer—decía,—á don Crisanto ó al sobrino de don Román. Pero ella, sólo de oír nombrar á don Román se enfurecía, porque el pícaro tendero (aquí bajaba la voz para que Fernando, que paseaba pensativo bajo el emparrado, no la oyera) el pícaro tendero era el que le sonsacaba á su marido con esto de las elecciones y de los enredos políticos, y contestaba que de llamar á un hombre de *cencia*, llamaría más bien al Tata-dios del partido, que con sólo poner la mano sobre el enfermo le sanaba en un decir Jesús. Volvióse Andrea al viejo de las guedejas grises, y señalándolo á las niñas, dijo :

—Es ése el Tata-dios ; tarde ha venido, pues cuando él entraba, se moría mi angelito, y sin embargo, ¿lo creerá usted, niña Jovita? cuando le puso su santa mano sobre la frente, el pobre hijo de mi alma

abrió los ojos por la última vez. Braulio, pues, no quiso entender razones y se fué al pueblo por don Fernandito, después de encerrar el ganado más temprano que de costumbre : esto sucedía ayer á la tarde ; quedé yo sola, con unas congojas, y el niño con unas convulsiones, que no es para contado : llegó la noche, solté el perro y atranqué la puerta... Braulio no venía, y mi hijo se moría sin amparo ; con él en brazos, yendo y viniendo por el cuarto, con la cabeza perdida, escuché al fin los ladridos de *Turco*, ¿era mi marido con el médico? no, era don Zoilo, el comisario, con dos sayones. ; Qué trazas y qué maneras !

—Aquí debe de estar escondido Hierro el mediquito—vociferaba,—á ver, regístrenlo todo. Y como yo protestara que no tenía á nadie escondido, me dió un empujón que casi me arroja al suelo con mi querida carga ; le grité :—Es usted un bruto, un eneistón sin entrañas. Los otros andaban por el rancho como perros ratoneros, hurgando hasta debajo de los ladrillos ; pregunté :—Pero ¿me hace usted el favor de decirme qué tengo yo que ver con don Fernandito y por qué he de esconderle yo y ha de esconderse él en mi casa? Entonces me contó, en medio de un rosario de palabrotas, que había ocurrido un barullo muy grande en el pueblo y que estaban presos todos los ordenistas que se dejaron tomar, Braulio entre ellos, y como Braulio declaró que fué á Ombú en busca del sobrino de Hierro y no encontraban á éste en ninguna parte, suponían y lo daban por seguro que aquí tenía que estar.—Señor don Zoilo, le dije llorando, ni don Fernandito está aquí, ni mi marido es culpable de nada ; suéltেনle ustedes, mire que ya no podemos vivir con esta persecución que nos han declarado, nada más que porque á Braulio se le ha ocurrido hacerse ordenista, ; mire que mi hijo se mue-

re, y yo estoy sola ! ; Ay, niñas ! como si se lo dijera á la pared. Cuando se convencieron que en el rancho no estaba lo que buscaban, se fueron, no sin haber dado un par de machetazos al pobre *Turco*, que le derrengaron. Me puse á rezar al lado del fogón, hamaçando al niño, llorando desesperada. Y en esto volvió á ladrar el perro, y entró por esta puerta el mismo don Fernandito ; qué alegría ! ; la aparición del ángel Gabriel no me hubiera confortado tanto ! había salido del pueblo en pleno alboroto, llamado urgentemente por Martínez, el marido de ña Filomena ; después de hablar con Braulio y prometerle venir á ver al niño, y en casa de Martínez estuvo un gran rato, ignorante de cuanto ocurriera en Ombú respecto á la prisión de su tío y de que andaban buscándole. Sorprendióse mucho, pero lo más urgente era ver al enfermito ; desgraciadamente era muy tarde, el mal se le había subido á la cabeza. ; Qué noche ! Don Fernandito no quiso abandonarme, Dios se lo pague, y la pasamos él peleando por salvar á mi ángel y yo haciendo las *melceínas* que me ordenaba, como una ente, sin saber ni dónde tenía las manos, ni dónde tenía la cabeza. Cuando esta madrugada entró el niño en la agonía, y me declaró don Fernando que ya no había remedio, me fuí enloquecida al rancho de don Nicasio, el Tata-dios, y le traje... ; Qué desgracia tan grande la mía ! ; ese hombre que á mi tía Pascuala, que está presente y no me dejará mentir, la levantó de la cama, sacramentada que estaba y todo, y al mayordomo del señor don Tomás le arregló un brazo, que se había sacado, y curó el zaratán de su mujer, y el reuma de Braulio, sin hierbas, aguas ni ungüentos, sólo con tocar al enfermo, y en tocándole rezar un Padre-nuestro y mandarles que lo re-

zaran, no ha podido evitar que mi angelito se muriese!

Largó el llanto Andrea, y las señoritas, como las vecinas, consoláronla á su modo:

—Cómo ha de ser, hija, confórmese; estas desgracias son pruebas que Dios nos manda...

Jovita abrió su cartera y le dió una limosna para ayudar á los gastos del entierro.

—¡Ay, niña, qué buena es usted! ¡qué buenas son ustedes! enteramente como su mamá, que esté en el Cielo—decía la agradecida mujer.—¿Hablará usted á su papá para que me suelten á Braulio, puesto que han soltado á los otros?

—Sí que le hablaré y te le soltarán; ese don Zoilo es un barbarote; cuando el gobierno se entere de los atropellos que lleva cometidos, verás cómo le destituye.

—¿Usted cree, niña?—exclamó Andrea con esa incredulidad dolorosa del pueblo en la justicia de los gobiernos.

Santos se había sentado junto al taciturno Tata-dios, y templaba la guitarra, cuyas cuerdas parecían sollozar bajo sus dedos ágiles.

—Ya está Santitos ensayándose para el velorio—dijo ña Pascuala muy quedo,—á ver si se distrae un poco esta noche y olvida sus melancolías.

—Bien se ha portado el pobre—repuso Andrea;—el primero fué en venir á traerme noticias de mi marido, y como hallara aquí á don Fernandito, á quien tiene mucha afición, aunque sea su enemigo político, le anunció que don Román estaba ya en libertad con los otros presos, los principales, y que podía estar tranquilo, que ya no pensaban en prenderle... Apenas clareaba, cuando él llegó.

—¿Y cómo es que no se ha marchado todavía?—

preguntó la vieja indicando con la cabeza al joven médico, que pasaba delante de la puerta en aquel momento.

—Le retuve yo, para cebarle un mate; no había de irse en ayunas después de tan mala noche; ahora se va á casa de Martínez otra vez, que parece está muy grave. ¡*Turco!* ¡¡*Turco!!*—gritó, viendo que el maltratado perro, arrastrando una pata, y sucio de sangre y de polvo se acercaba á Fernando para hacerle fiestas.

Y mistress Cowan, que oyó, ó mejor dicho vió, pues era sorda, tocar la guitarra y se enteró que aquella noche se bailarían en el rancho de Andrea y se cantarían décimas, escandalizada, dijo en su chupurrado español que jamás había visto tan salvaje costumbre en ninguna parte. ¡*South-America* todos, todos indios!

Fernando acariciaba la cabeza de *Turco*, distraído. ¿Por qué no se marchaba? el rosillo le esperaba en el palenque, ensillado, y ansiosa sin duda la mujer de Martínez, y su tío, con quien tanto tenía que charlar después de lo ocurrido. Y él, esclavo de su deber profesional, no se movía. No se movía, no podía moverse, porque estaba allí, cerca de él, la hija gentil de García Lucea, y ocasión como ésta no encontraría otra en mucho tiempo, nunca quizá. Analizaba sus impresiones, desde que vió llegar á Elena, sola, y luego el coche y bajar á Jovita y saludarle graciosamente: su indecisión en marcharse, su terquedad en quedarse mientras ella estuviera en el rancho, y comprendía, asustado, entristecido, que aquel amor, aquel estúpido amor, porque jamás una señorita hermosa y rica, había de corresponder á un mediquillo pobre y feo sin más don ni atractivo que el, general-

mente desdeñado, del talento, llenaba su corazón, su cerebro y su vida toda.

—Debe de ser ya muy tarde, ¿verdad, doctor?

Era Jovita la que hablaba, y en el marco de enredadera de la ventana, junto á la cual se detuvo, parecióle al poeta una evocación de su fantasía; torpemente, respondió después de consultar su modesto reloj de níquel:

—Son las once, señorita.

Y quedóse mirándola, mientras ella le preguntaba por su tío, ese excelente y huraño Hierro Bermúdez, lamentándose de los dimes y diretes en que andaban en el pueblo. Fernando se inclinó y contestó no sé qué, cortado, sofocado por la emoción, ¡qué tontos son á veces los hombres de talento!

Llamó Jovita á su hermana y mistress Cowan, y se despidieron, siendo escoltadas hasta el coche por el mujerío y Fernando y Santos; Periquito dormía sobre sus laureles, profundamente.

—¡Vaya un jinete!—exclamó ña Pascuala,—darle una buena friega en llegando; lo menos va á estar tres días en cama sin menearse.

—¡Que Dios se lo pague, niña!—repetía Andrea lagrimeando.

Cuando partió el coche, cogió Santos una vara y se fué derecho al corcel de guerra de Trujillo, que pacía allí cerca, y tales palos le arrimó, que salió el animal como una bala.

—¡Toma, toma—decía entre dientes,—ya que no puedo hacer lo mismo con el *cajetilla* que has traído!

Y al rato, salía Fernando al campo en su trotón, despedido por el rasgueo lánguido y tristísimo de la guitarra de Santos, dentro del rancho de Andrea.

## VI

*La del galán perpetuo*, la respetable y amojanada maestra de escuela, pasaba más sustos y fatigas á causa de las trapisondas políticas en que enredado andaba don Román, que la palmeta en sus manos había dejado de ser el arma terrible y despótica de la maleante chiquillería. Porque con esto de ser novia antigua y presunta esposa del caudillo de Ombú, su escuela era tenuta por antesala del Club del Orden, y la policía la vigilaba con el mismo ahinco que á aquel centro revoltoso y temido; tres veces se presentaron don Zoilo y sus seides á preguntar por unas armas que decían y aseguraban debían de estar allí escondidas, y todo lo revolvieron y registraron hasta debajo de las camas de misia Perpetua y de la mística Figuración, que sufrió un síncope al ver tantos hombres en su alcoba, pero las armas no aparecieron; qué habían de aparecer! si estaban en la huerta de Hierro, enterradas en un hoyo muy hondo... Luego, anónimos, amenazas: no, aquello no era vida para tan tranquila señora; sus lecciones se resentían de la zozobra en que la persecución de Aldúñez Segundo mantenía su apocado espíritu, y en la clase no daba pie con bola, soltando á lo mejor tales despropósitos, ya sobre historia ó gramática ó geografía, que los

chicos se reían irrespetuosamente, sin que el santo temor del castigo los retuviera, y se reían, no porque alcanzaran á juzgar del despropósito de la maestra, sino por el ademán que hacía cuando lo soltaba, como de quien coge una mosca al vuelo, tapándose luego la indiscreta boca con el pañuelo de cuadros, para no reir ella misma. Bajaba de la tribuna, abandonaba la ya inofensiva palmeta, y decía á la pasanta:—Sube tú, hija, y explica á estos adoquines lo que es un rombo y un romboide; francamente, no tengo la cabeza para estas cosas... Esta mañana recibí nueva cartita: (*al oído*) que las armas están aquí, y que tan pronto como las encuentren, me quitarán el cargo, ¿otro allanamiento en perspectiva? me enfermo cada vez que pienso en el comisario: aquella nariz de tomate y el chirlo sobre la ceja... Sueño con ese hombre, hija, no lo puedo remediar. (*Fuerte*) ¡Silencio, niños, silencio! á ver tú, descarado, si has estudiado tus matemáticas, ¿qué es un círculo? Sin esperar la respuesta del muchacho, se marchaba, y entonces comenzaba el gran escándalo, en que la pedestre tocata del *pan francés* alternaba con el kikiriki de los gallos y el ladrido de los perros y el mayar de los gatos, las moscas voladoras con largo rabo de papel, el tiroteo de carozos, el tamborileo de la regla sobre las pizarras; un día, uno de los más grandullones, dibujó diestramente en la pizarra un perfil de clérigo, con el sombrero de teja encasquetado hasta la nuca, tal y como acostumbraba á llevarlo el cura Piccolin, alusión desvergonzada á lo que en el pueblo se decía... Figuración, que no tenía el espíritu más en caja que misia Perpetua, con aquella balumba de religiosos pensamientos que le obscurecían, explicaba la lección en una balbuceo ininteligible, más con aire de rezar el rosario que

de escardar aquella almáciga de inteligencias, y así andaba ello, entre la maestra desidiosa y la santurrona pasanta.

De estas cosas y de muchas otras, se quejaba misia Perpetua por las noches, de nueve á once, en las sempiternas visitas que, de veinticinco años atrás, le hacía don Román, modelo nunca igualado de galanes empedernidos: en la salita contigua á la sala de la escuela, ella en el sofá, él en un sillón, dejaban transcurrir las dos horas de reglamento con envidiable flemma; cuando la soporífera relación de los sucesos diarios quedaba terminada, se ponían á bostezar primero muy discretamente, después como si se les desencajaran las mandíbulas, y entonces disputaban:

—¿Ves? tú has dado el ejemplo.

—No, que fuiste tú.

—Que no.

—Que sí.

—¿Y para esto vengo yo, á verte abrir la boca?

—¿Y para esto vienes, á mostrarme que no tienes dientes?

Pero no pasaban á mayores, y de burlas, apostaban á cuál de los dos hacía más bostezos.

—Esta noche llevas catorce.

—Y tú diez y siete.

—En cambio, anoche hiciste tú veintitrés.

—Y anteanoche llegué á contarte treinta y uno

Don Román decía:

—Si estuviéramos casados, ya nos habríamos sacado los ojos.

Porque aparte de esta inocente terquedad en parecer siempre el menos aburrido, jamás discutían, y eso que el geniazo que gastaba el tendero no era hecho para pacíficos coloquios; quedaban dormidos, al

fin, y el reloj los despertaba á la primera campanada de las once.

—Bueno, hasta mañana Perpetua.

—Hasta mañana, Román.

Y se despedían, soñolientos, saludándose con el último bostezo. Pues esto era lo común desde el rosado albor de sus singulares relaciones, sin más variante que el epílogo del sueñecito, que vino más tarde con la vejez, y aguantádolo habían el padre, la madre y la tía de la señorita de Galán, que en buena ley conquistaron su asiento en el Cielo, si es verdad el dicho que con la paciencia se gana. La perdurable pregunta, que llegó á ser un estribillo en boca de misia Perpetua :—¿Cuándo, Román?... rodó por los labios de sus respetables parientes, si no con igual ansiedad, con desconfianza idéntica, y si ella ya la había olvidado, desilusionada, parecían expresarla todavía los retratos antiguos del padre, de la madre y de la tía, que decoraban la salita, obligados testigos del enfadoso dúo cada noche, condenados, aun después de muertos, á presenciar aquello que tanta grima les diera en vida.

Ahora, la política prestaba un poco de animación á la visita, llegando á suprimir el capítulo de los bostezos y el larguísimo y pesado del sueño, pues don Román, con esto de la campaña electoral que llevaba entre manos, estaba como una pólvora, y ya era la zurra por dar á los Aldúnez y al traidor de García Lucas, ó la regalada con tanta gana y donaire al doctor Trujillo; los minutos corrían, las horas volaban; dando zancadas por la salita, computaba los votos de uno y otro bando :

—Vamos á ganarles la elección—decía,—como ésta es noche y ésta es luz; deja que usen y abusen de sus medios infames de coacción, que nos persi-

gan y que nos encarcelen ¿tienen ellos la fuerza? pues nosotros tenemos la opinión y también fusiles, si llega el caso.

—¡Ay, Román—clamaba misia Perpetua,—en buen lío te has metido y me has metido, porque yo, que no me llevo ningún pedazo, estoy pagando la mitad de tus cuentas : si á ti te mandan al cepo, á mí no me dejan ni á sol ni á sombra, y el día menos pensado van á matarme del susto. ¡También Fernandito, que yo creía tan serio, ha venido á echar más leña al fuego! ¿y sabes lo que te digo? que después de todo, de arruinado tú, de preso Fernando ó algo peor, y destituida yo, perderán la elección.

—¡Perder la elección! cállate, mujer, no digas disparates.

—Lo cierto es que el gobierno gana siempre; no sé cómo se las arregla.

—Ganará en definitiva, por el fraude, por la fuerza, ¡pero la elección parcial aquí, en Ombú, la ganaré yo, ó dejo de ser Hierro Bermúdez!

Cuando tuvo lugar la sesión solemne en el Club del Pueblo, en honor del doctor Trujillo y desagravio, que según *El Noticiero* fué lucidísima y extraordinariamente magnífica, y según *El Eco*, pobre y ridícula, dando de paso un varapalo á don Francisco y un cortés arañazo á don Tomás, entróse el tintero en la escuela como unas pascuas, caso rarísimo en él, á la hora habitual :

—Ahí salen de lo que ellos llaman su sesión solemne ¡qué risa! cuatro gauchos llevados á empujones, y ellos, nada más. El doctor Trujillo, vitoreado, y hasta el animal de don Tomás ¡mira de dónde sale don Tomás echando discursos! afuera la música alborotando, para reunir pilluelos y desocupados, y la sala del club viniéndose abajo con los vivas y los

aplausos. Y atención, que aquí viene lo bueno : cuando salieron, con faroles y banderas, á dar la vuelta de la plaza, el doctor Trujillo á la cabeza de la columna rodeado de todos los Aldúnez y de don Tomás, que se daba unos aires que parecía iba á reventar, tan inflado y orgulloso estaba, del lado de la iglesia apareció un buey con largos y retorcidos cuernos, adornado de cintas y coronado de ramas de sauce, que un grupo de muchachos azuzaba con picas, gritando :

— ¡ Viva el doctor Trujillo ! ¡ ¡ ¡ vivaaaaa ! ! ! ¡ Vieras qué alboroto ! el azoramiento fué tal, que todos se desbandaron, porque toro le creyeron ó vaca brava, y el buey rodeó la plaza en libertad, tan asustado de los gritos, de la música y de las luces, objeto de manifestación estruendosa, como los eneístas, que corrían despavoridos. ¡ Este Julianito vale mucho ! de él fué la idea, y la puso en práctica sin consultarnos ; sabrás que el doctor Trujillo lleva sobre las sienes una corona conyugal de muchas libras, y esto es lo que Julianito quiso significar al representarle en cornúpeto tan manso y resignado. ¡ Qué bueno ! y cómo van á rabiar los eneístas.

Reíase á carcajadas don Román, y misia Perpetua, por decoro, juzgó conveniente variar de tema, contando con muchos aspavientos no sé qué visiones de la histérica Figuración, que debía de estar loca de atar con tanto engullir rosarios y sermones :

— Imagínate que dice que ayer á la tarde vió á San Antonio, así, tan real y patente, como yo te veo á ti...

— ¿ Quieres callar, Perpetua ? — interrumpió brutalmente don Román, — ¿ sabes lo que Figuración ha visto ? la sotana de don Benvenuto, por no decir otra cosa... ¡ Y basta ! no me vengas más con estas bobes-

rías de los milagros de tu santa de pega, que me dan risa y son la burla del pueblo ; ¡ parece mentira, mujer, que, maestra de escuela y todo, la creas á esa farsanta, que de todo tiene trazas, tan rolliza y colorada está, menos de andar de hociqueo con los santos !

Y tornando á reir, echado en el sillón, repetía :  
— ¡ Pero qué demonio de Julianito ! ¡ buena ha estado la broma, buena !

La víspera del sonado 10 de febrero, día de las elecciones, llegó algo más temprano y apenas calentó el asiento :

— Me vuelvo al club, porque tengo mucho que hacer : está mi casa repleta de gente, hija, los ánimos entusiasmados, prevenidos todos para mañana, que es el gran día ; mañana no salgas, y aunque domingo, no permitas á Figuración que vaya á misa, porque tiros ha de haber ¿ has visto tú alguna elección sin tiros ?

Misia Perpetua echóse á llorar, pues presentía alguna desgracia.

— ¿ Y si te matan, Román ? porque ellos han de tramar algo en contra tuya, en contra de Fernando.

— Déjalos que tramen lo que quieran ¿ somos nosotros mancos ? ¡ qué han de matarme ! Hierro Bermúdez es muy duro de pelar, y en *pellejerías* más serias he andado, los indios por ejemplo, y ya lo ves, tan campante.

— Voy á rezar, Román, aunque tú eres un judiazo, para que Dios les ayude.

— Reza todo lo que quieras... ¡ que yo obraré !

Salió, y como de la escuela á la tienda no había más que un paso, en la tienda se puso en un periquete, y hallando al dependiente dormido detrás del

mostrador, despertóle con un par de coscorrones de sus nudillos de acero :

—Duerme, hijo, duerme en gracia de Dios, que si roban la tienda, á tu amo le roban, y tan fresco ; haragán ! ; gandul ! á las nueve cierras, porque esta noche puede haber algo ; no olvides de poner la barra á la puerta, como te has olvidado otras veces.

Quedóse el mozo rascándose la parte dolorida, y entretanto, don Román fué al ventanillo y dió la misma orden al gallego de la pulpería :

—A las nueve cierras, y no permitas estacionar borrachos, porque eso es lo que ha de querer la policía, pretextos para intervenir y hacer de las suyas.

—Señor—dijo la voz discreta del dependiente,—ó soy ciego ó pasa en este momento un piquete que debe de ser de La Plata.

—¿ Un piquete de La Plata ? serán los milicianos de don Zoilo, que andan de patrulla.

—No, señor, soldados son, pero no de aquí.

Ya el italianito había saltado el mostrador y atisbaba en la puerta, y con misteriosos *chist chist* llamaba al amo, para que viera el extraordinario suceso de la toma de Ombú por aquel escuadrón, sin que nadie se enterara ni lo sospechara siquiera.

—Pero, sino puede ser...—refunfuñaba el tendero.

Asomóse y columbró, efectivamente, la masa de los soldados moviéndose en la sombra : la noche era muy obscura, y por ser tiempo de luna, no encendían los faroles, pero como el perezoso escudero de la tierra no debía levantarse hasta pasadas las diez, estaba el pueblo como el fondo de un pozo ; sólo en los balcones del Club del Pueblo lucían algunas luminarias, que agigantaban la temerosa silueta de los *paraísos* de la plaza, y había luz en el zaguán de la intenden-

cia y de la comisaría ; todo lo demás cerrado á piedra y lodo, hasta la ventana baja del juzgado, donde don Claro debía de estar preparando su sorpresa anunciada. El piquete, con su oficial al frente, recorrió la *cuadra* del club encísta, á paso de marcha, que la blandura del suelo y la precaución apagaban, y de á dos en fondo penetró en la comisaría ; don Román vió chispear las bayonetas.

—¡ Canallas ! — exclamó apretando el puño que mostró amenazador, — ¡ entran como traidores, de noche, para que el pueblo no los vea ! siempre los mismos... ¡ He aquí la libertad del sufragio de un país republicano ! pero así y todo hemos de luchar ; vuestros soldados no nos amedrentan, señores Aldúnez y compañía.

Abandonó la tienda, pasó al zaguán, que por un lado abría sobre la calle y conducía al patio interior del caserón, y al cual daban cuatro puertas : la del comercio, el cuarto de don Román, una habitación en la que se había instalado la imprenta de *El Eco*, importada de Buenos Aires, y la sala espaciosa en que el Club del Orden halló cómodo alojamiento : don Román abrió la puerta de esta sala y pasando su caraza picada de viruelas, que la de un Dantón de lance semejaba, dijo con fuerte voz :

—Señores, un piquete de La Plata acaba de llegar á Ombú ; ¡ cuidado, señores !

—¡ Viva el general Ordenado ! — respondieron muchas voces. Y se levantó grande clamoreo, comentando la noticia.

Adentro, de pie ó sentados, había muchos hombres, de poncho algunos, de chaqueta otros, de chambergos todos, fumando, bebiendo y *mateando* ; y como las dos ventanas de la calle estaban cerradas, por ser bajas, el humo era tan espeso que apenas se po-

día respirar : en el fondo se veía una mesa con un sillón de rejilla pegado á la pared, dominada por el retrato hecho al lápiz del General, vistiendo gran uniforme, con la bandera de la patria en la diestra, y más abajo el escudo argentino bordado en sedas de colores por las bellas ombúenses, ofrecido galantemente al club en el día de su fundación ; cuatro quinqués alumbraban la sala con luz mezquina, y por una puertecilla que á la izquierda de la mesa había, entraba y salía Brígida, incansable, á pesar de su pata coja, con el mate ó la ginebra ó los cigarros, acudiendo donde la llamaban, ya á acortar la mecha del reverbero porque daba tufo, ya á recibir la calabaza que un paisano hacía sonar con sus chupadas repetidas. Sentábase en el sillón de rejilla don Crisanto González, el médico, vicepresidente 1.º del club, que no hablaba sino de degollinas é incendios como el mejor remedio para curar lo que él llamaba el cáncer del oficialismo :

—Todo lo demás—decía,—oponer pechos á bayonetas para salir ensartados, es lo mismo que pretender curar una enfermedad gravísima con flor de naranja. Amigo Hierro Bermúdez, cedo á usted la presidencia—añadió viendo asomar al tendero.

Y levantándose con trabajo, á su hijo Julianito y á Fernando, que cerca estaban, increpólos en esta forma :

—¿Qué decís vosotros, ahora? ¡ un piquete de La Plata! no vendrá á traernos confites.

—Don Crisanto—dijo Hierro el joven,—yo le explicaré á usted : he dicho que antes que los medios violentos está la persuasión por medio de la pluma, por medio de la palabra ; hay que hacerle comprender al gobierno...

—¡ Con palabras!—exclamó el gordinflón riendo,

—¡ con palabras que no oye, con artículos que no lee ! lirismo puro el suyo, amigo : los gobiernos no se dan por aludidos, sino cuando el pueblo les pone el pie en el cogote, y eso es lo que tenemos que hacer nosotros si no queremos ver de Presidente de la República al doctor Eneene.

—Pero, papá—intervino Julianito,—suponiendo que ganáramos la elección sin sangre...

—¿ Sin sangre ? en los días de mi vida, que ya son muchos, no he visto tal cosa, ni espero verla, así alcance los de Matusalén.

Don Román había ocupado el sitio que le correspondía, como presidente de la asamblea.

—Sí, señores, un piquete de La Plata—repetía golpeando la mesa,—llamado por los Aldúnez, por García Lucas, por Trujillo, para fusilarnos mañana desde el atrio de la iglesia, á nosotros, los ordenistas ; ha entrado traidoramente en el pueblo, á favor de la noche, y el pueblo duerme tranquilo, mientras el enemigo le acecha.

—Dejadle dormir, que aquí estamos nosotros sin pegar los ojos—observó un vozarrón en el fondo de la sala.

—¿ No hay armas ?—preguntó otro.

—Las hay—contestó el presidente,—y valor y entusiasmo y dinero también ; los ordenistas de Ombú hemos de probar al gobierno de La Plata que sabemos defender nuestros derechos de ciudadanos en todos los momentos y en todos los terrenos. Señor secretario, lea usted el telegrama recibido esta tarde del comité de la capital federal.

El secretario era Julianito, quien se apresuró á cumplir la orden, leyendo con voz clara y fuerte el indicado despacho, que expresaba la esperanza de los correligionarios bonaerenses que los de Ombú levan-

tarían muy alto en el siguiente día su nombre de patriotas probados.

—¡ Viva el general Ordenado!—gritó un gaucho medio ebrio, alzando su copa vacía.—Ña Brígida, arrime *pa cá* esa frasquera, ña Brígida.

—Basta de ginebra—ordenó don Román;—tú te callas, Braulio, ó te echo fuera ¿no ves que si te mareas, de nada puedes servirnos?

—Está bien, patrón—contestó dócilmente Braulio,—créame usted que no quiero volver al cepo.

Y entregó su copa, como quien rinde la espada, á la cojitranca sirvienta, que para prevenir lances parecidos, arreó con todos los adminículos propios del culto de Baco. Dió cuenta en seguida el presidente de la generosa ofrenda de don Nicomedes Prieto, dos mil pesos, y la promesa de estar en la plaza al rayar la aurora del 10 con los ochenta y cinco peones de su estancia.

—¡ Viva Prieto!—gritó Braulio agitando el chambergó.

Don Román prosiguió :

—Don Pedro Brama ha donado igual cantidad y prometido traer sus treinta y cinco peones, lo que hace unos ciento veinte votos para nuestra causa, que nos ofrecen estos dos antiguos convecinos y fieles correligionarios.

—¡ Viva Prieto! ; Viva Brama! ; viva Ordenado! —gritó de nuevo el entusiasmado y alegre Braulio.

A falta de campanilla, el presidente dió un puñetazo que hizo bambolear la mesa.

—¡ Que te calles, Braulio, he dicho! aquí no quiero gritones ni borrachos.

—¿ Eso de borracho lo dice usté por mí, patrón?—preguntó el gaucho arrastrando las palabras y mirando de soslayo.

—¡ Por ti y por tu abuela y por toda tu casta !  
A ver, sacadme al patio á ése, y que no entre hasta  
que el aire le haya refrescado la cabeza.

Quieras que no, aunque con trabajo, la expulsión  
se llevó á cabo.

—Yo salgo porque me da la gana—rezongaba,—  
pero si lo dice por mí... ¡ahijuna!

—Vaya, no te hagas el malo—decíale Julianito  
empujándole suavemente.

Restablecida la calma, el presidente repuso :

—Son, pues, ciento veinte votos, la base del triunfo, sin contar con los nuestros, con los de casi todo el vecindario, que se prepara á cumplir mañana su deber cívico. Puedo decir que el triunfo de la lista ordenista está asegurado. Tres de los escrutadores nombrados nos son adictos y los tres asistirán al acto, bajo palabra. ¿Qué podemos temer entonces? la astucia y la fuerza militar de nuestros enemigos. Pues bien, aquí tengo veinticinco fusiles, sistema remington; y el correspondiente servicio de balas, abundante, con los cuales armaremos el cantón de la esquina, que ha de responder al fuego de la iglesia y del club eneísta, si fuego se atreven á hacernos; en la azotea de la botica habrá otro cantón, que secundará nuestros tiros, y en uno y en otro, el doctor González, Fernando y yo, estaremos hasta el fin, siempre en primera línea, después de depositar cada cual, con el grupo que encabece, su voto en la urna.

—Eso, eso—saltó don Crisanto,—bala rasa, como el mejor argumento, que lo demás es perder el tiempo. Vengan esas armas, y preparémonos á verlas, como hacían los antiguos paladines.

—Antes—indicó Hierro Bermúdez,—se procederá á distribuir el rancho, vamos al decir.

Sacó del cinto un abultado paquete, y diólo al

secretario para que contara la cantidad reunida, y una vez contada, procediera al reparto de diez pesos por barba, lo cual hizo que la mayoría de los presentes, con gran rumor de sillas arrastradas y taconazos sobre el suelo enladrillado, se acercara y rodeara á Julianito, para recibir el precio en que tasado habían su voto de ciudadanos libres. Y como al olor de sabroso guisado, acudieron muchos más que en el zaguán estaban y otros tantos que llegaban de la calle : el aldabonazo sonaba en la puerta de minuto en minuto, y Brígida abría, después de preguntar su nombre al visitante. Julianito, con limpieza de manos asombrosa, daba la comunión á los congregantes, el grasiento billete de diez pesos, que ellos recogían con hambrienta premura.

—¡ Apartarse un poco, no me sofoquen ! acercarse uno por uno.

Don Román interrogaba á todos :

—¿ Habéis traído el trabuco ? bueno, ya sabéis que esta noche todo el mundo duerme aquí : el que entra, no sale hasta mañana por la tarde.

Entretanto, Fernando había ido por las armas á la huerta, acompañado de dos hombres, y cuando reaparecieron con ellas en la sala, estalló un trueno de aplausos y de vivas.

—¡ Silencio !—dijo el presidente,—no chistar, que el lobo está ahí ; ya sabéis que la policía no se anda con remilgos para allanar los domicilios, y si nos sorprenden las armas, ¿ con qué haremos frente mañana al enemigo ?

El doctor González se adelantó y haciendo militar saludo, exclamó :

—¡ Bienvenidos sean los defensores de la soberanía popular !

La presidencia procedió en seguida á designar las

personas que habían de cargar aquellos nenes, elegidas entre los más valientes y probados matones de Ombú, y cada uno de los agraciados, presentes todos, se recibió del arma, entre el martillar de los gatillos y el golpear de las culatas. Julianito seguía entregando billetes de diez pesos, y el espectáculo que ofrecía ahora la sala, á la luz de los cuatro quinqués, era curiosísimo: aquel toma y daca; la cara atezada de muchos hombres, que la dudosa claridad hacía parecer siniestra, mezclados á los jóvenes de chaqueta, los lechuguinos del pueblo, de flor en el ojal y no sé qué aire de elegancia cursi que se desprendía de sus personas, como la esencia penetrante de sus peinados engomados; la nota saltante del cuadro, aquellos fusiles y el arsenal que algunos mostraban en el *tirador*, cabos de dagas y trabucos, todo esto y hasta la singular figura de don Román Hierro Bermúdez, con la vellosa pechuga descubierta y su carraza cribada chorreando el sudor, detrás de la mesa, los ojos inquietos vigilando la acción del reparto ¿no habría hecho creer al primer venido que aquello no era club ni cosa parecida, ni la gente allí reunida lo estaba con fines electorales, movida del noble anhelo de hacer el bien de su patria? Mientras don Crisanto paseaba alborozado su barriga monumental, expresando con alegres voces su satisfacción de ver al partido ordenista, al gran partido á que tenía el honor de pertenecer y al que desde niño había acompañado en el triunfo y en la derrota, tan bien pertrechado y dispuesto, Fernando, entristecido, había-se sentado cerca de la ventana; llegábale al alma la vista de aquellos preparativos de guerra, aquel entusiasta hablar del *enemigo*, cual si el territorio argentino estuviera entregado á la invasión extranjera. Costábale creer á su sentimentalismo de poeta, sali-

do apenas del aula, imbuído de todās lās generosas teorías que harían tan grande á la humanidad, si la mezquina humanidad fuera capaz de realizarlas, que una cosa es el libro y otra la vida, que una cosa es la ley y otra el juez que la practica, y la costumbre que impera, y el vicio que corrompe; que el ciudadano de un país libre, regido por el sufragio universal, tuviera que armarse hasta los dientes para defender su voto, la emisión de su opinión independiente, ¿de quién? ¿del gobierno! Entonces ¿para qué servía tanta bella promesa de la Constitución, el traer y llevar de esa trinidad augusta de libertad, igualdad y fraternidad, como polvo de oro que se echa á los ojos, si todo era mentira, si el guardián de ella, el gobierno, se convertía en bandolero, ladrón de votos y opresor de conciencias? Amargo descorazonamiento le invadía; el santo ardor con que se lanzara en *El Eco* á defender sus ideas políticas comenzaba á enfriarse, ya que era necesario trocar el remington por la pluma, y hacer correr sangre en vez de tinta, y esto en la primera ocasión que se presentaba de que hablaran las urnas y dieran su sereno fallo en el pleito eterno de los gobiernos y los pueblos.

—Sí, señor don Crisanto—dijo al viejo médico que se le acercó,—me duele ver todo esto, y me avergüenzo como argentino que sea necesario, que sea indispensable mostrar el arma antes de entregar el voto. Porque si se tratara de un movimiento revolucionario, de estos sacudimientos que á veces importa producir para echar á rodar mandatarios despóticos, pero no, se trata de simples elecciones que deben ser pacíficas...

—Que deben, pero que no lo serán—interrumpió el doctor con un movimiento de hombros que hizo temblar sus carrillos;—esto de las elecciones es un

duelo entre los que gobiernan, ávidos de conservar su mandato, y los gobernados, deseosos de echarlos á paseo y poner otros en su lugar, á prueba, para ver si lo hacen mejor; aunque sin muchas ilusiones, porque, hay que desengañarse, señor poeta, todos los gobiernos son malos, remalísimos, y yo no sé qué es peor, si conservar á los que se han hartado del poder ó traer á los que padecen feroz hambruna de catarlo. Vamos, pues, á cuentas; ¿cree usted que á gentecita así, que lucha rabiosamente en defensa de su estómago, y observe usted que en la fisiología individual como en la vida colectiva, el estómago es lo principal—casi me atreveré á decir que todo en la vida, absolutamente todo, es cuestión de estómago—va usted á oponerles versitos, por delicados y sublimes que sean?

—Cierto, ciertísimo—respondió Fernando,—pero niégue-me usted que es una inicua ofensa á la ley, que es una irrisión, que es una burla, esta convocatoria al pueblo alrededor de las urnas, para rechazarle después á balazos; y si no, para hacer con sus votos el criminal escamoteo que todos estamos acostumbrados á ver, que la justicia apadrina y el Congreso sanciona, ¿no valía más que obraran á su antojo, prescindiendo de estas formalidades ridículas y dejaran á los ciudadanos tranquilos en sus casas?

—Pero ¿qué le de negarle yo todo eso y mucho más que sobre el particular podía usted añadir? de acuerdo, completamente de acuerdo.

—Digo á usted, don Crisanto, que si esto es república, que venga Dios y lo vea: empecemos por el principio, por lo que está más alto, el Presidente...

—¡Oh! ¡el Presidente!—repitió el doctor con un tonillo que no se sabía si era de amenaza ó de menosprecio.

—Un czar de Rusia, señor don Crisanto, un czar de Rusia con toda la suma del poder en la mano, aunque otra cosa diga la Constitución; ¿sus ministros? simples secretarios puestos allí para refrendar su firma y nada más; ¿el Congreso? criaturas del Presidente casi todos sus miembros, que obedecen á una señal de su dedo olímpico con carneril mansedumbre, y votan á destajo cuanto se les manda y ordena. ¿Qué sucede? que si el Presidente es un pillo, y se dan casos, se alza con el santo y la limosna, y nombra sus sucesores, y los impone á metrallazos. Pues yo digo y repito, mi amigo, que si esto es así, como lo es y nadie se atreverá á negarlo, prefiero uno de tantos reyezuelos de esos que tan gran trabajo dan allá en la vieja Europa, porque es uno solo á aguantar y no cada seis años uno nuevo, con nuevos apetitos y nuevos compromisos, después de tanto dolorosísimo, que cuesta al país muchos millones, mucha sangre y muchas lágrimas. Y el remedio de todo esto, ¿sabe usted cuál es, señor don Crisanto? reformar la Constitución, implantar el régimen parlamentario, hacer del Presidente un figurón, un maniquí de resorte, que se siente, se levante, salude y apenas hable, que es lo que tienen que ser los Presidentes en esta América, donde los tiranuelos nacen como los hongos; darle de tutor á un jefe de gabinete con su consejo de ministros impuesto, oiga usted bien, impuesto por el Parlamento, que tenía que ser la representación genuina de los partidos... En cada provincia un prefecto ó como usted quiera llamarle, dependiente del gobierno central, y acabar con ese lujo de gobernadores y ministros y cámaras independientes; mire usted que San Luis y Jujuy y otras con gobierno aparte, da risa! provincias menores de edad, con la llave de puerta de calle y á las que la mamá-

nación tiene que pagar las trampas de sus calaveras juveniles... La gloria sería, señor don Crisanto, y se acabaría de una vez y para siempre este poder personal, omnímodo, odioso, causa de todos nuestros males, porque la tendencia de todo hombre, sea quien fuere, es á tiranizar al que tiene debajo. Hagamos el gobierno parlamentario, y verá usted, verá usted...

Se había levantado, y tan chiquitillo como era, parecía más grande por el calor con que exponía su idea, y la desarrollaba y sostenía; ahora no, pero después, pasada la elección presidencial, cuando la política estuviera en calma y las pasiones se hubieren apaciguado, daría á luz su idea en las columnas de *El Eco*, y sobre el yunque de la discusión, un día y otro día, la forjaría al gusto de las aspiraciones comunes, la puliría, presentándola al pueblo como enseña de redención, para que se hiciese carne y salvara la República del abismo á que la conduce el personalismo absorbente y egoísta. El viejo médico le oía con repetidos ¡hum!, rumiando en silencio las palabras que con entusiasmo de apóstol Fernando pronunciaba; al fin, saltó con esta pregunta:

—¿Y esa nueva era que usted nos anuncia, señor poeta, traería necesariamente la reforma de nuestras costumbres electorales, que tan mal le saben á usted? ¿podríamos acercarnos libremente á las urnas, sin temor que nos soltara el perro el gobierno ó nos escamoteara el voto? ¿acabaría también con la casta de los Aldúnez, que sin ser presidentes, ni ministros, ni congresales siquiera, disponen de vidas y haciendas, contando con la impunidad que presta el favoritismo, y hoy asaltan y mañana roban, le toman á usted preso porque sí y le sueltan porque se les antoja, con todo el cortejo de etcéteras que usted se sabe

de memoria? porque si el régimen parlamentario ha de seguir consintiendo estas cosas, no valdrá un rábano la reforma, y mejor será dejar rodar la bola.

—¡Qué ha de consentirlas, señor don Crisanto! en primer lugar...

Oyóse un aldabonazo tan fuerte, que resonó como una descarga, y al mismo tiempo Brígida y el italianito de la tienda entraron, despavoridos, por la puerta del zaguán; todos se volvieron, con sorpresa, y don Román se alzó de su sillón de rejilla, extendiendo el brazo para imponer silencio.

—Es la policía, patrón—dijo el dependiente balbuceando,—la policía, don Zoilo...

—¿Y qué busca aquí ese señor?—tronó la voz de Hierro Bermúdez.

Brevemente contó el italiano lo que había pasado: tres hombres salieron del club eneísta fingiéndose borrachos y entraron en la pulpería, y á poco de servirles el gallego, armaron terrible pelotera...

—Si es la vieja comedia—exclamó don Román,—¿no dije á ese gallego de mil demonios que cerrara á las nueve? Naturalmente, al oír las voces y el escándalo habrá acudido el comisario: ya tenía el pretextito que buscaba.

—Señor—dijo Brígida,—el que acaba de llamar es el oficial de la partida.

—¿Pero, no dice este gringo que es don Zoilo?

—Don Zoilo está ahora en la pulpería—contestó el aludido temblando.

—¿Es decir que estamos rodeados entonces?

El aldabón resonó de nuevo, y como sucede en los garitos que la autoridad sorprende, que fichas, naipes y puntos desaparecen, con ligereza de manos y de pies extraordinaria, la sala se vació inmediatamente, y por la puertecilla aquella que á la izquierda

de la mesa quedaba y abría comunicación con el cuarto de Fernando, pasaron atropellados los hombres, porque lo esencial era esconder las armas, el cebo, sin duda que atraía al lobo ; cuando no hubo ni rastros del bélico matute, y quedaron solos don Román, Fernando, el médico y Julianito, que apretaba en su mano derecha el rollo de billetes que aun faltaba distribuir, dió aquél á la criada orden que se abriera al señor oficial de la partida. Ya Fernando había entreabierto la ventana y visto por el resquicio un pelotón de milicianos delante de la puerta, y que las luminarias del club eneísta estaban apagadas y también á obscuras el portal de la intendencia y toda la plaza : era, pues, la ocasión propicia para que saliera el lobo de su madriguera.

—¿ Apostamos á que esto es un lazo, del que el doctor Trujillo tiene el cabo?—exclamó con una patada en el suelo.

—¿ Cero, y van cuántos?—dijo don Crisanto con risa nerviosa que sacudió su abdomen.

Como general que da sus últimas instrucciones en el momento de librar el combate, Hierro Bermúdez hablaba :

—Saldré yo solo ; ustedes se quedan aquí ; suceda lo que suceda, aunque oigan voces y tiros no se muevan ; las armas antes que todo, y si don Zoilo se empeña en penetrar en el recinto del club, se le impide la entrada, hasta por medio de la fuerza, si es preciso.

—Solo no he de permitirle que salga usted—dijo Fernando,—que quede aquí don Crisanto, que se basta y se sobra para dirigir la defensa del club, si el club fuere asaltado.

Responder quiso don Román, pero ya el oficial, franqueada la entrada, aparecía en el zaguán, segui-

do de sus milicianos, mientras allá dentro, del lado de la pulpería, escuchábase el tumulto de los tres borrachos; don Román salió, seguido de Fernando, y detrás de ellos cerró el médico la puerta de la sala con pasador y cerrojo, dando así á entender á la autoridad que allí le estaba vedado entrar. Era el oficial un *compadrito* barbilampiño, de estos de cadera cimbradora y tacón Luis XV con la torcedura de rigor, quien, sable en mano, se creía tan poderoso que no había para él ley ni roque, terror del pueblo por sus atropellos y su desvergüenza; cosa rara, no se apellidaba Aldúnez, pero pasaba por pariente de esta histórica familia, y yo no lo pongo en duda.

—Me explicará usted, caballero...—dijo don Román.

—Señor Hierro Bermúdez—contestó el mequetrefe con la altanería que acostumbraba,—aquí estoy en comisión de servicio, mandado por quien puede mandar.

—¡Esto es una invasión del domicilio particular! —exclamó Fernando,—¿trae usted orden del Juez?

—La traigo, pero no escrita; cuando á mí me dan una orden, la cumplo sin necesidad de que me la pongan en un papel, porque tengo buena memoria.

—Pero, ¿qué es lo que usted busca?—preguntó don Román, que sentía más ganas de emprenderla á guantadas con el intruso que de parlotear.

—¿Lo que yo busco? pues, pronto lo va á saber usted, señor Hierro Bermúdez.

A obscuras estaban; la puerta de la calle habíala cerrado uno de los milicianos, y como dieran frente á la de la tienda, alumbrada en aquel momento, aunque con pobrísima luz, vieron entrar en ella á Aldúnez Segundo con su temida escolta y tal repiqueteo de espuelas y de sables, que parecía entraba un re-

gimiento, quien con voces desaforadas, de hombre ebrio, ó sin juicio, venía diciendo :

—¿Dónde está el amo de esta casa? ; que salga ese sucio, canalla y recondenado ordenista !

A todo esto, el alboroto de la pulpería había cesado, señal de que el que lo armaba no era otro que el señor comisario, que seguía llamando á gritos :

—¿Pero, sale ó no sale ese pícaro mercachifle? ¿á que entro y le saco de las orejas?

Don Román salió, sin esperar á más, y en la tienda cayó como una bomba.

—¿Qué palabras y qué modales son éstos, señor Aldúnez? ¿por qué grita usted así? ¿á qué viene todo esto?

—¡ Ah ! sós vos ¿eh? ; hombre ! qué ganas te tenía, ordenistón de la gran tal... ganas de verte, hombre, no te asustes.

—¿Asustarme yo? de mirar cómo degrada usted el cargo que su decentísimo gobierno le ha confiado. ¡ A tales amos, tales lacayos !

Enzarzáronse en un cambio de palabras imposible de copiar, cara á cara, dando bufidos como dos toros que pelean, prontas las manos á secundar á la lenguas, con más filo que cuchillo de carnicero, mientras Fernando se esforzaba en separarlos, repitiendo :

—¿No ve usted, tío, que está *bebido*? ; hacerle caso, es darle gusto !

Y el oficialito y los soldados, impávidos, esperando una seña de su jefe para entrar en la liza.

—¿Qué te has creído—decía la voz aguardentosa de don Zoilo,—que íbamos á dejarte que nos hicieras la guerra, sin cortarte las dos manos antes y el garrote, ordenista asqueroso?

—¡ Amesuelos del gobierno, perro eneísta, no te

echo abajo las muelas, porque no quiero mancharme los dedos—contestaba don Román, brotándole fuego por todos sus poros.

—A ver—gritó el comisario,—aseguradme á éste, y también á ese cagatinta que ya me está calentando las orejas.

—¡Preso yo! ¡éste es un atentado, una infame arbitrariedad!—exclamó Hierro Bermúdez comprendiendo, aunque tarde, que había caído en el garlito, desesperado de verse así reducido á la impotencia en la víspera de la gran batalla.

—Señor comisario—dijo Fernando tembloroso de ira,—falta usted á la ley...

—¡A la cárcel!—sentenció don Zoilo.

—Por desacato á la autoridad—añadió el oficial.

—¡Eso, eso—repitió don Zoilo con la risa estúpida de la embriaguez,—por desacato á la autoridad, que soy yo!

Don Román, fuera de sí, echó mano á su facón:

—¡Preso yo! ¡no será sin marcarte antes la cara, sayón cobarde de La Plata!

Arrojóse sobre él, pero los soldados le sujetaron por los brazos, brutalmente le empujaron, y al pie del mostrador le ataron codo con codo, aplicándole fuerte mordaza, y lo propio hicieron con Fernando, que después de vano forcejear, cayó vencido, como débil pájaro bajo la garra del gavilán.

—¡A ése, al de los versos, duro con él!—decía Aldúñez Segundo, encantado de ver á sus dos formidables enemigos postrados á sus pies.

Y tanta gana debía de tener el oficialito de sentarle la mano como su digno jefe, pues remachaba las ligaduras en el endeble cuerpo del poeta, cual si de atar un fardo se tratara; cuando estuvieron bien sujetos, don Zoilo ordenó

—Ahora, á buscar esa imprenta, y hacerla pedazos, que no quede una letra sana para un remedio.

—Yo sé donde está la imprenta—dijo el oficial de la partida,—aquí, en el zaguán.

—Pues vamos allá ; á éstos, que dos de ustedes los custodien.

Salió la horda de la tienda, á paso de carga, seguida del comisario, mal seguro sobre sus piernas : los dependientes y Brígida, asustados del tumulto, habían huído á esconderse en el rincón más obscuro del caserón, y como la llave del cuarto en que se guardaba la máquina de *El Eco* no estaba echada, la invasión se produjo sin resistencia.

—¡ Romperlo todo ! ¡ pulverizarlo todo !—clamaba don Zoilo.

El celo de la soldadesca no necesitaba de incentivos : á ciegas casi, porque el fósforo que sacó Aldúñez no daba la luz suficiente, echáronse sobre la máquina, la derribaron, y con los pies, con los sables, rabiosamente, la acribillaron á golpes, deformando el plomo, astillando la madera ; luego, arrastraron los despojos hasta el patio, y en el centro, con todo el papel del periódico que encontraron, hicieron una hoguera, para que el fuego perfeccionara la obra de destrucción y no pudiera oirse en mucho tiempo el eco de las quejas del pueblo oprimido. Con la punta del sable revolvía don Zoilo el combustible, y su siniestra faz de borracho, entre la humareda y las llamaradas, aparecía como la de un repugnante demonio, ocupado en achicharrar las ideas de los malos. Reía, mostrando sus colmillos negros y afilados.

—¡ Si pudiéramos echar á esos dos aquí !

Desgraciadamente, tenía la orden de llevar la presa viva ; en cambio, por pasatiempo, bien podrían quemar el retrato del general Ordenado.

—¡Al club!

Corrió y los otros le siguieron, pero la puerta de la sala estaba cerrada y ni á los golpes ni á los gritos nadie respondió.

—¡Derribar la puerta!—aulló furioso el comisario.

Con maderos que encontraron en el patio, y la poderosa palanca que los puños, los pies, los hombros y las rodillas que sus veinte milicianos le prestaban, la entrada del club fué atacada: crujió la madera, rechinaron los hierros, pero la puerta no cedió y el silencio siguió reinando allí dentro, como si fuera una tumba.

La turba entonces se desbordó, inundó la tienda y arrasó la estantería de un cabo al otro, destruyendo las piezas de tela, las ropas, los objetos de toda clase que á la vista estaban; los tarros de pintura eran destapados y vaciados sobre las camisas, sobre los pañuelos; las cajas desfondadas y pisoteado el contenido; las monturas, los cojinillos, los sombreros, tajados, y todo embarrado, maltratado, inutilizado. Quedaban los dos muñecos de muestra. Por burla, entre risas y palmoteos, el oficialito aquel les cortó la cabeza. Y de allí, pasó el torrente á la pulpería, y cuanto había en los vasares, copas y botellas, fué arrojado al suelo y convertido en añicos: las canillas de los barriles se abrieron y el colorado chorro del vino se escapó, rebalsó en el piso, derramóse en la acera y corrió calle abajo, como si en tan descomunal batalla fuera la sangre de los combatientes: don Zoilo, en cuatro patas, acercaba el hocico á la canilla y se atragantaba sorbiendo demasiado aprisa, tal como los perros sacian su sed á lengüetadas, y los otros hacían lo mismo, disputándose, empujándose, insultándose, para ganar sitio y aprovechar el turno.

Ebrios todos, volvieron á la tienda, y se llevaron á los dos presos, mudos testigos de la odiosa escena, pálidos de dolor y desesperación, pinchándolos con los sables, á manera de picas.

Cuando el alborotado tropel pasó por la plaza, las ventanas del Club del Orden se abrieron de par en par, y en el hueco de una de ellas, apareció la figura colosal de don Crisanto, quien, fiel á su consigna de custodiar las armas y no exponer sus hombres, garantía del triunfo en el siguiente día, no dió señales de vida ni dejó darlas hasta entonces á los que con él estaban ; pero, indignado, á riesgo de comprometerlo todo, con su voz sonora de clarín, gritó :

—¡ Viva Ordenado !

—¡ Vivaaaa !—repiteieron las voces de los ordenistas albergados en la sala.

—¡ Viva Eneene !—contestaron don Zoilo y sus milicianos, sin hacer mayor caso del desafío.

—¡ Viva Ordenado ! ¡ viva Eneene !—dijeron los ecos en todos los ámbitos del pueblo dormido

## VII

Amaneció el día claro y sereno, con effluvios y frescor de primavera. La campana de la iglesia tañía á más y mejor, llamando á misa, pero como si las devotas de Ombú estuvieran sordas, no se veía por los cuatro cabos de la plaza ninguna falda dominiguera venir frotando el suelo apresurada, con ansiedad de llegar antes que el monaguillo cambiara el

evangelio, y en las demás callejuelas otras faldas que las de las criadas miedosas, que, cesta al brazo y pañuelo al cuello, se escurrían de sus casas y precipitadamente se dirigían al mercado, con temor de que sonaran tiros y el zafarrancho las cogiera fuera, muy pocas, las que no habían tenido la precaución de abastecerse la víspera; lo que sí se veía eran pelotones de milicianos, á caballo, armados con fusiles, y grupos sospechosos, de gentuza de poncho, con cintillos á la vista, que debían de ser una divisa, en unos roja, y en otros azul y blanca, seguir por las calles desiertas, marchar á lo largo de las casas cerradas, espiados, detrás de un postigo que se abría discretamente ó de un visillo que se alzaba al descuido, por los vecinos pacíficos y asustadizos, de estos indiferentes ó desengañados de la política, y son los más, que se encierran con doble vuelta en día de elecciones; pues aseguran que no vale la pena ir á votar y por tomarse empeño tan inútil salir con el número uno maltratado; ó asoman la nariz sigilosamente para echar curioso vistazo y escapar al primer amago de pendencia. Lo que sí se veía, era que estos grupos de rojos y de azules, que incesantemente llegaban á la plaza, desaparecían, los rojos en el Club del Pueblo, con algazara grande, como de gente que siente sus espaldas guardadas por la autoridad, y los azules en el Club del Orden, sin ruido, con apariencia de sectarios perseguidos que acuden á peligrosa cita; y nada más, porque la esquina de Hierro, la botica y todas las casas que á la plaza daban, excepción hecha del pretencioso edificio, morada de los Aldúnez, no ofrecían señales de estar habitadas, y el resto del pueblo, permanecía, como dicho queda, en un silencio vecino del espanto, como si se temiera probable invasión de indios, de las que conservaba

tan terrible recuerdo. Y lo que se veía en la morada de los Aldúnez, era guardia doble á la puerta y mucho entrar y salir de aquellos rojos del club eneísta, y empleados afanosos con cartapacios, que se cruzaban, se interpelaban y despedían, y de la comisaría pasaban al juzgado, del juzgado subían á la intendencia, llevando, trayendo, y tornando á traer y llevar órdenes y contra-órdenes; Chichín, con su cuerpo larguirucho y desairado, se movía como grano de azogue, el más incansable de todos, rodando por escaleras y corredores, con la palabra de don Martiniano á don Zoilo, de don Zoilo á don Claro, y de don Claro á don Martiniano y á don Zoilo, repartiendo avisos, interrogando á los que llegaban y á los que se iban:—¿Lleva usted su boleta? arriba, en la intendencia, primera puerta á la derecha; ¿por qué no la pide usted en el club? es indispensable. sí, señor, y tan indispensable: sin boleta no se puede votar. Abría aquellas piernas de compás, y en dos zancadas desaparecía, orgullósísimo del importante papel que en la gran comedia se le había asignado.

En el atrio de la iglesia, el cura don Benvenuto paseaba, mientras la campana hacía oír el segundo toque de la misa de siete; con su sotana corta, llena de lamparones, y el gorro de seda que fué negro, y á trechos era verde ahora ó amarillo, de borla deshilachada, el labio sensual caído y los ojillos chispeantes, don Benvenuto parecía muy contrariado, quizá á causa de la sordera de las devotas, que le obligaría á celebrar su misita con el destartalado templo vacío. Miraba á las palomas y golondrinas, que anidaban en los muros sin revoque, al cielo purísimo de febrero, color de turquesa, y luego á la plaza, distraído, sin parar mientes en el rebullir de azules y de rojos, ni en los gritos y revoloteos de sus alados huéspedes,

y en este alzar y bajar de su cabeza vulgar, torpe diseño de pincel novicio, notábasele un temblorcillo del labio y del párpado, acompañado del palmear nervioso de sus dos manos, hechas más bien para cavar la tierra que para bendecir á fieles, que demostraba su ansiedad y su impaciencia. Del lado de la esquina de Hierro era adonde dirigía con preferencia sus miradas, y cuando al fin, con la última campanada del segundo toque, percibió dos mujeres que venían muy aprisa, echó un suspirote que infló sus narices carnosas, sonrió y esperó con la fisonomía bañada toda de regocijo; misia Perpetua y Figuración llegaron sofocadas, la maestra más amarilla que de costumbre y más rosada la pasanta que nunca.

—*Buon giorno*—se adelantó á decir don Benvenuto.

—Muy buenos los tenga usted, señor cura—contestó misia Perpetua, mientras la joven saludaba con púdico ademán,—mejores que á mí se los deseo, que los paso negros, negrísimos ¿y las noches?... diga usted, señor cura, ¿sabe usted lo que ha pasado anoche? algo ha pasado, porque yo sentí grande alboroto cerca de casa, muy cerca, en la tienda de Hierro debe de haber sido, ó en el Club del Orden.

—*Non só, non só.*

Alborotos los había siempre, y nadie hacía caso, porque la época era propicia y los vecinos á la postre se acostumbraban; pero, la maestra porfiaba que algo muy gordo había pasado. De no creerlo así, no habría salido aquella mañana, exponiéndose á los desmanes de la chusma que asediaba al pueblo.

—Porque en día de elecciones, señor cura, ninguna persona decente puede salir á la calle. Y ya se lo dije á ésta: mañana no hay misa, hija, ni confesión ni comunión; reza el rosario en casa, que á Dios

lo mismo le da. Pero, ¿cómo quedarme con esta ansiedad, sin saber si Hierro Bermúdez...? La tienda está cerrada, y á la puerta del club no me he atrevido á acercar, para preguntar á Brígida.

El cura propuso que entraran á la iglesia, á inquirirlo del sacristán, y entraron, y el sacristán, que era un barrabás, chico que no llegaba á los quince, con más letras que el abecedario, dió á la afligida señora la noticia desnuda de la prisión de don Román y de su sobrino; mientras tiraba de la cuerda para el tercer toque, ofrecía detalles:

—Yo los vi llevar, como la veo á usted, y antes parece que destrozaron muchas cosas en la tienda y el vino de la pulpería corría por la calle como un arroyo.

—Es cierto, es cierto; acabo de ver charcos en la acera, y á mí se me figuró que sería sangre, ¡ay, Dios mío, Dios mío!

Se sentó en el escaño más próximo, lagrimeando; el padre Piccolin con Figuración platicaban en el hueco de un confesonario, y cosas muy graves tenían que ser, por la viveza de los gestos de la muchacha y el aire de preocupación de don Benvenuto.

—¿Dices que han hecho destrozos en la tienda? —gimoteó misia Perpetua,—¡pícaros, desalmados! pero él se tiene la culpa, él, él; yo se lo dije, yo se lo anuncié, y al otro también, al tarambana de Fernandito, ¿á qué meterse con el gobierno, á qué? ¡ay hijo! me has dado una puñalada con esta noticia.

—Señora—excusóse el sacristán,—usted me lo preguntó... ¿El señor cura no se lo había dicho ya? él también lo sabe; ¿quién no lo sabe á estas horas? sólo que el señor cura cuando está de acá (é hizo el irreverente ademán de beber con la mano izquierda)

no tiene atadero, y anoche había vaciado el cáliz más de lo regular.

Rióse el barrabás, y entretanto estaba tira que tira de la cuerda, y á cada tirón sonaba el vibrante *plum* de la campana allá arriba; la maestra no cayó en la cuenta de las desvergüenzas del chico, ni vió las guiñadas picarescas que al grupo del confesor y la penitente dirigía, porque estaba la infeliz que la hubieran ahogado con un cabello:

—¡ Presos ! ¡ presos !

La iglesia sombría y mal oliente, con aquellos santones tan toscos, que más que la devoción provocaban la risa, de cara reluciente y coloradota, vestidos con faldas como las mujeres y ataviados de cintas, moños, flores de papel y puntillas doradas, no le decía nada al alma, al contrario; los pensamientos más disparatados la asaltaban, profanos, sacrílegos, que ella no reconocía como los huéspedes habituales de su bien ordenado y tranquilo cerebro.

Oyóse gran ruido en la plaza, y asustada, misia Perpetua llamó á Figuración, que estaba con el cura, cerca del confesonario, tan pegajosa ella, como baboso él:

—Andandito, hija mía, á casa, antes que la función dé principio. No quiero más sustos. Y mañana iremos á ver á ese don Zoilo, que en el infierno ha de arder vivo algún día...

—Señora—dijo el padre Piccolin,—quédese usted para la misa: *io la dico in un minuto, veramente*, un minuto.

—¿ Para qué?—exclamó la maestra dando suelta á aquel pensamiento diabólico, que como murciélago andaba aleteando en su magín,—diga usted, ¿ para qué, señor cura? ¿ acaso Dios se ocupa de nosotros? no me rezo yo todos los días un par de rosarios, con

sus correspondientes letanías, y me confieso, comulgo, hago novenas, oigo misa ¿para qué? para que me suceda esto, para que me eche Dios encima todo el saco de desgracias, que ya no puedo con ellas ¿sabe usted, señor cura? ¡no hay Dios, no hay Dios, porque si lo hubiera, estaría el mundo mejor arreglado! Quien se asustó de la enormidad no fué don Benvenuto, fué la pasanta, que se santiguó tres veces, ocultando el rostro tras su libro de oraciones, cual si hubiera visto al mismo Satanás haciendo cabriolas en medio del templo; dócilmente, siguió á misia Perpetua, que había tomado la puerta sin esperar á más, y al pasar por la pila de agua bendita, mojó sus dedos y tornó á persignarse.

—*Addio, addio*--decía el cura despidiéndolas,—y usted, señora, *besogna avere un po di pazienza*.

Quedóse en el atrio, mirando cómo se alejaban, y al finalizar el tercer toque se encaminó á la sacristía, para revestirse, con cachaza que denunciaba su preocupación, quizá, quizá, por las cosas tan graves que Figuración le había confiado.

Y aquel gran ruido que se oyó en la plaza, fué que el piquete de La Plata salió de la comisaría y se puso á hacer ejercicio en plena calle:

—¡Media vuelta á la derecha! ¡firmes!! ¡descansen, armas!!! ¡ep! ¡up! ¡march!...—como si se quisiera dar á entender á los buenos ombúenses con aquel aparato militar, que se anduvieran con tiento, pues á las primeras de cambio...

Después de mucho revolver en la calle, el oficial, con la espada desenvainada, á la cabeza del piquete, se dirigió á la iglesia para ocupar la torre, punto estratégico desde el cual podía más á gusto y cómodamente asestar sus tiros, si tocaban á matar. Mientras don Benvenuto echaba sus *dominus vobiscum*

con su voz cavernosa, allá en el altar mayor, despa-  
chando su misita para el sacristán, único bicho vi-  
viente que la escuchaba, subieron los soldados al  
campanario y en él se acomodaron ; ya comenzaba á  
calentar el sol, y la plaza á llenarse de inquieta mu-  
chedumbre : los azules y los rojos dividíanse en dos  
grandes grupos, los azules, los ordenistas, en las in-  
mediaciones del Club del Orden, ocupando la acera,  
la calle y gran parte del espacio que entre la calle y  
el obelisco mediaba (pues Ombú ostentaba en el cen-  
tro de su plaza principal un obelisco de mamposte-  
ría, muy pobre, es cierto, con cuatro medallones re-  
presentativos de San Martín, Belgrano, Moreno y  
Rivadavia, inaugurado en los buenos tiempos de la  
jefatura de Hierro Bermúdez), grupo numerosísimo  
y entusiasta aquél, y los rojos, los eneístas, delante  
del Club del Pueblo, con ramificaciones que iban has-  
ta la sede de las autoridades, más escasos, pero no  
menos bullangueros ; y lo mismo fué ver asomar  
por el cuello sin cabeza de la torre los kepis y las ba-  
yonetas de los soldados, que los azules pusieron á  
silbar y á aplaudir los rojos. Pero cuando la rechifla  
y el escándalo subieron de punto, fué al aparecer Al-  
dúnez Segundo con sus milicianos en la puerta de  
la comisaría : los atropellos de la noche anterior eran  
conocidos, de boca del mismo don Crisanto tenían los  
ordenistas la noticia, y la indignación era muy gran-  
de ; gritáronle muchas cosas y no se echaron sobre  
él, no por temor de los fusiles que le guardaban, sino  
porque don Crisanto acababa de prevenirlo en el  
club :

—Nada de algaradas ahora : iremos pacíficamen-  
te á la votación ; nuestro triunfo será nuestra ven-  
ganza. Pero, si nos provocan, si hacen fraude, si  
sueltan un tiro, ¡ entonces, á ellos, compañeros !

De los gritos hizo don Zoilo tanto caso, como de las miradas poco benévolas que le asaeteaban ; y qué facha estaba el demonio del hombre ! con aquel chirlo sobre la ceja... Imperturbable, evolucionó al frente de sus milicianos, y se dirigió ; *un, dos ! ; un, dos !* al atrio de la iglesia, donde colocó una guardia de seis hombres, y luego otra en cada esquina de la plaza y otra delante del Club del Orden. ; *Un, dos ! ; un, dos ! ; un, dos !* En seguida recorrió los grupos, incitando á la moderación, vigilando si no llevaban armas en los *tiradores*, en cumplimiento del artículo 62 de la ley, que prohíbe cargarlas (y Aldúñez Segundo se la sabía de memoria), manteniendo la división establecida para no dejar avanzar á los ordenistas más allá del obelisco y alejarlos del atrio tanto como los otros, los rojos, estaban cerca.

Ya el barrabasillo del sacristán había colocado, en la entrada de la sacristía y á la vista del atrio, la mesa con tapete verde (sin alusión picante, sea dicho) y las cinco sillas destinadas á los señores escrutadores, y con prolijidad de director de escena concienzudo, arreglaba los pliegues del tapete, ponía en fila las sillas, la del medio de respaldo más alto que las otras, como en la misa mayor, revisaba el tintero y las barbas de las plumas. Para representar la comedia original de los reputados autores Aldúñez y Trujillo, no se necesitaba de más perendengues : ; correr el telón y que rompa la orquesta ! ¿ y los actores ? los actores llegaron, primero cuatro, uno de ellos en zapatillas y bata floreada y otro sin chaleco con gorro de pana, y minutos después tres más, y entre los tres y los cuatro se armó, tan pronto como se presentaron al público, una disputa escandalosa, porque resultó que los cuatro eran eneístas, dos escrutadores titulares y dos suplentes, y los otros, los retar-

dados, ordenistas y titulares todos. Los eneístas, por aquello del que llega primero, se apoderaron de las sillas y al señor de la bata floreada le sentaron en la del respaldo alto, jurándole presidente de la mesa, y como los ordenistas no encontraron donde sentarse, encrespáronse, poniendo al de la bata, al del gorro y á los demás descansados señores de tramposos y sinvergüenzas que no había por dónde cogerlos. ¿Es decir que ellos, los titulares, los verdaderos escrutadores, no formarían parte del comicio? ¿qué significa titular? ¿qué significa suplente? pues titular, en buen castellano como en criollo, aunque no sea lo mismo, es el que tiene, el que posee el título, y suplente, el que suple, el que integra si hay falta ¿no estaban ellos allí? ¿estaban impedidos cuando se los substituía? A lo que contestaban los otros que debían de estarlo, puesto que no vinieron antes, á la hora marcada por la ley, y entonces los suplentes se hallaban obligados á ocupar su sitio; una silla quedaba, que se sentara el más fatigado de los señores titulares. Y basta de ruido, porque el presidente, en uso de su derecho, requeriría el auxilio de la fuerza pública para hacerse respetar. No querían cejar los burlados ordenistas; pero lo peor fué que una chispa de la disputa de los actores en el escenario saltó á la plaza y los ánimos de azules y rojos, cargados de pólvora, se inflamaron.

— ¡Es un fraude! ¡una infame sorpresa!

— Muy bien hecho, ¿por qué se han dormido?

— No es la hora, ¿se han apoderado entonces de la mesa? ¡canallas! ¡traidores!

Hubieron golpes de puño y rebencazos: don Zoi lo acudió, movióse la guardia y prepararon las armas, relució tal cual facón, y creyeron unos y otros que la batalla se daba, se daba... pero, no se dió todavía.

y eso que el comisario, llamado á poner paz y hacer justicia, sentenció diciendo que el de la bata y los demás bien sentados estaban (en efecto, aparecían repantigados majestuosamente), y que el sitio vacante lo ocupara quien se considerara con derecho á él. El salomónico fallo levantó estrepitosa protesta, que los tres desairados se apresuraron á consignar allí mismo en un acta firmada que dejaron sobre la mesa; y ya se retiraban por el foro, cuando llegó á todo correr el trompa de órdenes del doctor González, Julianito, y les habló no sé qué... Ellos se resistían: la mesa estaba tomada y el fraude hecho, ¿qué podían esperar de ella los amigos? Insistió Julián, con el airc de quien transmite la orden ineludible del jefe, y entonces el más viejo de los tres se sentó, resignadamente.

En esto, vióse venir á Aldúñez el grande, don Claro, dignísimo juez de paz de Ombú, con la urna en manos, acompañado de don Martiniano, de Chichín, y otros empleados menores, como obispo seguido de su clero conduciendo la Sagrada Forma en procesión, y esto parecía por la prosopopeya con que marchaba y el respetuoso cuidado con que llevaba la urna tantas y tantas veces forzada. Subió las gradas del atrio, saludó cortésmente y entregó su preciosa carga al presidente de la junta, quien la recibió de pie y con no menos ceremonia, lo mismo que los registros, obra de paciencia y de imaginación de Aldúñez el chico, que había pasado muchas noches anotando, raspando, substituyendo é inventando nombres, con la ayuda inteligente de su jefe y hermano, que se pintaba solo para estas triquiñuelas del oficio. Llegó el coche de García Luces y de él bajaron, recibiendo grandes muestras de respetuosa deferencia de los que cerca de la iglesia estaban, don Tomás, el

doctor Trujillo y su hijo, y como don Claro se retirara del atrio, pues quería dar una prueba de su absoluta abstención no mostrándose en el acto más que para aquello que la ley (él también, naturalmente, se la sabía de corrido) le mandaba en el artículo 22, con él tropezaron en la última grada, y allí mismo, muy bajito, comunicó el juez haber realizado felizmente la primera parte del programa de la función: Hierro Bermúdez y Fernando Hierro en un calabozo; los ordenistas sin jefe no opondrían resistencia.

—¡ Perfectamente ! ¡ perfectamente !—exclamaba muy alegre el mono viejo, mostrando al sonreír sus encías coloradas.

—¡ Perfectamente !—repitió el doctor Trujillo—¿ no lo dije yo ? ¿ qué tal mi plan ? sin jefe no pueden oponer resistencia ¿ no les parece á ustedes ? y eso que son muy numerosos ¿ son aquellos de la divisa azul y blanca ? ¡ caramba ! ocupan media plaza.

—Déjeles usted, doctor, que la ocupen toda : estos son los nuestros ; pues multiplíquelos usted por otros tantos y haga el favor de contar cuántos votos resultan—contestó don Claro.

Y don Tomás, con risita sardónica, decía que lo que es por falta de votos no se iba á perder la elección : él se había traído consigo todos sus peones, y como la mesa les pertenecía á ellos, los encistas, se les haría votar todas las veces que se quisiera ó fuere necesario.

—Esa es la multiplicación á que yo me refería—dijo el juez tan serio.

—Y á los otros mantenerlos á distancia—repuso don Francisco de Paula,—no faltarán pretextos, y si se ponen muy fastidiosos, ahí está el piquete para hacerles entrar en razón ; ¿ ve usted, señor juez ? yo soy enemigo, por temperamento, de violencias, pero

en ciertas ocasiones comprendo que no hay más remedio, ¿no les parece á ustedes?

—¿Y usted cree que se atreverán á hacer uso de las armas que dicen que tienen?—preguntó el de La Jovita receloso;—me parece notarlos un poco alborotados... allí veo á don Pedro Brama al frente de un grupo, ¿cómo no ha tomado usted preso á Brama?

—No es caudillo, señor don Tomás, que inspire temor—respondió el juez.

—¿Y don Nicomedes? allí está perorando con gran calor.

—No haga usted caso.

—En el club hay mucho movimiento.

—Sin duda, don Crisanto...

—¿Pero ha dejado usted en libertad á don Crisanto?—exclamó el mono con visajes nerviosos,—un bruto, una fiera.

—Un gritón, señor García Luces, y nada más.

—Un gritón al que yo considero casi, casi, más peligroso que Hierro Bermúdez y el periodista mismo; de estos que le arrastran á usted las turbas y las llevan á donde quieren... ¡Verá usted cómo nos arrepentimos de no haberle echado mano!

Don Claro decía que no, y sus hermanos, en silencio, movían la cabeza también, negando que fuera el médico sujeto capaz de substituir á Hierro Bermúdez.

—Está muy gordo y muy pesado—dijo don Claro,—estos bailes no se han hecho para sus piernas. Bueno, yo los dejo á ustedes, señores, y me voy á mi juzgado; no quiero que el pueblo me vea aquí...—Y más bajo todavía, añadió:—Hago más falta entre telones.

—Sí, sí, váyase usted—contestaron riendo don Tomás y don Francisco.

—¿No tendremos *bochinche*? —refunfuñó Periquito, que no se hallaba muy á gusto.

El presidente de la junta, entretanto, tal como el prestidigitador que va á hacer una prueba lucida, presenta al público el objeto que ha de servirle, á fin de convencer que allí no hay trampa, ni fondo doble, ni resorte alguno, había abierto la urna y verificado, de manera que la vieran, que estaba vacía y luego cerrádola con dos llaves, una de las cuales guardo, entregando la otra al ordenista que los acompañaba, de común acuerdo con la mayoría. Y empezó la votación en perfecto orden. El primero que se presentó á depositar su boleta fué Santos Frutos, del grupo de los eneístas, y detrás de él, uno á uno, el hormiguero que iba desde el atrio hasta la puerta del Club del Pueblo; todo ojos y todo oídos, el escrutador contrario miraba las caras, pesaba las respuestas, consultando el registro para cada sufragante, y al presidente y á todos los otros les encolerizaba tan prolija maniobra, lo mismo que la tenacidad de don Nicomedes Prieto, á quien se había concedido el acceso al atrio como delegado del partido ordenista, en no despejarse del cuadro, ayudando á su compañero en la investigación.

—¿Fulano? á ver si se halla usted en el registro... no importa, aunque sea usted muy conocido; hay que verificar.

—Pero, señor—intervenía el presidente,—si es Fulano, aquí le tiene usted. Fulano, bien claro está.

—De esta manera—decía el del gorro de pana dando á la borla movimientos circulares,—no acabaremos nunca,

—¡ Hay que verificar!—repetía el porfiado ordenista ;—¿ Zutano? á ver si está en el registro.

—Esto es obstruccionismo puro—murmuraban los otros escrutadores.

—Lo que es obstruccionismo escandaloso—contestaba el barbudo don Nicomedes,—es el alejar á nuestros amigos, como lo hacéis.

—¡ Eh! poco á poco, primero los primeros y después los últimos.

Ocorre en los teatros de provincia, y aun en aquellos de gran aparato pero de presupuesto escaso, que los figurantes, cuando hay que presentar un cortejo numeroso, y son pocos, entran por un lado de la escena, la atraviesan, salen por el otro, y vuelven á entrar de nuevo, marchando en círculo sin solución de continuidad, y así no siendo más que cuatro gatos, parecen, al público boquiabierto, muchos gatos, un ejército de gatos ; hacía una hora que se votaba y el hormigueo de sufragantes no tenía trazas de concluirse y no siendo más que cuatro eneístas, parecían muchos eneístas, un ejército de eneístas. Y era que, en llegando los que habían votado al Club del Pueblo, según recomendación que ya tenían, allí hábilmente se los disfrazaba, cambiándoles el sombrero, ó el poncho y el sombrero, poniendo barba al que sólo gastaba bigote, vendando un ojo á éste ó parte de la cara, haciendo cojo á uno, manco al otro y hasta jorobado... De la comisaría, del juzgado y de la intendencia salían hornadas también de estos votantes falsos, que llegaban á la mesa sin dificultad, gracias á su divisa roja. El escrutador ordenista, como perdiguero que husmea la presa, se movía en su asiento, abría ojo tamaño, preguntaba :

—¿ Zutano? creo que no está usted inscripto ; ¿ cuánto tiempo hace que está usted en el partido?

¿qué edad tiene usted? ¿veinticinco años? no puede ser; lo menos que tiene usted son cuarenta. Me parece que usted se turba: usted no es Zutano.

Y don. Nicomedes echaba su visual sobre el enmascarado.

—Ni es Zutano, ni está en el registro—decía;—señor presidente; que se aplique á este individuo por votar con nombre falso, la pena establecida en el artículo 67 de la ley.

—; Que se aplique la ley, que se cumpla la ley!—repetía el ordenista con grandes voces.

—Sí, señores—contestaba reposadamente el presidente,—la ley se cumplirá y este ciudadano, si resultare no ser quien asegura ser, se chupará sus dos meses de cárcel, como hay Dios. Acérquese usted, señor: ¿su nombre? Zutano ¡ah! usted es Zutano. Pero, señores, yo conozco á este ciudadano y usted debe conocerle también; ¿no se acuerda usted de Zutano?

El del gorro de pana se apresuraba á decir que sí, haciendo bailar su borla, y los otros adherían su testimonio en favor de la identidad del votante.

—¡ Ah, sí, Zutano, ya lo creo! ¿cómo no hemos de conocerle?

—Señores—fallaba el presidente,—la mayoría resuelve aceptar este voto como bueno.

Así pasaron muchos, bajo las narices de los dos fiscales del partido ordenista, que si descubrían el contrabando no podían cogerlo, ni castigarlo: Santos Frutos llegó á votar cinco veces, y otras tantas todos los empleados de las diversas reparticiones oficiales, desde el jefe hasta escribiente inclusive, y la mayor parte de los soldados de la partida, y los presos de la cárcel, y los muertos del cementerio... La urna engullía boletas y más boletas eneístas, y el es-

crutador enemigo y don Nicomedes estaban ya ronc-  
cos de tanto y tanto protestar, y si no abandonaban  
su puesto era porque la consigna del doctor Gonzá-  
lez, transmitida por Julianito, era la de esperar pa-  
cientemente el momento de que tocara el turno de  
votar á los ordenistas : eran tantos y tan buenos, que  
iban á arrollar á los contrarios, á pesar de todos sus  
juegos de manos.

—Señores—dijo el presidente,—la junta quiere  
dar una prueba de su imparcialidad, suspendiendo  
por ahora el sufragio del partido eneísta, para que los  
señores ordenistas puedan votar á su vez. Luego se  
suspenderá el sufragio de los señores ordenistas, y  
la votación seguirá por tandas de los dos partidos.  
Señor comisario, haga usted avanzar los grupos de la  
izquierda.

Esta decisión fué acordada, sin duda, porque su-  
bía de la plaza tal rumor de los azules indignados,  
que el conflicto parecía inminente, el ajuste de cuen-  
tas á que tan preparados estaban ; el doctor Trujillo  
y don Tomás, que del pie de la escalinata no se mo-  
vieron, y asistían como espectadores privilegiados, á  
la estupenda farsa que en el atrio se representaba,  
inquietos, creyeron prudente intervenir en el sentido  
de modificar la actitud extremadamente partidista del  
presidente de la junta. Porque ocurrió que don Ni-  
comedes, que cercaba escamadísimo á cada votante,  
olfateando el matute, descubrió en medio del asom-  
bro general, á Chichín, nada menos que al señor se-  
cretario de la intendencia, con barbas postizas y ves-  
tido de gaucho, como figurante de comparsa carnavalesca,  
y con tan escandaloso motivo se armó grande  
alboroto entre los escrutadores : don Nicomedes y el  
ordenista exigiendo á gritos que Aldúñez Segundo  
condujera á la cárcel al falsificador y la mayoría de la

junta negando que aquel ciudadano, allí presente, fuese Chichín Aldúnez, ni prójimo siquiera.

—Señores, un poco de calma—decía el presidente,—es notorio que el secretario de la intendencia, que ha votado ya, no tiene pelo de barba en la cara, y este ciudadano ofrece á nuestra vista una barba tan lozana, que á la misma del señor Prieto diera envidia.

—¿Pero no ve usted que es postiza?—gritaba furioso don Nicomedes,—¿quiere usted que le arranque la careta?

Hubiera realizado la amenaza, si Chichín, que no perdía su aplomo, no pone á salvo á tiempo la integridad de su disfraz. Negaban unos, afirmaban otros, la discusión se generalizó, bajó á la plaza, corriendo por los grupos exaltados, y otra vez se enarbolaron los puños y lucieron los facones... la batalla se daba, se daba... pero, no se dió, porque el presidente de la junta, á quien llevó Periquito la palabra conciliadora del doctor Trujillo, cortó por lo sano, mandando acercar á los ordenistas.

Llegó primero don Pedro Brama, vecino respetabilísimo, y su presencia dió lugar á nueva, rabiosa é interminable disputa, pues se le obligó á sufrir prolijo interrogatorio, que el escrutador amigo y don Nicomedes apreciaron de vejamen inmerecido: á Pedro Brama le conocían hasta las moscas en Ombú ¿á qué gastar el tiempo moliéndole con preguntas ociosas? pero el presidente, que había perdido, sin duda, el admirable reposo que antes mostrara, argüía que él no hacía más que obedecer á la ley, atenerse á la ley, á su fiel, estricto y severo cumplimiento, y sus compañeros rojos oponían el mismo argumento irresistible:

—¡La ley, antes que todo!...—el del gorro de pana

con tales cabezadas, que su borla andaba de la nariz á la nuca, y de la nuca á la nariz, como el péndulo de un reloj.

Calláronse, al fin, los otros, y continuó la votación, pero con lentitud tan grande, á causa de los tropiezos que la junta levantaba á cada instante, que eran las once, y sólo doce ordenistas habían conseguido entregar su voto, después de pasar por el tamiz de la prueba más rigurosa; en el número trece estaban, número fatídico, cuando ocurrió la explosión de la mina...

El rumor aquel que de la plaza subía, de indignación y de cólera, comprimidas como el vapor en una caldera, era ya viento de tempestad; la batalla se daba, ¡vaya si se daba! tenía forzosamente que darse, porque ni las manos ni las armas podían estar ociosas, cuando los ánimos de los azules bullían, calentados al rojo... por los rojos. El número trece, pretexto más que causa del terrible conflicto que se siguió, fué el hijo mayor de Prieto, sobre cuya identidad expresó algunas dudas el presidente, manifestando otro de los escrutadores desconfianza acerca de la edad que el mozo, con gentil arrogancia, dijo contar:

—¡Veintidós años! no puede ser.

—¿Cómo que no puede ser? ¿Va usted á saberlo mejor que yo, que soy su padre?—vociferó don Nicomedes.

—Este *niño* no pasa de los catorce—porfió el otro metiendo las narices en el registro que tenía delante.

—Catorce años de presidio le echaba yo á usted con mucho gusto—volvió á gritar don Nicomedes con temblor tal en las barbas, que sus dientes chocaban, de coraje. ¡Dudar que aquel mozo fuera su hijo y

tuviera la edad ! nacido en Ombú, de padre y madre de Ombú, conocido de todo Ombú ¿podía alguien dudar que fuera el hijo de don Nicomedes Prieto?

El de la bata florecada, con vocecilla insegura, dijo sin dejarse convencer :

—La junta resuelve rechazar este voto, por no estar comprobada la identidad del ciudadano.

Aquí don Nicomedes saltó como una fiera, y á la mesa se abalanzó, mientras el ordenista, fuera de sí, ensayaba persuadir al enemigo que tenía al lado, más con manotadas que con argumentos, que aquello era inieuo y arbitrario hasta revolver el estómago ; el presidente se puso de pie, y huyendo el bulto de la acometida de Prieto, chilló :

—; Señor comisario, haga usted respetar la independencia de la mesa !

Entonces sonó un tiro, que no se sabe de dónde vino, y don Nicomedes, dejando de zurrar al de la bata, se adelantó y parándose en la primera grada del atrio, gritó por tres veces, con voz que resonó como trompa guerrera :

—; Fraude ! ; ; fraude ! ! ; ; ; fraude ! ! !

Este tiro y esta palabra fueron la señal del tumulto : los azules salvaron el dique que los contenía, arrollaron la guardia, asaltaron la mesa, pero ya el presidente había puesto sus zapatillas en polvorosa, huyendo con la urna y los registros hacia el interior de la iglesia, con sus tres compinches cosidos á la bata, y el sacristanejo y el cura atrancaban las puertas en los hocicos del pueblo ; entonces arrojáronse furiosamente sobre las piezas de convicción del crimen que acababa de perpetrarse, sobre el tintero, sobre las plumas, y las destrozaron, y destrozaron también la mesa, armándose de las sillas para repeler

el ataque que la nube de rojos y milicianos les traía, los que no llevaban ni facón ni trabuco.

—¡ Viva Ordenado ! ¡ viva Eneene ! !

Con saña rabiosa de enemigos que se dan el placer, por mucho tiempo esperado, de matar, de morir matando, unos y otros luchaban cuerpo á cuerpo... Aldúnez Segundo, blandiendo el terrible sable, en medio del atrio, gritaba :

—¡ Todos quietos ! ¡ mando que todos se estén quietos ! en caso contrario, la partida se verá obligada á hacer uso de sus armas. Pero, como si predicara á sordos : azules y rojos se cascaban los huesos á más y mejor, y como alcanzara un silletazo á descalabrarle un hombro, don Zoilo, dando mandobles á ciegas, abrióse paso, se guareció detrás del coche de García Lucas, estacionado allí cerca, y de esta trinchera improvisada, á los soldados que á punta de sable lograron reunírsele, mandóles servirse de sus carabinas, al aire primero, luego al montón :

—¡ Fuego !

La descarga barrió el atrio, y azules y rojos se dispersaron ; al mismo tiempo, de la torre de la iglesia y de las azoteas del club eneísta partían dos descargas sobre el grupo de azules que hacia el obelisco corría : tres, cuatro, cinco cayeron, uno de ellos aquel alegre gaucho de la víspera, Braulio, el marido de Andrea ; visto lo cual por don Nicomedes, volvióse, levantó su mano ensangrentada (de una cuchillada que recibió en la refriega) y arrojó este anatema :

—¡ Asesinos !—colándose en seguida, con Brama y todos los ordenistas, atropelladamente, en el Club del Orden, para librarse de los tiros y reforzar el cantón, á tiempo que de los altos de la esquina de Hierro y de la botica partía la doble descarga que anunciaba el comienzo del combate...

¿Y el doctor Trujillo? ¿y don Tomás? ¿y el flojonazo de Periquito? Cuando vieron desbandarse á la junta y oyeron el primer tiro, volaron, más que corrieron, á refugiarse en la intendencia, y en el salón estaban, detrás de los cristales, mirando el terrible choque de azules y de rojos, con más miedo que vergüenza, mientras los tres Aldúnez, el primero, el tercero y el chico, se daban á todos los diablos, pateando y babeando de ira, porque los pícaros ombúenses no habían dejado concluir la función en paz, como debe hacerlo el público, aunque la función no sea de su agrado y los actores no desempeñen sus papeles á entera satisfacción.

—Nada, nada—decía don Claro,—son muy tercós, muy tercós; habrá tiros y así les daremos gusto. Felizmente, la urna y los registros están en salvo.

Y Aldúnez Tercero, con aquella voz silbadora que gastaba, no sé si por falta de dientes, añadía :

—Zoilo tiene muñeca y les dará su merecido; ¡hay que escarmentarlos!

—Se los escarmentará, sí, señor—repetía el juez, —¡no faltaba más!

Quien nada decía era Chichín, porque estaba más corrido á causa de haberse dejado coger en el engaño... Se oía á Periquito :

—Ahora disparan y el comisario se pone detrás del coche ¿quién es aquel bárbaro que reparte silletazos con tanta gana? han herido á uno... van á hacer fuego, seguro que van á hacer fuego.

La consternación no dejaba hablar ni á don Tomás, ni al doctor Trujillo. Y cuando las descargas barrieron la plaza, y delante del obelisco quedaron pataleando las primeras víctimas, y en las azoteas de la tienda y de la botica, aparecieron los ordenistas armados y dispuestos al combate, don Francisco se

apartó de la ventana, se encaró con el juez y el intendente :

—Esto no puede ser—dijo,—es necesario suspender la efusión de sangre ¿qué buscan estos locos ordenistas? aquí va á haber una hecatombe... ¿olvidan ustedes que todos son argentinos? ¡que salga uno, y con el trapo blanco en la mano, evite el conflicto y aquiete los ánimos! A lo cual, el intendente y el juez, sin que su fibra patriótica se conmoviera, respondieron que no había de qué: que ellos nada tenían que ver en lo que ocurría; todo estaba previsto, las instrucciones más severas impartidas al jefe de las fuerzas, quien garantía el orden y sabría restablecerlo: si los ordenistas lo habían alterado, palo con los ordenistas. Don Claro, manoseando su perilla canosa, repuso :

—Pero yo no me opongo, señor doctor, á la intervención que usted indica; tengo el mayor respeto y admiración por sus ideas, aunque me permito opinar que será completamente inútil, porque los ordenistas están muy calientes... he aquí mi pregunta: ¿quién le pone el cascabel al gato? quiero decir ¿quién sale con ese trapo blanco?

—Pero, hombre—contestó don Francisco,—usted, usted, señor juez.

—¿Yo? ¿el juez de paz, *de paz*, señor doctor?

—Precisamente, *de paz*—recalcó también don Francisco,—pues, por eso.

—¿Una palabra?—silbó el mirlo de don Martiniano,—si los ordenistas no cejan, y hay que convencerlos por las malas, la intervención debe llevarla la voz prestigiosa del doctor Trujillo, que tantas veces ha resonado bajo la cúpula de nuestro Parlamento... No quería, sin duda, el intendente tomarle el pelo al ilustre doctor, pero lo parecía, tan inoportuno y fue-

ra de sazón era el piropo ; aquellas manecitas blancas, rechonchas y cariñosamente cuidadas, que olían á pasta de almendras, se alzaron juntas para rechazar el honor de tal designación : no, él carecía en Ombú de la autoridad necesaria para hacerse oír, era un extraño, un Juan de Afuera en la política local ¿dónde estaba el hombre de prestigio, capaz de infundir respeto?... Otra vez dijo Periquito :

—¡ No hay un alma en la plaza, pero ni un alma ! aquellos pobrecitos ya no patalean ¿y el comisario? siempre detrás del coche ; no se atreverá á salir, porque de la esquina de Hierro no bajan los fusiles... asómese usted, papá, y vea aquel hombrón que se mueve en la azotea de la tienda...

—¿Quién ha de ser?—exclamó Chichín,—don Crisanto ; ahí está echado sobre el parapeto, como una foca tomando el sol ; bendita sea la bala que vaya y le agujeree la panza ! ; no haberle encarcelado como á los otros !

Don Tomás, pegado siempre á la ventana, resolló al fin :

—Ese es el error de su señor hermano ; la consigna era prender á todos los cabecillas y no se ha hecho ¿por qué no se ha hecho? ¿por qué no se les han quitado las armas? ; vaya una policía de tan mal olfato que no ha sabido dar con ellas !

Aturdido con el reproche, el juez acertó apenas á contestar :

—No fué posible, señor García Luces...

De pronto, explotó una descarga tan horrrisona, que los vidrios temblaron y palidiecieron los que en la sala estaban ; pasada la impresión, informó el joven Trujillo :

—Es de la tienda, la gente de don Crisanto...

ahora se ponen en movimiento los milicianos ¿van á llevar el ataque á la esquina?

Agitadísimo, don Claro decía :

—Naturalmente, el ataque ; hay que desalojar á esa gentuza, puesto que se empeña en luchar y no tiene miedo ni á la partida, ni al piquete... ¡habrá más muertos, ya que ustedes lo quieren, señores ordenistas !

El doctor Trujillo, con emoción intensa, machacaba sobre su idea de intervenir para suspender la estéril lucha :

—Digo que esto no puede ser : que salga alguno, el más patriota...

Miró á don Tomás, se fué á él, le empujó por los hombros :

—Usted, mi amigo, es el hombre que las circunstancias reclaman ; usted es querido, respetado de sus convecinos : le verán á usted, en medio de la plaza con la enseña de la paz, y darán tregua á sus pasiones irritadas.

El mono viejo, sorprendido, hizo una mueca, como si le hubieran pisado el rabo :

—¿Está usted en su juicio, mi amigo? ¿yo? ¿yo?

—Usted, usted, el caudillo influyente de Ombú, el futuro diputado por la provincia de Buenos Aires. ¿Qué dirá la prensa mañana? ¿qué dirá el país, cuando se entere que en su distrito se ha dado el espectáculo escandaloso de una batalla campal?

Pudo en el mísero señorón de La Jovita más el amor propio que el miedo ; aquel oportuno recuerdo de su título de diputado le inflamó y le entusiasmó la misión que se le confiaba : ¡ya vería la prensa, ya vería el país, ya vería aquel empecinado de Hierro Bermúdez, que le retó á duelo con mortificante altanería, cómo él, don Tomás García Lucas, no sólo

ganaba la elección en su distrito, pues por ganada debía darse cuando los otros, en su derrota, apelaban á las armas, sino que, producido el conflicto, apaciguáballo con su presencia, con su arrojo, con su palabra !

—Tiene usted razón—mi amigo,—exclamó conmovido, ¡ á mí me toca salir, soy yo quien debe salir !

Impulsado por esta idea generosa y temeraria, salió de la sala, bajó la escalera, eso sí, con cierto temblor en las piernas que el esforzado corazón no podía evitar, abrió por sí mismo la puerta, que la precaución oficial había cerrado, y se presentó en la plaza, en el punto preciso que la torre de la iglesia vomitaba pavorosa granizada, como volcán en erupción ; los talones de don Tomás retrocedieron inmediatamente, y se guareció en el zaguán de la intendencia ; pero, como viera adelantar el escuadrón de milicianos, en marcha hacia la tienda, á llevar, sin duda, el temido ataque, protegido por los fuegos de la iglesia y del Club del Pueblo, no titubeó más : sacó del bolsillo el pañuelo, y con él en la mano, á guisa de banderola, echóse de cabeza en la plaza, corrió, corrió... y de repente, cayó, volteado por una bala perdida, ordenista ó eneísta ; cayó, sin soltar la enseña blanca que hacía flamear en su mano derecha.

Nadie le vió caer. La partida de Aldúnez Segundo avanzaba, á paso de tigre, cauteloso y desconfiado ; á la botica, el cantón más desguarnecido, mandado por don Nicomedes, se dirigió el comisario, sin orden alguno, escudándose tras de los árboles, pegándose á la pared los milicianos, salvando el bulto de la lluvia de proyectiles, mientras la torre y el club apoyaban con bala rasa el asalto que se intentaba. Los primeros que llegaron, hicieron saltar con sus

culatas la puerta y el escuadrón entero se coló dentro : entretanto, el piquete bajaba de la torre, salía á la plaza, avanzaba á su vez hacia la botica... Cuando don Nicomedes vió á Aldúñez Segundo aparecer en la azotea, ebrio de rabia, abocóle su remigton y quiso disparar, pero no le dieron tiempo : le sujetaron, le derribaron, le desarmaron, y de hombre á hombre, la lucha se hizo terrible, entre milicianos y ordenistas ; ya no se oían tiros, pues el piquete había entrado también y don Crisanto acudía con los suyos desde la esquina, porque la botica y la tienda se hallaban ubicadas en la misma manzana y sus azoteas eran de estas que llaman *corridas*, es decir, del mismo nivel ó de fácil acceso entre sí.

—Señor doctor González—dijo don Zoilo,—¡ alto á la autoridad ! ¡ dése usted preso !

El gordinflón, sudoroso, hipando, pálido por la desesperación y la fatiga, no habló : dijo que no con un movimiento violento de su feroz cabezota y disparó sobre el aborrecido sayón su revólver, pero tembló su mano y no dió en el blanco.

—¡ A ese ! ¡ fuego !—gritó Aldúñez impasible.

De un salto, Julianito, que en el grupo de ordenistas detrás del médico se hallaba, cubrió con su cuerpo el de su padre, y el tiro le atravesó el pecho y le tendió muerto á sus pies ; no fué un grito, fué un rugido el que lanzó don Crisanto : arrojóse sobre don Zoilo, le rodeó con sus brazos hercúleos en abrazo tan estrecho que hizo crujir sus huesos, y con los puños, con los dientes, con topetadas de toro furioso, lo maltrataba, le hería. para arrancarle aquella vida perra que tan cara vida acababa de robarle, y don Zoilo se defendía, débilmente, buscando con la crispada mano el revólver, que no encontraba.

—¡ A mí !—barbotó,—¡ á mí !

Una nube de milicianos cayó sobre el grupo, forcejeó, separó al comisario del férreo abrazo, que le ahogaba : estaban en el borde de la azotea, sobre el patio de la tienda : un soldado dió tan fuerte empujón á don Crisanto, que el coloso se desplomó, como piedra enorme que se desprende de una montaña, estrellándose en las losas...

—¡ Viva Eneene !—gritó Aldúñez Segundo.

—¡ Viva !—repitieron los milicianos y los soldados del piquete.

Y del grupo de ordenistas prisioneros, se elevó el patriótico grito, sofocado por el terror :

—¡ Viva Ordenado !...

Aquella misma tarde don Claro ponía el siguiente despacho para Buenos Aires y La Plata :

«Ganamos elección inmensa mayoría. Ordenistas despatchados asaltaron mesa y resistieron fuerza pública. Algunos muertos y heridos. Triunfo completo. Felicitaciones.»

## VIII

Don Tomás no había muerto. Encontráronle tendido en la plaza, sin conocimiento, cuando dominando el tumulto, que tan trágicas consecuencias tuvo, los precavidos asilados de la intendencia salieron en busca de aquel mensajero de paz, enviado del arca como la paloma simbólica, con el pañuelo en la mano, á guisa de rama de olivo ; encontráronle caído de bruces, y con temor grandísimo lo movieron para

ver si estaba muerto ó simplemente herido, y dónde era la herida : no abría los ojos don Tomás, pero el doctor Trujillo, que le palpaba, manifestó á los Aldúnez grandes y chicos que, con espanto y ansiedad, rodeaban el desmayado cuerpo del señorón de La Jovita, que su morena y velluda epidermis despedía débil calorcito de vida, síntoma feliz de que don Tomás no había tomado el tren para el otro barrio todavía ; pero, que herido sí lo estaba, mostrando, al decir esto, un agujerito de bordes chamuscados en el lado izquierdo de la chaqueta, puertecilla por donde la traidora bala debió de colarse. Y aquí surgió una dificultad que dió al traste con las intenciones malévolas del grande Aldúnez respecto del infeliz periodista sobrino de don Román : muerto el doctor don Crisanto González y preso Fernando Hierro, ¿de qué médico echaban mano, si en Ombú no había otro? Forzosamente tenían que darle suelta, á pesar del deseo torvamente manifestado por el juez de secarle en un calabozo, porque, según él, los escándalos del día eran obra y gracia suyas, y sino el sumario lo confirmaría : que el mediquito y la alhaja del tendero conspiraban contra la autoridad... Pero, don Francisco de Paula insistía en que no había más remedio que sacar al poeta de la cárcel : un médico se necesitaba, con toda urgencia, no sólo para aquel amigo, sino para alguna otra víctima de los atentados ocurridos ; esto era lo primordial, después se harían todos los sumarios que quisieran y se tomarían todas las resoluciones que fueran necesarias, incluso la de secar, como don Claro decía, á ese señor periodista en un calabozo, que bien merecido lo tenía, por los lamentables sucesos de que había sido el criminal causante. ¿No les parece á ustedes? A don Claro y á los demás Aldúnez, mayúsculos y minúscu-

los, no les parecía muy bien eso de libertar al enemigo que tanto susto y disgusto les había dado, pero como la cosa no tenía vuelta de hoja, tuvieron que avenirse á las razones del ilustre personaje, y declaró el juez que pondría en libertad al doctor Hierro, pero con la expresa condición de darle por cárcel el partido, hasta que viniera otro médico ó revelara el sumario los grados de su culpabilidad; en cuanto á Hierro Bermúdez, seguiría incomunicado...

Dos milicianos cargaron con don Tomás y al salón del juzgado le llevaron, y de allí á poco se presentó Fernando, tan pálido y deshecho que daba lástima; saludó secamente á los presentes y apresuróse á prestar los primeros cuidados al herido, á cuyo efecto pidió agua fría, como más indispensable y fácil de hallar á mano: desgraciadamente, la bala no podía ser extraída sin tener los instrumentos necesarios; tampoco había éter, ni desinfectantes, nada, en fin, de lo que hacía falta. Miró fijamente al juez, con aquellos ojillos suyos, que tantas cosas sabían decir, expresivos como ningunos.

—Doctor Hierro—contestó don Claro desviando los suyos, lo que le hacía parecer más bizco,—puede usted libremente ir á buscar lo que necesite, aunque me cumple manifestarle que sigue usted preso dentro del partido, y que sólo en razón de la profesión que ejerce... porque los escándalos consumados por los ordenistas...

El doctor Trujillo tiróle de la manga y le obligó á callar, no sin que antes soltara esta frase de reproche:

—¡ Hay otros heridos, doctor Hierro, hay otros heridos!

Fernando nada dijo, inclinado sobre el enfermo, quien de tanto sobarle quizá, había vuelto en sí y

miraba atontado á su alrededor ; don Francisco de Paula, melosamente, como acostumbraba, preguntó si convenía moverle para ser trasladado á La Jovita, donde sería mejor atendido.

—Pero no en coche—contestó el joven médico, —en angarillas sí y con el mayor cuidado ; yo, entretanto, iré por mi botiquín, veré á los demás heridos que se dice existen y pasaré en seguida á La Jovita, y en el pueblo permaneceré hasta que el señor juez, á cuyas órdenes estoy, disponga.

—Hasta que sea necesario, señor doctor—rectificó don Claro bruscamente.

Saludó con más sequedad que antes Fernando, y salió.

—¡ Qué simpático es !—exclamó don Francisco, —lástima grande que no sea eneísta.

Estaba la plaza, después del combate, desierta y todo el pueblo sumido en espantoso silencio ; mucho soldadote en la puerta de la comisaría ; en los balcones del Club del Pueblo dos hombres tendían colgaduras y disponían luminarias para festejar el triunfo, el soberbio triunfo... Fernando, pensativo, inquieto, porque nada sabía de los suyos, de la suerte que les había cabido en la jornada, ni por qué le libertaban á él, *en razón de su profesión*, como dijo el juez con retintín, estando don Crisanto, el antiguo y venerado médico del pueblo, ¿ estaría herido don Crisanto ? ¿ habría muerto don Crisanto ?... Se dirigió precipitadamente á su casa y en el mismo zaguán le asaltaron Brígida llorando, y los dos dependientes, azorados. ¡ Vivo ! ¡ estaba vivo ! ¿ y el patrón ? ¿ no le habían degollado aquellos fariseos de eneístas ? ¡ qué día ! ¡ qué momentos terribles acababan de pasar ! tiros y más tiros... el pobre don Crisanto despachurrado en medio del patio, Julianito

muerto en la azotea de un trabucazo ; á los dos, al padre y al hijo, una hora hacía que se los llevaron los bandidos ; qué presente para la desgraciada esposa y madre ! ¡ Don Nicomedes preso, y preso también don Pedro y muchos otros ; una batalla, una verdadera batalla, una terrible batalla en la casa, que jamás, así vivieran siglos, olvidarían ! Todo esto lo contaban los tres á un tiempo, arrebatándose uno al otro la palabra para añadir detalles y pintar escenas, subrayadas por gestos expresivos.

— ¡ Ay, niño !—decía la vieja cojitranca,— ¡ si usted los hubiera visto ! Los demonios del infierno no son más remalos que estos desalmados ; el del tajo en la ceja, el comisario, parecía el mismo Lucifer, y cuidado que hoy no estaba borracho, como anoche... ¿ Sabe lo que hicieron cuando se llevaban á ese pobrecito de don Crisanto y al desgraciado niño de su hijo, que he de llorarles mientras viva ? pues entraron en el *clú* y el retrato ese grande que estaba colgado, lo descolgaron, patearon y rompieron, y en todo lo que es pared pusieron unos letreros, con sangre debe de ser, porque son colorados como la misma sangre, que dicen éstos que dice que viva no sé quién ; el jefe de ellos será, digo yo. Y después...

—La tienda está— interrumpió el italiano— como una perrera ; todo más echao á perder... aquellos trajes de paño fino últimamente recibidos, con más agujeros que una criba y las camisas con vuelta de hilo manchadas de pintura que no se sabe ya el color que tuvieron...

—En la pulpería—añadió el gallego—no hay vaso sano, ni vino en las cubas...

—Su imprenta, niño, mire usted lo que han hecho de su imprenta—repuso Brígida, señalando el

montón de hierros destrozados, astillas á medio chamuscar y cenizas, delante de la higuera.

No se sentó más triste y abatido Mario sobre las ruinas de Cartago, que Fernando en el banco que le trajo Brígida aquella tarde nefasta : no eran sólo las ruinas de su hacienda las que con empañados ojos contemplaba, sino las de sus ilusiones de patriota ; quijote del periodismo, había venido al pueblo armado de todas armas para defender la santa causa del orden y la libertad contra el caciquismo triunfante y opresor... ¿Para qué? ¿para qué? ¡ si la suerte estaba del lado de ellos, los criminales, y los buenos, los justos, los honrados, perdían la libertad, como don Román, ó la vida, como don Crisanto ! Mandóles callar á la criada y á los dependientes, porque le irritaban los odiosos detalles. ¡ Quedarse en el pueblo ! ¡ no, él no se quedaba en el pueblo ! se iría á la capital con el tío, venderían todo, tan pronto como las tareas de su ministerio diesen término, ó mejor dicho, tan pronto como sus carceleros, los Aldúñez, prestaran su real permiso ¡ qué mayor oprobio para la patria argentina !

—No—contestó á una pregunta de Brígida,—el patrón sigue preso y seguirá hasta que ellos quieran ; á mí me han dejado salir porque necesitan de mis servicios de médico...

—¿Y dice usted que ese iscarote de don Tomás no se ha muerto?—exclamó airada la vieja,—lo siento mucho, don Fernandito.

—¡ Basta ! no hables tonterías ; tú te vas ahora á la escuela y tranquilizas á misia Perpetua de la mejor manera : le dices que el patrón está preso, pero que le soltarán pronto y que yo no voy á verla, porque ando curando á los heridos y tengo que ir inmediatamente á La Jovita por don Tomás. La veré

mañana o pasado, cuando pueda. Vete. Y ustedes pongan todo en orden y limpien la casa; que no vea yo mañana la huella de las salvajadas cometidas.

Fué á su cuarto por el botiquín, compuso su traje y volvió á salir, con prisa, porque su deber le llamaba á la comisaría, donde suponía estarían los heridos.

—Ensilla el rosillo—ordenó al gallego en el zaguán, y me esperas.

Atravesó la plaza. Los balcones del Club del Pueblo estaban ya engalanados, pero la indignación de Fernando estalló cuando vió que en los de la intendencia ponían también banderas y luminarias y oyó á los pilluelos pregonar el extraordinario de *El Noticiero Ombúense*: triunfo del partido eneísta en toda la República, con los sucesos sangrientos de Ombú; todos los detalles.

—¡Infames!—rezongó el poeta.

Entró en la comisaría. Seis eran los heridos, cuatro ordenistas y dos milicianos: en un rincón del cuarto inmundo en que estaban yacía el cuerpo de Braulio, el gaucho alegre y bonachón, cubierto á medias por el poncho; Fernando le miró á la luz del velón que un miliciano sostenía, porque en aquel tugurio era noche completa, y asaltóle el triste recuerdo de Andrea, sin hijo y sin marido, abandonada á su dolor, allá en su rancho solitario, como la otra, también esposa y madre desgraciada... ¿Para qué? ¿para qué? ¡cruentos sacrificios, desgracias irreparables! ¡para que ellos, los Aldúnez todos de la República, hierba maldita que cubre lozana el feracísimo suelo argentino, se vistan de fiesta y celebren el triunfo del fraude, de la usurpación y de la iniquidad! A cada uno de aquellos desgraciados curó prolijamente y consoló con palabras cariñosas; cuanto llevaba en el bolsillo, y no era mucho, lo repartió

y pasó luego á hablar con el segundo de don Zoilo para recomendarle el mayor cuidado en la conducción de los heridos á sus respectivos domicilios. Reparó en ello, aunque no hizo caso : empleados y milicianos le echaban al paso ojeadas de inquina mal disimuladas y si le hablaban era en tono destemplado é insolente, señal de que los saetazos de *El Eco*, aquel valiente ya difunto, aun les escocía ; informóse si el señor García Luces había sido trasladado á La Jovita : dijéronle que sí, intentó ver á don Román : dijéronle que no, con modos tales que se apresuró á salir de la comisaría... Montó en el resillo, cuyas bridas le entregó el gallego, y partió al trote. Fran las siete. Aun había sol, y la luna llena, colorada y mofletuda, se mostraba ya en el borde del horizonte, limpio de nubes.

¡ Cosa rara ! hasta entonces, con las punzadoras emociones que desde el día anterior sufría, no había dirigido su pensamiento una sola vez hacia aquella luz que alumbraba su alma en la noche de sus engaños ; ni aun cuando habló de ir á La Jovita, pronunciando este nombre, indiferente, como si no le trajera recuerdo alguno la figura enlutada de la mayor de las Luces, no apareció encantadora á su imaginación el hada poderosa que sabía evocarla en todos los momentos. Y ahora, siguiendo el sendero, camino de la *estancia*, de pronto surgió á su lado, le envolvió, le dominó, aquella idea, que iba á verla, á estar junto á ella, ¡ quién sabe cuántos días ! Se asustó, se encogió, y, según costumbre, estuvo á pique de volver bridas.— ¡ Y qué !—pensó,—aunque pudiera volverme no me volvería : siga usted, señor poeta, su camino, que ni para usted ni para nadie hay peligro en que pase todos los días que la casualidad quiera, cerca de esa luz que tan ciego le tiene.

¿Se ha mirado usted alguna vez al espejo? ¡Jesús! ¡qué cara la suya, amigo poeta! cara de comadreja, sí, señor, no se ofenda usted, con dos ojillos que chispean como dos brasas, y el cuerpo tan encanijado que no tiene más que la piel sobre los huesos. ¿A quién va usted á enamorar con esa facha, hombre? ¡siquiera llevara usted el lastre de oro en los bolsillos, que da aplomo, dignidad, importancia y subido mérito á la persona! entonces sí, no había cuidado; con lacras en el cuerpo y en el alma, podía usted aspirar á la mano de la princesa más princesa del mundo, que le sería otorgada con gran beneplácito de ella y de los suyos... ¡pero ca! es usted pobre, el peor de los defectos, y un pobre nunca vale nada. Es cierto que siente usted, allá tras del muro de su frente, ese algo que arrancó la genial exclamación al ilustre francés que usted conoce... ¡Como si no lo sintiera usted, mi amigo! las niñas no entienden jota de esas cosas, y más caso hacen de quien les habla en tonto que del que les habla en discreto: casi podría decirse que tienen miedo de los hombres de talento, ¿no se acuerda usted del dicho singular de aquella señorita, la de Eneene, el candidato, verdad? que en un baile le dijo á usted que si ella se casaba había de ser con algún *zonzo* (estirando el hociquito y apretando la lengua entre los dientes, á fin de dar exagerado sonido á la zeta) para poder llevarle de las narices? Vaya usted atando cabos, amigo poeta, y nada tema de la encantadora Jovita, que si no piensa como la de Eneene, será en el fondo tan frívola como muchas otras, y todo echará de ver que es usted feo y que es usted pobre, que su trajo no es de última moda, menos que tiene usted talento. Todo esto quiere decir que no debe usted tomar á lo serio ese amor por la mayor de las Luces,

que hace tiempo le viene molestando : en buen hora que sea ella su musa, su Filis ó su Amarilis, para llorar fingidos desdenes en asonante ó consonante, entretenimiento honesto que á nadie hace daño, pero nada más, sea dicho en bien de su salud... Pero, usted es así : coge una idea, y al punto se le cuela en el alma y le llena el magín, la acaricia, la adorna, la alimenta con toda la savia de que puede disponer, para que crezca, crezca y crezca : es un bonito globo de colores, que revienta con el más débil pinchazo de la realidad. Y sino, mire usted lo que le ha pasado en su campaña política.: no me negará usted que se vino con más ínfulas de Buenos Aires, soñando concluir con los Aldúnez de una plumada, y ¡zas! al primer tapón... Hay que atar corto á la fantasía, señor poeta, porque nos lleva por unos despeñaderos que ya, ya...

Suspiró Fernando ; muchas veces se hacía estas reflexiones y muchas veces caía, como ahora, desde la cima de sus sueños, levantándose atontado por el golpe y jurándose ser más cauto en adelante. Lo sería, en grado sumo, en la *estancia* de don Tomás : no adelantaría un pie sin pensarlo antes... ¿Cuánto tiempo hacía que no iba á la *estancia* ? lo menos unos diez años, porque se acordaba que la última vez que estuvo, muchachón de quince entonces, tan grande como hoy, que tenía veinticinco, fué la señora quien le recibió y llamóle la atención su aspecto enfermizo y triste ; él la tomó por la criada, al notar la pobreza de su traje, la piel curtida de manos y cara, de mujer acostumbrada á lavar y á manejar la escoba. Después, por abandono y cortedad, no volvió más : en sus paseos de vacaciones, si el rosillo se acercaba demasiado al monte, cambiaba de rumbo y lo espoleaba, á fin de huir de la tentación.

Era de noche cuando se apeó en la callecilla central del parque, con emoción tan grande, que sentía el golpear del corazón alborotado; en el corredor le esperaba una sombra, una figura enlutada, Jovita, que salió á su encuentro.

—¡Gracias á Dios que llega usted, doctor! ¡cuánto ha tardado! Ya Santos se disponía á ir en busca suya... Papá no sigue bien, y lo peor es que no quiere que se traiga otro médico de Buenos Aires... Dice que usted, aunque enemigo, ha de cuidarle perfectamente, ¡ay, doctor! ¡qué mala cosa es la política! ¡á qué se metería papá en la política!

Tenía los ojos hinchados y aun brillaban, como gotitas de cristal, algunas lágrimas en sus pestañas, á la claridad de la luna; Fernando la tranquilizó, asegurando que si el señor García Luces seguía molestado no era síntoma en manera alguna alarmante, sino lógico, como consecuencia de la herida, de la bala que no había podido ser extraída...

—Pueden ustedes hacer venir otro médico, sin embargo.

—No, no, si papá no quiere; á mi tío Buenaventura le hemos puesto un telegrama y le esperamos mañana: él le convencerá, si acaso... ¡pero, usted, doctor, no le dejará solo un momento!

—¿Y mis otros enfermos, señorita? Yo le prometo á usted no ausentarme sino el tiempo indispensable para hacer mis visitas, y asistir á su papá de usted con la dedicación que á un miembro de mi familia prestaría; antes que partidario, señorita, soy humilde sacerdote de la ciencia.

Ella guiando, él detrás, conmovido, llegaron al cuarto desnudo y pobre del padre, y como hubiera mucha gente allí: don Francisco, Perico, Santos, el mayordomo, y en un ángulo Elena y ña Pascuala,

Fernando, después de saludar, pidió á todos que se retiraran :

—Usted también, señorita—dijo á su gentil acompañante,—que quede este mozo (*indicando á Santos*) para ayudarme, si es menester.

Sobre la blancura de las almohadas, la cara de don Tomás parecía más negra todavía, y así echado, su boca era más grande y más saltones sus ojos redondos y el arco ciliar cubierto de pelo algodonado; estaba despierto y se mostraba inquieto, sacando de bajo las mantas primero una zarpa, luego otra, rascándose, con el movimiento peculiar de sus similares, ya la barba, ya la oreja.

—Entre usted, doctor Hierro—dijo á Fernando con voz clara y extraño buen humor,—á ver si me saca esta condenada bala ordenista que me tiene medio loco; rogándole no vaya á concluir la obra comenzada por los suyos, de que ha sido instigador su buena pieza de tío, y si me apura mucho, usted también, doctor... ¡yo hago mucha falta á mis hijas, y no me da la gana de morirme! Todo por meterme á redentor, por ser demasiado patriota. ¡Quién lo diría, hombre! miren que venir yo á caer en sus manos...

Fernando se acercó al lecho, estrechó tibiamente una de aquellas zarpas de orangután, y le pulsó, mandándole estar tranquilo: no, ni él, ni su tío eran instigadores de lo ocurrido; ya se convencería el señor García Lucas cuando juzgara los hechos con la debida calma de dónde vino la provocación. Y como el herido se agitara por querer responder, el joven médico le impuso silencio:

—Ya hablaremos de estas cosas cuando usted se encuentre bueno, señor don Tomás... ¡y cuidado que

tenemos mucho que hablar! Traiga usted esa luz (*á Santos*).

Abrió su botiquín, escogió los instrumentos. Don Tomás le miraba hacer, sin pestañear.

—¿Ya está usted preparado para la carnicería, doctor? Pues yo también para sufrirla; estoy á sus órdenes... ¿que me vuelva? ¿así? ¡bueno! Mira, Santitos, alumbra bien, que me parece que te tiembla la lámpara en la mano... No, doctor, no quiero éter, ni cloroformo; yo soy muy valiente, éste se lo puede decir, que me ha visto con una pata quebrada irme hasta la capital, en el tren, de miedo de don Crisanto: fué aquel bayo tan arisco, ¿te acuerdas, Santitos? ¡Ay! ¡ay! doctor, ¡qué maldita sonda! cómo me muerde la muy... ¡y eso que tiene usted un pulso, doctor! ¿Ahora empuña otro instrumentito? ¡qué diablejo tan pulido y tan refino! ¡ay! ¡ay! ¡y qué daño me hace! ¡ay! ¡pero, qué daño! y tan educado que parecía ese caballero... La bala no quiere salir, ¿no le digo á usted, doctor, que es ordenista, por lo terca y dura de pelar?

De pronto, el vivísimo dolor le arrancó un grito, al mismo tiempo que Fernando cogía el proyectil y lo presentaba triunfante.

—Aquí la tiene usted, señor don Tomás.

—Hola, hola, amiga, muy buenas noches; ¿cuánto me paga usted por el alquiler del cuarto? francamente no le conozco la cara, ¡tendría que ver que fuera eneísta!

La daba vueltas entre sus dedos, mientras el joven concluía la feliz operación, le vendaba, le arropaba...

—Ahora, mucha tranquilidad, señor don Tomás, porque sino me enfadaré; le prohibo que hable usted una sola palabra.

—No hablaré, no hablaré, pero antes de empezar á cumplir la orden que vengan mis hijas : ve, Santitos, llámalas.

Ya la mayor empujaba la puerta y detrás estaba Elena ; las dos entraron, con el permiso del médico, y abrazaron al papá, efusivamente.

—Pregúntenle ustedes á ese doctorcito si no me he portado bien ; miren, la pícara bala ¿qué cara tan fea, eh?

—Ay, papá, ¿te encuentras mejor?...

En la puerta, del lado del pasillo, don Francisco de Paula, que andaba sin sombra, pedía noticias :— ¿Qué tal? ¿no vendrían complicaciones?

—Tal vez sí—contestó Fernando preocupado ;— hay que esperar, sin embargo, al tercero ó cuarto día para ver si la fiebre traumática se presenta... Por la situación de la herida, abrigo grandes temores. Es preciso que no se mueva, que no hable...

—No hablará, no señor, ¿verdad, papá?—dijo Jovita, que cogió al vuelo la última palabra.—¡ A la cama todo el mundo ! tú, Santitos, te quedas ; dile á tu madre que esté en la cocina por si ocurre algo. ¿Y usted, doctor?

—Yo me quedaré también, señorita — contestó Fernando.

—Gracias, doctor ; deseaba pedírselo, pero no me atrevía. Sí, ya sé que no es de esperar ningún accidente, papá... ¿y si sobreviniera? ¡ en estas soledades, sin auxilio ! Nada, le tomo á usted la palabra, doctor ; queda hecho nuestro prisionero por esta noche.

¡ Su prisionero ! ¡ adorable carcelera ! por toda la vida perdiera su libertad Fernando... Fuéronse todos, menos Santos, y Jovita condujo al joven médico al cuarto contiguo, donde había un catre de campaña :

—Dormirá usted á lo militar, doctor ; haga usted cuenta que está en una carpa, en medio del desierto. ; Y buenas noches ! Si ocurriera algo, yo le llamaré.

Se escapó, entornando la puerta.

Lo primero que hizo Fernando, fué apagar la lamparilla que sobre la mesa de pino ardía ; luego abrir la ventana, aspirar ávidamente el aire fresco á grandes sorbos, como persona que se ahoga. Y la rueda de su pensamiento andaba, andaba...—; Qué noche ! ; qué cielo ! ; qué luna ! el pincel y el verso son impotentes para traducir la hermosura de la Naturaleza ; esto que yo siento ahora, al contemplar este soberbio cuadro no sabría expresarlo en una estrofa, no sabría, y esas gradaciones delicadísimas de color, de la luz de la luna y de la sombra de los árboles, que parece envuelto el parque en un cendal de plata, no es capaz un pintor de trasladarlo al lienzo. Llegar á la imitación perfecta, á la expresión exacta, sería igualar á Dios, que es el gran pintor y el gran poeta... ; Qué bálsamo para los pulmones es el aire puro ! estaba sofocado... ; me siento mejor, me siento mejor !—Mirando de hito en hito á la luna, suspiró. Ya la voz que le había hablado en el camino recomenzaba sus sermones, al compás del silabeo estridente de los grillos :—¿ Sabe usted, señor poeta, que he cambiado de parecer respecto de si hay ó no hay peligro en que permanezca usted aquí, tan cerquita de ella ? para ella no, porque estamos de acuerdo en que nunca, nunca echará los ojos sobre su desgraciada personilla, pero sí para usted, que se va aficionando á sus perfecciones de cuerpo y de espíritu más de lo que á su tranquilidad conviene... Por supuesto, que desde que usted está aquí, no se acuerda del pobre tío Román, preso, de los muertos, de los heridos de la jornada, de la causa ordenista perdida ; tam-

bién no es flojo el cambio !, del calabozo de don Zoilo ha pasado usted, siempre en calidad de prisionero, ella se lo ha dicho, al poder de la señorita de García Lucas... ¡ valiente zángano está usted ! como la rana en un charco. ¿ Por qué deja usted de mirar al parque, y atisba por la rendija de la puerta ? ¡ ah ! es que, sentada á los pies de la cama, en un sillón, está ella : usted no puede ver al viejo ni á Santos, lo que le tiene muy sin cuidado, la ve á ella sólo la cabeza, su cabeza rubia, hermosísima, reclinada sobre almohada que no es de encajes, pero que á usted se le antoja del más finísimo Bruselas, en su manía de poeta de embellecerlo todo : tiene los ojos abiertos, muy abiertos, ¿ en qué pensará ? ¿ no le parece á usted que estas niñas bonitas no pueden pensar en nada que no ataña á sus galas ó á su hermosura ? Sí, usted las compara á pajarillos muy airoso, que pasan el día rizándose las plumas con el piquito, á mariposas coquetonas, y tiene razón. He dicho mariposa, y me da lástima de usted : ¡ cuidado, señor poeta, no se queme las alas en esa luz !

Se recostó en el catre, y el maldito dió un quejido, como si le hubieran echado mucho peso encima, y para no hacer ruido, se estuvo Fernando quieto ; quería atrapar el sueño, pero el martilleo de su pensamiento no le dejaba en paz :— ¡ Mañana, muy tempranito, me marcho, eso es ! Volveré á la noche, y si puedo escabullirme en seguida, mejor. No me convienen estas veladas cerca de ella, y apenas dé de alta al enfermo y que mi tío sea puesto en libertad, y acabe el can-can político en que nos hemos metido, á volar de Ombú á Buenos Aires ; mis desplantes de patriota me parecen ahora completamente ridículos... ¡ si es lo que sucede ! con estos golpes, se amilana el pueblo, se mete en su casa, y deja que

la canalla triunfe. ¡ Lo que me cuesta no poder soltarle á ese alimbarado doctor Trujillo todas las verdades que me amargan la boca ! y si no fuera por ella, después de esta visita, tomaba el portante, porque, al fin y al cabo, el don Tomás y el don Francisco cómplices son de los Aldúnez. Si no fuera por ella, por ella...

Intranquilo y desvelado, pasó la noche. Hasta tres veces se levantó, con espantoso crujir del catre, porque creyó que la dulce voz de Jovita le llamaba... Y con el alba se marchó al pueblo, después de prescribir al enfermo el tratamiento á seguir, despidiéndose con un simple :—¡ Hasta luego !

En el primer tren, llegó don Buenaventura Lucas, el hermano menor y único de don Tomás. Era el tal un hombre alto, metido en carnes, de buen color, cabello y barba blancos, aunque no era viejo, ni lo parecía, porque andaba erguido y su cutis estaba aún terso, sin pizca de arrugas, ni patas de gallo ; y esta notable diferencia con don Tomás provenía quizá de su condición de hermanastro, pues la madre de ambos fué casada dos veces, siendo don Tomás hijo del primer marido, y don Buenaventura del segundo, primo hermano éste de su mujer y del mismo apellido. Pasaba don Buenaventura por un gran literato, y sus medios de fortuna, bastante respetables, le permitían el lujo de perder el tiempo borroneando las cuartillas más insubstanciales que la crítica amiga é inconsciente haya jamás ensalzado ; porque esta eminencia de las letras argentinas debía, como Trujillo, á la prensa su encumbramiento : se había dicho tantas veces en letras de molde que don Buenaventura era un literato eximio, que todos creían á pies juntillas que lo era en efecto ; pues tanto barajar el apellido, exornándolo de epítetos al-

risonantes, llega á pegarlo en los oídos del público, que no lee y no discute, el más numeroso y apropiado para servir de pedestal á estas reputaciones mentirosas. Pero, así como he reducido á su verdadero tamaño la figura gigantesca del doctor Trujillo, no he de morderme la lengua para decir que era Luces un literato de *engaña-pichanga*, dirélo en criollo, que ni sabía medir un verso, ni escribir en cristiano, desnudo de forma y vacío de fondo, tan enrevesado de estilo, que no había quien le entendiera, y más por aquella manía suya de imitar todo lo francés y desdeñar todo lo español. Ahí está lo que él llama pomposamente sus obras (arrinconadas en alguna librería de viejo, si es que no han pasado á la honrosa categoría de papel para envolver) son tres tomos, nada más, de miscelánea chirle, fabricados á punta de tijera y aguja de colchonero: de su portentoso magín jamás salió vestida y compuesta una obra con pies y cabeza, que se tuviera sola, sino que echaba fuera un brazo, luego una pierna, después otra, y de los diferentes miembros, parto difícil de su inspiración anémica, caprichosamente ajustados, hacía un todo que resultaba siempre cojo ó manco, al que sobraba ó faltaba algo. Lo que no era óbice para que, al igual del escritor famoso aquel de Larra, que en su bagaje literario no llevaba más que un sonetillo, la reputación de Luces fuera inmensa y su juicio tenido por infalible: todo dentro de casa, ¿eh? pues, á pesar de tanto ruido de bombo y platillos, su nombre no había traspasado las patrias fronteras, lo que debiera hacerle pensar, á don Buenaventura, y á muchos como don Buenaventura, que para escalar la cumbre de la gloria es menester valerse de las propias piernas y no del hombro de la prensa.

Llegó, pues, á La Jovita, este literato que pa-

recía tan grande y tan enano era, como el otro, el doctor Trujillo, y vino con unas noticias políticas que á don Tomás levantarán de la cama, si su herida lo consintiera : el triunfo de la lista encísta era completo en toda la República ; en cuanto á los sucesos de Ombú, repetidos con ligeras variantes en muchas otras localidades, cuestión de muertos más ó menos, todos los periódicos se ocupaban en términos encomiásticos de la conducta del diputado García Luces (ya lo daban por ungido : no faltaba más que echarle el agua en el Congreso) y el caricaturista que el gobierno pagaba para combatir, á golpes de lápiz y esfumino, al general Ordenado y los suyos había prometido sacar en número extraordinario el retrato de don Tomás y la escena aquella, digna de épica leyenda, en que salió de la intendencia con el pañuelo en la mano, no para sonarse las narices, como cualquiera creería, sino para lanzarse en medio de las balas. Conmovido, dejóse el mono viejo abrazar por el hermano, diciendo :

—Hay que ser patriota ¿verdad? Lo que yo he hecho lo hubieras hecho tú : con indiferentes la patria no va á mandar al mercado... Estoy mejor, me parece que será cosa de pocos días más ; el médico cree que la herida cicatrizará de primera intención. Y á propósito : has hecho bien en no traer médico ; después salen pidiendo un dineral para no hacer nada ; este del pueblo no es malo, no tiene más que un defecto : que es ordenista rabioso... ¿Conque te asustaste, eh? En fin, ya pasó. ¿Y tu mujer? ¿y los chicos?

Por la noche volvió Fernando y se encontró con este figurón, que sólo de vista conocía, en animada plática con el doctor Trujillo y dos Aldúnez, el grande y el tercero, en el hueco de una ventana de la

sala : era tan alto, que sus interlocutores alzaban la cabeza para hablarle, como quien mira á un campanario, y él se doblaba en arco sobre los tres liliputienses que no le pasaban de la cintura.

—¿Qué se hace de los presos?—decía con voz delgadísima,—nada de mandarlos con buena escolta á La Plata, como el señor intendente aconseja, ni soltarlos después de tres días de encierro, como nuestro ilustre amigo don Francisco piensa, siempre benévolo y blando de corazón : lo que sostiene el señor juez, demorar el sumario un mes, dos meses, y que revienten en el calabozo ; ¡ el ministro de Gobierno hará lo demás !

A la luz de la lámpara, mistres Cowan leía su periódico, un número atrasado de *The Punch*, que se sabía de memoria, y no lejos de ella, en el sofá, Elena y Perico charlaban bajito, sin preocuparse de la inglesa, ni de la conversación política que tan agitados traía al gigantesco don Buenaventura y sus tres amigos. Fernando pasó de largo, dejando caer un *buenas noches* seco, que no llegó á percibirse, con tal desgana lo emitieron sus labios ; y el literato torció su cuello de alambre, preguntando quién era aquel gusanillo que acababa de entrar, y los dos Aldúñez y don Francisco de Paula, con mucho misterio, pronunciaron un nombre que hizo mover la cabeza á don Buenaventura, como la copa de un álamo que el viento cimbrea.

—Es preciso que le regañe usted, doctor—dijo Jovita así que vió penetrar á Fernando en el cuarto del herido,—no hace caso de sus prescripciones : con la llegada del tío Buenaventura se ha agitado mucho, y luego ha estado de charla más de una hora con el mayordomo sobre si las vacas y los carneros...

—¡ Pero, señor don Tomás, señor don Tomás !—

exclamó Fernando con severidad,—para vacas y carneros estamos... ¿á ver ese pulso? hay un poquito de fiebre, ¿y esa herida? nada de anormal presenta... Vamos á renovar las hilas; ¿me da usted esas vendas, señorita?

La niña, como hermana de caridad avezada á lidiar con enfermos, iba y venía, con los trapos, los ungüentos, el agua tibia. Y mientras le molían y fajaban, el mono viejo decía:

—Es que esta loquilla quiere tenerme como á un chico en la cama: no, señor; no estoy tan grave, que no pueda ocuparme todavía de mis intereses. ¡Sabe Dios las mangas y capirotos que están haciendo mis peones en el establecimiento! Yo no me fío ni de mi sombra. Después me quema la sangre ver á esta muchacha que no quiere acostarse y ceder su puesto á la hermana; se va á enfermar, ¿verdad, doctor, que se va á enfermar?

Hecha la cura, Jovita se apartó del lecho, llamó á Fernando y le secreteó en un rincón:

—¿No es mal síntoma esa ligera fiebre? Dígame, doctor, con franqueza.

—Bueno, no lo es, seguramente, pero tampoco alarmante.

—Le ruego que se quede usted esta noche, doctor; ¡tengo miedo!

—Me quedaré; estoy á sus órdenes, señorita.

Nunca la había visto tan cerca de sí Fernando, y la halló doblemente bella; aquel plieguecito que separaba sus cejas delicadísimas, signo era de reflexión que á la otra, la menor, faltaba.

—Me quedaré—repitió,—con la condición que usted hará el gusto á su papá y se acostará.

Ella contestó que semejante condición no era ad-

misible ; ¿quién piensa en dormir cuando el ánimo está intranquilo?

Y como entrara Santos y ocupara su puesto de guardia, después de colocar la luz en un ángulo, á fin de no molestar la vista del enfermo, los dos se sentaron cerca de la mesa en que estaban los potingues, quedaron en silencio un rato, los ojos errantes, y luego hablaron, despacio, porque don Tomás parecía dormir.

—¡Cuánto le agradezco á usted, doctor, lo que está haciendo por nosotros! Sí, tiene mucho mérito. no diga usted que no, después de lo que ha pasado... Yo sé lo que es la política ; esta casa la considerará usted como enemiga, ; y no es cierto, de veras, doctor, no es cierto! Papá me decía hoy : ¿Sabes que el poeta es muy simpático? Si ese cabeza dura de Hierro Bermúdez no fuera lo que es, no nos habría metido, á él y á nosotros, en estas danzas ; como me levante de esta cama he de hacer algo por este doctor Hierro... y por el trapalón de su tío, á quien quiero, á pesar de todo... Por supuesto, que usted pensará que mi padre aprueba los horrores de ayer... no los aprueba, no, señor, como que él es una de las víctimas... Ya lo ve, doctor, que no está usted entre enemigos, y que aquí se sabe estimarle en lo que vale.

Sonrió, y la sangre toda del joven médico, al ver aquellos dientecitos y escuchar aquel acento, le salió á la cara, mientras oía que alguien le decía allá dentro :—¡No seas tonto! ya estás creyendo que todo esto es prueba de su naciente simpatía : pues te llevarás gran chasco si lo crees ; ¡en guardia! y no rendirse á la sirena...

—¿Enemigos? jamás lo he pensado, señorita—

dijo inclinándose,—aunque me quedan muy pocas ilusiones ya.

—Hoy le noto á usted más triste que ayer.

—¿Más triste?

—Más todavía ; y eso que parece estarlo siempre por hábito ó temperamento ; los poetas todos son así, como desterrados de un mundo superior, que ellos sólo ven y conocen, ¿me equivoco?

—No lo sé, señorita ; se nace con ideas tan hermosas y tan falsas, aprendidas no sé dónde, que á medida que vamos tropezando con los desengaños y va la realidad abriéndonos los ojos, el espíritu que nos anima, fantástico, amigo de quimeras, enemigo de la verdad y la experiencia, se encoge, se turba, se enfada ó llora, como el niño que encuentra espinas en una rosa... todos somos niños y todos somos poetas, ¡y así ahora y siempre ! Acaso estaré hoy en uno de esos momentos : el golpe ha sido rudo y el espíritu gime, sin consuelo... pero, no haga usted caso de sus lloriqueos, señorita.

—He leído en sus *Primeros Versos* un poema encantador, en que usted pinta eso mismo : el hombre, que es el poeta, con el niño llorón á cuestas, que es su espíritu.

—¿Lee usted mis versos, señorita?

—Los sé de memoria... pues yo digo, doctor, que cuando los desengaños tocan al corazón, y no todos llegan hasta él, es muy justo y muy natural que el nene ese ponga el grito en el cielo, pero cuando se trata de desengaños políticos... porque usted, á pesar de sus quejas á una dama que nombra muchas veces en su libro, y que yo imagino será pura invención, porque ustedes los poetas tienen la mala costumbre de quejarse siempre de alguien, á la que persiguen con sus lamentaciones, no ha experimentado otra

clase de desengaños, los que duelen de veras... Es usted joven con talento...

—¡ Ah ! señorita, ¿ lo cree usted así ?

Ruborizóse Jovita, y temiendo haber sido demasiado indiscreta, hábilmente abandonó el delicado tema, para decir, apoyada en su última frase, que era una lástima que joven de tanto talento estuviera enterrado en Ombú ; á su padre se lo había oído muchas veces.

—La misma suerte he de tener aquí que en la capital—contestó suspirando el joven médico ;—hace más camino el que es llevado en el coche del favoritismo que el que va solo y á pie.

—Convenido ; pero usted sabe que en Ombú no hay tales coches... y que á pie no se va á ninguna parte. Por ejemplo, su periódico : si *El Eco* se publica en Buenos Aires, otra hubiera sido su suerte y la suya. Usted, doctor, se asombrará : ¡ yo leía *El Eco* !

—¿ Sí ?

—Y más se asombrará si le digo que soy ordenista, que usted me ha hecho ordenista ; yo no entiendo de política, pero esas cosas que usted decía, tan bien dichas, atacando las picardías de los gobiernos, los abusos... en fin, todo eso, lo encontraba yo muy justo, muy noble ; y como dieran en perseguirlo á usted y á los suyos, comprendí que su causa era la buena, porque tengo aprendido que en el mundo sólo á los buenos se persigue... He sufrido más de ver que nada podía hacer por usted... ¡ por su tío don Román, que tanto he estimado siempre ! Papá estaba ciego y los otros más ciegos todavía...

Calló, comprendiendo en el gesto del poeta que por ahí dolía mucho aún ; y de repente :

—Papá se ha movido, ¿ necesitará algo ?

Corrió al lecho, se inclinó sobre el herido, y volvió de puntillas, con un dedo sobre los labios :

—No es nada ; duerme... Nos callaremos ¿verdad? y estaremos muy juiciosos, para que no se despierte.

La voz interior, siempre incrédula, decía á Fernando :—Cuanto más la miras, más bella te parece ; cuanto más la oyes, más discreta : el peligro aumenta, pues no es ella la chiquilla casquivana que pensábamos. De sus palabras se desprende un vaho de simpatía, que ya te envuelve y empieza á marearte... ¡ tonto ! es el autor quien debe darse por satisfecho ; el hombre pasa inadvertido.

En esto, don Buenaventura, con impertinente chirrido de la puerta, se asomó para llamar á Fernando.

—Venga usted, doctor, que aquí estamos deseando saber del enfermo.

Salió el joven, y ya en el pasillo, el gigantón le pasó familiarmente el brazo por la cintura, como insecto monstruoso que coge con las antenas una mosca, y le empujó hacia la sala... Felizmente, en la sala no estaba ya ninguno de los dos Aldúnez, ni el doctor Trujillo, quien, sin duda, habría salido á despedirlos ; en el sofá, la acaramelada pareja de Elena y Perico y al lado del velador, mistress Cowan dormida sobre el *Punch*. Elena se levantó y vino hacia Fernando :

—¿Papá sigue bien, doctor? ¿qué tal le encuentra usted esta noche?

—Regular ; algo de fiebre ; síntoma natural de su estado.

La miró, y notó que era tan bella como la otra, pero sin el plieguecito aquel entre las cejas ; no era extraño que encontrara agradable la compañía de

Perico, si la frivolidad de su espíritu se adivinaba en su frente, lisa, y en sus ojos, mudos.

—Vaya, vaya, ¿con que no va mal, eh? ¡diablo de cosas éstas!—dijo el largo don Buenaventura, llevando al poeta á la ventana;—pues yo, doctor, le conozco á usted mucho... de nombre, por referencias... póngase usted aquí, que estará más fresco. ¿Usted es Fernando Hierro, el poeta que publicó hace poco un tomito de versos? No lo he leído, lo confieso, porque yo no leo sino los libros que me envían: cuando me haga usted la honra de visitarme, verá qué biblioteca la mía, toda de libros regalados... y usted ha olvidado remitirme el suyo, joven, falta muy grave que, en caso de reincidencia, hará caer su nombre en el vacío y el olvido; no lo digo esto por mí, sino por aquellos que pueden, con su consejo é influencia, levantarle.

Pasaba Fernando en aquel instante por el cuarto de hora de desaliento, que marca el reloj del artista cada día; contestó:

—; Usted habla de mis versos, señor Luces! ¡si ellos son buenos, vivirán, á pesar de la indiferencia del público y de la crítica; si son malos, todos los esfuerzos de la amistad y la benevolencia no bastarán para hacerles durar más de una mañana!

Y don Buenaventura sonreía con lástima de aquel mentecato, que se empeñaba en marchar sin andadores, como si esto fuera posible para adelantar en carrera ninguna; que no mendigaba aplausos de favor, ni andaba hociendo en las imprentas, ni molestando á los literatos de renombre para que le extendieran certificados de capacidad, ni llevaba tras sí el coro de amigos jaleadores, encargado de imponer su nombre al público. ¡Bah! ¿cómo se subía entonces?

pues, así, á golpes de bombo, izado por el brazo robusto de la prensa.

—¿Quién le baja á usted de la altura?

—¡El tiempo!

Largo rato estuvieron los dos porfiando sobre este tema, y don Buenaventura se reía... ¡Pero, señor! si más influencia tenía en la masa del público una carta firmada con este nombre resplandeciente: Lucés, en que dijera que el pollino tal era un portento, lo que bastaría para que ya no se le vieran las orejas, que la estrofa más genial del obscurísimo poeta Hierro, que nadie leía: es lo usual y corriente entre nosotros.

—¿Pero, después, después?—murmuraba Fernando.

—Después... se muere usted y le entierran.

—¿Con las propias obras? ¡triste cosa! señor don Buenaventura...

Abajo, en el parque, el doctor Trujillo paseaba, fumando, á la luz de la luna; hacía fuerte calor y las hojas no se movían. ¡Qué pequeño le parecía á Fernando el gran literato! Sucede con estos hombres, vistos de cerca, lo contrario que con los árboles gigantescos, que si á la distancia asombra su corpulencia, de cerca, espanta; el hombre se achica, se hace enano, se transforma en gusano...

Sofocado, con pesadez enorme en la cabeza, se escabulló Fernando, sin dar lugar á que el otro abordara el vidrioso tema político y le pusiera en el disparadero de soltar *las verdades que le amargaban la boca*, aunque sobre este particular se mostraban todos muy discretos, y más que todos el diplomático don Francisco de Paula, respetando la natural susceptibilidad del poeta en homenaje á su noble conducta... Dejando á su eminente contrincante enre-

dato en ameno diálogo con don Francisco, por la ventana, y á la parejita más amartelada que nunca en el sofá, volvió al cuarto del herido, entró con precaución :

—¿Duerme?—preguntó á Jovita.

—Sí, desde que usted salió, duermo tranquilamente.

Pasó á la habitación contigua, y como la noche anterior, asomado al jardín, pensó, pensó mucho tiempo...—No lo negarás ahora, decíale su conciencia, ya has caído en el garlito, no has querido oirme : mientras ese fantoche de don Buenaventura te hablaba, no apartabas tu pensamiento de ella, y has aprovechado la primera coyuntura para escaparte y venir ¡mal hecho! ¿es así cómo vas á evitarla?... mírala todo lo que quieras : por la abertura de la puerta pasa el rayo de luna que á ti te alumbra y hace brillar el oro de sus cabellos ; está recostada en el sillón, y mira hacia aquí, como anoche ; ¡ en algo piensa ! después que la has oído, no dirás que en fruslerías... ¿será en ti ? ¡ esperanza vana ! Desecha, amigo poeta, esa ilusión, no sea cosa que el niño aquel se lleve el porrazo más grande que haya llevado en su vida... Y mañana, ¿no será mejor que te despidas, y huyas, y no vuelvas ? Levantada la incomunicación á tu tío, pues no es posible que la arbitrariedad llegue hasta el punto de mantenerla por más tiempo, puedes comunicarle tu proyecto de cargar con la tienda, ¡ y abur ! quién sabe lo que te reserva el odio de los Aldúnez... Entre Jovita y tú, si hay un abismo, debes poner el puente que aconseja el refrán para facilitar la fuga del enemigo...

Santos Frutos, el gaucho melancólico, al pie del lecho, miraba distraído las paredes blancas del cuarto pobre y desnudo, pensativo él también, y quizás igual

ó parecida idea que la que torturaba al poeta en la ventana y mantenía sin dormir á Jovita en el sillón, le molestaba con zumbido de abeja irritada.

## IX

Al tercer día, don Tomás empeoró. La fiebre traumática presentóse con energía tal, que la alarma cundió en el caserón de La Jovita. Sofocado, la piel ardiente, sediento, el mono viejo se agitaba en el lecho, pidiendo agua y más agua... Fernando no pudo marcharse al pueblo, porque las dos Luces, asustadas, le suplicaron que se quedara; y tampoco el doctor Trujillo y Periquín, que tenían dispuesto salir para la capital, en vista de la mejoría del enfermo y del éxito de cierto proyecto que se trajeron y del que ya se darán noticias. Y otra vez la intención de Fernando, de huir del peligro, fué desbaratada por el destino, que se empeñaba en retenerle, para empujarle y echarle de cabeza en él, cuando más descuidado estuviera quizá.

—No hay motivo para inquietarse tanto—dijo á las niñas,—la fiebre la esperaba yo á pie firme, y la atacaremos con vigor... *(abriendo su botiquín y mostrando el escuadrón de frasquitos en línea de batalla)* he aquí mi arsenal: aquí están los antiespasmódicos, prontos á entrar en guerrilla... Repito á ustedes que deben estar tranquilas.

Pero á los hombres, á don Buenaventura y don Francisco de Paula, expresó todo lo contrario, es

decir, que la fiebre, por sí sola, no era cosa que alarmara mayormente, pero se presentaba complicada con una antigua afección á los riñones, que tenía muy minado el organismo del enfermo :

—Por ahora no hay peligro, pero más adelante... En fin, si el caso llega, pediré consulta y vendrán otros médicos de Buenos Aires.

Ocurrió aquel tercer día un suceso extraordinario. Periquito lo contaba de una manera, Elena de otra, ña Pascuala, testigo evidentemente parcial, con detalles que á Periquito, la víctima, nada favorecían, pero con el quid, el motivo, la causa, nadie atinaba : éste era el secreto de Santos Frutos, el actor principal, el criminal, que decía el ofendido doctor Trujillo, quien, por primera vez en su vida, perdió los estribos de su admirable pachorra y su sonrisa de mieles ; pero Santos Frutos había huído. Mistress Cowan, otro de los testigos de la escena del parque, nada adelantaba : horrorizada aún, se cubría los ojos con las manos huesosas, agitando los lazos negros de su gorro almidonado :

—¡ Oh ! *South-America !* ¡ todos, todos indios ! No había indicios siquiera del por qué del atentado, y quien menos se lo explicaba era Periquito, la víctima ; indudablemente, por venganza, pero, ¿ qué ofensa tenía Santos que vengar de Periquito ?... Mas, para saber cómo se encontraban el Trujillín y la menor de las Luces en el parque, aquella tarde, á las cuatro, bajo la mirada poco vigilante de mistress Cowan... Que se encontraran, nada tenía de particular, ¿ verdad ? pero, ¿ que se los hallara juntos siempre, eso sí, escoltados del argos de la vieja ! Pues para explicar esto que parece incongruencia chocante, conocidos los respectivos caracteres, hay que decir, aunque nadie lo crea, que Elena, la bur-

iona, la despierta, la vivaracha, había caído en las redes del tontaina aquel, pescador de hijuelas; ¿enamorada? ¡ca! tal vez aburrida del asedio, curiosa de lo desconocido, impulsada por la soledad, el roce... dió el *sí* más solemne al muñeco de quien tanto se reía, porque usaba *cold-cream*, y no sabía montar á caballo, y se rizaba el pelo. ¿Quién conoce el complicado mecanismo de estas figuritas de salón, así lo estudie años y años, rueda por rueda? si las leyes de la lógica indican que con una vuelta de cuerda la figurita ha de moverse y andará hacia adelante, como las personas de verdad, el caprichoso engranaje se pone á funcionar y la hace andar, en efecto, pero á reculones ó de lado ó de cabeza, pero nunca en la dirección marcada por la lógica; problema de mecánica que asusta por lo sencillo y lo difícil! ¿Elena otorgaría el *sí* á Perico, precisamente porque le sabía un tipo ridículo? ¡vaya usted á comprender tales aberraciones del corazón femenino!

Don Tomás, al mediar aquel día, se sintió mejorado y pudo dormir un poquito: ahuyentaron la luz, cerraron las maderas y se hizo el silencio más profundo alrededor del enfermo; como quien espanta las moscas, Jovita echó fuera del cuarto á los intrusos:

—¡Silencio! dice él doctor que hay que conservarle este sueño todo lo posible; ¡chist! si hace falta, llamaré.

Elena se marchó á su habitación, que, aunque suya, no era más cuca que las demás, pues la estrechez de la gaveta paternal no permitía el reemplazo de aquellas cortinas de cretona deslavada y los muebles de pino enchapados de caoba, que pedían á gritos su jubilación; y se estuvo mucho tiempo escribiendo á la de Eneene, Alcirita, una larga carta

con mala letra, malísima ortografía y remalísimo estilo :

«Figúrate, querida Alcira, que me he comprometido con Perico, el hijo del doctor Trujillo ; yo no sé cómo ha sido eso, pero es y sanseacabó. No lo digas á nadie, porque no quiero que lo pongan en los diarios todavía ; aquí en casa nadie lo sabe, ni Jovita siquiera : como todo lo que yo hago lo encuentra mal, no me ha dado la gana de enterarla... No sé por qué me parece que se van á burlar de mí. ¿Y por qué se han de burlar? Perico es un muchacho muy *high life*, el primero siempre en la calle Florida y en los salones... bueno, ¿qué más necesita un hombre para ser un buen marido? ; figúrate! el padre va á ser ministro, ¿no es éste un nuevo mérito que agregar á los de Perico? todos no son hijos de ministro... Papá estuvo esta mañana bastante mal, pero ahora está mejor ; ya sabrás que le hirieron en las elecciones del 10, ; si vieras qué susto! quiera Dios que se mejore pronto... Mira, que no se te olvide eso de callar lo de mi compromiso, porque me enojaré con vos y no te miraré más á la cara, por estas cruces...»

¡ Ras, ras! La pluma echaba borrones, dibujaba garrapatos, vistiendo á las palabras con letras que no eran las suyas y disfrazándolas de tal modo, que nadie conociera á las más familiares ; montando las frases unas á la grupa de las otras, ó descarrilándolas del renglón, para colgar como gajos de enredadera... ¡ ras! ¡ ras! qué aguijar la cachazuda imaginación, que andaba al paso, y á lo mejor se paraba en medio de la página, sin fuerza para doblar la hoja...

—¡ Jesús! ¡ me cansa más escribir! si no fuera por darle la noticia á Alcira...

«Otra vez te digo que no lo digas á nadie, porque

yo sé que se van á burlar y me da mucha rabia que se burlen : si se burlan, será de pura envidia : siempre será mi casamiento mejor que el de nuestra amiga Raquel, que después de decir que el novio era esto y lo otro, y de ponerle en ridículo delante de todo el mundo, salió casándose con él, y el marido de Raquel todos sabemos que es un jugador y nada más...»

—Ese es Perico, que anda en el parque... voy á ver... sí, es él... Ya bajo, voy á llamar á la mistress ; espéreme usted, Trujillo... Concluiré luego la carta ; hace mucho calor para escribir.

Echaba la inglesa su siestecita ; pero, Elena la sacó en volandas casi, y adormilada, la arrastró al jardín :

—Querida mistress, allí hace más fresco y estará mejor ; si desea seguir durmiendo, colgaremos la hamaca paraguaya entre los árboles : ¡ una siesta completamente á la americana, mistress !

—¡ Oh ! ¡ miss Ellen, miss Ellen !—refunfuñaba el aya bostezando.

En la callecilla de arrayanes, que rodeaba la casa, encontraron á Periquito ; pasearon juntos un rato y luego se sentaron en el banco, al pie del naranjo ; mistress Cowan, muerta de sueño, cabeceaba... Decía Elena que fué por la derecha, Perico que por la izquierda, la mistress, que no vió bien, porque tenía los ojos cerrados, declaración comprometedorá para un aya vigilante, pero, fuera por la izquierda ó por la derecha, lo cierto es que, cuando más engolfados estaban Elena y Perico, en atorrolado coloquio, de la espesura saltó un tigre... un tigre verdadero no, Santos Frutos, con todas las trazas de tigre enfurecido y se arrojó sobre el descuidado Trujillín... Como empuñaba el facón des-

nudo, las mujeres, espantadas, escaparon dando gritos angustiosos, y más que ellas chillaba el mequetrefe...

—¡Favor! ¡socorro! ¡que Santos va á matar á Trujillo!

Y el hermoso gaucho, sin soltarle, se volvió con fiereza.

—¿Matarle? ¿para qué? ¡no, voy á marcarle la cara á este *pucblero*, y así se acordará toda la vida de Santos Frutos!

Y ¡zas! con la punta del facón le hizo cuatro jeroglíficos en la mejilla y huyó, dejándole sangrando y aullando sobre el banco.

—¡Favor! ¡socorro!

Cuando las gentes acudieron, le encontraron desmayado, y sin sentido á Elena, caída en el corredor... Don Francisco de Paula, despavorido, clamaba por la policía; ña Pascuala, llorando, extendía sus brazos escuálidos y murmuraba:

—¡Tenía que ser, si tenía que ser!

Felizmente, el doctor Hierro tranquilizó á todos:

—No es nada, es un simple tajo, que mañana estará cicatrizado.

Lo que no dijo fué que el chirlo no se lo quitaba ya ni el *sursum-corda*, y que si el infeliz Periquito no perdía en el lance la vida, su belleza de doncel, lo que él llamaba *su capital*, quedaba comprometido para siempre.

El tumulto que, con tan desgraciado motivo, se armó en el caserón, despertó al enfermo, y á las seis la fiebre arreció, haciendo tanto caso de los antiespasmódicos, como si lo dieran confites... El murmullo de los comentarios del suceso se oía en el pasillo: ña Pascuala hablaba:

—Si yo no sé qué le ha dado á Santos; hace tiempo que le notaba triste, cabizbajo, sin comer, sin chistar, sin dormir, no iba ya á la pulpería: se pasaba el día tocando *tristes* en la guitarra y cantando décimas... pero si escuchaba el nombre del niño del señor Trujillo se ponía fuera de sí:

—Madre, no saque usted á relucir á ese tal y á ese cual; cálese usted, madre; le digo que no le puedo ver, ni oír mentar siquiera.

Y así siempre. Que el niño del señor Trujillo le ha hecho alguna picardía, con perdón, es indudable, porque Santos es muy bueno y muy honrado, y por gusto no había de cometer semejante cosa... ¡Jesús me ampare! ¡y cómo andamos en la mala! el 10 me mataron á Braulio, mi sobrino, en las *eliciones*, y ahora... ¡Jesús, María y José! Por la noche vino el mismísimo Aldúnez Segundo en persona, pues el doctor Trujillo le envió un mensaje que iba ardiendo por el camino: ni en su rancho, ni en todo el partido se había podido dar con Santos Frutos; ¡como si estuviera escondido en alguna vizcachera!

—Buscarle, buscarle—repetía don Francisco de Paula,—¡ese atentado no quedará impune, no puede quedar!

Y el largo don Buenaventura, extendiendo el brazo que, con un poco más, tocaba las vigas del techo, decía con aquel hilillo de voz, rival del mirlo de don Martiniano:

—Eso es, buscarle... ¡échelo usted detrás la jauría toda de sus milicianos, como si fuera ordenista, hombre!...

—¡Ah! ¡si fuera ordenista!

El comisario protestaba de que todos sus lebreles andaban rastreando por esos campos... pero,

mentía, porque él, don Zoilo, acababa de poner al Santos sobre el lomo de su tordillo y en salvo, obligándole á huir del partido, con estas palabras :

—¡ *Mirá, ché, pucha*, que sós bárbaro! *mandáte mudar del pago* y no *volvás* en mucho tiempo; *agradecéme* el servicio: sós encísta y basta. ¡ Los amigos son *pá* los amigos!

Con tan tristes sucesos, andaban todos en el caerón alicaídos, y más que nadie, naturalmente, Periquito, la víctima, que no se mostraba fuera de su cuarto, pegado el santo día al espejo para estudiar los progresos de la cicatrización, ¡ qué pataditas de coraje daba y qué lagrimones soltaba de sus hermosos ojos al verse así desfigurado! no, ya no servía para nada, era hombre muerto, ¿quién iba á quererle con aquel horrible tatuaje en la mejilla? si Elena le viera... ¡ qué desilusión! Pero, Elena, con el susto, había caído en la cama, presa de ligera calentura, y también la impresionable mistress Cowan que, con esto de saberse en tierra de indios y de gauchos, como ella decía, soñaba con flechas, facones y balas perdidas.

La infatigable y la varonil era Jovita. Hacía muchos días que no se movía del lado del padre, durmiendo poco (en el sillón, vestida, sueño de pájaro que el más ligero ruido despierta) comiendo nada, un sopicaldo, lo necesario para entretener al estómago y evitar que alborotara.

—No tengo gana—contestaba á las súplicas de Fernando, de don Buenaventura y del doctor Trujillo,—con este disgusto tan grande, no podría pasar bocado.

Se encaraba con Fernando :

—Usted me va á decir la verdad, doctor; yo no

me asusto de la verdad. Papá no sigue bien, ¿ha llegado el momento de la consulta?

Fernando velaba todas las noches, á su lado, ya en compañía de don Buenaventura, ya con don Francisco de Paula, y él sabía cuánto le agradecía esta conducta la noble niña. Porque, precisamente, era de noche cuando don Tomás se ponía más malo; los dos hombres no podían contenerle; deliraba:

—¡Aquí está don Crisanto! ¿quién le ha llamado á usted, don Crisanto? al fin vengo á caer en su poder, yo que siempre decía que era usted un matasanos... ¿dónde se ha dejado usted la barriga, don Crisanto? ¡ah! está disfrazado de esqueleto, porque usted se ha muerto, no sé quién me dijo que usted se había muerto... ¿salir yo? ¿para que me maten también? ¡no me da la gana! salga usted, doctor Trujillo, y échelos un discursito de los suyos, para que no peleen más, ¿dónde he dejado mi pañuelo? en la mano tengo la bala... ¡cómo me ha hecho sufrir! ¿y esa sonda del mediquito ordenista? usted me trata como á enemigo, doctor Hierro... hurgue, hurgue usted, que es en carne ajena! ¡qué carnívero! no quiero más médicos: hay que pagarles el viaje de tren y la comida... las cuentas del gran capitán, ¿quién ha llamado todos esos médicos de Buenos Aires? son dos, cuatro, cincuenta, doscientos, ¡qué cuentas después! van á arruinarme, ¡á volar, señores! aquí no hacen falta... Entre usted, señor mayordomo, ¿cuántos animales me han *carneado* ya? sí, señor, si los estoy viendo desde aquí... después me roban los cueros, ¿creen que porque estoy en la cama, no puedo vigilar? por ese agujero lo veo todo, ¿dónde ha llevado usted la manada de yeguas? ¿y los padrillos finos?... ¡qué gracia! Buenaventura está empeñado en leerme uno

de sus artículos... mira, ¡déjame en paz! ¿qué entiendo yo de esas cosas? ve y lee tu artículo al poeta... ¿quién dice que á Román le tienen preso todavía? ¡no sea usted bárbaro, amigo Aldúnez! es tirar mucho la cuerda ya: les hemos ganado la elección ¿con qué trampitas, eh? ¡mire usted que aquello parecía cosa de teatro! á Chichín, que se quite las barbas y se ponga la peluca: con las barbas ha votado ya... pero, ¡suelten á Román!... ¿ése es mi retrato? ¡qué horror! ¡qué cara más fea! no, ¡ése es el retrato del mono de Palermo!...

Fernando se iba todas las mañanas al pueblo; hacía sus visitas profesionales, daba un vistazo á su casa, asomaba las narices en el Juzgado para saber del tío, y se volvía á La Jovita cada vez más entristecido. Ya no pensaba en huir del peligro, ni en luchar contra su amor. Se consideraba vencido en todos los terrenos, abandonándose, los brazos muertos, á la corriente de su destino. La razón, ofendida quizá de su cobardía, ya no le hablaba... Recibió cartas de los amigos de la capital sobre los sucesos de Ombú y no se cuidó de contestarlas: ¡resucitar *El Eco*, seguir batallando, y gritando y protestando! ¿para qué?... Una tarde expuso á la familia, con toda franqueza, que era llegado el momento de pedir consulta: la fiebre no cedía y la nefritis presentaba caracteres alarmantes. Inmediatamente, se envió un despacho á Buenos Aires. Por más prisa que se dieran, los galenos no llegarían hasta el día siguiente, por el primer tren; el enfermo pasó la noche muy mal, pidiendo agua y aire y auxilio contra aquellos fantasmas que le perseguían:

—¿Quién es ese tan largo? señora jirafa, no se acerque usted, ¡qué brazos tiene! ¡parecen dos ser-

pientes, y qué piernas!... aquel toro negro me está mirando... alguna ladronería de los peones quiere contarme... Pido la palabra, señor presidente, porque en mi calidad de diputado... ¿quién dice que no soy diputado? ¿aquel narigón de la barra, que se ríe? ¿á que subo y le muerdo la nariz?...

En un rincón, Jovita, sollozando, pedía al joven médico que le dijera toda la verdad: si el padre estaba en peligro de muerte, ella no podía dejarlo morir sin los auxilios de la religión.

—No, no, no hay que pensar en eso todavía, señorita.

—Bueno, doctor, yo se lo ruego: ¡avíseme! si la desgracia llega, ¡hiérame usted sin reparo en medio del corazón, que me sobran fortaleza y confianza en Dios!

Tres médicos llegaron al día siguiente de la capital y vieron al enfermo; encerráronse luego con Fernando y discutiendo pasaron más de tres horas; tornaron á ver á don Tomás, y á encerrarse y á discutir... ¿La quinina, nada? ¿y qué me dice usted de la antipirina? ¡ensayémosla, todo es ensayar! pero esa inflamación de los riñones... ¿unas ventositas secas? ¿ó una sangría buena, abundante, general? ¿y qué me dice usted de unos baños tibios, eh? la infección purulenta se viene, se viene... cáusticos y más cáusticos entonces y su poquito de opio; los accidentes cerebrales son de temer: al pueblo por hielo, á escape. ¡Ensayemos, todo es ensayar! Echaban un cigarrillo, entretanto: quien se quejaba del calor y el polvo del viaje, otro, un vejancón de anteojos, preguntaba si allí no había con qué refrescar el gatzate, y el más joven decía:

—Pero, ¿han visto ustedes el telegrama al go-

bernador de Mendoza con que nos sale hoy el Presidente? ¡es un colmo!

—Quedamos, señores, en la sangría—insistía Fernando,—y si no diera resultado, en revulsivos en las extremidades...

—¡Hombre! ¡revulsivos! ¿no sería mejor el baño tibio?

—¿Pero, la herida?

—¡Ah! la herida... hay su principio de supuración. Malos síntomas, malísimos... ¡La verdad que es un colmo ese telegrama! en otro país, donde hubiera un Parlamento serio, se llamaba al orden al Presidente, pero, aquí... ¿bebidas emolientes? ¡claro! está indicado.

—Lo que yo le digo á usted, doctor, es que me parece mucha tontería exponerse, como el señor García Lucas, á estos accidentes, ¿quién se mete hoy en elecciones? ¿qué le dejamos por hacer al gobierno entonces? ¡si *elegir* diputados y gobernadores y presidentes es su distracción suprema! mire usted que el espectáculo del 10... Sí, por los revulsivos, me adhiero á la opinión del doctor Hierro.

Estudiado así el cuadro sintomático de la enfermedad y discutido el tratamiento, se marcharon, porque apenas tenían tiempo de coger el tren de vuelta, y su permanencia en La Jovita era innecesaria. Si don Tomás tenía que morir, para ayudarle á bien morir con un médico bastaba.

Y que se moría no había ya duda. La postración era muy grande, el pulso muy frecuente, el calor de la piel muy intenso: echado de espaldas en la cama, no hablaba, sumido en estupor profundo. Abrazada á él, Jovita, sin consuelo, repetía:

—Papá, papá, abre los ojos, mírame, ¿no me conoces? ¿estás mejor? sí, sí estás mejor, porque

ya no te quejas de esos dolores. Verás; vas á ponerte bueno... hay un nuevo remedio; aquí, el doctor Hierro, va á aplicártelo... ¿son sinapismos, eh? en las pantorrillas, no son cáusticos, como eres capaz de creer, ¡desconfiadote! á ver, pues, ¿no estás contento, cuando todos te cuidamos tan bien?... mira, aquí está el tío Buenaventura y tu buen amigo el doctor Trujillo: diles lo que piensas acerca de esas cuestiones políticas, que ellos no se entienden...

Sonreía, sonreía, y luego, tras las cortinas del lecho, lloraba, tapando la boca con el pañuelo para ahogar los sollozos.

A las cuatro, don Tomás experimentó ligero alivio: abrió los ojos, dijo algunas palabras, la inteligencia brilló de nuevo, últimos destellos de la lámpara que se apagaba.

—¿Hay alguna esperanza, doctor?—preguntó Jovita;—debe de ser la acción de los cáusticos... ¿no ve usted cómo se vuelve y nos mira sonriendo? prueba es que nos conoce.

Benito, el negrilla, se asomó para decir, reteniéndola voz como si estuviera en la iglesia, que allí estaba el señor cura de Ombú, que si podía pasar...

—¡Sí, que pase! papá, ¿sabes quién viene á visitarte? tu amigo don Benvenuto; no te olvida el pobre señor cura, ¿quieres recibirle? ¿sí? voy á hacerle entrar.

—Sí quiere, ¿pues no ha de querer mi excelente amigo don Tomás?—dijo el doctor Trujillo conmovido,—hágame usted entrar, señorita, y vámonos todos, ¿no les parece á ustedes? que quién sabe las trapisondas en que anda este amigo con la buena pieza del curita, y desearán estar solos.

Arregló la niña las ropas del lecho, entreabrió

las maderas de la ventana y salió con los demás: en el pasillo estaba don Benvenuto, esperando, con la teja en la mano y el manteo terciado.

—Ha hecho usted bien en venir, señor cura, ¡gracias, gracias! papá no está bien... Entre usted y vea, con maña, si puede inclinar su ánimo á la confesión y le confiesa... pero, con maña.

—*Benissimo*, señorita, á eso vengo, porque me han dicho *la sua gravità; serviltore*.

Inclinóse y entró.

—*¡Oh, mio signore, carissimo signor* García Lucés!

Sacudiendo la mano calenturienta del enfermo, que le miraba indiferente, dijo que había venido á verle, á él, el protector generoso del culto, por saberle tan malito: la parroquia de Ombú no contaba entre sus feligreses ninguno más meritorio que el señor García Lucés, que tanto había hecho y haría *sicuramente* por la construcción de la iglesia. Se sentó en el sillón, dejando la teja poco limpia sobre el velador; estiró las patazas calzadas con botas de triple suela, ribeteada de clavos, que ni los de la Pasión; del bolsillo de la puerca sotana, especie de alforja, tan hondo era y tan repleto lo traía, sacó el pañuelo de color, una tabaquera de cuero y un corta-plumas, que, por sus dimensiones, bien podía ingresar en la categoría de navaja: se sonó las narices con fuerte trompeteo, cortó un pedazo de pasta de tabaco, negra y hedionda, hizo una pelotilla entre el pulgar y el índice y se la echó á la boca... ¡Oh, la política de *questo paese*! ¡oh, los tiempos que corren de impiedad, de odio al sacerdote y á la religión! con esa ley inicua del registro civil ¿á qué habrá quedado reducido el oficio? ¡á vivir de limosna los que antes se regodeaban beatíficamen-

te, porque la misita no da para la olla, todos los días no mueren pejes gordos, y los derechos de bautizos y casorios están ahora por la mitad! ¿qué sería del sacerdote, que no tiene más beneficio que el pie de altar, sin las buenas almas, como el señor García Lucés, que tanto se había preocupado y se preocupaba *sicuramente* de la decencia del culto? ¡La política! él abominaba de la política, que había traído al pueblo á la familia de los Aldúnez, gente impía, protestante y renegada: pidió al intendente un pequeño subsidio para ladrillos y cal, salario de obreros... ¡aquellos andamios desiertos le entristecían *il cuore!* y como si lo hubiera pedido á la pared. En los tiempos de Hierro Bermúdez era otra cosa; ¿quién hizo fundir la campana mayor? ¿y colocar la puerta del centro? ¿y concluir el primer piso de la torre? pues Hierro Bermúdez, el benemérito señor don Román. Con fieles así, la parroquia podía desafiar todos los inconvenientes que le trajo el registro civil. Revolvió la pelotilla de tabaco en la boca, escupió y siguió mascando y hablando, mientras don Tomás clavaba en él sus ojos vidriosos, sin dar muestras de entenderle: abominaba tanto de la política, que no podía con ella, desde que veía las cosas que pasaban en el pueblo y á lo que diera lugar aquel nefasto día de las elecciones, en que cayó herido el respetable señor García Lucés, ¡santa *madona!* ¡lo que él lamentó el suceso y las rogativas que elevó al Cielo por la salud de su digno feligrés! Felizmente, el Cielo le había escuchado, porque se encontraba mejor... él estaba seguro, segurísimo de esto: que el señor García Lucés, tan cristiano, tan previsor siempre, debía de tener hecho su testamento y no había olvidado apuntar en un rinconcito cuantiosa manda para la iglesia de Ombú; no, no,

*veramente*, no es que él creyera que el señor García Lucés estaba en peligro de muerte, pero... todo fiel cristiano está muy obligado á tener devoción... y á hallarse siempre listo para emprender el gran viaje, limpia la conciencia, ceñida la cintura con el áspero cordón de la penitencia, y la maleta de sus pecados bien ordenada, para que San Pedro la revise en las fronteras del Cielo. Y la mejor manera de presentarse ante la cara de Dios y merecer su indulgencia suprema, es haciendo al partir una *lemosina* á la iglesia, otorgando una *particella* del propio peculio, que para los gastos de viaje no se ha menester, á nuestra santa madre la *Chiesa*, que agradecida y enternecida queda aquí abajo, en este lóbrego valle, rogando con fervor, en misas y novenarios, por el alma generosa que está sentada á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. ¡Amén!

Arrojó otro salivazo y se limpió el hocico con aquella manota de cavador de tierra. Pero, don Tomás no se daba por aludido y seguía sin chistar. Pensó don Benvenuto si sería que la muerte, ya próxima, le había tapado los oídos, y levantándose, se inclinó sobre él, y le gritó:

—¿Me oye usted, señor don Tomás?

El enfermo movió la cabeza afirmativamente. Entonces, el satanás que bajo el solideo traía escondido el cura, le sopló:

—Te oye y no suelta prenda: ¡se está muriendo y tan avaro como siempre! ¿á que este roñoso no ha hecho testamento y se marcha sin hacerlo, y tú te quedas tocando dianas, sin manda para la iglesia, ni funeral siquiera, pues se le llevarán á la capital y allí lo dirán más suntuoso? ¡lucido vas á quedar, obligado á contentarte con una misita mezquina! y para esto tienes la suerte de que se muera el más

rico de tus feligreses... á ver, dale el gran susto y háblale del infierno, de mi rabo y de mis cuernos: ¡ si no afloja, es de los míos! Sentóse nuevamente el padre Piccolin y extendió el brazo, como si fuera á exorcizar... *Giustizia di Dio!* ¡ cuán diferente es la suerte que cabe á los réprobos, á los que se van sin limpiarse bien en el lavadero de la confesión y sin acordarse de su madre la Iglesia! Satanás los espera y tan pronto como salen del cuerpo, cargan con ellos y los conducen á lo más profundo de los antros infernales: cuantas son las monedas que han dejado en manos profanas, tantos son los horquillazos y los chapuzones en el plomo derretido: este diablo le despelleja, aquél se entretiene en quebrarle los huesos, el otro en taladrarle el cráneo y en arrancarle los dientes y todos en martirizarle cruelmente, suplicio horrible que no tiene fin, por los siglos de los siglos.

— ¡ Toma, por avaro! ¡ ahí te va un horquillazo! ¡ toma, por mal hijo! ¡ toma, por mal cristiano! ¡ toma, por no querer despojarte de los bienes terrenales! ¡ zas y zas!

El moribundo oía, indudablemente, porque su semblante expresaba toda la angustia y el terror que le producían las palabras de don Benvenuto; y aunque no le hubiera oído: le veía agitarse en una mímica desordenada, hacer gestos epilépticos, mover las manos como si quisiera realizar la amenaza, y así, cerca del lecho, aquel hombre tan grandón y tan negro, con el ancho manteo que le caía de las espaldas, se le figuraba quizá un cuervo inmenso, revoloteando y graznando sobre el cadáver fresco aún de la víctima: la tarde declinaba, la luz era ya escasa en el cuarto; don Tomás pudo incorporarse y

gritó desplomándose en seguida sobre las almohadas.

—¡ Ah, santa *madona*!—rezongó don Benvenuto  
—*¡é morto il vecchio maledetto?*

Aquel grito, aunque débil, atrajo á toda la gente del caserón, á Jovita, la primera, y á Elena, muy pálida, envuelta en un peñador negro, de seda; el padre Piccolin, en medio de la habitación, hacía la señal de la cruz, temblándole los gruesos labios, como si rezara.

—¿Qué ha sido, señor cura? ¿qué ha sido?

—*Niente, niente.*

Fernando examinó largamente al enfermo y apartóse luego preocupado del lecho...

—*¡La confezione, ecco!*—decía don Benvenuto, —la emoción de la confesión... sí, *signorina*, como un cristiano, como un justo; si Dios tiene dispuesto llamarle á su seno, irá más derechito á la gloria...

Quiso escurrirse, pero la mayor de las Luces le cogió del manteo, rogándole, entre lágrimas, que puesto que su padre adorado había hecho su confesión, le diera la eucaristía á fin de completar su hermosa obra.

—¡ Sí, sí, *ecco!*—contestó el cura rascándose el cogote,—*ma*, es preciso ir por ella á la iglesia: lo he olvidado... voy y vuelvo, *signorina*; de todos modos, el peligro no es tan inminente, á Dios gracias.

Se encasquetó la teja y escabullóse, mientras el satanás, bajo el solideo, le hacía cosquillas:

—¡ Lucido te vas, padre cura! ¡ni un centavo! ¡adiós, esperanzas de concluir la torre y de enmaderar los suelos del presbiterio! déjale, que al infierno se va de cabeza... que espere la santa hostia; una brasa encendida le metías de buen gana en la boca... y si te mandan llamar, te haces el sordo; ¡para

tomar el tren, no necesita el viejo avaro de tus latines!...

Don Buenaventura y don Francisco llamaron al joven médico, salieron al pasillo:

—La verdad, doctor, en estos casos, ¡toda la verdad!

—Pues la verdad es que el señor García Luces no pasará la noche: las extremidades están frías, la insensibilidad aumenta, la atonía de la mirada denuncia que el conocimiento se va perdiendo... ¡el enfermo agoniza y la ciencia es impotente!

Bajó la cabeza suspirando, ya que siempre tenía que hacer el derrotado en todas las causas nobles que defendía; y esta pavorosa idea de la muerte cerró el pico á los otros, cual si acabaran de verla pasar delante de ellos, por el largo pasillo y golpear, con su mano descarnada, en la puerta de don Tomás: al mismo tiempo, en el parque, la lechuza graznó tres veces.

De pronto, notaron que venía Jovita, como una sombra.

—¿Han oído ustedes? ¡es la lechuza! en la misma ventana del cuarto ha graznado... ¡papá se muere, sí, papá se muere, ése es el fatal anuncio! y ustedes mismos me lo están diciendo: tío Buenaventura, no vuelva usted la cara, si le veo las lágrimas, si está usted llorando... ¡ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgracia tan horrible! ¿en qué te hemos ofendido, para que nos arrebates la madre, para que nos quites el padre y nos dejes solas y huérfanas?... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Estalló en sollozos, y el peso de su pena inmensa la doblegó; quedó así, la cabeza apoyada contra la pared, abandonada á sus lágrimas y á su dolor; el tío y don Francisco de Paula la exhortaban con pa-

labras que ellos no entendían, tan turbados y afligidos estaban.

—¡Usted me ha dicho que era fuerte, que era valiente, señorita!—dijo Fernando con tristeza.

Reproche tan sentido tuvo el poder de hacer reaccionar á Jovita: limpió sus lágrimas, fué hacia el médico, estrechó sus manos:

—Sí, y lo probaré, doctor; tengo que dar el ejemplo, ¿verdad? ahí está mi hermana... pero, ¡el golpe es tan rudo! usted me prometió avisarme, doctor, ¿no hay ya esperanza? ¿esa ciencia tan grande no tiene recursos para disputar á la muerte la vida de mi padre? ¿se cruza de brazos entonces y deja indiferente que se lleve su presa? ¡ah! ¡qué pequeña es la ciencia y qué raquíticos los médicos!... dispénsame usted, doctor, no sé lo que me digo: ¡gracias, ya estoy enterada, y tanto, tanto! ¡que se muere, se muere! otra vez la lechuza, ¡qué grito tan lúgubre! toda la sangre se me hiela al oírlo, y eso que soy fuerte, que soy valiente... ¿no lo ven ustedes? no lloro, pero si no lloro...

Se marchó, por el pasillo adelante, como una ebria, salió al corredor, que daba al patio de la cocina, y paróse automáticamente: miró al cielo negro é insondable, ¿estaba allí Dios el justiciero, Dios el bondadoso? y si estaba, y la veía, y la oía, siendo tan justo y tan bueno, ¿cómo no se apiadaba de ella y le devolvía la vida de su padre? Rezó y lloró: en la obscuridad del corredor bien podía desahogarse de la amarga tribulación que la oprimía y olvidar su triste papel de fuerte y de valiente; una mujer atravesó el patio y acercóse á la joven; ña Pascuala, la vieja nodriza que, en los muchos días que el patrón llevaba de enfermedad, no había querido separarse de sus niñas, y no se separaba más

que para correr al rancho y ver si encontraba nuevas de Santos.

—¡Ay, niña de mi alma! ¿ha oído usted á la maldita? usted está muy afligida, niña, ¿ha empeorado el patrón? ¿qué dice el médico? ¿qué esos sabijondos? más sabe la lechuza que ellos... así lo anunció aquel día de la finada señora, en la copa del pino: ¡no hubo quien la espantara de allí! pero, no llore, niña, que me parte el corazón; ¡el Señor hará un milagro! escúcheme, puesto que los médicos declaran ellos mismos no servir para nada, llame usted á don Nicasio... mire que ha obrado prodigios, niña.

—¿Don Nicasio? ¿quién es don Nicasio?—murmuró Jovita, que apenas oía.

—¿Quién ha de ser? ¡el Tata-dios! mire, yo me voy en su busca, no importa que sea de noche, y me lo traigo.

¡Conocía el camino como sus manos! si vivía cerca de su rancho... Aquella misma mañana, cuando ella fué por saber de Santos (y supo, ¡al fin! que se encontraba en un partido vecino, cuyo nombre no le decía, no fuera á escapársele y á descubrirle, como si ella, la madre, pudiera caer en indiscreción semejante) le vió, al Tata-dios, en el umbral de su puerta, con aquellas guedejas grises que le daban el aspecto de un nazareno envejecido.

—¡Ay, niña! yo no le diré á usted que resucite los muertos, porque eso sólo Dios puede hacerlo, pero sanar... pone su santa mano sobre la parte enferma, y, ¡zas! el dolor se va y el enfermo cura: no es de estos que dan untos y hierbas, ni le mandan á usted que destripe un sapo y se lo ponga á guisa de cataplasma ó se cuelgue una bolsita de ajos al pecho y se esté rezando quince días seguidos aves

y pateres, con San Antonio colgado de los pies dentro del pozo... ¡La mano, y nada más! tenga usted fe, niña: si los otros, los sabios, se dan por vencidos...

Jovita la abrazó y rompió á llorar de nuevo:

—¡Pobre Pascuala! ¡qué buena eres y qué desgraciada soy! sí, ve á traer al Tata-dios, ¡quién sabe! la fe hace tantos milagros...

—Volandito, niña, y me voy yo misma, porque no me fío de los peones; ¡ea! alegre ese corazoncito y espere... ¡qué cantar de lechuza! ¡cruz, cruz, diablo! (*enseñando los dos índices atravesados, del lado que el grito agorero resonaba*).

Y escapó, ágil como una muchacha. ¡Quién sabe! Dios estaba allá arriba, envuelto en la sombra.

—Ha escuchado mi oración—pensó la joven,—y me concede esta esperanza, ¡la última!

Volvió al cuarto del enfermo, y al encontrar á Fernando en la puerta (los otros habían pasado á la sala, porque acababan de llegar todos los Aldúnez y la plana mayor de los eneístas del pueblo, congregados por el triste acontecimiento que se preveía, las caras tan largas de ver el sainete cambiado en tragedia)... Dijo Jovita, con penosa sonrisa:

—Va usted á burlarse de mí, doctor: ¡he mandado llamar al Tata-dios! si la ciencia me abandona, ¿qué he de hacer más que echar mano de la superstición?

—No, no, señorita—contestó Fernando con abatimiento,—la admiro, la compadezco.. ¡y sufro!

Entraron los dos. Don Tomás seguía en el mismo estado: la mirada era vaga, la respiración dificultosa; Elena, de pie, á su lado, le pasaba el pañuelo por la frente empapada con el sudor de la agonía; interplábase mimosamente:

—¿Quieres algo, papá? ¿un poquito de agua y azúcar? ¿ó de café? te entonará mucho... voy á abrir la ventana, para que entre el fresco y respires mejor, ¿quieres que te arregle las almohadas? así, que no quede la cabeza tan baja... ¡ajajá! ahora estás mejor, ¿verdad?

Acercóse á la hermana y susurró á su oído que debía de estar muy malo el padre, cuando no sentía los cáusticos en las pantorrillas; además, tenía los dientes apretados y no podía pasar nada: el agua, que quiso darle á beber, la dejaba escurrir por la barba sin aprovechar ni una gota:

—¡Papá, está muy malo! ¿irá á morirse, papá?

Jovita la regañó dulcemente, ¡qué tonta era y qué aprensión la suya sin fundamento! si andaba con tales secretesos delante del padre, iba á afligirle, seguramente; don Benvenuto llegaría en breve para darle la comunión, no porque se juzgara desesperado su estado, sino porque es bueno cuando se está enfermo, recibir la visita del Señor: era necesario prepararse á recibirla dignamente.

—Papá — continuó aproximándose al lecho, — ¿me oye usted? ¿sí? el señor cura va á venir para traerle la eucaristía... ¡Jesús! ¡no me ponga esos ojos, papá! si no es por nada... sólo que el Señor es tan bueno, que al saber que está usted enfermo, deja su santa casa y viene á visitarle, ¿cómo le va usted á hacer el desaire de no recibirle? sí, papá, sí. Verá usted; vamos á improvisar un altarcito aquí en su cuarto, tan remonísimo... ¡Elena, ven!

Arrimaron el velador á la pared, le cubrieron con una sábana muy limpia y una toalla de fino encaje, de estas que llaman correntinas, un bonito cuadro del Corazón de Jesús pusieron en el testero y dos velas primorosas de la Candelaria á uno y otro lado,

y flores, muchas flores, que Benito, el negrilla, bajó á cortar al jardín.

—Encienda usted, doctor, las velas.

¡Qué bonito estaba! ¡qué contento iba á ponerse el Señor cuando viera el altar que le tenían preparado!

—¡Observe usted bien, papá—decía la mayor,—lo dulcemente que le mira desde su cuadro dorado! y es á usted á quien mira; parece decirle: ¡nada temas, que yo estoy cerca de ti, y he de ponerte bueno; crée y espera!

La menor se empeñaba en cubrirle las manos, porque las sentía tan frías, tan frías... Y don Tomás, encandilado con el reflejo de los cirios, no pestañeaba, atónito, cual si contemplara extraña visión de otro mundo; Fernando le pulsó, y él abandonóle su brazo inerte, sin apartar la vista del altarcito, sin responder á las preguntas cariñosas de las hijas, lívido, demacrado, los labios blancos y secos, el pecho estertoroso. Todos callaban: Jovita se había sentado en su sillón de enfermera, las manos caídas sobre la falda, exhausta ya para representar la dolorosa comedia, y Elena reclinó la rubia cabeza sobre la almohada del padre; las dos espíaban, ansiosas, el gesto enigmático de Fernando, ¿era fuerte, era débil el latido? aquella inmovilidad terrible en que el enfermo estaba, ¿qué significaba? ¿y aquel ruido del pecho, de caldera que hierve? ellas, las pobrecillas, no habían asistido nunca á este combate de la vida que se extingue: cuando el fallecimiento de su madre, manos piadosas las alejaron, velando el triste cuadro. Pero, el joven médico guardaba absoluto silencio. La hoja de la ventana, movida por el viento, comenzó á rechinar, ¿sería la muerte quien la empujaba?... Ahí está, precedida de

la lechuza, cuyos fúnebres toques se escucha, asoma la pelona cabeza por la rendija : se ve la punta reluciente de su guadaña ; los pliegues del sudario tocan el suelo : salta dentro del cuarto, haciendo sonar las choquizuelas, se desliza sin ruido, y al pasar delante del altar, las velas se apagan ; se escurre entre las cortinas y se yergue horrible en la cabecera del lecho : aquel brazo largo y seco se extiende, se extiende, ; qué largo y qué seco parece ! y el manojo de huesecitos con que termina se posa sobre el seno del moribundo, con apariencias de blanda caricia, pero el contacto debe de ser insoportable para el enfermo, que se agita, se revuelve, los ojos dilatados, quiere gritar y no puede, suda, se ahoga, se muere, presa de angusticasas convulsiones, bajo la lacerante garra... Jovita se alzó del sillón, despavorida.

—Papá, papá, ¿qué tienes? doctor, ¡por Dios!

Elena se abrazó al padre, llorando. Ya Fernando había preparado la jeringuilla de la morfina, arremangaba el brazo de don Tomás, pinchaba la piel, despachaba la inyección... ; Qué cambio ! el cuerpo descansó tranquilo, los ojos recobraron su viveza, los labios sonrieron, la lengua desató sus ligaduras, como si el poderoso álcali hubiera alejado á la muerte, y las dos hijas, alborozadas, le oyeron decir que quería una tacita de leche, con voz clara, que resonó en el cuarto como música del Cielo.

—¿De veras, papá? sí, ahora mismo, una taza de leche ; voy por ella, ¡qué gusto me da oírte, papá ! después del susto tan grande que hemos pasado. Elena, enciende estas velas y cierra la ventana ; hace mucho aire, mucho aire.

Salió, y en un periquete estuvo de vuelta, con el servicio en manos, tan alucinada con la engañosa mejoría, que llegó á encararse con el médico, riendo :

—¿Ve usted, doctor? ¡es usted un descreído! ¡por supuesto que usted atribuirá esta reacción al pinchazo que acaba de dar!... ¡no, señor! es el Corazón de Jesús quien ha hecho el milagro, ¡le he rogado yo tanto! vaya usted á anunciar la buena nueva al tío Buenaventura y á esos amigos que están en la sala, ¿no quiere usted ir? ¡ah! ya sé por qué... ve tú, Elena, y llama al tío. Aquí está la leche, papáito de mi alma, la acaban de ordeñar; tibia, como á ti te gusta: ¿quieres echarle un terrón ó dos de azúcar?

Fernando ayudó al enfermo á incorporarse, y Jovita acercóle la taza á los labios, manteniendo el platillo debajo de la barba, con el mimoso cuidado de una madre; desde la puerta la menor de las Lucas gritaba:

—¡Tío Buenaventura! ¡tío Buenaventura!

Y el largo literato se presentó, y el doctor Trujillo y mistress Cowan y hasta el vendado Periquín, asustados por aquel alboroto.

—Papá está mucho mejor, tío; ha hablado y ha pedido leche... entren, entren y verán qué milagrosa mejoría.

Entraron, don Buenaventura diciendo:

—¡Hola, hola! conquese sí, ¿eh? vaya con la hambruna que se nos ha despertado...

Pero, lo que vió obligóle á suspender el alegre discurso: la cara de don Tomás se tornaba lívida otra vez, y otra vez sus ojos se apagaban, los labios dejaban correr el líquido sin recogerlo, el hervor del pecho recomenzaba, más sordo, más angustioso... Tras de las cortinas, la muerte alargaba nuevamente el brazo, y la morfina, ya inofensiva, caía vencida. Como la cabeza cediera, le recostaron y quedó con la vista clavada en los cirios, en idéntica actitud

que al principio ; las hijas, sin chistar, anonadadas, le miraban. Y el silencio volvió á reinar en el cuarto.

En esto se oyeron dos golpecitos en la puerta, y una voz plañidera, que decía :

— ¡ Ave María Purísima !

Y la puerta se abrió y apareció un gaucho enlutado, de cabellera gris y barba muy espesa, la tez tan quemada del sol que parecía mulato, ni muy limpio ni muy aliñado, con el chambergo en la mano, dijo :

— ¿ Dan ustedes su permiso? — y entró, porque Jovita, creyendo que era don Benvenuto, se adelantó á recibirle ; todos se volvieron, y él se estuvo quieto un rato, esperando quizá las órdenes del concurso : en el pasillo, ña Pascuala hacía señas misteriosas, que Jovita comprendió.

— ¡ Pase usted, señor don Nicasio, y que el Cielo se digne concederle el milagro que esperamos de su mano !

El gaucho se inclinó, sin contestar y pausadamente se dirigió al altar, arrodillóse y rezó ; luego se acercó al lecho, los ojos bajos, y aquella voz quejumbrosa se expresó así :

— Mi *cencia* es nula, porque no conozco la primera lera del alfabeto, pero mi poder de sanar es grande, todas las enfermedades, siempre que el que sufre esté en gracia : Dios ha convertido mi mano en una *melecina* ¡ alabado sea Dios ! Padre nuestro que estás en los Cielos...

Mostró aquella mano, negra, carnosa, peluda en el dorso y muy rosada en la palma, de dedos rechonchos y cortos y con la gravedad de un iluminado, la puso sobre la frente de don Tomás, luego en el pecho, en el costado, mascullando la oración... y, ¡ oh, poder sobrenatural de la santa mano ! la reac-

ción sobrevino muy pronto, don Tomás se incorporó, sin ayuda, miró á los presentes, sonrió á sus hijas, hizo ademán de hablar... Pasmados, todos callaban, todos, menos Fernando, que se había alejado.

—¡Jovita!—articuló el moribundo.

Abrazó la cabeza rubia de su hija; su boca se torció, los ojos se velaron...

Y expiró.

## X

*¡Plin, plán! ¡plin, plán! ¡plin, plán! ¡plán, plán, plán!* hacían las campanas de la iglesia, doblando por el señorón de La Jovita. Eran las seis. Don Román, sentado detrás de su mostrador, en mangas de camisa, pensativo, escuchaba la triste tocata, sin atender al italianito que, desde la puerta, volviendo la cabeza, ya para mirar á la esquina, ya para mirar al patrón, decía:

—El acompañamiento no se ve venir todavía, pero no debe de tardar, porque si es en el tren de las ocho que le llevan...

¡De don Fernandito, ni el polvo!

El mismo día de la muerte de don Tomás, habían puesto en libertad á Hierro Bermúdez, por interposición amistosa del doctor Trujillo, según dicen; disponiéndose asimismo sobreseer en todas las causas iniciadas contra los ordenistas, porque el viento del capricho soplaba de ese lado. Y de la manera más sencilla que pueda darse libertaron á don

Román : abrieron el calabozo en que rigurosamente incomunicado pasara más de quince días, y abierto lo dejaron, sin decirle palabra, como invitándole á que saliera, ni más ni menos que lo que se hace en el toril, donde al quedar la salida franca, el guardián se esconde, cubriéndose con la hoja de la puerta, para percatarse de la embestida : ¡ahí va el toro ! Y que era de temer el primer arranque de Hierro Bermúdez, después de lo ocurrido, excusado parece decirlo á quien le conozca, como le conocían todos : sin embargo, ¡salió tan tranquilo ! como si el encierro hubiera contribuído á abatir su genio. Esto sucedía de noche, porque los Aldúnez se opusieron á darle suelta á la luz del sol, de miedo que los ordenistas armaran algún alboroto en su obsequio, aunque el pueblo, bajo el régimen del terror, no se atrevía ya á mover un dedo ni á respirar ; sin que nadie se enterara, pues, salió don Román de la comisaría muy pacífico, y fué directamente á su casa, dando la gran sorpresa á Brígida y á los dependientes. A las exclamaciones alegres y ruidosas, contestó con esta sola pregunta :

—¿Y Fernandito?

—¡Bueno está don Fernandito ! —dijo la cojitranca,—no hay quien le dé palmada ; ¡si se pasa el día y la noche en la *estancia* de don Tomás ! como que le libertaron precisamente para eso, para que le asistiera...

—¿Qué ? ¿á quién ? —prorrumpió el tendero—¿qué estás diciendo ? no te entiendo jota, ¿está libre Fernandito ? ¡si creará esta vieja de los demonios que después de quince días de calabozo, incomunicado hasta con las moscas, he de estar al corriente de los sucesos ! no, no he querido preguntar nada á esa gente ahora : he pasado sin ver á nadie, y nadie

había en mi camino, sorprendido de saberme libre y temiendo fuera un sueño mío ó una equivocación de ellos. ¡Habla, habla!

¡Qué regalo para Brígida el concederle la palabra, para contar tan larga é interesante historia!

—Pues, sabrá usted, patrón...

En el zaguán estaban mal, porque no era cosa de referirla así, de pie, y á obscuras; ¿no era mejor pasar á la tienda y encender el quinqué?

—Venga usted aquí, señor, *vos (al italianito)* enciende, que yo no llego.

—Déjate de preámbulos—dijo don Román siguiéndola,—con que me digas qué es eso de Fernandito pasando el día y la noche en La Jovita para asistir... ¿á quién asiste Fernandito?

—Al señor García Lucas—saltó el gallego.

—Cállate—gruñó la vieja,—¿te preguntan algo á ti? pues, señor, lo que ha ocurrido es esto...

Sentado don Román, con sus tres criados al frente, en la poco alumbrada tienda, que aun mostraba la huella del *malón* de los Aldúnez, oyó de labios de la parlanchina Brígida la relación (completada por los pintorescos comentarios del italiano y el gallego) de los acontecimientos sobrevenidos después que don Zoilo se le llevó preso aquel nueve de febrero, víspera de las elecciones; y la oyó en silencio, los dos puños apuntalando la robusta barba, hincados los codos en el mostrador, no dejando percibir, más que por bufidos trabajosamente ahogados, la emoción que sentía: hicieron esto y lo otro, entraron, salieron, mataron, destruyeron... Y él sin decir oxe ni moxe, escuchando. Al fin, les mandó á acostar:

—No necesito nada, absolutamente nada.

Solo ya, cogió el quinqué, recorrió la tienda, se

asomó por el ventanillo á la pulpería, pasó á la imprenta y á la sala del extinguido Club del Orden, y el coraje y la indignación que esta visita y el rumiar de las noticias de Brígida le producían, se manifestaban por movimientos amenazadores de cabeza, tormenta sorda que la menor chispa haría estallar; luego, en su cuarto, se sentó en el borde de la cama, mientras el agua hervía en el calentador, y al compás de los gorgoritos, balanceaba el pie, mirando á los colorados ladrillos, tan preocupado, que no oyó que llamaban á la puerta de calle, ni llegó á enterarse que Brígida abría y entraban dos hombres, sino cuando la cojitranca se asomó para decir que ahí buscaban al patrón...

—¿Quién?

—Pues, don Pedro y don Nicomedes.

Salió Hierro Bermúdez como disparado, y en el mismo zaguán se abrazó á sus compañeros, y los empujó hacia la tienda, hizo que otra vez encendieran el quinqué, que trajeran ginebra. ¡También los habían dejado en libertad! Los dos barbudos ordenistas, suspirando, dijeron que sí, y que su primera intención, antes de dirigirse á sus *pagos*, fué la de pasar por la casa de su amigo Hierro Bermúdez; entonces la tormenta que agitaba el ánimo de don Román se desató terrible, y relampagueó y tronó á su sabor, con más estrépito cuando los otros le contaron lo que él ya sabía, los hechos producidos en el acto de las elecciones, y el asalto á la esquina, y la batalla, y el asesinato, porque asesinato fué y alevo-so, de don Crisanto y el malogrado Julianito...

—¡Hay que vengar á los compañeros caídos!—rugía,—¿cruzarse de brazos? ¡entonces somos unos cobardes y hemos dado pruebas de lo contrario! Re-organizar la oposición y el Club del Orden, resucitar

*El Eco de Ombú*, levantar los ánimos... ¿con qué cuentan ellos ahora á pesar de su triunfo? García Luces se está muriendo...

—¡García Luces ha muerto!—rectificaron los otros.

—¡Ha muerto!

Sí, lo acababan de saber en la comisaría de boca de Aldúnez el chico. La noticia desconcertó un momento á don Román, pero se repuso pronto:

—Bien, García Luces muerto, no les queda ya apoyo en el partido: están solos, completamente solos; ¡es la ocasión de librar nueva batalla y de vencer! El pueblo debe luchar contra el fraude y los malos gobiernos, sin descanso ni debilidad: aquí estoy yo dispuesto á empezar de nuevo; ¡ni el cepo, ni el calabozo, ni las persecuciones odiosas abatirán jamás mi patrotismo! aunque en ello me vayan mis bienes y mi persona. ¿Qué importa? si las instituciones se salvan. Contemos nuestras tropas, cerremos filas y ¡viva Ordenado!

Este arranque dantoniano, al que prestaban más realce el entusiasmo, el ademán y la actitud de Hierro Bermúdez, y aquella su caraza de fieros y enérgicos rasgos, que ofrecía lejano parecido con la del revolucionario famoso, no llegó á conmover á los dos cerriles paisanos, sus interlocutores, que, salidos apenas de la bastilla ombúense, no estaban de humor de volver á las andadas y sacrificar en aras de esa decidad egoísta, la patria, su tranquilidad, su hogar y sus intereses.

—Amigo mío—dijo don Pedro,—siento mucho...

—Y yo también—apresuróse á apoyar don Nicomedes.

—¿Qué? ¿se puede saber?

—Nada, que santo Tomás dijo: ¡una y nada más!

Lo que prueba que, más que un santo, era un sabio, y ellos no tenían ya gana de líos ni de belenes, pues meterse con el gobierno es para salir corrido y apaleado y dejar toda la lana en el cerco; ellos lo pasaban muy tranquilos en sus respectivas *estancias* y muy en gracia de Dios, entre sus ovejas y sus vaquitas, y en teniendo agua y pasto, no habían menester de más; la patria que se las arregle como pueda, con Eneene ó con Ordenado, que á la postre tanto valdría el uno como el otro, porque arriba todos son iguales. Y si el belicoso Hierro Bermúdez quería seguir peleando, que pelcara solo ó acompañado de otros locos como él, pero que no esperara contar, ni en sueños, con la ayuda de sus humildes servidores, quienes, á haber sabido que seguía en sus trece, á pesar de los hechos sangrientos que enlutaron á Ombú, y que enfriaran en ellos todo el ardor partidista, habrían pasado de largo por la tienda; la desgracia hace razonables á los hombres. En los demás terrenos siempre á las órdenes de su respetable amigo, pero en el político... ¡muy buenas noches! Y así le dejaron, sin catar la ginebra, ni dar más explicaciones, que holgaban por claras; pero lo extraordinario fué que el arisco don Román no se enojó, ni disputó con ellos, después de este aguacero caído sobre las llamas de su patriótica elocuencia:

—¡Bueno, amigo Brama; bueno, amigo Prieto! cada cual tiene sus ideas ¿verdad? Si ustedes se dan por vencidos, yo no me doy ni me daré: ¡lucharé solo! ¡que ustedes sigan bien y abur!

Enfurrñado, se metió en su cuarto, cerró la puerta, sentóse nuevamente en el bordo de la cama:

—¡Qué país! ¡pero, qué país! Y así son todos;

admírense ustedes después que la tiranía prospere, si todos, de miedosos, de egoístas y de zánganos, se meten dentro de un zapato y se tapan con otro, dejando al gobierno hacer su real voluntad, y violar la Constitución y las cajas del Tesoro y las urnas del sufragio, siempre que no los moleste á ellos, los zánganos, los egoístas, los miedosos. Pues, señor, estoy por decir que el gobierno se porta todavía muy decentemente, porque, si se le abandonan derechos y libertades, bastante hace con llenar formalidades y cubrir apariencias, y no lo devora todo de una vez é implanta la dictadura. Sí, señor, el gobierno es muy honrado, pero muy honrado...

Cebó un *amargo*, que más dulce le supo quizá que aquella idea de la patria y de los ciudadanos tibios, causa generadora, en su sentir, de todos los males de la República, y pasó la noche despabilado, sin desvestirse, pensando, pensando... Y de repente, en el silencio de la casa dormida, se le oía prorrumpir :

—¡ Qué me he de dar yo por vencido ! ¡ no faltaba más ! ¡ lucharé solo y veremos quién puede más, á la larga, si la opinión ó la fuerza !

Con el alba, hizo abrir la tienda, como de costumbre, y asearla ; el italianito, armado de un grande embudo, refrescó los ladrillos del piso, dibujando complicadas figuras con el delgado chorro del agua, y colocó de porteros á los dos decapitados muñecos, ya buenos y sanos, gracias á la ágil mano de Brígida, que no á humo de pajas era criada de médico, tan colorados y rollizos, que no parecían haber sufrido el bárbaro suplicio á que los condenaron las gentes de Aldúñez Segundo. Don Román afectaba suma tranquilidad. Estuvo escribiendo toda la mañana sendas cartas á sus corresponsales de Buenos Aires, pidiendo mercaderías de repuesto, y una larguísima,

con pólvora, al presidente del comité central de los ordenistas; aderezó sus dos platitos de almuerzo; recibió la visita de muchos vecinos, con los cuales se mostró reservadísimo, suprimiendo de la conferencia el fuego graneado de sus ternos, lo que extrañó grandemente á todos; envió un recado á misia Perpetua: que él no podía ir, que viniera. Y como, entretanto, Fernando no volvía de La Jovita, y llegó el mediodía y adelantaba la tarde, comenzó á inquietarse, ¿se habría quedado para figurar en la comitiva del entierro?

A las seis dió principio el *plin plan* de las campanas, tocando á muerto; el italiano, en la puerta, atisbaba si venía don Fernandito sobre su rosillo, para dar el primero la alegre noticia, pero á quien descubrió fué á misia Perpetua, que dobló la esquina con mucho ruido de faldas, el velo echado á la cara, como acostumbraba, en su afán de ocultar el empañado cutis á los ojos profanos, y entró en la tienda, enderezando sus pasos hacia el mostrador, donde estaba don Román, á quien, á boca de jarro, soltó este escopetazo:

—¿Muy satisfecho, verdad? ¡ahí tienes lo que vamos ganando con tus campañas políticas!

Levantó el velo, se sentó, y quedóse mirando al tendero, mientras su cabeza hacía saluditos burlescos, sus dedos jugaban nerviosamente con la sortija del anular izquierdo, y hasta su pie, pequeño, llevaba el compás, bajo la falda. En dama tan circunspecta como la maestra, era de extrañar entrada tan brusca y fuera de tono, y así lo expresó don Román con un—¿Pero, mujer, á qué viene esto?—que dió lugar á que la de Galán vaciara el saco entero de sus reproches: ¡sí, muy satisfecho! por meterse á listo y á guapo y á patriota, este señor re-

dentor de Ombú, y salirse del círculo de sus paños y madapolanes, del que no debió salir jamás, que otro gallo á todos cantara, había acarreado los siguientes resultados prácticos, balance penoso de su insensata campaña : el pueblo hecho una liorna, dividido por los odios y esquilmado por las tropelías que la prédica de *El Eco* desencadenara ; él, perseguido, arruinado, preso, con ración tal de cepo y de calabozo, que era como para desganas á cualquiera de salir otra vez á hacer ¡ *chumale!* al gobierno ; Fernandito, ídem de ídem, con la agravante que, por redactor del periódico ordenista, tenían antojo de sentarle la mano, y si no salía del pueblo, iba á llevarse la gran paliza del siglo ; muertos unos, heridos otros... y ella, infeliz mujer, destituida, sí, señor, destituida por el consejo escolar del distrito. ¡ Así, sin comerlo, ni beberlo ! ; Qué cuadro ! á ver, gritar en medio de la plaza ¡ viva Ordenado ! en acción de gracias...

¿ Qué pretexto dió el consejo para destituirla ? misia Perpetua suspiró, levantando los ojos y manos al techo : he aquí otra de sus grandes desilusiones : Figuración... Veladamente, con pudorosas reticencias de virgen asustadiza, contó que la pasanta, á la vuelta de una de tantas inútiles y humillantes visitas que hicieran á don Zoilo para comunicar con Ilario Bermúdez, se sintió mala, tan mala, que hubo que meterla en cama, y como Fernando estaba ausente del pueblo, creyó ella que con tisanas se aliviaría, y le dió su poquita de manzanilla y ¡ eche usted tisanas ! pero, nada : la muchacha cada vez peor. Quiso entonces salir por el curandero, y le dijo, sabiéndola tan mojigata que, de paso, avisaría al señor cura, pues estaba segurísima que sanaría más con las oraciones de la Iglesia que con los remedios

de la botica : terrible grito de figuración, no se sabe si de dolor ó de susto ; arrójase del lecho, se viste atropelladamente, se abraza á la sorprendida maestra y escapa hacia la calle. ¿Ella debió seguirla, verdad? Pues no lo hizo, por la razón sencillísima que no se le ocurrió ; más tarde, sí, pensó en ir á casa de una tía de la chica, para saber si en ella se había refugiado, y allá se encaminó, con más inquietud que curiosidad. (*Poniendo las manos sobre los ojos.*) ¡Mundo pérfido y engañosor ! ¿qué vió la casta señora, qué oyó al empujar la puerta de la casita baja, humilde habitación de la tía de la pasanta? Avergonzada, ofendida en su pudor y su buena fe, no llegó á decirlo, limitándose á dejar comprender el milagro que Figuración realizara, en fuerza de ser tan devota y rezar tantas novenas y rosarios... Don Román no estaba para reir, pero al escuchar á la maestra soltó el trapo con estrépito :

—¿Ves? para que te fíes otra vez ; te lo dije yo... ¡lo decían todos !

—Bien me ha engañado la beatita, porque yo... ¡ni esto ! (*mordiéndose la uña del pulgar*).

Rehuyó los comentarios del asunto, por vidrioso, y continuó :

—Pues, hijo, á los tres días, ayer... sí, ayer, un pliego del consejo escolar : que la educación y la moralidad de la juventud, y por aquí y por allá ; enterado de las voces corrientes acerca del hecho escandaloso de la pasanta, del que era yo responsable ¡figúrate ! ¡yo responsable ! como si en mis manos estuvieran las llaves de la virtud de la gazmoña esa... pues, por estas y otras razones, ¡destituída ! Deseos me dieron de irme al presidente del concejo escolar, y el pliego refregarle en el hocico, á él, al intendente y á los demás miembros del concejo, reos de tamaña

ofensa para mi buen nombre, pero, no fuí, por falta de carácter, y me callé y acaté la orden : el día entero me he pasado en inventariar todo para hacer la entrega. Total, que el verdadero motivo, el único, no lo dan ellos : ¡tú, tú y tú! Lo repito : ¡estarás satisfecho, muy satisfecho!

Tornó al bailecito de su cabeza, de sus manos y de sus pies, con tan pesada insistencia, que Hierro Bermúdez hechó fuera el primer terno de la tarde, claro y redondo :

—¡Vaya, vaya! ¡es lo que me faltaba; que vieras tú á darme ahora matraca! ¡cuernos y palos! Pegue usted, señora, que el lomo es duro y el animal paciente. A mucha honra, si por ser patriota padezco persecuciones de la canalla oficial...

—Si fueras tú solo, menos mal; pero es el pueblo entero, es Fernandito, soy yo, somos todos; si te gusta la pensión de don Zoilo, toma abono, hijo, pero deja á los demás tranquilos.

—Tú eres mujer, y como mujer, no comprendes, no eres capaz de comprender...

—¿El qué? hijo, ahí están los hechos : no me desmentirás; ¡si no te pones de punta con los Aldúnez, no pasa ni la mitad de lo que ha pasado! ni la cuarta parte, ¡no pasa nada! A propósito de Fernandito, bien que te lo dije : no le hagas venir á Ombú, es un crimen esterilizar á ese mozo en el pueblo; ya ha concluído su carrera, que se quede en la capital, á la sombra de algún politicastro de campanillas; ¿cuál es el partido del gobierno? ¿los encistas? pues, con los eneístas, que lo demás es simpleza. Felizmente, ahora Fernandito se ha dado cuenta de lo que le conviene, aunque tarde, y dice que no se meterá ya en nada...

—¿El, él también? ¿desertor como los otros? ¡no,

no lo creo, necesito oírlo de sus labios para creerlo !

—; Si él mismo me lo ha dicho ! una de las pocas veces que ha aportado por casa en estos días, porque ya sabrás que se lo ha pasado en La Jovita, atendiendo y velando á don Tomás, que ni que fuera su padre.

—Comportamiento que le apruebo yo de todo corazón... pero, eso de desertar él de la causa ordenista ...; imposible ! ; imposible !

—¿ Y qué pretendías ? ; hombre ! á ti habrá que enchalecarte, ¿ entonces, piensas todavía salir á quijotear por esos caminos, con Fernandito de escudero, y retar á nuevo combate á los Aldúnez ? ; este hombre está loco !

La bilis del Danton de Ombú dió un estallido :

—; Loco, si, de rabia y desesperación al ver el país en el estado en que se encuentra ! ¿ dónde ha ido á parar la altivez, la austeridad de nuestros mayores, que sacrificaron vida y hacienda por darnos patria y libertad ? No hemos heredado, no, sus grandes virtudes. ¿ Sabes lo que te digo ? que ya no hay argentinos, que aquí todos son gringos, no se ocupan de otra cosa, no se preocupan de otra cosa, que de mercar y gozar el tanto por ciento y la buena vida, sin más norte, sin más aspiración que la buena vida ; entretanto, la patria, arruinada, en manos de Aldúnez sin conciencia, pide auxilio á sus hijos, y sus hijos le dan la espalda. Déjeme usted en paz, señora, ¿ yo abandonar mis negocios, y mi mesa, y mis placeres, para tomar un fusil y defenderla de los gobiernos que la deshonoran ? espérese usted sentada. Esto dicen todos... los Prieto, los Brama... hasta Fernandito, que siquiera por ser joven, podía no estar contaminado de estas ideas disolventes de la nacionalidad. ; Ah ! aquí hace falta algo, una guerra

internacional, que sacuda la fibra, que existe, pero no se muestra, del patriotismo...

Se calló de pronto, y quedóse resoplando sobre el mostrador, la gran cabeza entre las manos, y misia Perpetua, sobrecogida, no se atrevió á decir palabra, porque en la tienda parecía resonar el eco de la voz de Hierro Bermúdez, como las notas sonoras del clarín.

El dependiente anunció que se veía el rosillo de don Fernandito...

—¡ Al fin !—exclamó don Román levantándose, —me extrañaba mucho su tardanza.

—Pero—repuso el chico—viene solo.

—¿ Fernandito ?

—No, el rosillo.

La maestra y el tendero se miraron, pálidos, se comprendieron, y los dos se precipitaron á la puerta ; el caballo marchaba, efectivamente, sin jinete, ensillado y con freno, al trote, olfateando la querencia ; pasó por delante de la tienda y se metió en el zaguán, huyendo del italiano que quiso cogerle de la brida.

—Román, á Fernando le ha pasado algo—dijo misia Perpetua con angustia.

—Sí, á Fernando le ha pasado algo—repitió don Román con mayor angustia que la maestra.

Y corrió al patio : el caballo estaba al pie de la higuera, retenido por el chico que, con Brígida, comentaba el suceso ; don Román, á la escasa luz de la tarde moribunda, examinó al animal, le palmeó, mientras decía sonriendo forzosamente :

—¿ Qué has hecho de tu amo, pillastrón ? tú debes de saberlo ; ¿ le has echado á rodar, en un momento de mal humor ó de miedo, y luego le has deiado solo y te has vuelto tan fresco ? no, porque

eres bien educado, y no traes señal ninguna... quizá él se viene muy tranquilo en un coche del acompañamiento y te ha mandado á ti á casa, sabiendo, como sabe, que no errarías el camino. ¡Eso es! De todos modos, yo me voy hacia La Jovita, ¿no te parece, Perpetua? para cerciorarme; á ver, amigo, prepárese usted á aguantar mi peso... ¡Ea! ya estoy encima: Brígida, dame mi sombrero de paja; tú (*al dependiente*) te vienes conmigo; enciende la linterna y andando.

Salió don Román, al paso, y el italiano trotando detrás, mientras las mujeres se quedaban muertecitas de inquietud las dos; y no menos inquieto y asustado, con el corazón en la garganta, iba el bravo Hierro Bermúdez, que en todo lo que á Fernando se refería, de lejos ó de cerca, volvíase más mandria... Sobre sus hombros robustos podían caer todas las desgracias juntas, ¡pero que á su sobrino, á su Fernandito, la joya y orgullo de la casa, no se le tocaran con la punta de la uña! ¿le habría derribado el caballo? ¿le habrían asaltado? ¿iba á encontrarle en la mitad del camino, herido, muerto? ¿Y por qué? pensó, si ha de ser eso, que se viene en el acompañamiento de García Luces; no ha podido rehusar la invitación de la familia, que debe de estarle muy agradecida, y habrá hecho bien en no rehusarla... ¡Yo, cuando de él se trata, soy más mantequilla que una mujer!

—Señor—dijo el chico prendido al estribo,—esto no es sino una venganza de la gente del gobierno.

—¿Qué sabes? ¡cállate!

—Sí, señor, porque yo le he oído al de la intendencia hace pocos días: le hemos de romper los huesos á palos, á ése, al poeta de *El Eco*...

—¿Qué has de oír tú?

—Digo qué sí: como que paseaba por la plaza, con su hermano el juez, y el juez contestó: que dé gracias que está ahora en La Jovita, pero eso no le libra de pagarnos su cuenta.

—Lo dirían, porque te vieron cerca y vinieras con el soplo... para asustar: es la táctica de esta gente. Pero, no se atreverán, ¡qué han de atreverse!

Más inquieto, sin embargo, aguijoneó con los talones al rosillo; la noche era oscura y el viento, que soplaba con ímpetus de huracán, desparramaba por toda la comarca el melancólico tañido de las campanas, aquel siniestro *plin plan*, que parecía tartamudear, entre sollozos: ¡Ha muerto! ¡rogad á Dios por él!... En las puertas, muchos vecinos esperaban el paso del acompañamiento, hablando fuerte y riendo.

—Muy buenas noches, don Román.

—Que siga usted bien, don Román...

A pocas *cuadras* de la iglesia, empezaba la *campiña*, desnuda, solitaria y sombría.

—¡Ay, patrón!—dijo el chico, arrimándose más al estribo,—sin usted no venía yo á estas horas por estos andurriales: mire usted cómo andan las ánimas bailando, y corriéndose las unas á las otras: en la laguna se oye un ruido como si todos los diablos del infierno se estuvieran bañando, y allí, aquel álammo tan grande parece un gigantazo que nos espera en el camino. ¡Jesús, cómo empuja el ventarrón!

—Levanta esa luz—recomendó don Román,—y cierra el pico.

Parecióle, á poco andar, que mejor era bajarse del caballo, y se bajó, entregando las riendas al muchacho:

—Ven detrás—díjole,—y dame la linterna.

Así podía registrar más fácilmente el campo,

alumbrar todo bulto sospechoso, que de continuo le saltaba á la vista, remedando la forma de un cuerpo humano á sus ojos velados por la congoja : una mata, una piedra, un arbusto, figurábasele el cadáver del sobrino, con las piernas abiertas y la cabeza colgando, ó los brazos en cruz, y ya se desviaba, lo inundaba de claridad, se echaba atrás ; suspiraba :

—Si él me viera, tenía que reirse, ¡qué empeño el mío que he de encontrarle descalabrado! y esas campanas tan tercas dale que le das al sonsonete fúnebre ; si no supiera que es por el pobre García Lucas, me parecería aviso del Cielo y me daría muy mala espina.

Iba así por el camino, como quien busca un tesoro, y el chico le seguía tirando de la brida del rosillo ; aquí me acerco, de allí me alejo, y la linterna danzando en la mano temblorosa del pobre hombre, recorrieron ambas orillas de la laguna, aunque la laguna estaba á la izquierda del pueblo, y para venir de La Jovita no hubiera que pasarla, y llegaron hasta la *tapera* aquella, últimos restos de la casa que fué de la hermosa Encarnación, cautiva de los salvajes, madre infortunada de don Román, quien, así que la vió, persignése y apretó el paso, porque nunca, bajo ningún pretexto, gustaba de transitar por tales parajes, que su cruenta desgracia vivamente le recordaban.

—Señor—observó el chico,—¿por qué no entra usted en ese rancho arruinado?

Y don Román, como si no oyera, trotando con su linterna, huroneando aquí, allá, por todos lados, la cabeza descubierta, pues el viento le había llevado su sombrero, y de Fernando ni rastros ; el monte de La Jovita aparecía ya como una masa oscura é informe : unos pasos más y entraban en el parque...

Don Román se volvió, porque creyó percibir rumor de pisadas y de ruedas en la avenida, tal vez el acompañamiento que salía, y tornó á su pesquisa, fatigado, desesperado.

—Sí, que había de reirse si me viera—murmuraba;—¿á que él viene en uno de esos coches, tan cómodamente, mientras yo hago el oso, más asustado...?

Hacía una hora que, inútilmente, se movía y dispuso regresar á casa y esperar... Otra vez estaba delante de la tapera y otra vez insinuó el chico:

—Señor, ¿por qué no entra usted?

Don Román se acercó, alzó la linterna, y el aspecto melancólico de aquellas ruinas le oprimió el corazón; una familia de buhos que allí anidaba, espantada, se desbandó graznando: con cuidado y emoción que no le era dable dominar, asomóse el tendero al interior y vió que no quedaban en pie más que las cuatro paredes y el suelo aparecía sembrado de piedras y vigas carcomidas: cenefas de hiedra velaban los huecos de puertas y ventanas, y donde el fuego había dejado su huella y por todas partes el verdín, como delicado tapiz de terciopelo, cubría la fealdad y la desnudez. ¡Allí había vivido su madre! ¡allí había nacido él! Volvíase ya, con una lágrima en los ojos, cuando... no, ahora no era una mata, no era un arbusto, no era una piedra, era un cuerpo, un cuerpo de hombre, tendido en un ángulo, sobre la maleza, cara el cielo... Don Román dió un grito, llamó al chico, entró tambaleando, bajó la linterna:

—¡Virgen Santísima!—exclamó el italiano,—¡sí es don Fernandito!

Era, en efecto, Fernando, desmayado ó muerto, con una herida en la frente que sangraba, los ojos cerrados. Don Román se abalanzó á él y le levantó

en sus brazos, como un niño, y á tientas buscó el corazón : ¡ sí, latía, latía !

—Toma mi pañuelo, te vas á la laguna, lo empapas bien y vuelves, volando, volando.

Echó fuera al chico, que, sin pensar en fantasmas, ni acordarse de tener miedo, escapó hacia la laguna ; luego colocó la cabeza del sobrino sobre sus rodillas y aplicó el oído al corazón ; ¡ sí, latía, latía ! ¡ Infames ! ¡ habían querido matarle, asesinarle ! ellos, los Aldúnez... ¿ quién, si no ? A fin de satisfacer su cobarde venganza, le habían acechado, asaltado, herido, arrastrado luego y abandonado allí, ¿ á qué ocuparse de borrar las huellas del crimen ? ¡ si la indulgente justicia, que ha trocado el embudo por la balanza y no ciñe ya la venda á sus ojos, les tiene decretada plenaria impunidad ! ¡ Infames ! Como idiota, contemplaba don Román el mezquino cuerpo del poeta : muerto no estaba ¡ ah ! ¡ si Fernando moría ! la indignación y la desesperación arrancáronle un gemido de dolor, y nuevamente verificó si el corazón latía, descubrió el pecho, palpó aquí, allá, para comprobar si presentaba alguna otra herida que aquella de la frente, que sangraba tanto...

La luz de la linterna dibujaba sombras fantásticas en la pared derruida ; el viento gemía sordamente y á los oídos del turbado Hierro Bernúdez semejaba voz humana, plañidera, que le hablaba :— ¿ Ves ? para que te metas en otra ; tú tienes la culpa, ¡ tú, tú, tú ! como te lo acaba de decir misia Perpetua : te hubieras quedado en la tienda, tan tranquilo, y el muchacho, ejerciendo de médico en la capital, y esta horrible desgracia no pasaría ; ¿ no te remuerde la conciencia de haber traído al sobrinito al matadero ? Porque tú le has traído, le has aconsejado y alentado á decir todas las cosas en *El Eco*,

que no pueden decirse, precisamente porque son verdades que duelen y levantan ampolla y no se perdonan nunca. Sólo que tú eres un quijotazo muy pavo, que crees que en el mundo estamos para luchar en pro del bien y de la moral y de todas esas tonterías tan bonitas, ¡y no estamos para eso, hombre, sino para pasarlo lo mejor posible y vivir! que los Aldúnez nacían esto y lo otro, y son tales y cuales, y que la ley es escarnecida y violado el sufragio libre... ¿y á ti qué te importa? ¿no lo sabe la mayoría de tus compatriotas y ni resuella siquiera? ¿no sabe y no lo ve, día á día, que el Presidente se alza sobre la Constitución, y les arrebatara uno á uno sus derechos y hace de un gobierno electivo un gobierno hereditario, y á destajo impone sus caprichos, mansamente tolerados por ministros, congresistas y ciudadanos, y ella, esa mayoría tan sesuda, no dice nada, deja hacer, indiferente, ocupada solamente de su arado y de su labor? ¡y tú, miserable tendero de Ombú, con esa chifladura de patriotismo que te ciega, porque chifladura es y nada más, quieres erigirte en redentor y salvar á la nación de la vergüenza y del oprobio! ¿Con qué fondillos, hombre? ¡mira lo que te pasa! que te han crucificado y contigo á tus discípulos, para venir á parar á esto: que así grites y te lo pases gritando toda la vida, no se te hará justicia, y los Aldúnez seguirán tan campantes y Encene será tu Presidente, pese á quien pese y proteste quien proteste, como dice *El Noticiero*, y el pueblo argentino continuará labrando, labrando, feliz do que no le interrumpan en su tarea... ¡Toma tu arado tú también, y deja á la patria componérselas como pueda! Pero no, ¡eres más terco!... ¡ah! ¡si le hubieras escuchado á ese pobre de García Lucas aquel día que te propuso la paz y le echaste con cajas

destempladas!... ¡García Luces! otra de tus víctimas, y don Crisanto y Julianito y Braulio... ¡y ahora Fernando! ¡qué criminal eres, qué criminal! si mereces cuatro tiros... ¡por patriota!

El chico no volvía; ¡quedaba tan lejos la laguna! Y la angustia de don Román aumentaba, asustado del largo desmayo de Fernando. Aquel rumor de pisadas y de ruedas que escuchara en el parque de La Jovita, resonaba ahora en el camino, distintamente: ocultó la luz, para que no sorprendiera á los del entierro la tapera iluminada, y al rato vió pasar la comitiva en fúnebre silencio: el ataúd conducido á pulso por las autoridades del partido, delante, rodeado de criados con faroles, y detrás dos coches, marchando al paso. ¡*Plin, plan! ¡plin, plan!* hacían las lloronas campanas de la iglesia, y aquel lamento, en medio de la noche oscura y tormentosa y del campo solitario, helaba la sangre y entristecía el ánimo.— ¡Es la patria que se queja!—murmuró don Román... —¡Ah! ya estás aquí (*al muchacho que venía scfo-cadisimo*). Trae, ¡cuánto has tardado!—Descubrió la linterna y pasó el pañuelo mojado por la frente de Fernando.

—¡He corrido más!—decía el chico;—la laguna está seca y he tenido que entrar muy adentro para encontrar agua; en este cántaro roto, que hallé, he recogido también una poca... Diga usted, patrón, por la Virgen Santísima, ¿no está muerto, verdad?... Ahí va el acompañamiento, ¿le ha visto usted pasar? ¡qué serio iba el juez y qué caras las de los otros!... ¡Pero, qué herida! ¡si lo menos mide un palmo! desde la ceja hasta el arranque del pelo, ¡pícaros! hacer esto con el niño, porque ellos son, ¿no es cierto? Ahora se mueve, abre los ojos... ¡bendita sea la Virgen Santísima!

—Aquí estoy yo á tu lado, hijo mío—exclamó don Román con emoción grandísima cuando el joven dió muestras de volver á la vida,—¿qué tal te sientes? ¿puedes moverte? porque el rosillo está cerca y si quieres nos iremos á casita... después me contarás lo que te ha pasado... no, ahora no, después, después...

Fernando quiso enderezarse, pero no pudo y gritó, de dolor:

—¡Ay de mí!—gimió,—yo creo que todos mis huesos están rotos... ¡me es imposible hacer ningún movimiento! esta herida del frontal me escuece que rabia... ¡Si usted supiera, tío! Qué cosas desde que no nos vemos... ¿Cómo se encuentra usted aquí?

—Pues... el rosillo, tu caballo, que fué á avisarme el desgraciado lance; pero ya hablaremos de eso y de lo demás, ¡infames! ¿Podrás montar?

—¡Montar! atravesado tendré que ir, como un fardo. ¡Si usted supiera! salí de La Jovita...

Contó muy despacio, con largas pausas que el dolor y la debilidad hacían penosas, que el día entero lo pasó en la *estancia*, retenido por el estado de salud de las dos niñas, que, después del fallecimiento del padre, caían en síncope cada media hora ¡pobrecillas! ¡qué llorar tan desconsolado y qué aflicción tan grande, tan profunda y tan sincera! Cosas de la vida, que, médico y todo, le impresionaban, á pesar de su vulgar naturalidad... ¡sobre todo aquel quejido de la mayor, que desgarraba el alma! Era la tarde y se ponía el sol; sin despedirse, pues la ocasión no era para cumplimientos, dejando la sala llena de toda esa gentuza de Ombú tan conocida, montó en su rosillo y en marcha para el pueblo, ansioso de abrazar á su tío, cuya libertad conocía por el doctor Trujillo, que le había dicho, con aquella

sonrisa suya, que las circunstancias vestían de duelo :

—Todo se acabó, doctor Hierro, y pelillos á la mar ; esta desgracia pone término á la lucha local, en vez de exacerbarla, debido á mis buenos oficios : mi amigo don Claro consiente en poner en libertad al señor Hierro Bermúdez y á los suyos ; aconséjeles usted que se estén quietos y nada tendrán que temer de la autoridad en adelante.

Francamente, las ideas de Fernando no eran muy rosadas, mientras trotaba, de vuelta á su casa y la que primaba sobre las otras y en cierto modo las oscurecía, era la de decir al tío que aquello no le cuadraba ya, que la náusea de su espíritu, en el tiempo que llevaba de explorar los mares de la política, se hacía intolerable, porque los hechos consumados le daban el convencimiento de que la lucha de eneístas y ordenistas no era de ideal contra ideal, no era de caballero contra caballero, lucha noble y viril y siempre grande, lucha de emulación necesaria al progreso de los pueblos, sino el pugilato vergonzoso del hombre honrado con el ladrón, al que trata de acogotar para arrebatarle su rapiña, y que se defiende con todas las armas y todos los medios que su perversidad le sugiere. (Esto que Fernando enunciaba apenas con medias palabras, ¡ pues para filosofías políticas estaba el infeliz ! voy yo poniéndolo en romance, á mi manera, para que se entienda mejor)... Sentado así su juicio, y no encontrándose con aptitudes de polizonte... ¡ vamos ! que tenía decidido marcharse del pueblo, abandonar por siempre los matorrales de la política, que á tanto bribón sirven de guarida, y dedicarse en cuerpo y alma á su ciencia, á esa serena deidad, fuente de supremo consuelo. Pues, señor, el rosillo trota que trota y él cavila que cavila, llegan á la tapera, y lo mismo fué llegar que salir de ella ties

hombres emponchados, con antifaces negros y echarse sobre él, como bestias feroces, y sin darle tiempo á defenderse, derribanle á golpes del caballo, con palos que llevaban, con el cabo de los rebenques, y con los puños... ¡Y *requiescat*! no sabía más, porque perdió el sentido. Que entre aquellos tres emponchados no había ningún Aldúnez estaba seguro, porque toda la banda quedó en La Jovita, pero que eran los instigadores del crimen... Su sentencia la leyó en los ojos bizcos de don Claro, en la sonrisa sardónica de Aldúnez Segundo, en el sospechoso cuchicheo del intendente con Chichín, cuando él atravesó la sala y pasó sin saludarlos.

—¿Pero, quién ha de ser?—exclamó don Román airado,—¡ah! no tener á todos cuatro entre mis manos, para retorcerles el pescuezo ¡infames! ¡pero, el día vendrá!... Vámonos, hijo mío, y demos gracias á Dios que hayas librado con vida, ¿no es más que eso de la frente, eh? reposo y una venda; ya ves que soy tan médico como tú; haz un esfuerquito, que entre éste y yo te ayudaremos á subir en el rosillo...

Le levantaron, sin gran trabajo, el dependiente y don Román, y sobre el caballo, que pacientemente esperaba, manecado de antemano por el chico, con blandura le colocaron, y, puestos cada uno cerca del estribo á fin de prestar ayuda al aporreado jinete, emprendieron la marcha, suspirón y dolorido Fernando, cabizbajo y colérico don Román, indiferente el chico, escamado el rosillo con el soplar del viento y los relámpagos que encendían el borde del horizonte y los truenos lejanos.

—¿No vas mal, hijo mío?—decía el tendero,—deja las riendas, que el animal sabe ir solo... ¡infames! ¡el escarmiento juro que será ejemplar! ¿crees que no? pues yo te digo que sí... todavía existe la

justicia de Dios... no, no he de rendirme, ¿sabes? tengo que vengar muchos agravios... y eso de marcharte, será lo que tase un sastre, ¿eh? se pensará, se discutirá... ¿te duele la herida de la frente? apresurémonos, que la lluvia se acerca.

Calló, y como el joven no contestara, desmadejado y sin alientos, más se turbó Hierro Bermúdez ante la idea persistente y cruelísima que él era el culpable de las desgracias que pesaban sobre el pueblo, objeto siempre de su paternal solicitud, por intransigente, por terco y mal avenido; ¡ah, si Fernando se moría! ¡tan débil y enfermizo! ¡ah, entonces, no quedaría de los Aldúnez ni el nombre sobre la tierra!

—¿Estás mejor, hijo mío? échate sobre mi hombro... pronto llegamos; verás qué cama más blandita te prepara Brígida.

—Ya llueve—dijo el chico,—me ha caído una gota muy grande en la nariz.

¡Qué entrada en el pueblo desierto (ya retirado cada cual á su olivo, satisfecha la curiosidad de ver el entierro del señorón de La Jovita), en medio de las sombras, al compás del tañido funerario de las campanas, de los truenos y del viento! ¡y qué aspavientos y lloriqueos de misia Perpetua y Brígida, cuando vieron llegar al querido don Fernandito en estado tan lamentable, que ni hablaba ni se movía, y para bajarle del caballo hubo que cargarle como á un niño, y en brazos llevarle á su cuarto y con ajena ayuda desnudarle y meterle en la cama! Y como don Román no daba explicaciones, mudo y cejijunto, las dos mujeres acudieron al despierto italianito en demanda de ellas, quien las satisfizo ampliamente, exagerando lo que sabía é inventando lo que ignoraba.

con detalles conmovedores que desataron el raudal de su sensiblería.

—¡ Por Dios y por los santos ! ¿ en qué país estamos ? — clamó la de Galán, — ¿ estará una segura de que no le peguen el moño con brea al salir á la calle ?

Y Brígida, mostrando el puño en dirección del palacio de las autoridades, vomitó injurias y maldiciones :

— ¡ Quiera el Cielo mandaros un rayo que os parta á todos vosotros, bandidos y bribonazos, é incendie vuestra casa y quedéis sin pan y sin techo ! ¡ que lo que ganéis con la izquierda, lo perdáis con la derecha ! ¡ que vuestra mujer os engañe y vuestros hijos os roben y renieguen, y ardáis todos en los infiernos hasta la quinta generación !

Siguió la cojitranca blasfemando, y misia Perpetua volvió al cuarto del herido, hallándole ya vendado y curado, dormido, al parecer, y al tocarle las manos observó que tenía fiebre ; don Román, en un ángulo, sentado junto á la mesa que sostenía la lámpara, le contemplaba profundamente. De puntillas, acercósele la maestra :

— Voy á mandar al Trigal por un médico : hay fiebre y quién sabe lo que sobreviene ; á casa no me iré tranquila, mientras no vea al médico. ¡ Ay, Román ! ¿ te convences ? ¿ me das la razón ? ¿ te lo anuncié yo ó no te lo anuncié ? ¡ tú, tú y tú eres el culpable ! Lástima que por estas tierras no se estilen esos colgajos que llaman condecoraciones, porque á ti te prendía una en la casaca en premio de tu gran campaña : ¡ te la has ganado, hijo, como un rey !

Mal hacía la digna señora en salir por tan anti-pático registro, pues el desventurado tendero más estaba para bizmas que para golpes ; no contestó, moviendo apenas la cabeza : una visión interior contur-

baba su ánimo, tan decaído ya... Y es que, como evocadas por las palabras acusadoras de la maestra, el cuarto se llenó de sombras, con apariencia real solamente para los ojos de Hierro Bermúdez, y la primera que entró fué la de don Crisanto, arrastrando su barriga y bailándole los mofletes; detrás, Julianito, delgaducho como una espina, y luego Braulio, el alegre, y García Lucas, fruncida la jeta de orangután: todos le rodearon, extendieron el índice, y dijeron en coro, con voz cavernosa, sin mover los labios helados:

—¡ Tú, tú, tú!

Y ¡oh terror! Fernando, levantándose del lecho, envuelto en mantas, como en un sudario, la frente vendada, vino hacia él, sin ruido, y también pronunció:

—¡ Tú, tú, tú!

Don Román lanzó un gemido y se abalanzó á Fernando; las sombras huyeron... y vió que el joven tranquilamente dormía. Misia Perpetua díjole en voz baja:

—¡ Déjale no le despiertes! ¿qué te pasa? ¡pareces loco, hombre!

El retrocedió, automáticamente, y quedó parado; de repente, salió del cuarto, se dirigió al suyo, entró á oscuras, buscó las cerillas en la mesa de noche:

—¡ Brígida, los fósforos! ¿dónde están los fósforos?

Acudió Brígida con la luz.

—Bueno, márchate, ¡te digo que te marches!

La cojitranca obedeció, pero, curiosa como todas, quedó en el zaguán, espiando por el ojo de la llave: al patrón le pasaba algo extraordinario, ¡tenía una cara! Le vió abrir un arcón viejo, en el que guardaba los editoriales políticos que más gusto le daban,

junto á una colección de antiguallas de la familia, y sacar de él, después de mucho rebuscar, un cuadro ó cosa así, un envoltorio que tal semejaba, un frac con botones amarillos, un chaleco encarnado, un sombrero... ¡Dios mío!—pensó Brígida,—¿irá á vestirse de máscara el patrón? ¿se habrá vuelto loco? Don Román se quitó la chaqueta de dril, se puso el chaleco encarnado y el frac:

—¡Brígida!

La vieja entreabrió la puerta, temblando de miedo. Don Román sonreía:

—Ven acá, ¿qué tal? ¿no estoy hecho un elegantón de la época del ilustre Restaurador? Me falta la corbata, pero no importa. ¿Tú creerás que me voy al baile de Palermo, invitado á un minué federal por la gentil Manuelita? No, mujer, Palermo queda muy lejos... si no iría. Porque, mira: estamos en el año 40, y la dictadura de papá Rozas en su auge; esto ya no es república, ni hay tal libertad: todo lo que hemos luchado para civilizarnos y hacernos gente, en política, desde el 53 hasta hoy, ha sido al puro cohete; las ruedas del carro de la patria han quedado encajadas en el 40 y ya nadie lo sacará del atolladero. ¿No ves cómo se persigue, y se apalea y se mata? por eso, me visto yo el traje que concede la inmunidad, la librea del rocismo ó del eneísmo, que es igual, de miedo; cuando yo tengo miedo, ¿cómo andará el pandero? A ver el chambergo, ¿conoces este cintillo *punzó* y sabes lo que dicen estas letras negras? ¡*Viva la Confederación Argentina!* ¡*mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!* Estos unitarios son los padres ó los abuelos de los ordenistas de hoy. Estoy muy bien, aunque poco holgado; así andábamos en aquella época: ¡cuántas veces me he pavoneado con este traje!

Brígida, alarmada por la excitación y las palabras del amo, exclamó :

—Bien, señor ; pero, ¿dónde va usted á estas horas con esa facha? ¿no será mejor que se acueste usted, y duerma, para que descanse esa cabeza, que parece han trastornado los disgustos y desgracias que se nos han desplomado encima? Sí, señor, acuéstese usted, que yo le daré una tacita de tila.

—Cállate ; me voy de paseo por el pueblo...

—¡ Si está lloviendo, señor !

—... á tener el gusto de gritar : ¡ viva Rozas ! ¡ viva Eneene ! Aquí está papá Rozas.

Descubrió el envoltorio, que resultó ser, efectivamente, un cuadro, un retrato litografiado.

—¡ Qué buen mozo, eh? ¡ quién diría que se comía los niños crudos ! ¡ qué ojos tan dulces ! ¡ qué sonrisa tan amable ! ¡ qué expresión tan simpática ! ¡ un monstruo, sin embargo, hija, un monstruo ! vamos, trae la luz.

Cargó con el cuadro, y, seguido de la vieja, fué á la sala del club y lo suspendió en el clavo del testero, en el mismo sitio en que se mostrara el destrozado retrato del general Ordenado :

—¡ Así, perfectamente ! ahí quedarás, mientras dure el reinado de la iniquidad. Y si me apuran, le llevaré á la iglesia, en carro alegórico, como antaño, á ponerle en el altar mayor, encima del Santísimo Sacramento.

—Acuéstese, señor—insistía Brígida,—usted está mal de la cabeza ; llamaré á la señora Perpetua y á los dependientes, ¡ por favor ! ¡ vaya usted á acostarse !

Don Román no hizo caso. Salió al zaguán, tan orondo, abrió la puerta de la calle : la criada le cogió por los faldones del frac :

—¿Pero, se va usted de veras, señor? si no se está quieto, grito y alboroto.

Llovía copiosamente. Don Román se paró en la acera, recibiendo el agua sin sentirla; miró á la casa iluminada de los Aldúnez...

—¡Ahí están ellos! ¿qué nueva infamia tramarán? En la piedra del umbral afila don Zoilo su sable; ¿no oyes el terrible *chis chas*?

—Yo no oigo nada, señor—contestó Brígida desde la puerta,—no oigo sino los truenos; éntrese usted, que se está empapando. ¿No quiere entrar? pues llamaré: ¡señora Perpetua! ¡señora Perpetua!

Vinieron los dependientes y la maestra, y, entre todos, le obligaron á meterse dentro, sin que él opusiera mayor resistencia.

Y mezclado al rumor de la tormenta, se escuchó el último toque de agonía, aquel lúgubre *plin, plan* de las campanas, que vibraba en los aires como una suprema lamentación...

FIN DE LA PRIMERA PARTE















